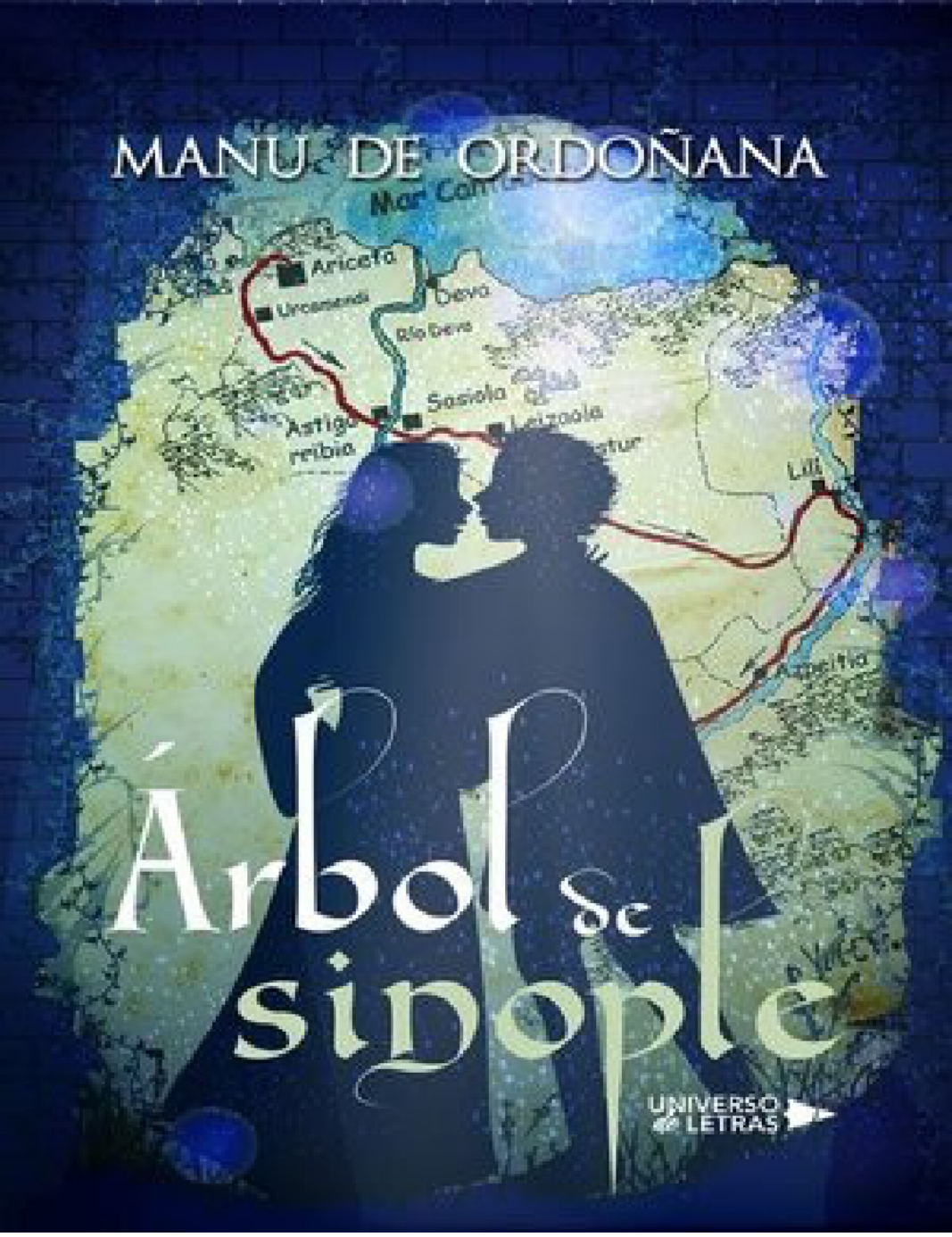
MANU DE ORDOÑANA



Árbol de sinople

UNIVERSO LETRAS

Árbol de sinople

Manu de Ordoñana

Doña Ysabel de Lobiano estaba radiante. Por fin, se había cumplido uno de los sueños que más había deseado a lo largo de su vida. Su hijo Pedro había heredado el solar de Berriatúa, legado por su bisabuela, y su primera medida había sido donar una nueva residencia para albergar a las monjas de Santa Catherina.

Ella misma fue a anunciar la noticia a la priora del convento situado en un altozano próximo a la villa de Motrico, en un paraje solitario llamado Areizieta.

—Buenos días, doña Ysabel. ¿Qué noticias nos traéis?

—Todo está arreglado. Don Pedro ha creado un fondo para financiar la obra y lo ha suscrito ante el escribano. Él ha elegido el lugar y adquirido un terreno extramuros de la villa, muy cerca de la puerta de Arriba, para levantar el edificio.

Otra monja, Ana de Urrutia, acompañaba a la superiora; acababa de cumplir sesenta y tres años y llevaba cuarenta y cinco viviendo en el monasterio. Había conocido a doña Ysabel cuando era niña y a buena parte de su familia, una de las de más abolengo en la comarca.

—Tenía una deuda pendiente con la orden de San Agustín—confesó la dama— que no he podido cumplir hasta la muerte de mi madre. Mientras se construye el nuevo pabellón, mi hijo ha dispuesto que la comunidad se aloje en una de las casas que ha heredado en el interior de la urbe.

—¡Pobre doña Clara!—suspiró sor Ana—. ¿Qué edad tenía cuando murió?

—Setenta y cuatro años. Mi madre siempre gozó de buena salud; en ese aspecto, se parecía a su abuela, doña Brígida.

—¡Ah, doña Brígida! ¡Qué recuerdos los de aquellos tiempos!—suspiró la monja intercambiando una mirada cómplice con doña Ysabel.

—¡Mi buena Ana! Razón tenéis para no olvidar a mi bisabuela. Era una mujer de carácter fuerte, tenaz y firme en sus propósitos. Su obsesión era conservar la grandeza de su estirpe y a fe que lo consiguió: su tataranieto ha recibido en herencia los dos mayorazgos que ella ambicionaba.

—Madre—terció la monja dirigiéndose hacia su superiora que contemplaba la escena con cara de sorpresa—; quizá no conocéis la aventura que corrió doña Ysabel hace cuarenta años y que se inició aquí, en este mismo lugar. Ella tenía entonces trece y estaba de pupila en el convento. Yo era su tutora.

—Nada sé. De aquella época no queda nadie más que vos.

—Tuve que enfrentarme a mi familia—evocó la dama— que, en contra de mi voluntad, quería desposarme con un viudo cuarentón. Gracias a

Dios que vos, Ana querida, me ayudasteis a escapar del convento y librarme de semejante peligro.
—Mi obligación era velar por vos y prestaros el apoyo necesario para que os pudierais casar con el hombre a quien amabais. Estabais desesperada y pronta a cometer una locura.
—Mas corristeis un gran riesgo haciéndolo. Pudisteis ser excomulgada.
—Sólo fui recluida en mi celda durante quince días y luego trasladada a otro cenobio que la congregación tenía en Vizcaya. Todo se aclaró más tarde y pude regresar al convento al cabo de año y medio.
—Mi bisabuela intervino para que os impusieran un castigo severo; incluso intrigó para que os metieran en la cárcel.
—Sí; doña Brígida fue intransigente y nunca perdonó mi ligereza.
—Cuando se supo la verdad de lo ocurrido, las acusaciones se convirtieron en excusas, pero jamás mi familia pidió perdón directo a las monjas. El monasterio perdió su reputación como lugar de educación para doncellas de buena cuna y las monjas sufrieron el desprecio de la población que creyó que ellas habían preparado mi fuga. Éste y no otro es el agravio que pretendo reparar.
—Es un honor que nos dispensáis —concedió la priora agradecida— y que revela vuestra condición. Mas muy graves hubieron de ser las razones que os impulsaron a adoptar tamaña resolución.
—Lo fueron para mí en aquella época y nunca he sentido remordimiento de aquel acto. El suceso tuvo una enorme repercusión. No en vano, enfrentó a dos de las familias más poderosas de Guipúzcoa y mi bisabuela no descansó hasta que consiguió reparar el honor de su linaje que, según ella, había sido mancillado.
La historia se inició un día del mes de marzo de 1596, cuando ya los cerezos habían florecido en el jardín del convento de Santa Catherina...

1

Atardecía. Una suave brisa llegaba del mar y refrescaba el jardín del convento, un pequeño vergel donde crecían plantas, flores y arbustos en un tropel descontrolado y, al mismo tiempo, armonioso, por la bella combinación de colores que la naturaleza es capaz de componer cuando una mano cuidadosa cela.
En un rincón, una pareja estaba sentada en un banco. Ella era una hermosa y delicada muchacha de tez blanca y cabellos castaños, con expresión soñadora. Él, un joven apuesto, de mirada viva, vestido con elegancia. El sol oteaba complacido la escena.
—¡Pedro! ¡Mi amado! Cinco días sin veros. Cinco días de pesadumbre. Sólo vuestra presencia me fortifica y contiene mi aflicción. Dios quiera que este encierro acabe pronto. Cuatro años llevo viviendo en este claustro y siempre he sido feliz aquí, acatando la disciplina de la comunidad, pero desde que vos entrasteis en mi corazón, nunca el

sitio me ha resultado tan ingrato...¡Ay!

¡Ysabel! Hay que tener paciencia. Esta situación no puede durar mucho. Mañana viene mi hermano Martín. ¡Por fin! Lleva una semana en la provincia y no ha tenido tiempo de acercarse a Azcoitia. Al parecer, asuntos de Estado le retienen entre San Sebastián y Hernani. Hay rumores de que el rey está preparando una campaña para defenderse ante un posible ataque de Francia y la provincia desempeña una función preeminente por la posición estratégica que ocupa. Mi padre lo aguarda para discutir la asignación del mayorazgo.

¿Cuál creéis que será su veredicto?

Aunque él es el primogénito, mi padre tiene alguna duda. Al ser secretario de Estado y residir en Madrid, no puede administrar la hacienda con satisfacción. Hace falta un varón con autoridad para resolver los numerosos problemas cotidianos y acrecentar el patrimonio. Además, Martín nunca ha demostrado interés en asumir la cabeza del linaje de los Ydiáquez. Quizá se conforme con una renta vitalicia. Mi padre está viejo y quiere resolver el litigio cuanto antes. Es probable que mañana tome una decisión.

¡Mañana! ¡Mañana! ¡Siempre esperando a mañana! Cuando hace seis meses os conocí, clavasteis en mí vuestra mirada y ahí quedé profundamente turbada. Desde entonces, mi vida os pertenece; ya siempre seré vuestra. ¿Por qué así nuestros encuentros siguen siendo clandestinos? ¿Por qué me prohíben recibir vuestras visitas? Si vos me amáis, ¿por qué hemos de mantener esta cruel separación? En vuestra ausencia, un profundo dolor lacera mi alma.

Pedro se acercó a la doncella y tomó su mano. Vio cómo una lágrima resbalaba por su mejilla.

Recuerdo bien aquel momento. Llevabais un vestido verde. Cuando me visteis, un amago de sorpresa asomó en vuestro pálido rostro y vuestros ojos despidieron una dulce mirada que hechizó mi mente. Desde aquel instante, supe que estaba prendado para siempre.

Entonces ¿por qué continuar separados? Hay un contrato firmado y dentro de cinco meses cumpliré catorce años. Nuestra alianza conviene a las dos partes y contribuye a fortalecer nuestro abolengo. Doña Brígida, mi bisabuela, testó hace tres meses nombrándome heredera de todos sus bienes, ya que no hay miembro varón en la familia.

Las estipulaciones establecen que vos seréis la sucesora de la casa de Berriatúa y yo recibiré el mayorazgo de la de Ydiáquez. Doña Brígida siempre se ha mostrado firme en este aspecto.

¡Sí! Tiene miedo de perder influencia social e incluso de que el linaje desaparezca. Yo soy la única persona de toda la parentela con capacidad para procrear. Las mujeres no tienen edad y todos los hombres han muerto jóvenes. Sólo vive mi tío-abuelo, pero ha perdido

el juicio, aunque todavía confían en su recuperación.

—¡Ysabel! No desesperéis. Todo se arreglará. Lo esencial es lo que ambos sentimos.

—Tiemblo al pensar que algo o alguien nos pueda separar.

—Todo está a nuestro favor. Mi padre ha depositado grandes esperanzas en esta unión. Aunque Martín sea el elegido, no tiene hijos y yo soy el siguiente varón en la línea sucesoria.

—Eso me entristece. Parece como si nuestro porvenir estuviera condicionado al único objetivo de incrementar la riqueza de la estirpe y acentuar su preeminencia social sin importar el valor de nuestros sentimientos. Estamos sometidos al arbitrio de nuestros mayores. ¿Cuándo podremos tomar nuestras propias decisiones?

—Muy pronto, Ysabel. Somos jóvenes y tenemos la vida por delante. La fortuna nos sonríe y juntos, los dos, emprenderemos grandes proyectos. Hay que tener paciencia. El momento se acerca, está próximo. Buscad el consuelo de Dios y rezad para que Él nos proteja.

—¡Ay, Pedro! Ni la oración consigue templar mi pena. Sólo estos instantes a vuestro lado me reconfortan. Pero son tan fugaces... Ahí viene Ana Urrutia, mi valedora y amiga... ¡Ana! ¡Mi buena Ana! ¿Ya se acabó el tiempo? ¿Debe marcharse don Pedro? ¡Cuán corto es el placer y cuán larga la amargura!

La monja, tutora de doña Ysabel, se aproximó al banco donde los dos enamorados estaban sentados y poniendo la mano sobre el hombro de la muchacha, susurró:

—Sí, doña Ysabel; debe marcharse. He mandado a la portera a recoger habas a la huerta... Don Pedro, es tiempo de partir. Sus compañeros lo aguardan en el bosque de enfrente. El camino está despejado. No es bueno que la abadesa tenga conocimiento de estas citas. Las instrucciones de doña Brígida son estrictas: prohibido el contacto exterior. Tiene pánico a cualquier relación indebida que ponga en cuestión el honor de la familia y el matrimonio de su biznieta.

—¡Adiós, Ysabel! Recordad que este encierro no se alargará mucho tiempo. Mientras tanto, confiad en mí.

Los dos jóvenes se fundieron en un cálido abrazo. Al cabo, Pedro se separó de la joven y, tras una profunda mirada llena de ternura, rozó con sus dedos la mejilla de la doncella, salió corriendo y se perdió en la espesura.

Doña Ysabel se abrazó a la dueña que permanecía a su lado y estalló en sollozos. Durante un buen rato, la pobre niña se entregó a sus tiernos sentimientos, hasta que una campana sonó anunciando la oración, previa a la colación vespertina.

2

En pleno corazón de Guipúzcoa, al pie del monte Izarraitz, en un fértil y luminoso valle salpicado por el río Urola, Azcoitia era una de las

cuatro villas mayores, donde residía por turno el corregidor de la provincia con su tribunal, así como la diputación con sus oficinas. Allí las Juntas Generales celebraban reunión para ejercer su función y tomar acuerdos.

La plaza estaba fortificada. En su interior, palacios de sólidos muros de piedra evocaban la raigambre de sus moradores. Patria de grandes linajes, la población había vivido con fuerza los avatares históricos que habían acaecido en los últimos tiempos, sobre todo, la guerra de banderías que había asolado el país durante más de cien años.

Una de las familias más insignes de la villa era la de Ydiáquez. Todos sus miembros habían servido al rey de Castilla con esmero. Su lealtad a la Corona era inquebrantable. Un antepasado había participado en la batalla de las Navas de Tolosa; otro se había distinguido en la conquista de Málaga cuando la Guerra de Granada, y los Reyes Católicos le habían concedido el cargo de repostero de cámara, amén de otras mercedes en diferentes términos del reino.

Don Francisco de Ydiáquez era el propietario del señorío y dueño de extensos dominios que había agrandado mediante una acertada política matrimonial. El primitivo solar había sido destruido en un incendio a mediados del siglo XV y un nuevo edificio se había erigido en lugar preeminente, al lado de la ermita de San Sebastián, donde más tarde se construiría la iglesia de Santa María.

Un gran alborozo animaba la mansión en aquella mañana de marzo. La noche anterior, había llegado don Martín de Ydiáquez y Balda, el primer hijo varón de don Francisco. Sus escasas visitas suponían un acontecimiento en el municipio. Su indumentaria producía sorpresa. Llevaba el pelo corto y la barba crecida. Vestía al estilo de la corte: medias y calzón negros, jubón negro con mangas acuchilladas y gorguera blanca alrededor del cuello, cubierto con un sayo de terciopelo negro forrado en felpa.

Hombre de letras, muy pronto salió del lar paterno para estudiar en el Colegio Mayor de Cuenca, en Salamanca, hasta que el rey don Felipe lo reclamó como secretario, a instancias de su tío, don Juan de Ydiáquez, Consejero de Estado y uno de los hombres más influyentes en la Corte de su Majestad. Sus ocupaciones le impedían abandonar Madrid, ya que el monarca había fijado su residencia en el Alcázar y tan sólo osaba llegarse hasta El Escorial para participar en alguna partida de caza, una de sus aficiones favoritas.

A primera hora, había acudido a oír la misa de tercia en la parroquia de Santa María la Real. La iglesia había sido construida a principios de siglo, dentro del más puro estilo gótico vascongado, aunque el templo estaba inconcluso. Unos años atrás, se había producido el colapso de la techumbre y obras de reparación impedían que el culto se celebrara con normalidad.

Al terminar la ceremonia, se había detenido en la capilla de San Juan Bautista, donde estaba enterrada su madre, perdida cuando era niño. Luego había preguntado por don Bautista de Errasti, el rector de la parroquia. No estaba. La serora le informó que había salido a primera hora, tras decir la misa de prima; tenía la costumbre de visitar casa por casa a sus feligreses, para iniciar a las familias en las nuevas enseñanzas de la Iglesia. Don Martín quería hablar con el clérigo. Le esperaría al día siguiente en la torre Ydiáquez, al término de la primera misa.

Por la tarde, había salido a dar un paseo y a visitar a su familia materna. El antiguo solar de los Balda estaba situado en un altozano, fuera de las murallas y portaba la primicia de sobresalir por la vetustez de sus sillares. Su lema "Balda antes que Azcoitia" denunciaba la tradición de su apellido, a pesar de que el edificio era uno de los que Enrique IV había mandado destruir y al Señor de Balda desterrar, por su activa participación en el largo y violento conflicto que enfrentó a los Parientes Mayores durante la centuria anterior. En la casa, había nacido doña Marina Sáez de Licona y Balda, madre de Ignacio de Loyola.

Después de cenar, padre e hijo se retiraron al estudio que servía a don Francisco para despachar sus asuntos:

—Martín, largo ha que no gozamos de vuestra compañía. ¿Qué nuevas traéis de la Corte?

—El momento es difícil. Los cuidados que pesan sobre el reino son graves y numerosos. La pesadilla de Flandes, la guerra con Francia, la educación del príncipe, la boda de la infanta Isabel y las rivalidades cortesanas requieren toda la atención del monarca, cuya salud es delicada. Nuestro Señor Felipe está metido en años y enfermo de gota, con todas sus derivaciones de humores corruptos y complicaciones viscerales. Tiene un tumor en el muslo que le produce fuertes dolores y le impide andar con normalidad. Aun así, gusta de resolver personalmente todos los negocios, incluso los de menor rango.

»El Consejo de Estado, formado por tres personas de su confianza —entre los cuales se encuentra nuestro pariente don Juan de Ydiáquez—, no ha conseguido acelerar el trámite de los sumarios, ya que todos los documentos siguen pasando por sus manos, incluso cuando es obligado a permanecer en cama por los fuertes dolores de la gota.

»Su hija Ysabel no se aparta de su lado, le redacta las cartas y le cuida con admirable abnegación. La artrosis en el dedo índice de su mano derecha le impide firmar. El príncipe Felipe lo hace en su nombre. Una fiebre lenta y continua le va consumiendo las carnes. Su carácter férreo lo mantiene. Sin su vigor y extraordinario temple, cualquier mortal habría sucumbido.

»Así comprenderéis que mi presencia en Madrid resulta indispensable. El rey requiere mi servicio todos los días para tratar las empresas propias de mi cargo. Un pleito con el burgo de Hernani me ha permitido obtener su autorización para acercarme a Guipúzcoa y venir a veros. Por cierto, él os recuerda con deleite. No olvida vuestro apoyo en la defensa de la plaza de San Sebastián y el socorro que prestasteis luego a la de Fuenterrabía, frente a la amenaza francesa.

»Pero hablemos de vos, padre. Tenéis un aspecto magnífico. Me alegra encontraros en buen estado.

—Las apariencias engañan, Martín. Mi salud está en declive, aunque mantenga la apostura. Los años no pasan en vano. Las fuerzas ya no son las mismas. He perdido la alegría y me siento gastado e inútil. Ahora os toca a vosotros, los jóvenes...

—Padre, me sorprendéis…

—Durante toda mi vida he luchado por servir al rey y acrecentar la fortuna que me legaron mis mayores. Dos veces me casé y dos veces aumentó el capital. Nueve hijos he tenido y grande alegría acompañó mi vida. Mas ya no es hora de ilusiones. Hoy debo cumplir tarea ingrata y tomar decisión penosa. He de asegurar el curso de nuestra estirpe y nombrar un heredero. El patrimonio es holgado y debo proceder con prudencia.

La hacienda reunía el señorío de Ydiáquez en Azcoitia, el prebostazgo de Deva, derechos sobre algunas ferrerías, varios juros a perpetuidad y los feudos de Arrazubía en Aya y Arteaga en Zumaya que aportaba su esposa, amén de múltiples beneficios y privilegios otorgados por los soberanos de Castilla, en pago a los servicios prestados.

—Vos, Martín, tenéis treinta y ocho años —prosiguió el padre—. Desde joven, desplegasteis afición por las letras. Estáis bien situado en la Corte y, como premio a vuestros desvelos, habéis heredado el patronato de la Iglesia Parroquial de Azcoitia y los solares de Alcega en Hernani y Yarza en Beasáin. Habéis recibido el hábito de Santiago y la alcaldía de los Vélez. Además, tenéis derechos sobre la heredad de los Balda por expreso deseo de vuestra madre. Vuestra fortuna es bastante.

—No hay tal, padre. El servicio al rey crea obligaciones cuantiosas y mis deudas son abundantes. He solicitado al monarca que se haga cargo de las mismas y espero conseguirlo, ya que he probado los numerosos gastos que he tenido que soportar en su provecho.

—Razón de más para que atendáis lo que voy a deciros. Estoy cansado y deseo que alguien asuma la administración de los bienes familiares, para lo cual vivir en Madrid es un obstáculo. Vuestro hermano Pedro reside aquí y presenta un perfil adecuado. Es colegial de Oñate y docto en leyes. Tiene veintidós años y en breve se ha de casar con doña Ysabel de Lobiano, que aportará el solar de Berriatúa en Motrico y la

fortuna que su padre amasó en Terranova. Ambos son jóvenes, sanos y robustos, con lo cual, la descendencia está segura. Vos, desde que os quedasteis viudo, no habéis mostrado empeño en volver a desposaros, lo que complica la sucesión.

Don Francisco interrumpió su discurso y mantuvo silencio durante un rato. No observó ningún gesto en la expresión de su hijo y prosiguió su oratoria:

—No deseo repartir la hacienda, ya que eso acarrea malas consecuencias para la progresión de la dinastía. He vinculado todos los bienes en el mayorazgo, como es costumbre en esta tierra, y he de pronunciar quién será el titular. Antes de dictar sentencia, quería recabar vuestra opinión y conocer qué intenciones tenéis para el futuro.

—Padre, mis obligaciones presentes están en la Corte, aunque quizá no por mucho tiempo. El rey Felipe está acabado y su muerte es próxima. Su hijo, el príncipe, no da muestras de gran capacidad para el gobierno, a pesar de que su padre ha intentado meterlo poco a poco en las tareas de Estado. Está bajo la influencia del marqués de Denia, a despecho de que su Majestad lo ha nombrado virrey de Valencia para alejarlo de su compañía.

»La situación del reino es delicada. El oro y la plata siguen llegando de Indias, pero las arcas del estado están exhaustas. La economía se halla en ruina, sobre todo en Castilla; aun así, el despilfarro en la Corte continúa y nadie parece darse cuenta de la quiebra.

»A la muerte del rey, muchas cosas pueden suceder. Su hijo Felipe renovará el Consejo de Estado con gente de su confianza y nombrará nuevos secretarios, sin reparar en quienes servimos a su antecesor. La vida en la Corte no es fácil. La nobleza desprecia a los burócratas; nos consideran intrusos. El mismo rey provoca discordia entre sus asesores para controlar el poder y evitar hegemonías. Hay que ser astuto para sobrevivir y no destacar en el favor del monarca. Mi intención es retirarme cuando él fallezca. Diez años he gozado de su favor y es hora del jubileo.

—Si albergáis la intención de regresar al hogar, el mayorazgo os corresponde en propiedad. Sois el primer descendiente varón y habéis exhibido cordura y buen talante. ¿Habéis pensado contraer nuevas nupcias?

—No tal. Tras la muerte de mi querida esposa, opté por el celibato y vivir en soltería, salvo que me sea solicitado por razones de índole dinástica.

—No es necesario. Nombraré a don Pedro segundo sucesor, con lo cual la continuidad del linaje queda asegurada.

—¿No afectará este fallo a su compromiso con doña Ysabel?

—No lo creo, ya que las capitulaciones dispondrán que el mayorazgo

recaiga en él, a reserva de vuestra prelación. Así quedará recogido en el testamento que voy a otorgar tan pronto como sea posible. Tarde o temprano, él terminará siendo el propietario de todo el legado; él o sus descendientes.

—Bien, padre, mañana emprendo el retorno hacia Madrid. Antes de partir, quisiera platicar con Pedro. Es un joven inquieto y exhibe condiciones propicias para el comercio. Tengo buenos amigos en el negocio de Indias que me deben algún favor y le pueden ayudar. El poder otorga privilegios y es hora de cosechar.

—Cuidaos bien, Martín. Muchas son las esperanzas que depositamos en vos. Vuestro carácter noble y bondadoso no armoniza con las intrigas de la Corte.

—Os escribiré con regularidad, padre, para informaros sobre la salud de nuestro rey don Felipe. Hacedlo vos también para darme cuenta de las incidencias que acontecen en la provincia y las consecuencias de esta inútil guerra que nos ha declarado el *Bearnés*.

Padre e hijo se fundieron en un largo y profundo abrazo, como si fuere el último que habían de compartir. Don Francisco, muy emocionado, abandonó la estancia y Martín permaneció en pie viendo salir a su progenitor. Un sentimiento de soledad invadió su alma. En aquel caserón que le vio nacer, no pudo menos que recordar a su madre: sus largos cabellos oscuros, su sonrisa protectora, sus arrullos vespertinos... Un profundo afecto sacudió su entraña. ¡Dios! ¡Cuánto dolor! Nunca llegó a entender por qué se había ido...

3

Desde su nacimiento en los confines de la provincia de Guipúzcoa, el río Deva circulaba encajonado entre montañas, obligado a discurrir por el fondo de abruptos valles, sin libertad para derramar sus aguas sobre suelos fértiles y consumar así la misión que le fue asignada por el Hacedor. Sólo después de atravesar el municipio de Elgóibar, encontraba espacio para remansarse en numerosos meandros, hasta esconderse por un desfiladero y ser impulsado hacia el mar, donde era invitado a entregar su caudal.

Cuando llegaba la noche, las sombras invadían los fondos y sólo el crepúsculo vespertino mantenía la luz en las alturas; la humedad se condensaba sobre las hojas y nieblas intensas cubrían los fondos. Se apagaban los trinos de los pájaros que ya habían encontrado su nido para el descanso nocturno tras una jornada de continuo afán. Un silencio profundo se apoderaba del lugar y la actividad cesaba de repente. Sólo el paso de la corriente levantaba un murmullo cristalino.

Por su margen derecha, una senda tortuosa escoltaba al río desde Alzola hasta su desembocadura en la villa de Deva. Su estado era deplorable: las frecuentes lluvias originaban charcos que luego se transformaban en lodazales difíciles de sortear y la maleza que invadía

la vereda entorpecía la circulación.

Un viajero transitaba por aquel camino a lomos de un poderoso caballo, esquivando con habilidad los numerosos accidentes que encontraba en su trayecto, lo que probaba su destreza con las riendas y su conocimiento de la zona. Anochecía cuando el jinete llegó a Sasiola, un paraje al pie de un monasterio de franciscanos, donde el río se estrechaba y un vado permitía el paso de las cabalgaduras en marea baja. Detuvo su montura en la orilla, se apeó del caballo y lo ató a un árbol. Sacó un cuenco del morral, lo llenó con agua del río y bebió con ansiedad. Luego repitió la operación y ofreció el pocillo al animal para que calmara su sed:

—Bebe a gusto *Ezker*. Todavía nos queda un buen trecho. Al llegar, tendrás tu ración de pienso y un establo con paja fresca para reponer las fuerzas.

Como si hubiera entendido el mensaje, el noble bruto dio un alegre relincho, hundió su hocico en el recipiente y sorbió el agua con fruición. Mientras tanto, el caballero sacó un pan de hogaza del talego y cortó dos rebanadas, sobre las que emparedó un trozo de queso. Terminado el refrigerio, montó de nuevo en su cabalgadura y se zambulló en el río, trotando sobre su lecho hasta alcanzar la margen izquierda. Se detuvo en la orilla y acarició el cuello del cuadrúpedo:

—*Ezker*, ya hemos cubierto la distancia más larga. Todavía nos queda una legua; iremos despacio, la travesía será cómoda para ti, mi fiel compañero.

La noche se había echado encima y el luto calaba la floresta. Una ligera bruma cubría el terreno y entorpecía la visión. Pese a conocer el distrito por haber realizado la misma ruta en incontables ocasiones, los lindes del sendero, apenas visibles, confundían al jinete, obligándole a recortar el paso. Los pocos caseríos que había en el contorno le servían de referencia para sancionar el rumbo.

Tras rebasar un promontorio, el viajero divisó el mar y percibió una negrura multiforme en la lontananza; exhaló un suspiro de alivio: ya estaba cerca de Motrico. A partir de ahí, la superficie perdía nivel y pudo acelerar el paso. Luego que alcanzó las murallas de la villa, se dirigió a la puerta de Deva donde un centinela pidió su identificación:

—¡Traigo un mensaje urgente para doña Brígida de Berriatúa!

El guardián, tras verificar el aspecto del viajero y comprobar sus credenciales, abrió la cancela y permitió el paso del jinete. La casa torre de los Berriatúa estaba al final de la rúa, al lado de la iglesia, y destacaba en una plazuela sobre el resto de edificios más modestos.

Un fuerte aldabonazo sobre la puerta retumbó en el silencio de la noche. Tras un rato de espera, una mirilla se abrió y un rostro impreciso preguntó:

—¿Quién se atreve a importunar el descanso de un hogar decente y

temeroso de Dios?
—Soy Diego de Mallea. Vengo de Éibar y tengo que ver a doña Brígida. He de transmitirle una confidencia.
El bachiller Diego de Mallea era regidor de la villa de Éibar, representaba los intereses de doña Ysabel y administraba la herencia recibida de su padre hasta su mayoría de edad.
—Doña Brígida está descansando y no le gusta que la molesten cuando duerme —respondió el criado—. ¿No podéis volver mañana?
—No tal. El asunto que me trae es singular. Os ruego que despertéis a vuestra señora y le hagáis partícipe de mi recado.
—¡Pasad pues! Atad vuestro caballo a esa argolla y tened la paciencia de esperar en el patio. Antes voy a encender una luz.
Transcurrido un tiempo, apareció Josepha, el ama de llaves. Era una mujer fornida que gobernaba la propiedad con la complacencia de su dueña. Iba vestida con un sayo de color marrón y cubría su cabeza con una cofia:
—¡Maese Diego! ¿Qué os trae por aquí a horas tan intempestivas? He despertado a mi ama y os recibirá en atención a vuestra condición. ¡Seguidme!
La fámula condujo a maese Diego a una sala bien iluminada. Doña Brígida de Berriatúa no tardó mucho en presentarse. Alta y enjuta, vestía un sencillo brial de color verde, ceñido en la cintura, que cubría su cuerpo desde los hombros hasta los pies. Ocultaba su cabello con una toca blanca. Sus facciones eran suaves y su andar reposado. Contra su avanzada edad, el porte de la dama era majestuoso:
—Déjanos, Josepha. Supongo que nuestro amigo trae nuevas importantes, a juzgar por la hora de su visita.
—Mucho lamento presentarme tan tarde, doña Brígida. La noticia es grave y no he dudado en hacer viaje tan oneroso para anunciárosla.
—¡Hablad pues!
—Esta mañana, don Joan Bautista de Elexalde, mi vecino y amigo, me ha hecho saber que el señor de Ydiáquez ha decidido transmitir el mayorazgo a su primogénito, don Martín.
—¿Cómo es posible? Ese don Martín es un secretario de Felipe II y reside en Madrid. Es hombre de letras y nunca ha demostrado interés por sus posesiones en Azcoitia. Además, don Francisco había prometido que tal distinción recaería sobre don Pedro, su segundo hijo varón.
—¡Cierto! Así lo ha manifestado en numerosas ocasiones. No entiendo su cambio de postura. Al parecer, don Martín ha venido a Guipúzcoa y ha estado un par de días en Azcoitia. Quizá ahí puede estar el origen del problema.
—¡Eso es un atropello! El enlace de Ysabel con don Pedro está condicionado a que él sea el heredero. ¡Si no hay mayorazgo, no hay

matrimonio!
—No poseo más detalles, doña Brígida, pero intentaré obtener más información.
—¡Hacedlo, maese Diego! Entre tanto, voy a convocar a los parientes cercanos el próximo domingo, después de la misa mayor, para decidir qué hacer. Confío en vuestra presencia. Para entonces, quisiera conocer todos los detalles de ese fallo. Nunca me gustó el señor de Ydiáquez. Es un viejo fanfarrón, necio y pagado de sí mismo.
—¡Contad conmigo! Ahora, doña Brígida, permitidme que me retire. Es tarde y he de regresar a Éibar esta misma noche. Mañana tengo allí asuntos que resolver.
—Voy a ordenar que os preparen un caballo de refresco. Dejad el vuestro en el establo y lo recuperáis el domingo. ¡Id con Dios, maese Diego!

4

Al terminar la misa de prima, don Bautista de Errasti se dirigió a la sacristía, se despojó de la casulla y se ajustó el manteo sobre la sotana. Dio algunas instrucciones a la serora y abandonó el templo por una salida lateral. Atravesó la calle y al poco rato alcanzó la torre de Ydiáquez. La puerta estaba abierta y penetró en su interior. Un criado le condujo a una sala donde don Martín le estaba esperando.
El párroco era un hombre de edad mediana, estatura regular y complexión robusta. Unos mofletes arrebolados adornaban su cara redonda y unos ojillos profundos y brillantes sugerían un carácter benévolo. Una nariz ceñida y algo afilada proclamaba un intelecto despierto y una voluntad firme.
A pesar de que pertenecía a una línea segundona de los Errasti, había recibido una educación esmerada. Hizo sus primeros estudios en el ámbito doméstico, con un preceptor local. Su disposición hacia las letras y su natural bonhomía le impulsaron a entrar en religión. Al concluir su formación canónica en la Universidad Pontificia de Salamanca, marchó a Roma, para completar sus estudios y obtener el doctorado en el Colegio Romano, fundado por Ignacio de Loyola. Su educación teológica se fue acrecentando y, debido a su buena aplicación, a su aptitud intelectual y a su capacidad retórica, llegó a ser un experto conocedor del dogma católico y de los principios doctrinales que emanaban de la reforma tridentina.
A su regreso, obtuvo un beneficio modesto en la parroquia de Azcoitia suficiente para subsistir. Aquello le bastaba para contener su ímpetu juvenil y le permitió dedicarse con denuedo a predicar el Evangelio, implantar la nueva liturgia, trasmitir la doctrina católica a la feligresía y contribuir a la formación de los clérigos. Cuando Don Blasio, el párroco precedente, cumplió sesenta años, don Martín de Ydiáquez —como patrono de la parroquia— le ofreció la vicaría.

—Buenos días, don Bautista. Os he mandado llamar para conocer el estado de cuentas de la parroquia. Regreso a Madrid esta misma mañana y deseo partir cuanto antes para llegar por la noche a Vitoria. Estoy preocupado con la reforma de la iglesia. En los últimos tiempos, el gasto se ha desbordado y las obras no avanzan al ritmo previsto.

En tiempo normal, los ingresos eran superiores a los gastos y la canonjía reportaba a don Martín una renta crecida. Mas, en los últimos años, la reparación de la techumbre se llevaba buena parte del presupuesto y él tenía la obligación de asumir el déficit contra su ya maltrecha economía.

—Me consta que sois un buen administrador —prosiguió don Martín— y nada puedo reprocharos. Mi padre me tiene al corriente de vuestros desvelos para evitar dispendios.

—Siempre trato de defender los intereses de la casa del Señor —alegó el ministro—. Ajusto los precios, controlo los pesos y medidas de los materiales que se incorporan a la fábrica y procuro que los canteros y artesanos trabajen a buen ritmo.

—Sí, lo sé. No pretendo censurar vuestra gestión. Sólo trato de acomodar el balance.

—Los tiempos que corren son adversos. Las rentas de los señoríos han menguado a causa de la poca actividad mercantil y los propietarios aprietan a sus colonos para compensar su pérdida de poder adquisitivo y conservar su posición social. Eso ha provocado un descenso de las limosnas y del resto de donaciones que ayudan al sustento de la curia.

—Mi padre me ha dicho que los diezmos y primicias que se percibieron el año pasado han disminuido una quinta parte. No olvido que el país atraviesa un momento delicado. La amenaza de la guerra con Francia ha reducido el comercio y no se pueden importar mercancías por la frontera de Irún. Eso ha incrementado el precio de los alimentos, muchos de ellos escasean y el pueblo empieza a pasar hambre.

—Así es —admitió don Bautista—. El casero no está para dádivas cuando no puede alimentar a su prole. Sin embargo, los gastos ordinarios se han restringido. Procuramos ahorrar por todas partes. Las congruas asignadas a los clérigos se han mantenido, pese al incremento de los precios, y no bastan para subsistir. Hemos reducido la iluminación de la iglesia y suprimido la decoración superflua. Nuestra indumentaria está llena de remiendos, gracias a la destreza de la serora que también se apaña para cercenar la despensa.

—No dudo de vuestra honradez y buena voluntad para el gobierno del curato. Sé que los problemas son múltiples y los recursos, escasos.

—El obispo nos apura para contratar un sacristán, con la excusa de que las mujeres no pueden tener contacto con los objetos sagrados del culto. No lo hacemos porque su coste es alto y nos arreglamos mejor con las dos seroras, una para el mantenimiento del templo y otra para

atender las tareas domésticas.
—Tengo entendido que las dos freilas son competentes y conocen bien su oficio.
—Aun así, nos haría falta más personal. Tras las nuevas disposiciones introducidas por el Concilio de Trento, las tareas que hemos de realizar son ahora mucho más numerosas—recalcó el vicario—. La Santa Sede quiere intensificar la labor de apostolado para que los feligreses conozcan el dogma, sin tener en cuenta que la mayor parte del clero secular—al menos, en Guipúzcoa—, no sabe de la misa la media y no conoce los fundamentos de la doctrina ni los principios de la nueva liturgia.
—Es una carencia que afecta igual a Castilla—asintió el secretario—. Roma recomienda la creación de seminarios, mas no aporta recursos financieros para su construcción. Las arcas diocesanas están exhaustas… el proceso será lento y costoso.
—Yo dedico buena parte de mi tiempo a educar a los seis beneficiados adscritos a la parroquia, mas el progreso es torpe, ya que su base académica es limitada. Además está la cuestión de la lengua. No saben latín y solamente tres dominan la lengua castellana. Así ¿cómo vamos a enseñar el Padre Nuestro a la feligresía si la mayoría no sabe leer ni escribir y sólo habla la lengua vascongada? El catecismo romano aprobado por el Concilio no se ha traducido al vascuence; en la catequesis del domingo, tengo que traducirlo de la versión castellana y luego formular preguntas para facilitar su comprensión.
—Sí—discurrió en voz alta el funcionario real—. Trento ha provocado un cambio importante en todos los estamentos de la jerarquía eclesiástica. Al principio, pareció que la reforma era inviable por su magnitud y profundidad; sin embargo, el programa no ha quedado en letra muerta y, poco a poco, se van renovando las costumbres, aunque costará algún tiempo olvidar los hábitos antiguos.
—Quizá, en las altas esferas, la reforma haya tenido éxito, pero, a nuestro nivel, las cosas no han variado tanto. Muchos eclesiásticos viven todavía en concubinato, su educación es mínima, la disciplina, inexistente, evitan ir a la iglesia y no cumplen las obligaciones litúrgicas que tienen asignadas en su beneficio.
—¡Bien, don Bautista! El tiempo se acaba y hay que concluir. Admiro la labor que estáis realizando y sabed que contáis con mi aprobación. Si la economía no cuadra, no es vuestra la culpa. ¡Dios proveerá! Mientras tanto, como los tiempos no son buenos, sugiero dilatar la ejecución de las obras, con objeto de ajustar los gastos con los ingresos, de manera que mi hacienda no sufra merma. Actuad en consecuencia. Sabéis que mi padre es vuestro interlocutor y a él podéis acudir a pedir consejo.
—Adiós, don Martín. Os deseo acierto en vuestra noble función de

secretario real y que Dios os colme de ventura.
—Id con Dios, don Bautista.
El mayorazgo de Ydiáquez acompañó al visitante hasta la escalera y esperó arriba hasta que terminó de bajar. Sentía un gran respeto por este curita de conducta recta y juicio sensato. Antes de alejarse, el vicario se detuvo, alzó su mirada y agitó la mano en señal de afectuoso saludo.

5

Aquel domingo, doña Ysabel se había acercado a la casa de Berriatúa, acompañada de Plácida de Gamboa, la superiora del monasterio de Santa Catherina, para saludar a su bisabueña.
La torre de Berriatúa era un antiguo caserón conocido con el nombre de *Sulengoa* (anterior al fuego) ya que fue uno de los pocos edificios que se salvaron del violento incendio ocurrido en 1553. Situado en la parte baja del pueblo, al lado de la iglesia y próximo al puerto de pescadores, era uno de los edificios emblemáticos del lugar y símbolo del prestigio social y poder económico de sus titulares.
Tras el incendio, el palacio había sido remodelado por doña Brígida. La fachada principal había sufrido graves desperfectos y fue preciso reparar la puerta de entrada y sustituir las dovelas del arco apuntado, añadiendo en el tímpano el escudo de Berriatúa(un árbol de sinople frutado en oro sobre fondo de plata y un lobo pasante atravesado a su tronco de sable),con una inscripción que exaltaba las virtudes del linaje. Las ventanas que facilitaban la iluminación del espacio interior habían sido transformadas mediante arcos de medio punto de influencia renacentista, sostenidos por un pilar intermedio a modo de parteluz.
Aquella mañana, había amanecido nublado y el pronóstico era lluvioso:
—Buenos días, doña Brígida. Hoy nos hemos retrasado un poco. Ha sido por mi culpa. He dormido mal por la noche y me he despertado tarde. ¿Cómo está vuestra salud?
—Bien, pequeña. A pesar de los años, me encuentro fuerte. Tu madre y tus tías me cuidan con primor. Administrar la heredad ocupa buena parte de mi tiempo y eso me mantiene. Me gusta resolver los problemas que surgen a diario, cada vez más numerosos y complicados. Los caseros escasean y las rentas disminuyen. El rey anuncia una nueva campaña contra Francia y pedirá una aportación a la provincia que las Juntas Generales no podrán rechazar y que nosotros tendremos que financiar. Además exigirá un contingente de hombres armados que reducirá aún más la mano de obra disponible en el campo y, con ello, el volumen de ingresos. Tras el desastre de la Armada Invencible, nuestro monarca se embarca de nuevo en una guerra. Como esto siga así, no sé dónde vamos a parar... ¡Hola, doña

Plácida! ¿Qué tal se porta nuestra pupila? Conocéis el gran valor que concedemos a esta joven para conseguir una alianza conyugal acorde a nuestra alcurnia.

Me consta. Doña Ysabel es un modelo de sensatez y buena crianza; su formación transcurre conforme a vuestras indicaciones. Su carácter es afable y su presencia en el convento aporta una nota de alegría que complace a la comunidad. La hermana Urrutia supervisa su programa de trabajo y me transmite los progresos.

Me agrada escuchar vuestro parecer. Y vos, Ysabel, ¿os encontráis a gusto en Areizieta?

Sí, señora. Desde mi ingreso, he sido bien acogida y tratada con aprecio. La vida allí es plácida, aunque la ordenanza sea rigurosa. Mi madre me visita con alguna frecuencia y me refiere los chismes que acaecen en la villa y los rumores que llegan de la Corte. Mi padrastro le acompaña de vez en cuando y me relata sus aventuras cuando servía en la Armada de Su Majestad.

Tened cuidado, Ysabel. Sois propensa a la fantasía y la realidad es siempre más amarga. Ya sabéis que hemos alcanzado un acuerdo para desposaros con don Pedro de Ydiáquez, a condición de que se le conceda el mayorazgo. Juntos concentráis un legado notable y tenéis el deber de administrarlo con aprovechamiento y cordura. Pronto vais a cumplir los catorce años y debéis estar preparada para ese evento.

Lo estoy, señora. Desde que fui enterada del compromiso, no dejo de pensar en lo que supone ese lance para mí: el cambio de vida, las responsabilidades conyugales, otras costumbres, la aceptación de mi persona… Mi nuevo estado me obligará a fijar la residencia en Azcoitia y alejarme de mis seres queridos. Aun así, estoy dispuesta. Ana Urrutia me ha advertido que don Pedro es un joven franco y generoso. Su padre, Joan de Urrutia, defiende los intereses de los Ydiáquez en Deva y lo conoce bien. Mi mayor deseo es celebrar cuanto antes los esponsales.

Todo a su debido tiempo, Ysabel. Aún sois una niña y necesitáis madurar. De todos modos, el contrato de boda tiene unas cláusulas que han de ser respetadas. En ello, estamos... ¡Bien! Son casi las diez. Es hora de ir a misa. Por cierto, doña Plácida, me gustaría hablar con vos sobre la administración del cenobio y las rentas que tiene asignadas. Éste no es el momento, pero nos podemos ver mañana. Os espero a las once.

Doña Brígida se quedó pensativa cuando vio partir a su biznieta. Ysabel era la única esperanza que tenía para afianzar la descendencia y, si el acuerdo se desvanecía, su valor menguaría para una alianza matrimonial entre iguales.

Cuando murió el padre de Ysabel, ella se preocupó de casar a la viuda, aun en contra de su voluntad. No fue fácil convencerla. Seis años

tardó en decidirse doña Clara y sólo lo hizo porque conocía al pretendiente, ya que eran primos, si bien políticos que no de sangre. El capitán Joan de Ybarra y Elormendi pertenecía a una rama lateral de los Ybarra, con solar en Elgóibar; se había enrolado en la Armada de su Majestad y, a la sazón, mandaba un navío de guerra que acompañaba a la flota de Indias. Cuando se casó con doña Clara, su fortuna era modesta.

Estimulado por una generosa dote que doña Brígida se comprometió a aportar, abandonó la profesión y se instaló con su esposa en la torre de Berriatúa. Aún eran jóvenes y era razonable confiar en el nacimiento de uno o varios vástagos que dieran continuidad al linaje. Pero no habían tenido ninguno y la esperanza volvía a estar en doña Ysabel.

El conflicto era grave. Desde que don Diego de Mallea le había transmitido la noticia, su mente se había concentrado en resolver el problema, basando sus reflexiones en la ruptura del compromiso actual de su biznieta. Su decisión era firme: si no había mayorazgo, no había matrimonio.

Sus conclusiones llegaban siempre al mismo punto. No había más solución que encontrar un nuevo pretendiente para doña Ysabel y casarla cuanto antes. Sí; era la única alternativa. Así lo iba a plantear en la reunión a celebrar después de misa y así lo aprobaría la familia. ¡Seguro! Nadie se atrevería a oponerse a sus designios.

6

La iglesia de Santa María la Antigua se había construido en la segunda mitad del siglo XIV, según el modelo clásico imperante: planta de cruz latina, una nave central, dos laterales y el coro situado en el crucero.

La fachada principal había sido modificada más tarde, tras el incendio de 1553. La portada gótica que franqueaba el paso a la nave central del templo había sido transformada y una torre imponente se había adosado a la iglesia. Estaba formada por cuatro cuerpos culminados por otras tantas pirámides y cada una albergaba una campana de bronce. La imagen del conjunto iglesia-torre tenía un aspecto tal que los navegantes la identificaban de inmediato cuando arribaban a Motrico, tras una larga travesía.

La misa había terminado. Los feligreses se concentraban en el pórtico de la iglesia para comentar las novedades e intercambiar opiniones sobre sus quehaceres respectivos. La mayoría eran artesanos y gente de mar que habitaban en la urbe. También había algunos colonos que laboreaban las tierras y pastoreaban los prados de la comarca, así como menestrales que trabajaban en los astilleros de la costa o en las ferrerías contiguas.

Muchos intentarían acercarse a rendir pleitesía a doña Brígida, que había ocupado el lugar preferente que los miembros de tan eminente

familia tenían reservado en el presbiterio, al lado del Altar Mayor. Pero la dama no estaba para murgas. Al término de la ceremonia, abandonó aceleradamente el templo a través de un paso directo que permitía el acceso al interior de su torre desde la sacristía de la iglesia.
Estaba preocupada. Para examinar la situación, había citado a sus deudos más allegados y a tres personas de su confianza: el vicario de la parroquia, don Joan de Vidazábal; el licenciado Lizundia, su administrador; y el bachiller Diego de Mallea quien, días antes, le había traído la infausta noticia.
El salón principal estaba situado en el primer piso. Josepha había dispuesto las sillas alrededor de una mesa de nogal alargada. El fuego había sido encendido por la mañana y un débil resplandor lucía todavía en la chimenea. El ambiente se había caldeado.
Los partícipes iban llegando. Doña Brígida se sentó en la cabecera; a la derecha, su hija doña María y su hijo Joan Ochoa con su esposa, María de Arano; a la izquierda, su nieta Clara y su marido, el capitán Ybarra. Los tres extraños, en el extremo opuesto. Los semblantes de los ocho personajes eran serios: nadie conocía el motivo de tan inesperado cónclave, pero todos sospechaban razones graves. La anfitriona inició la sesión:
—Os he convocado para comunicaros un asunto trascendental que atañe al futuro de nuestra dinastía. Todos sabéis que doña Ysabel es nuestra heredera y la única persona en la familia que puede tener descendencia. Por esta razón, hemos dedicado especial atención a preservarla de influencias perniciosas y a educarla en el juicio recto y el temor de Dios.
»Hace algún tiempo, decidí vincular todas las propiedades y, a finales del año pasado, redacté mi testamento en su favor, para cumplir el compromiso adquirido de aportar el mayorazgo de Berriatúa a su matrimonio con don Pedro de Ydiáquez.
»Sin embargo, un acontecimiento adverso que incumbe al proyecto ha ocurrido esta semana. Don Diego ha recibido testimonio de un suceso que modifica el panorama de forma contundente. Él mismo os contará lo sucedido:
—Como sabéis, don Bautista de Elexalde es regidor de Éibar y persona de importancia. Además de un parentesco lejano, me une a él una católica amistad; no en vano, hemos realizado juntos servicios varios a la provincia, por encargo de las Juntas Generales. Está casado con una hermana de don Pedro de Ydiáquez y, por su mediación, he sabido que don Francisco ha decidido transferir el mayorazgo a su primer hijo varón, don Martín. Al parecer, los derechos de primogenitura han prevalecido en la opinión del viejo. Eso significa que don Pedro sólo heredará el señorío a la muerte de su hermano.
—¿Qué edad tiene don Martín?—preguntó doña Clara.

—Cerca de cuarenta. La vida en la corte es tranquila y hay que augurarle larga existencia. Es hombre vigoroso y de buena salud. Parece que ha salido al padre; el viejo don Francisco ha tiempo que cumplió los sesenta, pero todavía corre detrás de las mozas como un lechuguino adolescente.

—En tal caso, el convenio es nulo, puesto que se incumple la cláusula más relevante—advirtió el capitán Ybarra—. ¿Cuál es vuestra impresión, licenciado?

—Tenéis razón, capitán. Si eso es cierto, el contrato se rescinde de forma automática y las dos partes quedan libres de compromiso. ¿Se ha recibido alguna declaración de la casa de Ydiáquez?

—Ninguna—proclamódoña Clara—. La única noticia es ésta que acabamos de escuchar.

—En tal caso, sugiero esperar. No procede adoptar ahora ninguna medida legal hasta no tener confirmación oficial del nombramiento.

—¡Esto es un ultraje!—estalló doña Brígida que, hasta ese momento, había contenido su enojo—. Nunca debimos procurar el entronque con esa ralea. Es gente vil y pendenciera que ha obtenido su fortuna en guerras y banderías, saqueando fundos y apropiándose sin rubor de feudos ajenos bajo el amparo de la monarquía a quien sirve con sumisión extrema.

—Si don Pedro no es el sucesor—sentenció el capitán—, el casamiento no procede.

—Licenciado—prosiguió doña Brígida—, vos conocéis bien todas las cláusulas del contrato. Quiero que preparéis una demanda contra el señor de Ydiáquez, reclamando los perjuicios que su fraude provoca a nuestra empresa. Tomad en cuenta que doña Ysabel es la heredera del señorío de los Berriatúa; tras este desplante, su dignidad ha sido maltratada y mermada su valía conyugal. Además nuestro honor ha sido ofendido y el causante merece un severo castigo.

—Pensad, doña Brígida, que el clan Ydiáquez es muy poderoso. No sólo don Martín es secretario del rey, sino que su tío don Juan es miembro del Consejo de Estado de su Majestad y ocupa un puesto relevante en la corte.

—Perded cuidado. Nuestro linaje tiene tanta o más calidad que el de los Ydiáquez. ¡Veremos quién tiene más fuerza!

—¿Sabe Ysabel lo que pasa?—preguntó su madre.

—Ha venido antes de misa y nada sospecha—respondió doña Brígida—. En cualquier caso, es preferible que no se entere. Mañana hablaré con la abadesa y le daré instrucciones al respecto.

—Si se rompe el pacto, tendríamos que buscar otro pretendiente—apuntó el capitán.

—Dejaremos pasar algún tiempo para que Ysabel se sobreponga—prosiguió doña Brígida—. Mientras tanto, tendremos que

analizar qué otros candidatos hay disponibles.
—Conozco a un posible aspirante —sugirió el capitán Ybarra—. El señor de Urberuaga, titular de una ilustre familia en la localidad vecina de Marquina, se ha quedado viudo. No tiene descendencia y busca consorte. Es hombre maduro y el negocio se podría cerrar con prontitud. No tomaría en cuenta el incidente que nos ocupa.
—He oído hablar de él; es una alternativa a tener en cuenta —arguyó doña Brígida—. Su acervo es cumplido y su natural, afable; por el contrario, su fertilidad, incierta. En la circunstancia actual, es más importante la venida de un vástago que acrecentar el patrimonio. No obstante, se podría explorar su disposición.
—Me preocupa mi hija —apuntó doña Clara—. Es una joven romántica y soñadora. Habrá creado un mundo de ilusión alrededor de su prometido, aun sin haberlo visto nunca. Si descubre que tratamos de casarla con otro hombre, su sensibilidad impúber sería vulnerada...
—Ysabel es una mujer firme y con capacidad de sacrificio —sentenció doña Brígida—. Es consciente del papel que ha de representar y no se arredrará. En cualquier caso, será mejor mantenerla en la ignorancia. También es testaruda y capaz de arruinar la operación con algún acto precipitado o inoportuno. Prevendré a la superiora para que intensifique su vigilancia.
Doña María de Arano había escuchado el planteamiento y no había intervenido en la controversia; nunca lo hacía. Se había revuelto varias veces en su asiento, pero había permanecido en silencio. El testamento de doña Brígida a favor de doña Ysabel no era de su agrado; consideraba que su esposo, siendo su único hijo, tenía más derechos que su biznieta. No entendía por qué había sido apartado de la herencia. Las alegaciones de una supuesta debilidad mental le parecían exiguas. Le sublevaba la conformidad de su marido; nada reclamaba, nada exigía y se atenía a la escasa renta que su madre le había asignado. Pero seguía callada.
—Por el momento, será mejor no divulgar la noticia —concluyó doña Brígida—. Cuando consiga más información, nos volveremos a reunir para tomar las medidas que correspondan. Ahora, sólo cabe esperar y guardar el secreto.

7

La abadesa había llegado con antelación a la cita. Sabía que doña Brígida era estricta con la puntualidad. Se inquietó al verla entrar en la sala acompañada del párroco, don Joan de Vidazábal. No le gustaba el dómine: fatuo y adulón, era servil con el notable y cruel con el dócil.
—Buenos días, doña Plácida. Me conforta seguir el curso educativo de doña Ysabel y los esfuerzos que dedicáis a su formación. Pronto cumplirá catorce años y debe estar preparada para consentir

matrimonio provechoso. Areizieta es lugar adecuado para su residencia y me halaga saber que se encuentra a gusto. ¿Qué nuevas me traéis del cenobio?

—Pocas y sinónimas, doña Brígida. Las obligaciones son muchas y los dineros, escasos. Doña Ysabel es la única alumna que tenemos en custodia, acorde a vuestra disposición, y los ingresos han disminuido. Aun así, confeccionar ropa, trabajar el campo y atender la huerta ocupan buena parte de la jornada de la comunidad.

—¿Cómo va la cosecha de este año?

—Los naranjos que sembramos hace algún tiempo han tomado cuerpo y darán fruto en otoño, a pesar de las dudas que teníamos sobre su adaptación al terreno en un clima tan húmedo. Hemos ampliado la plantación de manzanos porque la producción del año pasado se vendió a buen precio para hacer sidra. Bien nos vendrá, porque los demás productos de la huerta van cayendo año tras año. Hay poco dinero y la gente no gasta. El número de indigentes ha aumentado y muchos son los que acuden a nuestro albergue a pedir provisión. Las puertas están abiertas y nadie retorna sin pitanza. Nueces, pan y sidra ayudan a recobrar aliento.

—Señora, olvidáis nuestro mandato —protestó el vicario—. El Concilio de Trento proscribe los monasterios situados en despoblados, como el de Areizieta. Por el momento, no disponemos de otro emplazamiento para el vuestro, pero sí tomar algunas precauciones. El obispo nos exige controlar los conventos ubicados fuera de las urbes para que cumplan una serie de preceptos. Es preciso evitar que las monjas salgan del claustro y tengan contacto con el siglo. Su misión es el retiro espiritual y el contacto íntimo con Dios, a través de la oración y la penitencia. En la medida de lo posible, conviene que dediquen más tiempo a estos menesteres y menos a las labores domésticas y al trato mundano.

—Pero, padre, nosotras siempre hemos acatado la norma de San Agustín y perseverado en el amor al prójimo. El fundamento de nuestra orden es servir al necesitado y ayudar al desvalido, como manda Cristo Nuestro Señor. Multitud de labriegos trabajan de sol a sol y apenas obtienen rendimiento suficiente para alimentar a su prole. Los niños pasan hambre y crecen desamparados. Muchos padres los hacen trabajar desde pequeños, pero otros los envían a nuestra casa para ser educados en los fundamentos de la Religión Católica.

—Areizieta está en un paraje aislado y poco apropiado para garantizar la seguridad de sus moradoras —recalcó el sacerdote—. Madre, a partir de ahora, cuidaréis para que las novicias permanezcan recluidas y dedicadas a la oración con más intensidad, sin abandonar sus quehaceres cotidianos.

—Vuestra merced sabe que no tenemos capellán. Hemos acondicionado

el zaguán como capilla, pero sólo se utiliza para los rezos.
—Conserváis la dispensa para acudir al pueblo a oír la misa y asistir a los demás oficios religiosos.
La priora se sentía incómoda. La presencia del clérigo le aburría. Siempre recibía reproches y nunca voces de ánimo.
—Sería pertinente —intervino doña Brígida dirigiéndose a la monja— que proveyerais para dotar al lugar de un cerramiento más firme. La torre es vulnerable y la puerta, frágil, aunque la atranquéis por la noche.
—Nuestro peculio es exiguo y la bolsa, endeble, señora. Las limosnas han menguado en estos últimos tiempos y nuestra ecónoma hace milagros para sufragar los deberes.
—Sí, tenéis razón. Cuando asumí el patronato del convento, tenía asignada una renta que no se ha actualizado. He dispuesto ampliar la dotación, a condición de que procedáis en los términos que don Joan ha formulado. Un cerco más sólido debe ser construido alrededor de la finca y, a su conclusión, podréis erigir una pequeña capilla para el culto exclusivo de la congregación, con objeto de conservar la clausura.
—Nuestro obispo persiste en las recomendaciones de Trento —apostilló el ministro—. A partir de ahora, los nuevos monasterios se fundarán dentro de los núcleos urbanos y los viejos se irán trasladando poco a poco. El Pontífice prohíbe expresamente el sistema monacal abierto, vigente hasta épocas recientes, e impone el modelo cerrado para prevenir que los frailes reciban influencia externa y sean infectados por herejías, como esa aberrante doctrina que predican los discípulos de Lutero por Europa.
—Bien, doñaPlácida, ya conocéis la opinión de Nuestra Santa Madre, la Iglesia: actuad en consecuencia —concluyó la dueña—. Ahora os tengo que anunciar una noticia desgraciada. Ya sabéis que doña Ysabel está prometida a don Pedro de Ydiáquez, a condición de respetar ciertos requisitos. Al parecer, se ha quebrantado el más relevante, ya que don Pedro ha sido relegado del mayorazgo en beneficio de su hermano mayor.
—Es un contratiempo grave.
—Grave y concluyente. Todavía no tenemos una versión directa de los hechos, pero todo indica que don Pedro sólo será titular del solar de los Ydiáquez, en caso de fallecer don Martín sin sucesión. Bajo esta tesitura, no podemos consentir el dicho casamiento, que resultaría lesivo para los intereses de nuestra familia. El convenio será anulado.
—Será un golpe muy duro para la pobre niña —subrayó alarmada la religiosa.
—Ignoro cómo reaccionará don Pedro —prosiguió doña Brígida, sin apreciar la emoción de doña Plácida— tras el rompimiento. No

conozco al muchacho; dicen que es gallardo y con sapiencia, aunque algo vehemente. Mas recelo algún gesto desabrido por parte de sus mayores. Es importante que, por el momento, doña Ysabel ignore la novedad y que la controversia sea mantenida oculta, al menos, hasta concertar un nuevo compromiso.

—No será fácil guardar el secreto.

—Aleccionad a la comunidad, especialmente a Ana Urrutia, su preceptora. Vigilad a la doncella y tomad precaución para impedir trato externo y acceso de allegados impropios.

—Insisto en que hagáis cumplir las instrucciones que os he dado —perseveró el párroco—; en caso contrario, me veré obligado a informar al obispo.

La monja dirigió su mirada hacia el vicario y no pudo evitar un sentimiento profundo de enojo... Sí, el párroco de Motrico no era santo de su devoción.

8

Amanecía cuando las monjas estaban tomando su primera colación en el refectorio. Mientras lo hacían, la abadesa dictaba las labores asignadas a cada novicia para ese día. Por encima del afán de la Iglesia a imponer la clausura, las internas apetecían el trato mundano, como lo habían hecho siempre. Se debatían entre la obediencia que habían prometido a su ingreso y el deleite de conservar la conexión con la feligresía. El retiro no era práctica habitual cuando decidieron profesar y pensaban que era una norma postiza que no tenían que observar.

Concluido el desayuno, doña Plácida recabó la audiencia de Ana Urrutia:

—Hermana, doña Brígida me ha requerido para tomar precauciones en torno a doña Ysabel. Es preciso reforzar la vigilancia de la joven y evitar su contacto con el exterior. A partir de este momento, no podrá salir del recinto ni recibir visitas, salvo las de sus parientes más allegados. Conviene que mantengáis vigilia constante y que denunciéis cualquier anomalía.

—¿Ocurre algo especial?

—Por el momento, no puedo decir nada más. Son órdenes que he recibido de doña Brígida. Bajo ningún pretexto, doña Ysabel debe de conocer las nuevas disposiciones. Cualquier conflicto ha de ser resuelto con discreción. Bien, eso es todo. Podéis retiraros y acudir a clase con vuestra alumna.

Ana Urrutia recibió el discurso con agitación. No se sorprendió, porque conocía el fundamento. La víspera había bajado al pueblo y se había encontrado con doña María de Arano quien le había contado el trato convenido en la reunión del domingo y el deseo de su padrastro de casarla con el señor de Urberuaga.

¡Vaya conflicto! Sabía que la niña estaba comprometida con don Pedro y conocía su carácter; su decisión de desposarse con él era firme y no aceptaría el cambio de pretendiente. Por la noche, había estado pensando qué partido tomar y había decidido defender a su pupila y actuar en su favor, en contra del riesgo que corría al enfrentarse a una dinastía tan poderosa.

—Buenos días, doña Ysabel. Hoy nos toca clase de gramática. Si algún día tenéis que ir a la Corte, es bueno que aprendáis a expresaros en la lengua castellana.

—Buenos días, mi buena Ana. No comprendo para qué sirven vuestras enseñanzas. Mi madre no sabe leer ni escribir; dice que esas cosas no son propias de mujeres. Mas confío en vos. Sé que veláis por mi felicidad y hasta estoy dispuesta a aprender la aritmética que tanto me cuesta. Hoy terminaremos antes la sesión. Mis padres vienen a visitarme a media mañana. Ayer lo hicieron también. Estoy sorprendida por estas repentinas muestras de afecto. Ya sabéis que mi padrastro no goza de mi estima. Es un hombre cortés, pero me disgusta su arrogancia. Mi madre lo respeta y hace todo lo que él dice...

La monja miró a la niña con ternura. Se debatía entre la obediencia y el afecto. Al final, se impuso el sentimiento:

—¡Doña Ysabel! Yo conozco el motivo de esas visitas. Estoy confundida. Un enredo se ha urdido en torno a vuestra persona y siento el deber de ponerlo en vuestro conocimiento, a pesar de que he prometido guardar el secreto; el cariño que os dispenso me obliga a revelaros la verdad.

—¡Una intriga! Contadme, Ana, contadme, aunque hayáis de atribular mi corazón.

La monja le refirió la decisión que había tomado don Francisco con respecto al mayorazgo.

—Esta noticia ha llegado a oídos de doña Brígida. Se ha enfadado tanto que ha decidido anular vuestra boda. Por el momento, prefiere mantener el silencio y estrechar la vigilancia sobre vuestra persona para evitar todo contacto con el exterior, especialmente, con don Pedro y sus compinches. Ha ordenado ocultaros la situación porque espera resolver el caso con prontitud. Por eso, vuestra parentela os visita ahora con asiduidad, especialmente, vuestra madre.

—¡Eso es imposible! Vos sabéis que estoy comprometida con don Pedro y que nada ni nadie me hará cambiar de opinión. Además ¿qué importancia tiene que él sea el segundo heredero? Es razonable que el mayorazgo sea para don Martín. Es el primer hijo varón y hombre de seso y cordura. Tiene cuarenta años, es viudo y no tiene hijos. Tarde o temprano, la hacienda caerá sobre don Pedro. Somos jóvenes y podemos esperar.

—Aún hay algo más.
—¡Gran Dios! ¿Qué nuevos peligros me acechan sin yo saberlo? Continuad, Ana, os lo ruego. ¿Qué más ha tramado el clan a mis espaldas?
—Al parecer, os han encontrado un nuevo pretendiente. Se trata del señor de Urberuaga, un hombre viudo y sin hijos que ha rebasado los cuarenta. Su hacienda es regular, posee torre en Marquina y ha dado su plácet para este enlace. Según me ha contado doña María de Arano, todo está arreglado. Vuestro padrastro está singularmente complacido con el nuevo candidato, a quien le unen viejos lazos de amistad.
—¡Perdición! Jamás aceptaré por compañero a otro hombre que no sea Pedro. Si me separan de él, no queda más suerte que la muerte.
—¡Oh, no! Doña Ysabel, no penséis de tal guisa. Esa no es la solución.
Ana de Urrutia, desolada, miró a la niña. Recordó la historia que ella misma había padecido en su juventud y creyó oportuno referírsela para consolar a quien con tanta pena se dolía. Esto es lo que dijo:
—Cuando tenía dieciséis años, yo también viví una aventura similar a la vuestra. Nunca os la he contado y quizá éste sea el momento adecuado. Una vez, estuve prometida con un joven marinero, hijo de un armador de Deva. Era noble y generoso, alegre y bullicioso. Una noche, al regreso de una larga y fructífera jornada de pesca, junto a sus compañeros de faena, acudió a la taberna para celebrar su suerte.
»A la mañana siguiente, su cadáver se encontró en la playa, atravesado por el acero de un desalmado cuya identidad jamás se supo. La gente murmuró que la mano de Nicolás de Sarasúa estaba detrás del accidente. Este individuo era un indiano retornado que pretendía mi mano y acosaba a mi padre con el señuelo de su pingüe fortuna labrada en el nuevo continente, ¡a saber con cuántas infamias y atrocidades!
»Creí morir de dolor. Me encerré en casa y no quise salir durante varias semanas. Al final, gracias a los cuidados de mi padre—mi madre falleció cuando yo era niña—, fui recuperando el temple, pero prometí respetar el recuerdo de mi amante y mantener el celibato. Así decidí entrar en religión. María de Arano intercedió para que pudiera ingresar en el convento de Santa Catherina, sin aportar dote. Cuatro años llevo residiendo aquí y aquí he vuelto a recuperar la felicidad que un día creí haber perdido para siempre.
—¡Oh! Ana, mi buena Ana. Resulta difícil comprender que hayáis padecido semejante amargura. ¡Vos! Siempre sonriente y rebosante de júbilo... Lamento vuestra desgracia y admiro la entereza que demostrasteis ante semejante iniquidad. Mas ése no es el remedio que yo necesito; nunca se me ocurriría tomar el hábito: no podría vivir encerrada mucho tiempo. Mi sitio está junto al hombre que amo, a quien he entregado mi alma para siempre, apoyando sus proyectos y

compartiendo sus desvelos. Mi deseo es tener numerosa prole y luchar por mejorar la posición social que me corresponde. Si todo esto no es posible, la muerte es la única salida.

—¡No digáis eso, doña Ysabel! La muerte no es la solución para los problemas de este mundo.

—No os preocupéis, Ana, eso nunca sucederá. No conseguirán su objetivo... Pero es preciso actuar con prontitud. Si vuestro padre sigue dispuesto a ayudarnos, decidle que vaya a Azcoitia y hable con don Pedro para que venga a Areizieta lo antes posible. Pero esta vez, la cita será nocturna, a las doce de la noche, cuando todo el mundo duerma.

—Mañana viene a verme y se lo diré.

—Mi plan es celebrar entonces la ceremonia de nuestro casamiento, a la antigua usanza. Bastará nuestra libre voluntad y el testimonio de dos personas: una seréis vos, mi buena Ana, y la otra, uno de los criados que acompañen a don Pedro. En su presencia, el mutuo consentimiento es suficiente para validar el compromiso.

—Contad conmigo, doña Ysabel. Pero antes deberíais de reflexionar sobre el paso que vais a dar. No os dejéis arrebatar por el impulso de vuestro sentimiento y pensad en la importancia de la acción y en las consecuencias que acarrea.

—Es una decisión firme, Ana. Conozco a doña Brígida: es implacable como un inquisidor y no cejará hasta conseguir su empeño. Si ha decidido desposarme con ese hombre, pondrá todos los medios a su alcance para conseguirlo. La única salida es llevar adelante esa maniobra.

—Tenéis todo mi apoyo. Me conforta ayudar a quien defiende sus ideales y no teme perderlo todo por conservar su amor. Sois valiente y lucharé a vuestro lado.

—También yo admiro la generosidad de vuestro corazón que se arriesga por una causa noble, sin pedir nada a cambio. Mas no os preocupéis, Ana; todo saldrá bien. Ya lo veréis... Me temo que hoy nos quedamos sin clase de gramática. Los acontecimientos se precipitan y hay que actuar con sigilo, para no despertar sospechas, como si todo siguiera el mismo curso. Ahí viene mi madre, acompañada de mi padrastro. He aquí mi primera prueba. ¡Deseadme valor!

9

María de Arano había nacido en Deva, hija de un letrado de la localidad y de su criada. Su madre, a la que no había conocido, tras el parto, había vuelto al hogar paterno, en Icíar, con una pequeña renta vitalicia que sirvió para reparar la ofensa y enmendar la maltrecha economía doméstica de su familia.

Doña María se había criado con su padre que poseía una hermosa casa en el centro de la villa. Su infancia había sido holgada, aunque algo

triste y monótona. No tenía hermanos y un aya se había ocupado de su formación. Sabía leer y escribir el castellano, además de hablar la lengua vernácula. La habían educado para el matrimonio, con el atractivo de aportar una dote holgada.

Pese a ser una mujer robusta y de buena apariencia, su origen le impidió encontrar aspirante de condición, lo cual había extraviado su carácter. Al borde de los treinta, se había desposado con don Joan Ochoa de Arriola y Berriatúa, un hombre falto de juicio, víctima de frecuentes ataques epilépticos, cada vez más violentos, que le impedían el ejercicio de su libre voluntad y con quien no había tenido descendencia. A su cuidado, vivía en el palacio de Berriatúa.

Como todos los días, doña María había acudido a la misa matinal en la parroquia. Al término del oficio, se dirigió presurosa a la salida por la puerta principal: quería abordar a Ana Urrutia para que le explicara cómo había recibido la noticia doña Ysabel.

Daba por sentado que la monja habría transgredido su promesa y revelado a la niña el propósito de doña Brígida, ya que no ignoraba el cariño maternal que profesaba a su pupila y la estrecha amistad que las unía.

Tenía interés en provocar discordia. Cuando escuchó el complot que se había urdido, vio una oportunidad para recuperar los derechos de su esposo a la herencia de Berriatúa. Si doña Ysabel no acataba los deseos de doña Brígida□esoesperaba que sucediera, dada su fortaleza e independencia de carácter□ e insistía en contraer nupcias con su galán, quizá *la vieja* decidiera modificar el testamento, en cuyo caso, el heredero no podía ser otro que su consorte, el único hijo varón vivo, por encima de los síntomas de demencia que manifestaba.

De hecho, unos días antes, había buscado deliberadamente a la novicia para contarle el suceso y tergiversado los hechos, aseverando que la decisión de casar a doña Ysabel con el señor de Urberuaga era firme cuando, en realidad, sólo se había citado su nombre como un posible candidato. Además, había afirmado que el sujeto había aceptado y que los esponsales podrían celebrarse en breve plazo.

□¡Buenos días, sor Ana! ¿Cómo se encuentra doña Ysabel?

□Regular, doña María. Contra mi promesa de guardar el secreto, no pude contener mi genio y le conté lo que sabía. Es una muchacha fuerte y templada, pero la noticia la conturbó. Primero se indignó al no comprender las razones que habían instigado a doña Brígida a tomar una decisión de tal magnitud sin contar con su consentimiento. Más tarde, su ánimo decayó y me consta que ha llorado amargamente, a solas, en su habitación. Finalmente, su coraje ha triunfado y ha recuperado el entusiasmo.

□Doña Ysabel es una joven animosa y no se amilanará.

□Doña María, os tengo en gran consideración y creo que vuestro

corazón es honesto. Amáis a vuestra sobrina y veláis por su bienestar. Os debo reconocimiento y siento la obligación de descubriros sus intenciones. Pero ruego encarecidamente a vuestra merced que mantenga el secreto: doña Ysabel ha decidido casarse con don Pedro. El joven acudirá a Areizieta y, de alguna forma, celebrarán sus nupcias de acuerdo con el uso antiguo. Os suplico, señora, que guardéis el más completo silencio, ya que, de otra forma, las consecuencias pueden ser funestas. Si alguien impide este acto, doña Ysabel puede cometer una imprudencia grave. Está firmemente convencida y un obstáculo la puede ofuscar hasta provocar una desgracia.

—Os agradezco la confianza que me otorgáis y el cuidado que demostráis hacia mi sobrina. Mis labios están sellados y nadie tendrá conocimiento de las intenciones de doña Ysabel. Os lo prometo.

—Yo la ayudaré en todo lo que pueda. Es una joven sensible y bondadosa. Sus valores son dignos y su lealtad, inquebrantable. Soy consciente del riesgo que asumo, mas estoy dispuesta al sacrificio. Ella merece ser feliz en esta vida, la aventura vale la pena.

—También yo quisiera demostraros mi gratitud por la ayuda que le prestáis. Sé que ella elogia vuestra virtud y aprecia vuestra amistad.

—Bien, señora, debo marcharme. Tengo que cumplir algunos recados en el pueblo antes de volver al cenobio. Espero que este asunto termine pronto y con satisfacción.

María de Arano estaba contenta. Percibía que el proceso discurría en su provecho. Por el momento, todo iba bien, pero tenía que estar atenta a su desarrollo para actuar si algo se torcía. Claro que guardaría el secreto: ella era la primera interesada en que los acontecimientos siguieran su curso, tal y como se estaban produciendo. Cuando doña Brígida se enterara de la boda de doña Ysabel, montaría en cólera y podría reaccionar violentamente, incluso hasta excluirla del testamento que había dictado a su favor tres meses antes. Sí; todo acaecía de forma conveniente. Sólo había que esperar.

10

Ysabel estaba despierta. Una aflicción profunda había invadido su alma y se sentía abandonada. Su entorno legal se oponía al proyecto de su vida, el deseo más vehemente sobre el que había depositado todos sus anhelos juveniles. Los intereses del clan estaban por encima de su persona y no tenía libertad para disponer de su existencia.

Mas no había espacio para el desaliento. Era necesario sobreponerse y superar los obstáculos. Ella era dueña de su propio destino y no podía aceptar ninguna servidumbre ajena a sus intereses. Había que actuar con prontitud y adelantarse a las intrigas de la familia.

La víspera, su madre había ido a verla en compañía de su cónyuge. La imagen de mujer fuerte que recordaba de sus años infantiles se había disipado. Cuando su padre murió, ella era una niña, mas recordaba su

profundo llanto, vestida de negro, delante del cadáver de su marido. Tras seis años de viudedad, hacía dos que se había vuelto a casar contra su voluntad, según decía la gente y los afectos empezaron a cambiar.

La visita había sido breve y la conversación, trivial. Ella tampoco estaba con ánimo para muchos sermones. En general, el trato solía ser afable, aunque poco espontáneo. Su madre apenas habló y, cuando lo hizo, titubeó y se mostró nerviosa.

El capitán marcaba el ritmo de la conversación y atajaba las intimidades. Comentó algunos chismes del pueblo y refirió el reciente asalto que el corsario inglés Drake había realizado a la isla de Izaro, en Bermeo, y el saqueo de la iglesia de San Joan de Gaztelugatxe. Estaba inquieto ante el rumor de la formación de una Armada de Guerra en La Rochelle para atacar la costa guipuzcoana, ya que Motrico tenía a muchos de sus hombres en las pesquerías de Terranova.

A la hora de despedirse, su madre la había mirado de una forma especial, como queriendo transmitir un afecto que no podía demostrar. Fue un instante corto, pero ella captó el mensaje con nitidez. Lo vio claro. La trama que habían montado le había creado desazón y no sabía cómo reparar su acción. Primero, intentó justificarla por esa muestra de cariño, pero luego comprendió que nunca sería capaz de enfrentarse a doña Brígida, aunque fuera a costa de la felicidad de su hija tan querida...

Esa misma mañana, había recibido también la visita de sus tíos. Joan Ochoa de Arriola era un hombre espigado y de buena planta; aunque había cumplido los cincuenta, mantenía una larga cabellera blanca que le daba un aspecto distinguido. Era cariñoso en sus momentos lúcidos, tal cual aquella mañana. María de Arano siempre estaba a su lado. Cuidaba a su marido con excesivo celo y había sometido su voluntad. También el encuentro había sido corto y el diálogo, vulgar.

Demasiadas visitas en poco tiempo. ¿Habrían ya cerrado el acuerdo de su nuevo matrimonio? ¿Por qué nadie le daba noticias? Sí, había que anticipar los acontecimientos. El padre de Ana ya había confirmado la visita de don Pedro para el viernes, a medianoche y aceptado el plan propuesto. El enlace en secreto serviría para detener los designios de doña Brígida, al menos, de momento. Pero ¿qué pasaría luego? ¿No podrían alegar que el casamiento había sido contra su voluntad y, al no estar consumado, declararlo nulo?

Había que dar algún paso más. ¡Sí! La única solución era la fuga: simular un rapto por su amado e irse a vivir con él a un país lejano, como había leído en los libros de caballería... Mas no. Eso supondría perder la herencia que le pertenecía y privar a su descendencia del rango social que le correspondía por nacimiento. ¡No! Su sitio estaba

allí, junto a su esposo, aun a costa de aguantar el enojo de su familia. Al final, terminarían por comprender que la maniobra había sido conforme cuando Dios bendijera la unión con un vástago capaz de asumir el mayorazgo de los dos linajes.

11

La cena había terminado y las novicias abandonaban el refectorio para dirigirse a la capilla y realizar los últimos rezos nocturnos antes de retirarse a descansar. Ana Urrutia acompañaba a doña Ysabel a su aposento:

—Estanoche viene don Pedro —susurró Ana—. Estará apostado enfrente del monasterio a la espera de una señal. Tendremos que estar atentas y no despertar sospechas. Mi cama está cerca de la puerta de la *ganbara* (desván, camarote) que sirve de dormitorio colectivo. Un poco antes de medianoche, saldré sin hacer ruido y me acercaré a vuestra celda. A esa hora, las monjas duermen con sueño profundo. Tocaré la puerta con los nudillos. ¡Estad preparada!

—¿Cómo podré pagaros tantos desvelos? Sé lo mucho que arriesgáis en esta empresa. Sin vuestro concurso, todo sería imposible.

—Si no hay contratiempos, podremos alcanzar la portería, abrir la barbacana y hacer la señal para que don Pedro se acerque. Mientras vos platicáis con vuestro amante, yo estaré vigilante.

—Todo saldrá bien. Mi causa es justa y noble. Dios nos asistirá. Con su bendición, esta noche, don Pedro y yo nos casaremos y, aunque no sea como lo manda la Santa Iglesia Católica, será válido ante Él, por ser esa nuestra firme voluntad.

—Paso importante dais en vuestra vida, doña Ysabel. Os veo firme y resuelta. El riesgo es elevado, mas no tenéis otra opción. Ahora, he de recoger la cocina y, más tarde, simularé cerrar la puerta del pabellón, antes de apagar las velas y marcharme a dormir.

Ana de Urrutia se había acostado vestida. Cuando las campanas de la iglesia del pueblo dieron las doce, se levantó con sigilo y salió del dormitorio sin hacer ruido. Doña Ysabel abrió la puerta de su celda al primer toque. Se estrecharon las manos como símbolo de su osadía, bajaron a la planta baja y salieron al exterior. Un intenso silencio se había apoderado del lugar. La oscuridad era completa. Recorrieron el sendero que conducía a la portería y abrieron la aspillera que permitía la identificación del visitante. Pedro se acercó al instante:

—¡Ysabel! ¿Estáis bien? Joan de Urrutia me ha entregado el mensaje y he venido presto. ¿Os ocurre algo?

—No, Pedro. Mi salud es perfecta. El motivo de mi llamada es otro. He sabido que vuestro padre ha decidido conceder el mayorazgo a vuestro hermano Martín. El fallo no me ha sorprendido. Pero doña Brígida ha reaccionado de modo violento y ha ordenado anular nuestro compromiso.

¡Eso no puede ser! Hay un contrato firmado y hay que respetar sus cláusulas.
Ella interpreta que se ha violado un requisito fundamental. ¿Es verdad lo del mayorazgo?
Es cierto. Finalmente, mi padre ha decidido que sea Martín el heredero del solar de los Ydiáquez. Comprendo las razones que le asisten y la procedencia de su elección. Pero eso no supone ningún obstáculo a nuestro proyecto.
Yo también lo encuentro razonable. Al fin y al cabo, él es el primogénito.
Martín es viudo y no tiene hijos; ha manifestado su intención de conservar la viudedad y, por lo tanto, a su muerte, yo seré el sucesor de todos sus bienes. Me lleva veinte años y es razonable que él fallezca antes que yo. Aunque así no fuera, el testamento estipula que mis derechos se transmitan a nuestro primer hijo varón, con lo cual, la continuidad de la dinastía queda asegurada.
Sería importante que doña Brígida comprendiera este argumento, pero pienso que ya es tarde.
¡Ysabel! Es preciso convencerla de que ésta es la mejor forma de asegurar la descendencia. Somos jóvenes, nos amamos y tendremos una numerosa prole. Nuestra unión permitirá consolidar el dominio de media docena de señoríos y constituir uno de los linajes más poderosos de la provincia.
Tenéis razón. No importa esperar unos años hasta poder disfrutar de nuestra hacienda. Tenemos ahora recursos suficientes para atender a nuestras necesidades inmediatas. Mas doña Brígida no comparte este parecer. Es orgullosa y terca y no cambiará de opinión.
¿Cómo os habéis enterado de la noticia? inquirió el joven.
Ana me lo ha contado y ella lo sabe por mi tía, María de Arano. Aun sin tener una confirmación oficial de la decisión que ha tomado vuestro padre, doña Brígida se ha apresurado a rescindir nuestro contrato matrimonial, alegando dote desigual.
¡Cómo se ha atrevido a tal desatino! ¿Ha sido capaz de anular la boda sin pedir una aclaración?
Sí. Incluso se ha inventado un nuevo candidato y quiere que me case con él cuanto antes. Mi padrastro está encantado con el nuevo pretendiente. Se trata del señor de Urberuaga, un rico viudo que vive solitario en su torre de Marquina y que fue su compañero de armas en los mares del Caribe.
El mancebo dio un respingo. Su rostro atribulado contuvo la expresión. Apenas fue capaz de susurrar:
¿Y vos qué pensáis, Ysabel?
¡Pedro! No os aflijáis. Sabéis que os amo y que nunca entregaré mi corazón a nadie, salvo a vos. En los primeros momentos, cuando recibí

la nueva, estaba desesperada. Incluso pensé en la muerte si me obligaban a separarme de vos... Poco a poco me fui serenando. Desde entonces, he tenido tiempo para reflexionar y he tomado una resolución.

—Contadme, Ysabel.

—Es forzoso que nos casemos cuanto antes, ahora mismo, según el viejo rito. Así conjuramos el primer peligro.

—Nada me produce mayor contento. Tiempo ha que sueño con ese objetivo. Siendo marido y mujer, nadie se interpondrá entre nosotros.

—No es tan obvio. Si se enteran que ya estoy desposada, son capaces de alguna nueva locura, como encerrarme de por vida en una clausura. Por esa razón, a partir de ahora, ya no puedo continuar aquí; tengo que abandonar Areizieta y huir fuera de su alcance.

—Me sorprendéis, Ysabel. ¿Creéis que doña Brígida sería capaz de tamaña crueldad?

—No podemos correr el riesgo. Si seguimos adelante con el casamiento, tenemos que preparar la fuga. Para ello, cuento con vuestra asistencia.

—Yo os sacaré de aquí y os conduciré a nuestro palacio en Azcoitia. Allí seréis bien recibida por mi familia que os atenderá con esmero. Mi madre es dama virtuosa y, a su lado, os sentiréis a gusto.

—Sí; creo que eso es lo más acertado. Cualquier otro destino sería arriesgado.

—Presumo que habéis meditado hondo y discurrido un plan.

—Así es. Tiempo he tenido para pensarlo y darle consistencia. Es primordial actuar con prontitud, para no infundir sospechas y evitar contratiempos. Hoy es viernes; se podría planear la operación para el final de la próxima semana. Habéis de reunir un contingente importante de personas, en previsión de algún incidente.

—Puedo reunir un regimiento si preciso fuere. Mas un grupo de ocho o diez personas será suficiente para culminar con éxito la aventura.

—Aquí dentro, cuento con el apoyo de Ana Urrutia y Ágata de Ampuero, ambas de plena confianza.

—Mañana avisaré a mis deudos y el domingo nos reuniremos para estudiar los detalles y definir el itinerario, sobre todo, el regreso. ¿Sabéis montar?

—No; nunca lo he hecho.

—No os preocupéis. Prepararemos una montura con aptitud. El tramo más complicado será el primero, hasta alcanzar el río Deva. Tanto si lo cruzamos en la desembocadura como si lo hacemos aguas arriba, en Sasiola, hay que salvar una legua de montes y desniveles. A partir de allí, ya entramos en nuestro territorio. ¿Sabéis nadar?

—Tampoco. Jamás he penetrado en un río y menos, en el mar.

—Si hay que cruzar el río a pie o a caballo, es preferible utilizar el

vado de Sasiola. Por eso, habrá que preparar la fuga por la mañana, a primera hora, en función de la marea, y recorrer el valle de Lástur hasta Cestona para llegar a Azcoitia al atardecer.

—El acto más atrevido es la salida del convento. Hemos de urdir una treta para despistar a la hermana portera. Pensad que ahora estoy más vigilada.

Entre los dos idearon el plan. Un criado de Pedro, disfrazado de mendigo se acercaría al cenobio a solicitar caridad. Ysabel esperaría en el jardín arreglando flores. Al primer descuido, saldría del recinto. Una vez fuera, Pedro le ayudaría a montar el rocín y, acto seguido, tomarían el camino de Astigarribia. Para cuando las monjas se dieran cuenta de la desaparición, ya habrían cruzado el río y entrado en feudos amigos.

—¡Es perfecto!—exclamó Ysabel con entusiasmo—. ¡No puede fallar! Pedro, ésta es la única alternativa que nos queda; mi decisión es firme y asumo las consecuencias. ¿Queréis que procedamos ahora a nuestros esponsales?

—Sí, Ysabel. Quiero. Sabed que yo también os reconozco como mi esposa y esto sólo confirma nuestro compromiso ante Dios. Dadme vuestra mano. Mi ayo actuará de testigo. Llamad a Ana para que sea el vuestro.

Ambos jóvenes entrelazaron sus manos en signo de unión y manifestaron el mutuo consentimiento de querer casarse, ante los dos testigos, uno dentro y otro fuera, que contemplaban asombrados la ceremonia: ya eran marido y mujer.

—Ahora, Pedro. Debéis partir con presteza. La noche es oscura y amenaza lluvia. Recordad nuestro compromiso y actuad con prontitud. Mi tía y mi padrastro rondan más de la cuenta en estos últimos tiempos y no me fío. Guardad silencio acerca de nuestro plan y tratad de que sólo sea conocido por vuestro círculo íntimo. Los parientes y los criados suelen ser conducto inesperado de confidencias.

—¡Adiós, Ysabel! Ya sois mi esposa y nada nos ha de separar en este mundo, sino la muerte. ¡Confiad en mí! Todo se hará según lo hemos trazado. Como muy tarde, el martes tendréis un recado con instrucciones precisas para la fuga. No tengo ninguna duda de que contaré con el soporte de mi padre y de mi tío, el señor de Lilí, cuya casa torre en Cestona nos servirá como primera etapa de descanso, antes de llegar a Azcoitia.

Ysabel extendió su mano fuera de la tronera; Pedro la tomó con suavidad entre las suyas, la retuvo un instante y luego la acercó a sus labios para besarla con ternura.

12

—Querido primo, os agradezco que hayáis acudido a nuestra llamada—exclamó el señor de Ydiáquez—. El asunto es grave y

necesitamos vuestra ayuda.
—Contad con ella de antemano, don Francisco, cualquiera que sea la causa— respondió el señor de Lilí.
Joan Pérez de Ydiáquez, señor de Lilí, era un hombre fornido, de cuerpo robusto y piernas cortas, algo arqueadas. De edad mediana y andar ligero, despedía energía a raudales, mediante ademanes intensos y gestos vehementes. Una nariz generosa colgaba de unos ojos turnios que daban a su rostro un aspecto severo y amenazante; una barba roja pronunciaba su bravura.
Tenía casa torre en Cestona, a unas dos leguas de Azcoitia. Su padre había sido Diputado General de Guipúzcoa en varias Juntas Generales y él mismo era elegido a menudo procurador. Su fortuna era cuantiosa: además de las tierras adscritas al señorío, era propietario de una ferrería que le producía pingües beneficios.
Poco después de la fundación de la villa, los Lilí de Cestona emparentaron con los Ydiáquez de Azcoitia y ambos fueron fieles servidores del rey de Castilla, lo que les permitió obtener notables prebendas. A partir de ahí, sus relaciones fueron cordiales, prestándose apoyos mutuos y entroncándose con frecuencia casi generacional.
—El caso es que mi hijo Pedro— prosiguió don Francisco— estaba prometido a doña Ysabel de Lobiano, la heredera de los Berriatúa, con la intención de celebrar el enlace dentro de seis meses cuando la joven cumpliera los catorce años. El pasado viernes, Pedro fue a visitar a la doncella, recluida en un convento próximo a Motrico hasta celebrar los esponsales. La niña estaba desesperada.
—¿Qué le había sucedido?
—Se había enterado de que su familia quería romper el compromiso y casarla con el señor de Urberuaga, un hombre maduro que acababa de quedarse viudo. El motivo de tal desatino era mi reciente decisión de conceder el mayorazgo del solar de los Ydiáquez a don Martín, mi primogénito.
Pedro levantó la mirada hacia su tío y continuó el relato, tras advertir estupor en su rostro:
—La cita era a las doce de la noche, una hora inusual que presagiaba acontecimientos graves. A través de la puerta del monasterio, me contó la historia. Pese a la solemnidad del momento, su ánimo era sereno. Había meditado con madurez y tomado una determinación.
—¿Cuál?
—Para evitar el atropello, me propuso que nos casáramos allí mismo. Lo hicimos de inmediato, a la antigua usanza, con dos testigos, según costumbre: la hermana Urrutia y mi ayo Antolín, que me había acompañado en la expedición nocturna.
—¿Eso quiere decir que habéis maridado con la Lobiano?

—Así es, en efecto. Pero aún hay más. Al terminar la pequeña ceremonia, platicamos durante un buen rato a través de la reja e Ysabel me descubrió la contumacia de doña Brígida y el riesgo de que intentara anular el matrimonio, alegando engaño, felonía y no consumación. Si ella se negaba a aceptar al nuevo pretendiente, corría el riesgo de ser encerrada para siempre en una cartuja.

—Seguro. Yo conozco a la dama y sé que nunca ceja. Una de mis tías casó con su sobrino, el escribano Ochoa Sebastián de Berriatúa y, por eso, tengo cierto trato con la familia.

—Para impedirlo, ella sólo veía una solución: fugarse, salir del monasterio y cuanto antes. Yo apoyé su conclusión y juntos trazamos un plan que precisa de vuestra colaboración.

—Contad conmigo para lo que sea menester.

—Si conseguimos sacarla del convento y cubrir la legua que hay hasta Sasiola para allí cruzar el río, entramos en nuestro territorio y nadie impedirá que la expedición regrese a casa sin novedad.

—Cumplido el objetivo—continuó el señor de Ydiáquez—, los de Motrico no podrán intervenir y se limitarán a reclamar por vía legal.

—Contadme pues vuestro propósito.—clamó el señor de Lilí, con lo cual, expresaba su adhesión a la empresa, al rebufo de su espíritu combativo, inclinado por instinto a intrigas y asechanzas donde poder demostrar su temple y su bravura.

—No ignoráis—precisó el padre— que el puente de Sasiola quedó destrozado hace más de dos años y no se ha reparado. Ahora han colocado una soga amarrada en cada una de las orillas y una gabarra se desliza de un lado al otro, gobernada por un *gizon* que tira de la maroma para guiar la embarcación. Es posible vadear el río a pie o a caballo, mas sólo cuando la marea está baja. Éste es el meollo de la cuestión. El 25 de marzo es jueves; ese día, la bajamar es a las diez de la mañana, con lo cual sólo se puede transitar por él entre las ocho y las doce.

—Nuestro plan—prosiguió el hijo— es llegar a Motrico al punto de la mañana. A eso de las nueve, un criado, disfrazado de mendigo, se acercará a la puerta del convento para solicitar nutrimento. Ysabel estará esperando en el jardín y aprovechará el momento de ausencia de la portera para salir del edificio. Si todo sale bien, estaremos de vuelta en Sasiola antes de las once para poder cruzar el río sin dificultad.

—Yo me quedaré en Sasiola—advirtió don Francisco—; ya soy viejo y mi presencia podría entorpecer el resultado de la operación. Allí seré más útil ya que obligaré a bloquear la gabarra. El lugar pertenece al municipio de Deva y yo soy el preboste de la villa.

—Cuando las monjas de Areizieta adviertan la desaparición de Ysabel—continuó don Pedro—, denunciarán la huida, pero ya será

tarde. Si alguien nos persigue, no podrá cruzar el río, ya que la marea se lo impedirá.

—¿Quiénes tomarán parte en la expedición?—quiso saber el de Lilí.

—Ocho bastarán si son allegados: mis dos hermanos, Domingo y Francisco, mi ayo Antolín y dos criados de confianza.

—Conmigo hacemos siete y podemos completar la partida con Domingo de Erquicia, un estudiante de clérigo, beneficiado de la parroquia de Cestona, que está bajo mi protección. Es un hombre fiel y me debe respeto por los muchos favores que le he otorgado desde niño. A pesar de su oficio, es valiente y aguerrido y nos prestará buen servicio si las cosas se complican. Tendremos que llevar armas de fuego, en caso de que surjan inconvenientes. Además de espadas y dagas, portaremos arcabuces y pistoletes.

—Procede—sentenció el anciano—. Salvo los dos criados, iréis todos disfrazados de mercaderes para no infundir sospechas. Vuestro cura podría vestir sus hábitos, lo que dará crédito a la comitiva.

—El jueves os espero en Cestona a las cinco de la mañana. Conozco bien la comarca A las siete podemos estar en Sasiola y hacia las ocho y media en Motrico, con tiempo suficiente para preparar la maniobra.

13

Doña Brígida terminó la oración de acción de gracias y se sentó a la mesa. Los demás miembros de la familia la imitaron.

El pequeño grupo se disponía a almorzar: tres generaciones reunidas para un menester cotidiano que servía para que sus miembros pudieran cambiar opiniones o, más bien, recibir las que la anfitriona se dignaba exponer con voz dominante.

El salón estaba ricamente amueblado y una luz blanca penetraba con lujuria a través de una única ventana abierta en el muro lateral, coronada por un arco carpanel decorado con sobriedad.

Un mantel de lino blanco cubría la mesa que había sido preparada con esmero: la vajilla de porcelana, los vasos de cristal fino y los cubiertos relucientes, recién adquiridos, con inclusión de un tenedor, un utensilio de dos dientes y mango amplio, de procedencia francesa, cuyo uso se había difundido entre la clase privilegiada para evitar tocar los alimentos con las manos y que doña Brígida había impuesto a guisa de distinción.

Josepha, el ama de llaves, tenía por costumbre servir la mesa por deseo expreso de su dueña. En primer lugar, escudilló una sopa hecha con bacalao desmigado, pimiento verde y pan seco, ligeramente picante, que los comensales degustaron con placer. Cuando hubieron terminado, doña Brígida tomó la palabra:

—No hemos recibido ninguna explicación de la casa de Ydiáquez. Don Francisco no tiene ninguna intención de hacernos saber la decisión que ha tomado, pues considera que es un problema interno que no

afecta a nuestro proyecto. Siempre actúa de la misma forma: es orgulloso y da por supuesto que todo el mundo ha de aceptar su primacía. Mas esta vez no lo conseguirá. Insisto: si no hay mayorazgo, no hay casamiento.

—Sería conveniente conocer antes los términos del testamento —protestó doña Clara—. Si el mayor de los Ydiáquez tiene ya cuarenta años y no tiene hijos, a su muerte, el heredero será don Pedro...

—¡Ya no hay vuelta atrás! Doña Ysabel no se casará con el segundo de los Ydiáquez. Es joven y aún es tiempo de concertar un matrimonio conveniente. Convinimos en tantear la actitud del señor de Urberuaga como posible consorte. El capitán me propuso que él mismo, por ser padrastro de doña Ysabel y compañero de fatigas del vizcaino, podría acercarse hasta Marquina para mantener conferencia y concluir el contrato si pleno fuera el acuerdo. Él os explicará el resultado de sus gestiones.

Josepha irrumpió en el salón con una hermosa fuente de salmonetes que había traído Simón, el encargado del mantenimiento del caserón y de labores variopintas. Vivía en una casita en el puerto y, en sus ratos libres, se dedicaba a la pesca, su afición favorita.

El capitán Ybarra se irguió en la silla para iniciar su discurso:

—Ayer salí de Motrico al amanecer y, a media mañana, ya estaba en el solar de Urberuaga. Domingo y yo fuimos compañeros al servicio de su Majestad.

—Capitán, contadnos algo acerca de este caballero para conocer su carácter y descubrir sus virtudes —espetó Joan Ochoa de Arriola, manifestando un juicio saludable y oportuno.

—El señor de Urberuaga pertenece a uno de los solares más ilustres de la villa de Marquina, en el señorío de Vizcaya, que muchos de vosotros ya conocéis. Sus antepasados han sido navegantes de altura y realizado notables gestas recogidas en un viejo tomo manuscrito que yo he hojeado en alguna ocasión, en cuya cubierta está impreso el título “Historia de la familia de Urberuaga” con letras rojizas y desteñidas.

»Siguiendo la tradición familiar, el de Urberuaga ingresó en la Armada y llegó a ocupar el cargo de subgobernador de la Casa de la Contratación en Veracruz, responsable de controlar las mercancías que llegaban de España y las que salían rumbo a Sevilla. Yo era capitán de un buque de guerra que escoltaba a la Flota y tenía contacto frecuente con él, tanto por paisanaje como por los trapicheos que consentía a cambio de un diezmo. La Flota hacía una travesía de ida y vuelta al año y recalaba en Veracruz, destino final del trayecto. Hasta emprender el retorno, pasaban casi dos meses, durante los cuales se celebraba una feria en la que se permitían todo tipo de desmanes. En

ese tiempo, tuvimos trato íntimo y continuado.
»Frente a una botella de buen chacolí, que las viñas del señorío producen en abundancia, resucitamos escenas olvidadas y recordamos aventuras conjuntas que sirvieron para regocijar nuestro ánimo. Al término del refrigerio, se planteó el negocio que nos ocupa. Le manifesté nuestro deseo de encontrar un nuevo pretendiente para doña Ysabel, dando por cierta la ruptura del compromiso que le unía con el descendiente de los Ydiáquez. Tuve que relatar los hechos acaecidos y confirmar nuestro propósito de celebrar las nupcias incluso antes de que la joven cumpliera los catorce años.
»Me contó su experiencia conyugal. Al regreso de Indias, ya con treinta y dos años, se había casado con Teresa de Elordi, hija primera de una familia noble de Lequeitio, una dama devota y algo quebradiza. Su matrimonio había sido asaz importuno y, durante nueve años, tuvo que tolerar la abulia de su cónyuge, muy propensa a neuralgias y migrañas y poco amante de jubileos y aleluyas. Falleció hace unos meses y el hombre ha recobrado el buen talante que poseía en sus años mozos.
»No otorga importancia al episodio con el joven Ydiáquez y está dispuesto a celebrar la boda con doña Ysabel, sin cumplir el año de luto. A pesar de su edad, ha alegado buen estado de salud y recalcado su capacidad prolífica. Si no tuvo hijos, fue porque su mujer era estéril.
»Su patrimonio es notable y calcula unas rentas anuales por encima de los dos mil ducados, lo cual es estimable, aunque está lejos de lo que corresponderá a doña Ysabel cuando perciba la herencia de su padre y la que vos, doña Brígida, le habéis otorgado en vuestro testamento.
—Mañana, mandaré llamar a mi administrador—subrayó la dama— para que redacte las capitulaciones matrimoniales, aunque hay un aspecto que me preocupa. A despecho de las muestras de energía que pregona nuestro aspirante connubial, su edad no garantiza la descendencia. Tienecuarenta y dos años y, según se cuenta, su vida ha sido bastante ajetreada. Os sonreís—prosiguió apuntando la voz hacia el capitán—, mas se cuenta de vos que habéis sido hábil con la lanza, no sólo en el campo de batalla, sino también en el lecho de ciertas damas impúdicas que abundan en otras latitudes... y supongo que vuestro camarada no se habrá quedado a la zaga.
El capitán Ybarra apenas se inmutó; tan sólo una expresión jocosa acarició su rostro.
—Por eso—prosiguió la dama—, quiero incluir una cláusula explícita en las estipulaciones que asegure el retorno del patrimonio al tronco primitivo, en caso de no haber hijos, de forma que doña Ysabel pueda volver a contraer nuevas nupcias si su consorte muere antes que ella, lo que estimo suceso más probable, vista la edad de ambos

contendientes. Ya sé que nuestras leyes viejas defienden la troncalidad, pero prefiero reiterar antes que lamentar.

—Domingo es hombre de honor y respetará el contrato— aseguró el padrastro de doña Ysabel.

—Aun así, es preferible incluir esta condición. Hemos tomado una determinación y vamos a actuar con energía y rapidez. Vos, capitán, poneos en contacto con el señor de Urberuaga para que se acerque a nuestra casa, con objeto de fijar la fecha de los esponsales y aclarar los detalles del contrato. Vos, Clara, habéis de comunicar la nueva a vuestra hija; es una comisión delicada: poned el mejor empeño. Yo convocaré al párroco para preparar la ceremonia con el máximo boato y esplendor. Tenemos que demostrar a los Ydiáquez el abolengo de nuestra estirpe y la nobleza de nuestra sangre.

Durante la comida, María de Arano había permanecido silente. Ya sabía que doña Ysabel se había unido en secreto con don Pedro de Ydiáquez y que todos los planes que se habían fraguado en aquella mesa no iban a prosperar. Cuando doña Clara tuviera que anunciar a su hija el cambio de proyecto, doña Ysabel no tendría más remedio que confesar su estado. Estaba segura de que entonces doña Brígida anularía el testamento. Ese sería el momento oportuno para presionar a la vieja en favor de su esposo. ¡Sí! Él tenía que ser el heredero. Le correspondía por ser el único hijo varón. Su hermana era mayor que él, cierto, pero la preferencia sucesoria solía recaer en la rama masculina antes que en la femenina. Para su beneficio, llevaba un largo tiempo demostrando cordura y sin sufrir ningún desmayo.

La colación concluyó con unas manzanas asadas que los presentes dieron cuenta con mejor o peor fortuna, en función de su habilidad en el manejo del nuevo utensilio que habían introducido los franceses.

14

Una esplendorosa mañana de la incipiente primavera había brotado seductora y un sol naciente arrojaba sobre la villa de Azcoitia una luz creadora que se reflejaba en los tejados y se perdía en las verdes praderas del monte Izarraitz, bañando las calles de un frescor apacible y sereno.

El palacio de Ydiáquez recibía en su fachada Este la caricia de los rayos tempraneros y una confortable claridad vestía la estancia donde Pedro de Ydiáquez conversaba con su madre. Doña Cathalina era todavía una mujer joven, aun habiendo dado ocho hijos a su marido, con quien se había casado siendo una niña. Su aspecto bondadoso y su juicio prudente contrastaban con el entorno violento que la rodeaba, propio de la época. Se había refugiado en la oración y el altruismo.

Doña Cathalina era hija de Nicolás Sáez de Aramburu, con solar y escribanía propia en Azcoitia. Su madre, María de Arteaga, señora de Arrazubia, había heredado varias propiedades en los municipios de

Aya y Zumaya, incluida una ferrería que todavía proporcionaba un crecido rendimiento. Además poseía en Orio un astillero que construía naos vascas, embarcaciones que reunían excelentes condiciones de navegabilidad y que se podían utilizar para el transporte de mercancías, la guerra o la pesca de la ballena. Sus ascendientes habían adquirido una fortuna notable con esta actividad en los últimos cincuenta años.

Su madre había muerto pero su padre aún vivía, acuciado por la falta de liquidez que generaba la hacienda Real con el retraso de sus pagos y empeñado en inútiles y costosos pleitos para cobrar sus avituallamientos a la Corona. Estas preocupaciones habían minado su delicada salud y Cathalina temía un desenlace fatal próximo. Aunque tenía un hermano menor, ella había sido nombrada sucesora del mayorazgo cuando se firmaron las capitulaciones de su enlace matrimonial con Francisco de Ydiáquez. A cambio, su hermano había recibido la escribanía de su padre en Azcoitia, amén de la legítima.

—Madre, sé que conocéis el plan que hemos ideado para sacar a Ysabel del convento donde está ingresada. Será mañana. Creed que no hay otra solución.

—Vuestro padre me lo contó ayer. Comprendo los motivos que alegáis, pero el secuestro me resulta una atrocidad...

—¡No es un secuestro! Es una fuga, ya que no es contra su voluntad. Además, ella fue la instigadora del proyecto.

—Llamadlo como queráis, mas lo que habéis ideado es un atropello, con el agravante de ser una doncella que tiene sólo trece años. Este acto nos causará trastornos serios, por tratarse de la heredera de Berriatúa. Conozco a doña Brígida: es arrogante como un cisne y obstinada como una higuera. Aunque vuestra intención sea noble, el procedimiento es censurable. ¡Que Dios nos perdone!

—Nada temáis, madre. Todo saldrá bien. Mis hermanos Domingo y Francisco me acompañarán. Cuento también con Antolín.

Antolín era el mayordomo de la casa. Hijo de madre soltera, había sido acogido por el abuelo de doña Cathalina en sus dominios de Arrazubia, a instancias del párroco de Aya. Desde entonces había asistido a la dama y con ella se había ido a vivir cuando se casó con el señor de Ydiáquez. Era un servidor fiel capaz de cualquier sacrificio, que compartía gustoso las dichas y desdichas que acontecían a sus amos y disfrutaba con la llegada de un nuevo vástago para tener alguien más a quien custodiar. Había sido el ayo de don Pedro cuando era niño.

—Aunque vuestro mentor manifiesta gran afecto hacia toda la prole, tiene una devoción especial por vos, quizá por ser el primer hijo varón de su ama, a quien vio nacer. Os cuidó con atención exquisita y sería capaz de dar la vida por salvar la vuestra. Su alma es generosa y su

prudencia innata. Confío en su buen juicio para sacar adelante este gatuperio.
Un criado entró en la estancia para anunciar la visita de Joan de Urrutia.
—Hacedle pasar.
—Buenos días, doña Cathalina; buenos días, don Pedro. Lamento interrumpir vuestro parlamento. En ausencia de don Francisco, úrgeme comunicar las últimas novedades.
—Buenos días, don Joan —replicó la madre—. Sed bienvenido a esta casa que os aprecia. Hablad sin recelo… vuestro recado le será transmitido con fidelidad.
—Ayer visité a mi hija en el convento y le entregué la misiva. Le aleccioné para que doña Ysabel estuviera dispuesta para la fuga el jueves, a partir de las nueve de la mañana. Ella se encargará de esconderla en el jardín y aprovechar el instante oportuno para escapar. Su participación es esencial para el buen fin de la operación.
—Gracias por vuestra cooperación en este luctuoso episodio —suspiró la dama—. Vuestra hija arriesga demasiado en esta empresa. ¿Sabe ella la responsabilidad que asume, violando no sólo las reglas de la congregación, sino también las leyes de la justicia divina?
—Le he preguntado lo mismo y me ha contestado firme que apoyará el plan trazado hasta el final. Es consciente del riesgo que corre, mas su afecto hacia la muchacha es tan poderoso que afrontará con valor las consecuencias.
—De todos modos, si algo malo le sucediera —afirmó doña Cathalina—, nuestra familia proveerá. Yo me comprometo a protegerla.
—Descuidad, señora. Todo saldrá bien. Vos, don Pedro, avisad a vuestro padre que mañana me acercaré al embarcadero para velar por la suerte del proyecto. Ya he advertido al alguacil para que acuda al lugar antes de las nueve y lo mismo haré con el alcalde.
—Todo está en orden pues —exclamó don Pedro—. Nos veremos mañana sanos y salvos, tras consumar con éxito la operación.
—Id con Dios, don Joan —se despidió la dueña con una sonrisa lánguida de agradecimiento hacia el hombre que salía, cuya hija tanto arriesgaba por la felicidad de su nuera.
—Habíais terminado de contarme —prosiguió, dirigiéndose a su hijo— los pormenores de la incursión que queréis llevar a cabo mañana para liberar a vuestra prometida. Vuestros hermanos ¿están enterados?
—Sí, madre. Ayer les puse al corriente y están dispuestos a la aventura. Sólo me falta informar a mi ayo, a quien, si me autorizáis, voy a mandar llamar.
Antolín se presentó de inmediato. Era un individuo alto y delgado, de ojos tristes y mirada profunda. Su semblante era firme. Una barba rala cortada a tijera cubría su rostro. Siempre vestía de negro y pocas veces

sonreía, mas de su figura emanaba una elegancia sobria y escueta, próxima al encanto.
Don Pedro le transmitió los detalles de la expedición que preparaban para el día siguiente y el objetivo que perseguían. Insistió luego en que debería de ser discreto, para evitar efectos no deseados.
Antolín no se mostró sorprendido, pues había sido testigo mudo del casamiento nocturno de los dos jóvenes en la puerta del convento de Santa Catherina:
—Estoy a vuestra entera disposición, don Pedro, si vuestra madre me lo permite. Os agradezco la confianza que me otorgáis y espero cumplir con rigor la misión que me confiáis. ¿Habéis seleccionado los criados que nos acompañarán?
—He pensado en Miguel y Pablo. Son jóvenes y diestros en múltiples habilidades.
—Sí, es una buena elección; yo les pondré al corriente. A las cuatro, los caballos estarán preparados en el patio. Ensillaré a *Txintxua* para portar a la joven esposa; es un palafrén dócil, fuerte y de tranco sosegado. Su envergadura permitirá que la damisela cruce el río sin apenas mojarse.
Cuando Antolín abandonó la sala; madre e hijo volvieron a quedarse solos:
—Habéis formalizado vuestro casamiento a la antigua usanza y ésa es una práctica clandestina que está prohibida. La Iglesia obliga ahora a celebrar el sacramento de acuerdo con la nueva liturgia. Yo me encargaré de instruir al doctor Errasti. Es una buena persona y sabrá perdonar vuestro error.
Mientras su madre hablaba, Pedro cavilaba y no tuvo más remedio que admitir la cordura de su discurso:
—Sería importante ratificar la ceremonia eclesiástica el próximo domingo, al final de la misa mayor.
—Espero que el vicario acceda a esa petición—invocó la madre—. Para ello, es preciso asegurarle que el matrimonio no será consumado hasta celebrar ese acto. Hasta ese momento, doña Ysabel se alojará en el caserón de vuestra hermana Cathalina. Ella es una mujer complaciente que sabrá cuidar de la niña durante estos momentos difíciles que la aguardan. La casa de Zavala es cómoda y ella se encontrará a gusto bajo su protección.

15

Una calma plácida se extendía por la cuenca del río Urola en aquella noche de cielo raso que anunciaba nieblas matinales y un día soleado, cuando el grupo de jinetes que había salido de Azcoitia de madrugada circulaba a trote ligero hacia Cestona.
Poco antes de las cinco de la mañana, los caballeros rebasaban la villa y enfilaban hacia la torre de Lilí. Allí les esperaba el dueño de la casa

y dos criados que sujetaban sendos rocines.
Tras el saludo de rigor, el señor de Lilí presentó al aprendiz de clérigo, Domingo de Erquicia, y, sin más diligencia, ambos montaron en sus corceles y todos juntos partieron monte arriba.
Aun de noche, los viajeros conocían bien el trayecto y, sin forzar la marcha, tomaron la dirección de Poniente, para subir hacia Lástur y, desde allí, bajar al lugar de Sasiola, al que llegaron cuando el sol despuntaba en las alturas.
Sasiola era un nudo de comunicaciones importante donde confluía el camino real que atravesaba Guipúzcoa para remontar Léniz hasta la llanada alavesa y el camino de Santiago por la costa que, en Icíar, penetraba en la montaña para alcanzar Sasiola y cruzar el río hacia tierras vizcainas.
En tal estratégico lugar, se alzaba un monasterio que, a principios de siglo, había sido donado a los frailes franciscanos por los señores de la cercana torre de Sasiola. Disponía el tal monasterio de un hospital para dar servicio a los peregrinos y menesterosos y, aunque practicaba una explotación forestal, agrícola y ganadera, las mandas y dádivas constituían su principal fuente de ingresos. Un molino y un depósito para el almacenamiento de mercancías y cobro de aranceles completaban el conjunto que mantenía su actividad, pese a que el tráfico fluvial había remitido debido al declive económico de la comarca.
El guardián salió a recibirles. Advertido de su llegada, había preparado un pequeño refrigerio del que los viajeros dieron cuenta con voraz apetito. Tras el alivio propio de la biología y un breve descanso para las caballerías, el grupo despidió a don Francisco, que se quedó en el monasterio, y se dirigió al vado para ganar la orilla opuesta.
Al poco rato llegaron al poblado de Astigarribia, ya dentro del municipio de Motrico y se adentraron en el macizo del Arno. El terreno abrupto, con pendientes escabrosas, hacía difícil el paso. En el camino, se habían topado con algunos aldeanos que acudían a faenar sus campos o a cuidar sus rebaños.
Eran las ocho y media cuando divisaron Motrico. Habían llegado a un alto que llamaban Urcamendi, donde había un humilladero con el Santo Cristo de Maya, que los *arrantzales* de Motrico veneraban con gran devoción. Desde allí, se divisaba el convento de Santa Catherina.
Descendieron por una senda y se detuvieron a descansar en un claro del bosque. Areizieta quedaba a la derecha, en dirección a Deva. Allí Miguel se disfrazó de mendigo y se alejó del grupo con la intención de dar un pequeño rodeo y volver para asomarse a la puerta del convento a solicitar pitanza.
Descendieron con sigilo y se apostaron en un extenso robledal que

había al otro lado de la calzada.
Un pordiosero harapiento se aproximaba a la residencia de Areizieta cuando se oían las primeras campanadas que daban las nueve en la torre de la iglesia de Motrico. Frente a la puerta, comprobó que nadie se acercaba e hizo sonar la aldaba. Transcurrido un minuto, la saetera se abrió y una voz femenina solicitó:
—¿Qué deseáis buen hombre?
—Hermana, llevo varios días a pan y agua. Mi estómago está exhausto y necesita restauración. Jesucristo predica en su Evangelio: «Dad de comer al hambriento y de beber al sediento». Ruego a su maternidad una provisión, siquiera un caldo caliente para reconfortar mis entrañas.
—Aguardad un momento. Os abriré la puerta y esperaréis en el pórtico mientras os traigo algún condumio de la cocina.
La portera cerró el ventanuco e inició el ademán de correr el cerrojo para abrir la puerta. Mas, en ese breve instante, le vino a la mente la forma de expresarse del vagabundo. Algo le llamó la atención. No era la manera propia de hablar de los mendigos que, a diario, acudían al establecimiento a reclamar alimento. Su figura también le había resultado extraña y falta de naturalidad. No le había visto antes y ella tenía buena memoria para reconocer los rostros. Cambió de idea y volvió a abrir la aspillera:
—¿De dónde venís? Vuestra cara no me resulta familiar—espetó la monja.
Al decir estas palabras, vio cómo el peregrino, vuelto de espaldas, hacía indicaciones con las manos, con el propósito de dirigirse a alguien. Alzó su mirada y comprobó que, en el bosque vecino, había un grupo numeroso de hombres y constató que estaban armados.
—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Ladrones!—exclamó después de cerrar la ventanilla con un golpe violento.
Muy asustada, la buena mujer salió corriendo, atravesó el jardín como una exhalación y se perdió en el edificio conventual:
—¡Sor Plácida! Cerrad todas las puertas y prestad atención. Hay bandidos delante de la casa que quieren asaltarnos. Los he visto. Son diez o doce y llevan armas de fuego en sus manos y largas espadas colgadas al cinto. Pretenden robarnos.
—Tranquilizaos, sor María. ¿Está cerrada la puerta principal?
—Sí, está bien atrancada.

—Con eso, no tengáis preocupación. Si es verdad que hay ladrones, no podrán entrar. ¡Sosegaos pues! Lo que decís es poco probable. Tenéis una excesiva propensión a exagerar los hechos y mucho temo que vuestra visión haya sido deforme.
—¡No! Los he visto con mis propios ojos.
—¡Bien! Vamos a ver lo que ocurre. Subiremos a la terraza y echaremos una ojeada.
Desde la azotea, se podía contemplar con nitidez una hermosa panorámica de los aledaños, máxime, en un día soleado como aquél. No había nadie en derredor. Abajo, varias personas transitaban por el camino, pero el prado de enfrente y el bosque cercano estaban desiertos; no había rastro por ninguna parte de los malhechores que había avistado la portera.
—Ahora saldremos fuera y comprobaréis que esos bandidos sólo han sido fruto de vuestra imaginación.

16

Cuando la portera dio la voz de alarma, Miguel comprendió que el plan había fallado. Se retiró presuroso y la cuadrilla decidió apartarse del lugar. Volvieron al claro del bosque que les había servido de refugio en el primer momento y procedieron a deliberar:
—Nuestro proyecto ha fracasado —se lamentó don Pedro.
—Sólo ha sido una primera tentativa —le consoló el de Lilí—. Todavía hay tiempo. Lo volveremos a intentar más tarde.
—Probablemente, las monjas pedirán auxilio y estarán atentas ante posibles acontecimientos anormales —advirtió Antolín—. Sería prudente abandonar la empresa y dejarla para otro día. Hoy corremos el riesgo de un nuevo fracaso e incluso de ser descubiertos.
—¡Eso no es posible! —proclamó don Pedro—. Si dejamos pasar esta oportunidad, doña Ysabel puede ser conducida a lugar más seguro y jamás llevaríamos a cabo nuestro propósito. Tenemos que hacerlo hoy, cualquiera que sea el resultado.
—Quizá —insistió el señor de Lilí—, más tarde, las monjas olviden el suceso matutino y vuelvan a la normalidad. Convendría que observáramos los movimientos del convento y, si nada extraño ocurre, encontraremos una excusa para llevarnos a la doncella.
—Tendremos que enterrar el ardid original —prosiguió don Pedro—. En esta ocasión, pienso que vos, don Domingo, podéis jugar un papel brillante. Vuestra condición de eclesiástico y vuestra vestimenta os otorgan crédito suficiente para que la hermana que atiende la portería confíe en vos y os abra la puerta sin cuidado. Hay que encontrar un motivo para obligarla a entrar al edificio y facilitar la fuga. Pese al desenlace adverso, supongo que Ysabel estará atenta a una nueva oportunidad y preparada para huir tan luego como se presente la ocasión.

—Creo que hay una artimaña que nunca falla con las muchachas de esta región que entran en religión—apuntó el estudiante de clérigo—. En los últimos años, se ha difundido por todo Europa el escapulario de Nuestra Señora del Carmen o del Monte Carmelo, bajo la promesa de la Santísima Virgen de que ninguna persona que muriere con esta prenda sufriría el fuego eterno.

—¿Creéis que ese truco funcionará?—inquirió Antolín.

—Sin duda. Seguro que las novicias han oído hablar de esta insignia y, si no, yo mismo les contaré la historia. Todas ellas proceden de villas marineras y tienen gran devoción a la Virgen del Carmen. Me presentaré como un legado del obispo de Pamplona, con la misión de propagar este culto y seré recibido en loor de santidad.

—¿Pero tenéis escapularios suficientes para entregar en el convento? —preguntó don Pedro.

—Siempre llevo en el bolsillo varios ejemplares, para obsequiar a aquellos feligreses que demuestran verdadera devoción y amor por la Santísima Virgen. Yo también soy ferviente creyente y llevo uno colgado al cuello. Les diré que han sido bendecidos por el propio obispo y todo serán parabienes.

—Es una idea excelente —don Pedro dejó versu contento—. Esta vez no marraremos. Al ver vuestros hábitos, es seguro que la portera os hará pasar al interior e, incluso, os pedirá que platiquéis con la superiora. Conseguido el objetivo, habréis de apresurar vuestro oficio y retornar al punto. No podemos perder mucho tiempo en la espera.

—No os preocupéis por mí, don Pedro. Yo me arreglaré y saldré con buen pie, sin levantar ningún tipo de sospecha. Es posible que me retengan durante un rato, mas eso no debe demorar vuestra partida. En cuanto la joven se reúna con vuesas mercedes, retornad de inmediato. Basta que uno de los criados me espere con la montura lista; os alcanzaremos antes de llegar al río.

—La operación se atrasará—intervino el de Lilí—. Es prudente dejar pasar un par de horas, para que las monjas olviden el incidente. Desde esta atalaya, podemos atisbar si el tráfico se restablece y la actividad torna a su normalidad. Si esto ocurre, a eso de las once, os acercaréis a la puerta del convento a poner en escena la picardía que habéis urdido.

—Eso altera el plan trazado inicialmente—lamentó don Pedro—. Si todo sale bien, nuestro regreso a Sasiola no será antes de las doce, con lo cual, resultará imposible vadear el río a pie. Nosotros sabemos nadar y conseguiremos cruzarlo, aunque venga crecido, pero doña Ysabel necesita una embarcación.

—Hay que avisar del cambio a don Francisco—formuló el de Lilí.

—Vos, Miguel, retornad a Sasiola e informad a mi padre de las novedades. Estimo que nuestra llegada será entre las doce y la una.

Hay que encontrar una solución. Lo más útil sería contratar una gallupa, de las que transportan mercancías entre Alzola y Deva para que pueda trasladar los caballos. No es conveniente utilizar la gabarra que hace el servicio regular entre las dos márgenes; es mejor que permanezca inmovilizada durante todo el día, tal y como habíamos previsto, para evitar perjuicios posteriores y argumentos en contra de nuestra causa, si luego surgen diferencias.

Cuando Miguel hubo partido, los siete miembros restantes desmontaron de sus cabalgaduras y, desde su observatorio, procedieron a vigilar la entrada del edificio.

Poco a poco, comprobaron cómo buen número de transeúntes circulaba por la calzada; algunos ascendían la pequeña cuesta que conducía al monasterio, se detenían en la puerta y eran atendidos con normalidad, con lo cual llegaron a la conclusión de que el recelo se había superado y que podían actuar sin temor.

17

Esta vez tomaron precauciones. Se internaron en el bosque y escondieron los caballos. Descubrieron una arboleda desde la que podían vigilar sin ser vistos.

Serían casi las once, cuando avistaron al eclesiástico acercarse al edificio y golpear la aldaba. Una monja asomó su rostro por la ventanuca para identificar al visitante. La puerta se abrió a continuación y vieron cómo la hermana franqueaba la entrada a Domingo de Erquicia.

Al cabo de un rato, advirtieron que otra monja salía del recinto, en actitud expectante. Atisbó a izquierda y derecha y, tras comprobar que no había transeúntes en los alrededores, miró al frente y agitó sus brazos con movimientos alternativos.

Los vigías interpretaron la señal y don Pedro corrió hacia ella. Ana Urrutia lo reconoció en el acto. Entonces retornó al interior del edificio y, al poco, volvió a aparecer acompañada de doña Ysabel. Un simple apretón de manos sirvió de despedida y la doncella emprendió veloz carrera al encuentro de su amante. Un abrazo profundo los retuvo durante un largo instante.

Los caballos estaban preparados y la joven montó el suyo con desmaña. Aunque las damas tenían por costumbre montar *a sentadillas*, Antolín le había preparado un sillín especial, a modo de jamuga, y doña Ysabel□que llevaba una falda larga con amplios vuelos para facilitar el manejo□ lo hizo como amazona. Pedro la ayudó a subir:

□Poneos esta capa y cubríos la cabeza. Hay que evitar que alguien os pueda identificar. Tomad esta vara y llevadla sujeta bajo la axila. Utilizadla sólo para golpear suavemente al caballo en la grupa si se desvía de su trayectoria. Yo iré a vuestro lado y os ayudaré siempre

que sea menester. Delante, Antolín montará una yegua que *Txintxua* conoce bien y seguirá su rastro.

—Todo irá bien.—musitó doña Ysabel serena.

—Tenemos tiempo suficiente—asintió Pedro—. Llegaremos a Sasiola sobre las doce y media. Allí nos espera mi padre con una embarcación para cruzar el río. Mientras tanto, tenemos que prestar mucha atención; cualquier vecino puede reconoceros y no dudará en poner en juego su vida si descubre nuestra verdadera intención.

El señor de Lilí volvió su mirada hacia la puerta del convento y la vio cerrada; Domingo de Erquicia seguía dentro.

—Hay que partir de inmediato. Vos, Pablo, esperad aquí con el caballo del clérigo. No sé lo que tardará; seguro que le costará deshacerse de las religiosas. Tan luego como vuelva, tomaréis juntos la ruta que hemos utilizado al venir y pronto nos alcanzaréis, ya que nuestro andar será más lento.

El grupo se puso en marcha con sosiego. En el medio, Pedro y su esposa; delante, Antolín con un hermano; detrás, el señor de Lilí con el otro. El sol llegaba a su cenit y un calor placentero obsequiaba a los viajeros creando una atmósfera voluptuosa.

Pronto llegaron al alto de Urcamendi. La serora que cuidaba la ermita los vio pasar e identificó a la doncella a pesar de su disfraz; más nada dijo. Tras un saludo de cortesía, emprendieron el descenso hacia Sasiola.

A esas horas, el campo había cobrado una actividad inusitada y el tráfico era intenso; además de los lugareños, se toparon con transeúntes de variada condición: gentes que iban a los mercados, buhoneros, gitanos, santeros que, a cambio de una limosna, transportaban imágenes para el culto doméstico, y alguna persona principal que se desplazaba acompañada de sus criados.

Muchas mujeres pululaban por los bosques vecinos, con el fin de acarrear leña que trasladaban a sus hogares para el consumo doméstico. Una vecina de Motrico, que volvía con su mulo cargado de haces, hubo de detenerse para dejar paso a la comitiva. Al hacerlo, pudo reconocer a doña Ysabel. Al instante, se le arrimó Domingo y la amenazó con su pistolete:

—¡Guardad silencio sobre lo que habéis visto! Si decís una palabra, contad con que volveré y seréis muerta sin remisión.

La casera, muy asustada, se atrevió a mirar a la ricahembra que le respondió con una tímida sonrisa, con lo cual dedujo que la niña iba por su propia voluntad y no a la fuerza.

Este incidente provocó la alarma en la banda. Lajoven constituía un símbolo que garantizaba el orden y la seguridad en la comarca—a través de la autoridad que había obtenido su familia— y sabían que la chusma estaría dispuesta a sacrificarse para defender su libertad. Por

eso, prefirieron abandonar la vía principal y transitar por una pista secundaria que el señor de Lilí había utilizado en alguna ocasión, aun a riesgo de llegar más tarde.
Caminaron despacio durante un buen trecho y, al cabo, volvieron a entrar en el camino principal. Ascendieron una loma y, en la cima, se detuvieron a descansar. Desde allí, divisaron el río en la lontananza y el grupo de caserías que formaban el poblado de Astigarribia. Prestos eran a reemprender la marcha, cuando fueron alcanzados por el criado y el aprendiz de cura, que narró así su aventura:
—Todo ha ido bien. Tan luego como la portera vio mis hábitos, me abrió sin temor. Una vez dentro, le expliqué el motivo de mi visita y juzgó oportuno que terciara la superiora. Al dejarme solo, me metí en el jardín y allí divisé a una doncella y a una novicia que simulaban podar las ramas de un seto. Les pregunté si alguna era doña Ysabel y la más joven asintió. Le expliqué mi cometido y le indiqué que, si estaba preparada, era el momento adecuado para la huida. Lo demás, ya lo sabéis.
—¿Qué pasó a continuación?
—Cuando la muchacha hubo partido, yo volví a la portería. Acto seguido reapareció la monja y me llevó ante la presencia de la priora. Allí le referí la historia que habíamos ideado y no tuvo ninguna duda de que yo era enviado porel obispo de Pamplona. Le dejé seis escapularios—todos los que llevaba— y le prometí volver con otros tantos en otra ocasión.
—¿No sospechó nada anormal?
—Seguro que no. Estuvimos departiendo sobre los problemas de la comunidad que ella dirigía y las dificultades que tenía para aplicar a las internas las disposiciones adoptadas en el Concilio de Trento. Se interesó por la salud del obispo a quien ella había conocido hacía algunos años. Por fortuna, yo había oficiado como acólito en la catedral de Pamplona y estaba bien enterado del ambiente que rodeaba al prelado.
—¡Pardiez! Sois un tesoro.—aprobaron entusiasmados.
—Me ofrecieron pan, queso, nueces y un vaso de sidra que no pude rechazar. La charla se prolongaba y hube de alegar que el párroco de Motrico me esperaba al mediodía. Al abandonar el convento, bajé la cuesta y Pablo se acercó con las dos cabalgaduras asidas por las bridas. Comprobamos que no había testigos y montamos de inmediato para salir al galope y daros alcance.
—¿Habían descubierto mi fuga?—inquirió doña Ysabel.
—No observé nada anormal. Estuve con la abadesa en torno a media hora. Ella me acompañó al portal y no aprecié indicio de revuelo o disturbio.
—Bien—intervino el señor de Lilí—. Hay que continuar. Nuestro ritmo

es lento y todavía nos queda un buen trecho para llegar a Sasiola.

18

Sor Plácida contemplaba gozosa los seis escapularios que el clérigo le había donado. Ella guardaría uno y repartiría el resto entre las hermanas. Sí, uno sería para doña Ysabel, como recuerdo de su estancia en el convento. Lo iba a necesitar. La pobre niña estaba envuelta en una intriga cuyo desenlace podía resultar fatal si doña Brígida decidía anular el casamiento.

Se acordó de su adolescencia. Ella nunca había tenido un pretendiente. Desde muy joven, su madre le había inculcado el temor de Dios y la salud monástica. Era la octava hija de una familia de alcurnia, pero con recursos escasos para dotarla con vistas a un matrimonio entre iguales. A duras penas habían podido reunir la aportación exigida para profesar en la orden de San Agustín, aunque sí emplearon su influencia para hacerla rectora. La vida en comunidad le agradaba y se sentía feliz en un entorno de devoción y caridad hacia sus semejantes.

Salió en busca de su pupila. A esa hora, ya habría terminado su clase y estaría en su alcoba, tejiendo o resolviendo los ejercicios diarios que le imponía su tutora. Su aposento estaba vacío. Bajó a la cocina y preguntó por ella; de vez en cuando, le gustaba elaborar un postre de su agrado. Allí no estaba.

Ana Urrutia estaba preparando la mesa para el almuerzo del mediodía. Había terminado su clase a las once y se había recogido. Con un día tan resplandeciente, la joven habría salido a dar un paseo por el jardín; disfrutaba podando las ramas bajas, cortando los abrojos y cuidando las flores. Se ofreció a buscarla, sin resultado.

La priora llamó a la portera. Tampoco la había visto. Tenía que estar dentro del recinto. Miraron en el cuarto que utilizaban para coser, recorrieron la despensa, inspeccionaron la capilla, escudriñaron los rincones. Ni rastro.

La abadesa se empezó a preocupar. Recordó el incidente de la mañana y sospechó que algo malo podía haber ocurrido. Convocó a las monjas y les mandó registrar los alrededores. Unas se dirigieron hacia Deva, otras hacia Motrico y algunas se internaron en el bosque.

Todas volvieron afligidas. Nadie había visto nada. El temor inicial se convirtió en pánico cerval. La última en retornar fue María de Múzquiz, la novicia más joven de la comunidad, llena de vida y con arrestos para muchos trajines.

Se había adentrado en la ruta que subía a Urcamendi. La serora que cuidaba la ermita del Santo Cristo de Maya había visto a un grupo de hombres bien vestidos y armados que transitaban a paso lento por el camino que corría enfrente. Este detalle le había sorprendido. Prestó atención y se fijó en la presencia de una dama, envuelta en un capuz,

cubierta con una toquilla negra. Aun así, no tuvo dificultad para identificarla: era doña Ysabel, la heredera del solar de Berriatúa. Al principio, se alarmó al verla de tal guisa, mas luego constató que iba tranquila y no sospechó nada anormal.
La superiora comprendió lo que había pasado. El suceso matutino no había sido fortuito. Habían fallado al primer intento, pero lo habían conseguido al segundo. Dedujo que el grupo de maleantes había entrado de alguna forma en el edificio y raptado a la muchacha. Un sentimiento de terror se apoderó de ella y sólo se le ocurrió pensar en la desgracia que le aguardaba por la enorme culpa contraída en este hecho luctuoso.
Reaccionó. Mantuvo la calma unos instantes, en actitud reflexiva y, como mujer valerosa que era, tomó una resolución:
—Vos, María, acompañadme. Vamos a bajar hasta el pueblo y exponer los hechos al cura y al alcalde. Todavía hay tiempo de formar una partida de gente y salir en persecución de los malhechores. Es preciso a toda costa evitar la catástrofe. Si como parece, van en dirección a Sasiola, podrían darles alcance antes de llegar al río.

19

Las calles de Motrico estaban vacías. A esa hora, los vecinos se habían retirado a sus lares para el condumio del mediodía. Las dos freilas atravesaron la puerta de Deva y descendieron por la calle principal, en dirección a la parroquia.
El vicario tenía su residencia en la rectoría. Acababa de almorzar y se había retirado a descansar, reclinado en un sillón de respaldo alto y brazos rotundos. Fue abruptamente despertado por el ama que lo atendía:
—¿Qué deseáis, señora?—gruñó con descaro.
—Una desgracia terrible ha ocurrido esta mañana, monseñor. Unos desabridos han entrado en el monasterio y, tras amedrentar a las hermanas, se han llevado a doña Ysabel. Varias de nosotras hemos salido en su seguimiento, mas no ha sido posible detenerlos. María, aquí presente, ha visto cómo tomaban la ruta que conduce a Astigarribia, con la intención de cruzar el río y perderse por las montañas. Hay que hostigarles y evitar su propósito.
Don Joan, al principio adormilado y luego enfadado, se percató de la gravedad del asunto. No podía olvidar que la parroquia de Motrico era un patronato municipal y que el Ayuntamiento, a pesar de que su hermano Nicolás era el alcalde, estaba controlado por las grandes familias de la villa y la de Berriatúa era la principal.
La opinión de doña Brígida era dominante y él gozaba de su apoyo y protección, ya que siempre se había plegado a su voluntad. Tenía una congrua que le permitía vivir con holgura y libertad para disponer de las limosnas y demás ingresos que la iglesia recibía por sus servicios.

Su obligación era defender los intereses de su patrona.
Pronto reaccionó. Salió al atrio de la iglesia y, con toda su fuerza, hizo repiquetear las campanas para llamar al vecindario. En un santiamén, un grupo numeroso de feligreses se había concentrado en el pórtico.
La superiora recordó entonces que no había informado del suceso a la familia de la doncella:
—Tú, María —ordenó, después de recapacitar acerca de las consecuencias de su omisión y de la iniciativa que había tomado el vicario—, ve a la casa de Berriatúa y advierte a doña Brígida.
Mientras tanto, el párroco se dirigía a los motricotarras en un tono apocalíptico. Les recordó la extrema gravedad del suceso y la categoría social de la protagonista. Si querían salvar sus almas, tenían que arriesgar sus vidas y salir detrás de los bandidos que habían osado raptar a la heredera de una dinastía tan respetable.
Intervino también el alcalde, Nicolás de Vidazábal, hermano del anterior, para exhortar al populacho. Recordó el abolengo de la familia y los favores que la urbe debía a tan noble estirpe. El honor de su linaje había sido mancillado y era necesario repararlo.
Todo el pueblo se encendió indignado. Los más corrieron a sus hogares y volvieron armados con utensilios propios de su oficio: cuchillos, martillos, cinceles, escoplos, palas, hachas, hoces, guadañas... Unos vinieron montados en mulo y otros, en asno, mas la mayoría iba a pie.
La muchedumbre se concentró en una campa que había extramuros, enfrente de la puerta de Arriturriaga, más conocida como de arriba. El alcalde tomó de nuevo la palabra y, tras una breve arenga, decretó que tenían que tomar la ruta de Astigarribia hasta llegar a Sasiola, suponiendo que por allí los fugitivos intentarían cruzar el río.
Salieron en tropel. Al principio, todos corrían, profiriendo gritos e insultos. Al comenzar el ascenso de Urcamendi, la mitad se había rezagado. Al bajar, el grupo de cabeza recuperó la prisa, pero muchos cayeron exhaustos y otros se retiraron sin aliento.
Las huestes habían menguado de manera ostensible cuando divisaron la aldea de Astigarribia. Se detuvieron en la ermita de San Andrés. En aquella época, la iglesia estaba en proceso de restauración, para sustituir la bóveda de madera que se había colapsado unos años antes.
Un individuo que montaba un mulo se había adelantado y regresaba para avisar que los delincuentes acababan de arribar al embarcadero. La marea estaba alta y no podían vadear a caballo, pero disponían de una pequeña embarcación. Tendrían que hacer varios viajes para transbordar las monturas. Había que acelerar la marcha para impedirlo.
Eran unos veinte y el cansancio afloraba a sus rostros. Si se aproximaban, sabían que sus enemigos presentarían batalla. Aunque

eran pocos, estaban más descansados y, sin duda, mejor armados y más preparados para la contienda. Un temor saludable invadió sus corazones valerosos.
En eso un personaje surgió conminativo. Todos reconocieron al licenciado Aréizaga, un clérigo pendenciero beneficiado de la parroquia de Motrico. Iba vestido con sotana larga, bonete y una *makila* larga en la mano izquierda.
Desde que se enteró del rapto, había adoptado una posición belicosa y una actitud amenazadora, indigna de su condición. Había supuesto que los agresores eran naturales de la villa vecina y sus diatribas iban dirigidas contra todos los devatarras, a los que tachaba de maleantes y bandoleros:
—Una vez más, esos malnacidos han violado nuestro territorio, han saqueado el convento, han maltratado a las monjas y se han llevado a una de nuestras hijas predilectas. ¡Que el Maligno los arroje al Fuego Eterno! Hay que acudir en su apoyo y liberarla de sus garras. Si queremos salvar nuestras almas, prestémonos a combatir hasta la muerte. ¡Dios nos acompaña! ¡A por ellos!
La prédica, vomitada con voz estentórea en aquel paraje silente e inmerso en lo ubicuo, alentó el coraje de aquellas almas abnegadas y temerosas de Dios. La manada se puso en movimiento, corriendo detrás del eclesiástico quien, con el báculo levantado y con gritos estridentes, exaltaba el ánimo de la turba.
No estaban lejos del río. La fronda amainaba y la visión se aclaraba. Al fondo, percibieron el muelle y distinguieron una barca amarrada y un par de hombres que ayudaban a una dama a subir a bordo. Prorrumpieron en alaridos de contento y aceleraron la carrera.

20

El lector recordará cómo habíamos dejado a don Francisco en Sasiola cuando, por la mañana, la expedición había cruzado el río en dirección a Motrico para acometer la singular aventura que acabamos de relatar.
Como tenía tiempo, dio un paseo por los alrededores. Fuera del recinto, había un establo y varias almunias, unas con árboles frutales y otras dedicadas al cultivo de hortalizas. Un poco más arriba, un hospital atendía a los pobres y a los escasos peregrinos que todavía transitaban a Santiago por el camino de la costa.
El monasterio constaba de un conjunto de edificaciones alrededor de un claustro rectangular, con un patio central ajardinado abierto al aire libre rodeado de cuatro crujías. Aunque las tracerías del claustro y la ornamentación correspondían a presupuestos góticos, la distribución conventual hacía recordar la presencia previa de alguna otra comunidad de frailes, antes de la llegada de los franciscanos. De hecho, el abad sostenía que el cenobio se había construido sobre los

restos de otro románico anterior.
Después de caminar por los alrededores cerca de una hora, se dirigió a la iglesia para asistir a la misa que los monjes celebraban todos los días a la hora de tercia. Entró por la puerta posterior y se sentó en un banco intermedio. La luz penetraba con apuros a través de dos pequeñas ventanas rectangulares que se abrían en las paredes laterales y de un rosetón en la trasera que daba al río. El templo estaba vacío y un profundo silencio hacía la penumbra más intensa. Un extraño sentimiento malencólico se apoderó del solitario huésped que contemplaba aquel doliente escenario.
Miró hacia lo alto y descubrió que la cubierta tenía tres tramos que culminaban en otras tantas bóvedas de crucería estrellada, en cuyas intersecciones lucían motivos ornamentales de reciente construcción. En su favor, las paredes estaban desnudas y la decoración era escasa, lo que acreditaba la austeridad del proyecto originario.
No podía concentrar su mente en la oración. Tenía plena confianza en sus hijos y en su primo, pero no ignoraba que la operación tenía riesgos. Aunque estaba bien planeada, podían surgir contingencias inesperadas que malograran el desenlace. Alguien podría ser apresado y entonces sería difícil contener la ira del populacho. El itinerario era casi desconocido para los actores y el recorrido en tierra extraña, abrupto y lleno de dificultades.
Poco a poco, empezaron a desfilar los frailes que se iban ubicando en los bancos delanteros. Al cabo, el oficiante hizo su entrada a través de una puerta situada a la derecha del altar, seguido de dos monacillos. La misa iba a comenzar.
Seguía absorto en sus pensamientos. El celebrante se disponía a leer el evangelio, sin él haberse percatado. Muchos ojos estarían vigilantes en el bosque, sin necesidad de abandonar su trabajo cotidiano. La presencia de un grupo de forasteros, con armas y bien vestidos, no pasaría desapercibida. Alguno podría identificar a la joven y dar la señal de alarma para detenerlos. Sí, había riesgos.
Terminado el oficio, se dirigió al embarcadero. Allí encontró al alcalde de Deva, acompañado de un alguacil. Domingo de Zumeta era un hombre leal al preboste, a quien debía el cargo:
—Buenos días, don Francisco. El señor de Urrutia me insinuó que me acercara a Sasiola esta mañana y aquí estoy, a vuestro servicio.
—Supongo que os ha explicado el motivo de mi llamada. Si todo sale bien, no habrá ningún problema. Pero si algo se tuerce, pueden surgir turbulencias entre los vecinos de uno y otro lado. Para no correr riesgos, he decidido suprimir el servicio de gabarra, para lo cual cortaremos la soga que une las dos orillas. Alegaremos que ha ocurrido un accidente y que se ha roto sola. ¿Conocéis al barquero que la gobierna?

—Sí; se trata de Santiago, un mozo que vive en un caserío cercano. Es un hombre dócil y obedecerá las instrucciones que reciba.
—Aleccionadle a vuestra conveniencia y decidle que se vaya a casa hasta mañana. Tomad dos monedas de oro: le entregáis una para compensarle de las pérdidas del día; la otra es para vos.
—Vuestros deseos serán cumplidos, señor. Pediré al alguacil que se quede en las inmediaciones para dar las debidas explicaciones a los viajeros que deseen cruzar el río.
Poco después, apareció Joan de Urrutia. Don Francisco le explicó las medidas que había adoptado. Estimaba que la expedición estaría de regreso antes de las doce, con tiempo suficiente para atravesar la corriente a pie. Si no había contratiempos, estarían de vuelta en Azcoitia al anochecer.
Se sentaron sobre un gran tronco traído por alguna de las riadas que devastaban el valle con frecuencia y que alguien habría asentado en la explanada, frente al muelle fluvial. La espera iba a ser larga.
Al cabo de un tiempo, vieron llegar a un hombre a caballo, por la otra orilla. Cruzó el río y se les aproximó. Era Miguel. Bajó del corcel y les contó lo sucedido:
—Me ordenaron que os buscara para anunciaros que será difícil estar de regreso antes de las doce y media, con lo cual el paso tendrá que hacerse en una embarcación. Habéis de tomar las medidas pertinentes para procurar que doña Ysabel cruce el río, ya que no sabe nadar.
Partido el criado, don Francisco reflexionó en voz alta delante de Urrutia:
—Sí; es un percance serio. Mas no importa: de una forma u otra, conseguirán arrebatar a la muchacha y traerla a la fuerza. Sin embargo, si hay violencia, se creará un alboroto no deseado y es posible que se organice una partida que salga en su persecución. Podrían darles alcance antes de cruzar el vado y eso sería fatal. Tenemos que estar preparados para este evento.
—No vendría mal contar con alguna ayuda.
—Tenéis razón, maese Joan. Decidle al alcalde que vuelva al pueblo y que reúna una tropa lo más numerosa posible para que se aposte en los alrededores del muelle, aunque sólo sea para amedrentar a los perseguidores. Entre tanto, yo me acercaré al puerto de Alzola, para contratar una gallupa que permita el transbordo de la muchacha.
—Quizá han pensado que se han escapado por la costa hacia Deva y no hacia el Sur por Sasiola.
—Ello nos daría una gran ventaja, pero es poco probable. En cualquier caso, haced que bloqueen también allí el paso de la gabarra. Si sospechan que hemos conducido a doña Ysabel a Deva, son capaces de provocar algún disturbio.
Mientras Joan de Urrutia transmitía al alcalde las órdenes del señor de

Ydiáquez, éste tomaba el camino de Alzola, situada a menos de una legua de Sasiola, aguas arriba. Su puerto fluvial en otro tiempo muy activo era hoy un despoblado. El tráfico se había reducido notablemente en las últimas décadas, porque comenzaron a construirse barcos de más calado, incapaces de atracar en el puerto de Deva.

Don Francisco no tuvo dificultad en alquilar una gallupa de buen tamaño, tripulada por un capitán y su ayudante. No sólo serviría para trasladar a doña Ysabel de una orilla a la otra, sino también a caballos y caballeros, aunque hubiere de realizar para ello tres o cuatro viajes.

Cuando retornó a Sasiola, eran las doce y comprobó complacido cómo un hatajo de personas de toda condición merodeaba por el contorno. Desde pícaros, mendigos, vagabundos, malandrines y demás chusma, hasta mozos, campesinos, artesanos, menestrales y una legión de mujeres que gustaban de participar en cualquier diversión que les sacase fuera de la rutina que su miserable vida les proporcionaba.

Buscó a Joan de Urrutia y juntos acudieron al monasterio para advertir al guardián de la acción que preparaban y de los peligros que corrían, además del porqué del tumulto que se había formado.

21

Por fin, los fugitivos llegaron al río. Al descender de las cabalgaduras, oyeron un tenue rumor que anunciaba la presencia cercana de un grupo perseguidor. El vocerío era creciente y auspiciaba tormenta.

—Hay que darse prisa —formuló el señor de Lilí—. Los tenemos aquí al lado. Allá veo una nave amarrada en el embarcadero. No nos va a dar tiempo a cargar los caballos. Lo importante es que doña Ysabel suba a bordo y sea conducida a la otra orilla.

Descabalgaron y ayudaron a la muchacha a subir a la embarcación. Pidieron al patrón que zarpara con la dama y ellos se aprestaron a frenar a las huestes que avanzaban con afán de venganza.

—Vosotros, Pablo y Miguel —indicó el de Lilí, que había asumido el mando—, llevad las bestias aguas arriba; a unos 300 metros, hay un vado menos profundo y, por allí, podréis cruzarlo con cuidado. Luego retroceded y esperadnos enfrente.

Los dos criados desaparecieron con los caballos y los caballeros se apostaron detrás de unos árboles.

—Los seis somos suficientes para contener a esa canalla. En cuanto les veamos asomar, estad atentos. Yo daré la orden de disparar y lo haremos uno tras otro, con un breve intervalo de tiempo, para confundirles más. Es seguro que escaparán asustados, momento que aprovecharemos para lanzarnos al río y ganar el lado opuesto sin darles la oportunidad de reaccionar. Ahora cargad los arcabuces y esperad la señal.

Vieron aproximarse a la mesnada que blandía sus armas en el aire. Al

mando, el clérigo lanzaba tremendos aullidos y ondeaba el bastón que llevaba en la mano, para arengar a la chusma que lo seguía. Una primera detonación hizo que se detuvieran, sorprendidos. El hijo del capitán Amilibia indicó la espesura del bosque. Allí se refugiaron.

En el grupo perseguidor, los ánimos estaban excitados. Un indiano llamado Maya se atrevió a asomar la cabeza y, al ver el campo despejado, incitó a sus compañeros a continuar. Una segunda salva les hizo retornar a la floresta. Un hombre había sido herido en un hombro si bien de carácter leve. Aquello iba en serio. Se agruparon para celebrar consejo. Unos estaban asustados, otros sentían furia. El religioso se encargó de volver a excitar los ánimos con un encendido discurso:

—Hay que evitar que huyan. ¡Dios nos lo pide y tenemos que obedecerle! Esos traidores no pueden conseguir su propósito. Va contra los designios del Altísimo. No temamos la muerte, puesto que la salvación eterna nos espera. ¡Salgamos todos juntos! Ellos son pocos y no tendrán muchas armas cargadas. Si alguien cae, no importa. Tomaremos su posición y los destrozaremos. ¡Adelante!

De nuevo envalentonados, salieron del bosque a la carrera, con tiempo para ver cómo cinco personas trataban de atravesar el río a nado. Un sexto esperaba en la ribera y se había dado la vuelta para realizar un último disparo. No lo consiguió: una piedra lanzada por uno de los perseguidores, le golpeó en la frente y comenzó a sangrar de forma intensa. Arrojó el pistolete y se zambulló también en el agua.

Para entonces, la embarcación había depositado a doña Ysabel en la margen derecha y zarpado en dirección a Alzola. Los cinco hombres ilesos ya habían tocado tierra, pero el herido avanzaba con dificultad. Domingo de Erquicia, estaba considerado como un excelente nadador, mas la sangre perdida le había debilitado en grado extremo.

Por otra parte, los perseguidores continuaban arrojando piedras y una alcanzó la anatomía del pobre cura, limitando aún más sus facultades. Sus compañeros vieron cómo dejaba de bracear y, perdido el conocimiento, se dejaba arrastrar por la corriente.

En aquel momento, los dos sirvientes volvían con los caballos:

—No hay tiempo que perder —exclamó don Francisco—. Me temo que nuestro amigo ha perdido la vida y ya nada podemos hacer por él, salvo rezar una oración. Es preciso partir cuanto antes, pues no conviene presentar batalla. Ya hemos conseguido el objetivo y ahora toca emprender la retirada.

Pedro ayudó a Ysabel a subir a su caballo y luego todos lo hicieron en los suyos, para abandonar aquel paraje y adentrarse en un terreno, en el que ya se creían seguros, no sin antes dirigir la vista, a modo de última despedida, hacia el punto donde había desaparecido Domingo de Erquicia.

Mientras tanto, el enemigo se había agolpado en el borde opuesto y contemplaba la escena lanzando insultos y amenazas.
Al ver cómo el cuerpo de un cristiano se hundía, alguno solicitó al licenciado Aréizaga que le prestase auxilio espiritual en su postrer respiro, ya que una muerte sin confesión significaba la condena eterna, sobre todo después de haber participado en un acto violento.
El clérigo de Motrico no estaba para sermones y su única obsesión era detener a los secuestradores:
—Por muy siervo de Dios que sea no merece su perdón. Su acción es tan vil que es acreedor al fuego del infierno. Ahora lo importante es cruzar el río y dar alcance a esos bribones. Si alguien sabe nadar —reclamó al resto de sus compañeros—, que se aproxime hasta la gabarra que está amarrada al otro lado y que trate de arrimarla hasta aquí.
Dos mocetones se echaron al agua y, con mucho esfuerzo y buena maña, consiguieron poner en marcha la barcaza. Sin la guía de la soga y con el concurso de unas pértigas que clavaban en el fondo para darle movimiento, la impulsaron hasta donde estaban los perseguidores.
Repitieron la travesía en sentido contrario y, cuando desembarcaron en la orilla opuesta, la muchedumbre que allí se había congregado les esperaba con gesto airado: eran los vecinos de Deva que habían acudido por sugerencia de su alcalde. Cada grupo tenía su partido y poco importaba quién tuviera la razón.
Los de Motrico se dirigieron al Monasterio de los Franciscanos. Allí el eclesiástico solicitó hablar con el guardián:
—Queremos saber quiénes eran los personajes que han raptado a doña Ysabel de Lobiano y qué ruta han tomado —interpeló en tono airado.
—Utilizáis un lenguaje un tanto áspero, hermano —respondió el abad—. Nuestro Señor predica la paz y la concordia. Templad vuestro ánimo y sed bienvenido a este lugar de retiro y oración.
—No estoy para chanzas, padre —farfulló con voz desabrida—. Contestad a mi pregunta.
—Puesto que ese es vuestro deseo, intentaré satisfacer vuestra curiosidad. Esta mañana hemos recibido la visita de Joan Pérez de Ydiáquez, señor de Lilí, con algunos familiares, pero nada sabemos de la tal Ysabel ni de rapto alguno que se haya cometido en esta comarca. Se han marchado hace un rato.
—¿Cuánto tiempo ha de ello?
—Algo más de media hora. Han tomado monte arriba el camino de regreso hacia sus dominios. Si pretendéis seguirles a pie, nunca los alcanzaréis. Además, ya habrán entrado en su territorio y allí serán bien protegidos por las autoridades y por sus propios vasallos. Desistid de vuestro intento y volved a vuestros hogares.
—¡Vosotros, monjes corruptos, siempre defendéis a quien os mantiene!

insistió con furor el licenciado, con la *makila* levantada en son de amenaza. Abjuráis de vuestro voto de pobreza y llenáis vuestra barriga en verdad, el prior estaba algo entrado en carnes con la gallofa que os arroja el amo, sin respetar la obediencia que debéis al Señor. Mas temed la ira de Dios. Volveré. Soy comisario de la Santa Inquisición y haré que todos vosotros sufráis el fuego de la hoguera. ¡Lo juro!

Los monjes que rodeaban a su prior estaban escandalizados, igual que los hombres de Motrico que habían acompañado a este cura fanático y pendenciero. La mayoría, poco a poco, se fue retirando hasta que se quedó solo. Iracundo y malhumorado, se dio la vuelta en silencio y se dirigió a Mendaro una población que distaba media legua en dirección a Alzola donde vivía otro clérigo amigo que le albergaría por la noche. Su intención era volver al día siguiente.

22

El grupo fugitivo inició la retirada con más calma. El peligro había pasado. Ya estaban en terreno controlado. La población que habitaba en aquellos contornos era amistosa y la mayoría, allegada a su causa aun sin conocer el motivo de la discordia. Los perseguidores nunca se atreverían a penetrar en aquella orografía atormentada, por parajes misteriosos y llenos de leyenda que separan los valles del Deva y del Urola. La mentalidad de la gente era primitiva y creían que allí vivían los gentiles: seres salvajes, dotados de una fuerza extraordinaria, capaces de lanzar pesadas rocas a grandes distancias.

Tras dejar el monasterio franciscano, comenzaron a subir una empinada cuesta que conducía al barrio de Lástur. Allí se detuvieron, por primera vez, en el caserío Leizaola. Su dueño era vecino del señor de Lilí cuyas extensas propiedades lindaban con las suyas.

Los viajeros fueron obsequiados con sidra. En la puerta del caserío, departieron con calma mientras saciaban su sed y, seguros del éxito de la expedición, retomaron el carril que había de conducirles a la torre de Lilí, a la que llegaron cuando atardecía.

El edificio había sido construido a principios del siglo XV como fortaleza militar y jugó un papel destacado en las guerras de banderías. La fachada principal era de piedra de sillería de color oscuro y nueve ventanas geminadas con un parteluz intermedio se abrían en ella para iluminar el interior. Dos pequeños torreones adosados en voladizo a los ángulos del muro culminaban en sendos pináculos, flanqueados con doseletes trilobulados y cresterías góticas, propias de la época, que conferían al edificio un aspecto risueño y elegante, sin perder la solidez.

La puerta era de madera de roble y estaba volteada con hermosas dovelas de piedra labrada, dispuestas en forma de arco de medio punto. En la planta principal, una larga mesa para doce comensales se

había preparado en un espacioso salón, abierto al exterior por una hermosa ventana, situada encima de la puerta de entrada.
Allí doña María de Eguía —señora de Lilí y madre de Joan Pérez de Ydiáquez— esperaba a la comitiva acompañada del párroco de Cestona, Martín de Zubiaurre, a quien habían convocado para testificar, ante un previsible pleito, que el ambiente era distendido y que la muchacha estaba alegre y no iba en contra de su voluntad.
Después de los saludos de rigor y el pláceme a la muchacha por su casamiento, se sentaron a la mesa y gozaron de una espléndida cena en la que participaron todos los expedicionarios, incluido el vicario. Antes le habían dado cuenta del fallecimiento de su coadjutor, Domingo de Erquicia, por quien rezaron un responso.
—Tendré que informar al arcipreste —lamentó el cura— sobre tan luctuoso suceso. ¿Dónde se produjo el accidente?
—Se ahogó en el río cuando intentaba cruzar el vado de Sasiola.
—¿La muerte se produjo en la orilla derecha o en la izquierda?
—En la derecha, término municipal de Deva. Allí habrán conducido el cadáver y sus autoridades procederán al sepelio y a levantar el auto correspondiente.
—En ese caso, el proceso corresponde a la jurisdicción de Pamplona y será el obispado quien se persone para la investigación. Esto es un trastorno, pero ya encontraremos una solución.
Terminada la colación, el de Lilí ordenó a sus criados ensillar de nuevo los caballos para continuar el viaje. Había anochecido. Tomaron un pasaje paralelo al río Urola y, tras atravesar la villa de Azpeitia, llegaron a Azcoitia cuando ya se habían rezado las completas.
Entraron por la puerta de Abajo y no tardaron en apearse de sus monturas frente al palacio de Ydiáquez. A la luz de la luna, doña Ysabel contempló su nueva morada: el inmenso edificio de piedra le produjo una extraña sensación de desamparo, como si fuera una cárcel, en cuyos muros —herméticos e impenetrables— hubiera de pasar el resto de su vida. Un amago de ansiedad agitó su tierno corazón y se quedó yerta durante unos instantes por lo incierto de su destino.
El día había sido intenso y lleno de emociones: había sufrido el acoso de los perseguidores; había cabalgado por lugares inhóspitos; había conocido nuevos personajes con expresiones hostiles; había visto ahogarse a un clérigo... Demasiado para una sola jornada.
Recordó su vida plácida en el convento, la rutina seductora de lo conforme, el afecto que le dispensaban las monjas, la amistad que le unía a Ana Urrutia. ¿Qué estaría haciendo en ese instante? ¿Habrían descubierto su parte en el enredo? Y ¿su madre? ¿Sería capaz de perdonar su atrevimiento? Sí, ella sí lo haría; sería la única. El resto de

sus parientes reprobaría su insolencia. El bien colectivo estaba por encima del afán particular: ése era el valor supremo. ¡Cuánto disturbio para tan poco!

¡Qué hermoso había sido mientras fue esbozo! Sus afanes, sus anhelos, sus noches en vela, la ilusión de un amor perpetuo sin suturas; besos vehementes, caricias voluptuosas, pasión extraviada. ¡Cuántas horas de ensueño embriagador, de letargo placentero, de fantasías desbocadas!

Mas ahora empezaba a tomar conciencia de lo que significaba encerrarse en una casa nueva, con gentes desconocidas y costumbres diferentes. Iba a internarse en un laberinto intrincado y sin marcha atrás. ¡Cuán diferente iba a ser la realidad! ¡Cuán deseable el tiempo pasado! Una lágrima resbaló por su mejilla.

Salió a recibirles la madre de Pedro y la parentela que aguardaba desde media tarde:

—Hija, sed bienvenida a esta vuestra nueva morada. ¡Por fin habéis llegado! Todo ha salido bien y ahora podréis descansar en paz. ¡Sois adorable! Habéis demostrado una gran fortaleza y merecéis la dicha que aquí os espera, al lado de vuestro marido y de todos sus parientes, ansiosos de complaceros y de hacer feliz vuestra existencia en esta etapa que hoy empieza.

Doña Ysabel se inclinó para expresar su respeto, pero la dama se lo impidió y la ayudó a erguirse. Contempló un rostro pálido y un semblante asustado que despertaba compasión y pedía ser tratada con ternura:

—No os amilanéis, hija mía. Todas las mujeres han de padecer la experiencia de dejar el solar paterno para ir a vivir con el cónyuge que le han asignado, no siempre de su agrado. Vos habéis tenido la fortuna de poder elegir. Tenéis un carácter abierto y Pedro es un hombre tranquilo y sosegado. ¡Seréis felices! Contad con todo mi apoyo. Quisiera que os sintierais a gusto en vuestro nuevo hogar. Mucho me placería llenar el hueco que la falta de vuestra madre ha de causar en vuestro atribulado corazón.

—¡Gracias, señora! Pedro me ha hablado mucho de vos, de vuestro talante dulce y bondadoso. Yo también aspiro a vuestra comprensión y no cejaré en daros satisfacción hasta merecer vuestro afecto.

La comitiva había subido la escalera y entrado en el edificio para instalarse en el gran salón de la planta principal. Doña Ysabel fue presentada a los miembros de la dinastía y todos tuvieron palabras de elogio para ella, por su belleza serena y su semblante benévolo.

Terminado el acto protocolario, don Francisco, el padre de Pedro, en su condición de cabeza del linaje, tomó a la muchacha en sus brazos y le impuso al cuello una cadena de oro con una medalla que tenía grabado el escudo de los Ydiáquez:

—A partir de este momento, sois miembro de nuestra familia. Os deseo muchos parabienes y os animo a engendrar numerosa prole que contribuya a perpetuar nuestra estirpe y ensalzar nuestro abolengo. ¡Sed bienvenida!

Doña Ysabel no pudo controlar la tensión y rompió a llorar angustiadamente. Pedro se acercó de inmediato y la abrazó con inmensa ternura. Ambos salieron del salón y se internaron en el estudio de don Francisco. La joven se había calmado y una tenue sonrisa asomaba a su rostro. Enseguida entró doña Cathalina:

—Pedro, tu esposa tiene que estar fatigada. Hoy ha sido un día agitado y es bueno que se retire cuanto antes a descansar. Doña Ysabel, hoy dormiréis en la casa de doña Cathalina, vuestra cuñada. Allí os han preparado una habitación. Aunque habéis cumplido con el rito del matrimonio, es preferible que la iglesia bendiga vuestra unión antes de la consumación, so pena de posible excomunión.

Doña Ysabel asintió. Pedro fue al encuentro de su hermana y de su esposo. Los cuatro abandonaron el palacio y enfilaron la calle de El Medio hasta llegar a la casa de Zavala, situada no lejos, junto a la puerta de Arriba.

23

Cuando al día siguiente el alcalde de Deva regresó al lugar de los hechos, vio a media docena de personas que se habían concentrado en el embarcadero y rodeaban al barquero. Distinguió entre ellas al alcalde de Motrico y al capitán Ybarra, que llevaba la voz cantante.

Le preguntaban qué habían hecho con el cadáver. El mozo no tenía ninguna noticia de lo que había sucedido la víspera. La soga que servía de guía a la embarcación que hacía el servicio entre las dos orillas se había roto el día anterior y él había informado al alguacil para que procediera a su arreglo. Luego se había ido a casa. Muy de mañana, le habían avisado que la avería estaba subsanada y que podía volver al trabajo.

El edil se había enterado del suceso por la noche. Primero varios vecinos le habían contado lo ocurrido y luego Joan de Urrutia le había recalcado que doña Ysabel había huido del convento por propia voluntad; no se trataba de un rapto como los vecinos de Motrico habían comenzado a propalar. Tampoco omitió la muerte del clérigo que acompañaba al grupo.

El caso era delicado. Dos grandes familias estaban implicadas en un asunto turbio y de difícil arreglo. Una de ellas apelaría a su honor mancillado y recurriría a la justicia real para su reparación. Quizá tenían la razón de su parte: aunque la joven heredera hubiera aceptado de buena gana la fuga para casarse con su prometido, era una niña de trece años y él un doncel de veintidós. Los jueces no dudarían en aceptar los argumentos de la parte ofendida.

Pero el mandatario no ignoraba el poder que poseía la saga de los Ydiáquez. Don Francisco era un personaje de gran influencia en la provincia, con extensos dominios y altos cargos de concesión real, entre ellos, el de preboste a perpetuidad de la villa de Deva, con lo cual, él le debía obediencia.

Las cosas ya no eran como antes. La hidalguía universal que los naturales de Guipúzcoa habían conseguido en el siglo anterior se había desvanecido. A partir del actual, la antigua nobleza que había sobrevivido y la nueva que se había formado con el comercio recuperaron sus privilegios. Se dictaron nuevos reglamentos que incorporaban restricciones para la intervención del vecindario en la vida concejil y el poder municipal volvió a estar en manos de la aristocracia.

Para ser elector de un cargo público en la villa de Deva, era necesario ser hidalgo, saber leer y escribir y demostrar la propiedad de bienes raíces por un valor tasado superior al millar de ducados, lo que limitaba el censo de votantes a una pequeña minoría de propietarios, todos ellos vinculados al preboste, por razones de clientela. Su continuidad como alcalde dependía de su capricho.

Por otra parte, su hijo Martín era secretario de Estado de Felipe II y su primo don Juan, miembro del Consejo de Estado y uno de los hombres más influyentes en el gobierno de su Majestad Católica. Si había un litigio, tendrían todo el apoyo de la Corte y las instituciones locales se plegarían a sus designios.

Luego estaba la muerte del clérigo. Un tema enojoso que la justicia ordinaria tendría que investigar. Además, intervendría la autoridad eclesiástica y se plantearía un problema de jurisdicción. Si la muerte se había producido en territorio de Astigarribia, se personaría el obispado de Calahorra, y si en Deva, el de Pamplona.

¡Cuántas complicaciones! ¡No! Había que demostrar que el aprendiz de cura se había ahogado en la mitad derecha del río que pertenecía a Deva. Sería mucho más ventajosa la actuación del obispado de Pamplona que el de Calahorra. Allí la influencia de los Ydiáquez era mucho más consistente. Mas, para conseguirlo, había que recuperar el cadáver e incoar el expediente en el término municipal de su competencia.

Otra vez se reanudarían las disputas con Motrico. Todavía estaba pendiente el pleito sobre la jurisdicción del río y el derecho a cobrar alcabalas sobre las mercancías que entraban y salían del puerto; ahora, otra desavenencia... Aun así, él se sentía obligado a defender los intereses del preboste. Pero tenía que ser prudente. La cuestión era compleja y no debía comprometerse en exceso. Por si acaso, se había traído a dos alguaciles y a un oficial de justicia.

Al contemplar la escena que se estaba desarrollando a la orilla del río,

juzgó que allí sobraba y optó por dirigirse al monasterio. El guardián le puso al corriente de los incidentes ocurridos la víspera y le confirmó la fuga de doña Ysabel, con la ayuda de varios miembros del clan Ydiáquez. Le sugirió que se acercase al caserío de Ainzuriza, situado aguas arriba. Su propietario había estado la noche anterior y le había relatado los pormenores del fatal episodio. Había visto hundirse al clérigo por última vez, muy cerca de su vivienda.

Dio un pequeño rodeo para eludir el paso por el embarcadero. Ya en el camino de Alzola, se cruzó con dos frailes que venían en dirección contraria: uno de ellos era el licenciado Aréizaga que tan activa participación había tenido en las peripecias de la víspera.

El casero de Ainzuriza se prestó de inmediato a colaborar con el edil. Disponía de una pequeña embarcación de quilla plana que solía utilizar para llevar su mercancía hasta el puerto de Alzola. Después de un largo rato de búsqueda, encontraron el cuerpo sin vida de Domingo de Erquicia, vestido con sus ropas.

Habían amarrado la embarcación a un poste con un cabo y se disponían a depositar los restos del clérigo en la ribera derecha cuando vieron arribar a los vecinos de Motrico, con el licenciado Aréizaga a la cabeza. Alguien les había advertido de sus pesquisas y querían participar en el resultado.

El alcalde de Deva, ya en tierra, había levantado su bastón de mando como símbolo de su autoridad y ordenaba el levantamiento del cadáver y su traslado a la villa, convencido de su derecho a tal procedimiento.

—¡Alto ahí! —exclamó el licenciado en tono inquisitivo—. Ese individuo es culpable del secuestro de una joven y fue muerto ayer en la otra orilla al responder con fuego a nuestro requerimiento de entregar a la muchacha sana y salva. Será la justicia de Motrico quien deba dirimir la causa por tal crimen. ¡Entregadnos el cuerpo del delito!

—¡Eso no es cierto! —respondió el alcalde—. El difunto ha sido descubierto en la margen derecha y corresponde dictar sentencia al tribunal de Deva. Aquí hay un oficial de justicia que podrá testificar mis palabras.

—¡Así es! —confirmó un hombrecillo enclenque y afligido, vestido de negro, que redactaba el acta de defunción—. Este caso es competencia del concejo de Deva y allí será llevado el finado para recibir los auxilios postreros y ser enterrado en el cementerio tras la celebración de un funeral solemne, concorde a su dignidad sacerdotal.

—Ese hombre era un malandrín —prosiguió contumaz el eclesiástico— que pretendía llevarse contra su voluntad a una niña de trece años para lo cual no dudó en utilizar un disfraz religioso. Su pecado es de tal magnitud que no merece el perdón de Dios. Bien muerto está y bien merecido tiene el tormento que le espera en el infierno para toda

la eternidad.
Estas palabras pronunciadas por un hombre de iglesia produjeron el rechazo general de todos los presentes. Para entonces, se habían incorporado varios lugareños y algunos viajeros curiosos que transitaban por la ruta. Los ánimos se habían encrespado y el personal manifestaba una actitud beligerante. El alcalde de Motrico comprendió que era inútil continuar la polémica y decidió apaciguar la discordia:
—Señores —arguyó a sus villanos—, creo que, en este momento, el derecho asiste a las autoridades de Deva y no es cuestión de discutir la jurisdicción de una causa que, a fin de cuentas, va a rebasar los límites de los dos municipios y ser vista por un tribunal superior. Nosotros nos retiramos: proceded según vuestro criterio.

24

El párroco de Azcoitia vivía en una pequeña casa adosada a la cabecera de la iglesia de Santa María, con acceso directo desde la sacristía. El edificio, construido a principios de siglo, era de planta cuadrada y tenía dos alturas. Un establo ocupaba la planta baja y, en la parte trasera, una huerta producía hortalizas varias para el consumo cotidiano.
Una escalera de madera conducía a la planta superior. Un amplio pasillo lo cruzaba de punta a punta y permitía el acceso a las seis habitaciones disponibles. Una estaba ocupada por don Bautista, el vicario; otra por don Blasio de Zuazola, un sacerdote anciano que había sido su predecesor en el cargo y que ahora estaba retirado; otra por un clérigo joven, natural de Deva, que había obtenido medio beneficio en la parroquia por intermedio de don Francisco de Ydiáquez. Las dos seroras que cuidaban la iglesia y el servicio doméstico ocupaban la cuarta y las dos últimas —las de categoría principal— estaban vacías y se empleaban para albergar a huéspedes de distinta procedencia que visitaban la villa para tratar asuntos de índole diversa.
Como todos los viernes, tras la misa de prima, el vicario dedicaba buena parte de la mañana a la administración de la parroquia. Don Blasio le ayudaba a llevar las cuentas diarias, pero él las revisaba antes de pasarlas a limpio sobre un cuaderno que cuidaba con esmero. Llevaba al día el registro de los sacramentos administrados durante la semana, para lo cual se valía de tres libros donde apuntaba los bautismos, los casamientos y las defunciones. Los visitadores del obispado vigilaban con especial esmero que esta regla se cumpliera con rigor y habían ordenado anotar la fecha del suceso y los nombres de los partícipes.
Estando aplicado en esta tarea, doña Cathalina de Aramburu irrumpió en la sacristía. Lo hacía con frecuencia y él gustaba de conversar con

dama tan virtuosa, amén de pródiga en dádivas y limosnas que aliviaban la economía de la rectoría.
Esta vez, la visita tenía un motivo muy concreto. La señora le narró la aventura acaecida la víspera y la forma en que su hijo Pedro había desposado a doña Ysabel de Lobiano. Parecía asustada y pedía su comprensión para encontrar una fórmula que conjurase las consecuencias del desatino cometido. Concluida su explicación, aprovechando la entrada de la serora en la estancia, se había escabullido sin mediar palabra.
De inmediato, don Bautista comprendió la magnitud del dilema. El Concilio había prohibido taxativamente los matrimonios civiles según fórmulas paganas y amenazaba con la pena de excomunión para los que no cumplieran el rito del sacramento, según lo prescribía la Iglesia Católica, o sea, ante un sacerdote y en presencia de dos testigos.
La situación que se creaba con don Pedro era delicada. Si excomulgaba a la pareja, se enfrentaba al todopoderoso señor de Ydiáquez y a su numerosa parentela. Si no lo hacía, se planteaba un serio problema de conciencia y corría el riesgo de una amonestación grave por parte del obispo, incluso de sufrir algún castigo más severo.
Tenía presente que don Martín de Ydiáquez era titular del patronato de su iglesia y uno de los privilegios inherentes a dicho cargo□quizá el más importante□ era la provisión del curato, vale decir, el derecho a nombrar vicario o, en rigor, a presentar el candidato al obispo para su aprobación.
Otro de los derechos del patrono era cobrar los diezmos y primicias y utilizarlo en su propio beneficio. El vicario sólo contaba con el dinero que recolectaba de limosnas, dádivas y donaciones, amén de las percepciones que recibía por la prestación de ciertos servicios religiosos, sobre todo, las exequias y las misas que los difuntos pudientes encargaban en sus mandas para acceder con presteza al Reino de los Cielos y abreviar el tránsito por el Purgatorio.
Él no podía enfrentarse a los Ydiáquez. Mas las instrucciones que llegaban de Pamplona eran claras. Había que aplicar con rigor el espíritu de Trento y excomulgar cualquier desviación relacionada con la liturgia y la confesión sacramental.
¿Cuál era su deber? El conflicto era grave y la solución, difícil. Estaba solo y no tenía a nadie a quien consultar. Cristo era el único capaz de entenderle y ayudarle a elegir el buen camino. Salió de la sacristía, se dirigió al altar mayor y allí se arrodilló ante el Señor para contarle sus cuitas.

25

Al día siguiente, doña Ysabel se despertó tarde. Había dormido mal y sólo al amanecer encontró la caricia confortante del sueño. Estaba arrebujada bajo un sopor complaciente cuando notó que la puerta se

entreabría y asomaba la figura expectante de la dueña de la casa:
—Pasad, doña Cathalina, pasad.
—Buenos días, doña Ysabel. ¿Habéis dormido bien?
—Regular.
—Quizá habéis extrañado la cama.
—La cama es sobresaliente y harto más mullida que la que tenía en el convento. Mi espíritu estaba agitado y he tardado en serenarme. ¿Qué hora es?
—Son las nueve. El desayuno está preparado. Mi madre vendrá al punto para establecer el programa del día.
—¿Las nueve? ¡Cielos! Si siempre me despierto a las seis; se nota que el cambio ha trastornado mi rutina. Me llevará un rato rezar las oraciones y acicalar mi persona.
—Tomaos el tiempo preciso. Encima de la mesa, hay una palangana y una jofaina llena de agua. También encontraréis un peine y otros utensilios para el aseo femenino. Os he traído alguna ropa. Elegid la que más os guste. Os recuerdo que las casadas han de cubrir su cabeza. En el baúl, encontraréis varias tocas de formas diferentes que se pueden adaptar a vuestra talla. El comedor está al fondo del pasillo. Allí os espero.
Al quedarse sola, la doncella cayó en la cuenta de su triste posición. Había venido sin ningún bagaje, sin ajuar, sin joyas. Tampoco llevaba dinero. No tenía nada propio que ponerse, salvo el vestido que había traído el día anterior. Encima, tenía que llevar una toca... Dependía por completo de su nueva familia. De nuevo, los pensamientos sombríos de la víspera poblaron su mente. Se volvió a acordar de su madre, de Ana Urrutia, del convento...
Fue un instante; no había tiempo para la aflicción. Ella era una mujer valerosa y tenía que afrontar su destino. No pensó más y se puso a rebuscar en el fardo que su cuñada había dejado encima de una silla. Seleccionó una camisa interior de lino y unas calzas blancas; para el exterior, un corpiño y una faldeta. Completó su indumentaria con una basquiña negra que le llegaba hasta los pies y un sayuelo verde que se ajustaba a su talle. Como calzado, eligió unos borceguíes de piel oscura. Cubrió su cabeza con una sencilla toca de seda, de color blanco y dio por terminado su atuendo.
Mientras se vestía, no pudo menos que evocar su situación. Necesitaba dinero. Nunca lo había tenido porque jamás le hizo falta. Ahora, era esencial procurarse un numerario, siquiera modesto, para atender los pequeños gastos, a expensas de lo que le pertenecía por la herencia de su padre. Mas ¿cuál era su patrimonio?
Jamás se había preocupado de cuestión tan baladí. Sabía que doña Brígida le había nombrado heredera universal de toda su fortuna. Pero eso ¿qué derechos le otorgaba? Tendría que llamar a don Diego de

Mallea. Él era el albacea que su padre había nombrado para custodiar los bienes que le correspondían por su testamento. Él le pondría al corriente y le explicaría los detalles.
Cuando hubo terminado su aderezo, abandonó el dormitorio, cruzó el pasillo y entró en un espacio amplio, que servía de sala de estar y de comedor, donde doña Cathalina le esperaba entretenida con el hilo.
—La ropa os sienta a la perfección —exclamó sorprendida al ver aparecer a la niña—. Tenéis un cuerpo grácil y cualquier trapo se adapta a vuestro porte. Nuestra madre se ha preocupado de adquirir unas cuantas piezas de tela fina para que os confeccionen una vestimenta adecuada. Vuestra primera cita será con la modista, a fin de tomar medidas. Vais a tener un día agitado. Más tarde vendrán parientes y amigos para conoceros y rendiros pleitesía.
La doncella desayunó con buen apetito. Primero yantó dos rebanadas de pan con nata, esmaltadas de miel y luego sorbió un tazón de leche caliente, recién ordeñada.
Doña Cathalina llegó puntual, acompañada de don Pedro. El doncel vestía sus mejores galas y estaba radiante de juventud y galanura.
—Buenos días, Ysabel —saludó el esposo, tomando las manos de la doncella—. Estáis más bella que nunca. Este vestido tan juvenil alegra vuestra figura y contrasta con la seriedad de vuestro atuendo conventual.
La muchacha lo miró gozosa.
—Doña Ysabel —terció la madre—, la sastra nos espera, pero antes quería yo arreglar cierto asunto que me preocupa. La Iglesia ha dictado nuevas normas para la aplicación del sacramento del matrimonio. Hoy es obligatorio que un sacerdote celebre el acto dentro de un templo. Aunque el pueblo se resiste a abandonar sus antiguas costumbres, Roma amenaza de excomunión a quienes persisten en la vieja usanza. A primera hora, he visitado al párroco de Santa María y le he explicado los motivos de vuestro acto impío. Mientras lo hacía, he visto cómo cambiaba la expresión de su rostro.
—¿Qué se puede hacer para obtener la bendición de la Iglesia? —preguntó doña Ysabel inquieta.
—Urge formalizar el matrimonio y evitar que sea declarado írrito, en cuyo caso seríais excomulgados los dos. Si bien no es posible recibir el sacramento tal y como lo manda la Santa Madre Iglesia, ya que no hay tiempo para hacer las proclamas, habéis de pronunciar el consentimiento mutuo delante de un cura, en presencia de dos testigos. Eso debe ser suficiente. Para ello, hemos pensado una estratagema que quizá dé resultado.
Pedro tomó entonces la palabra para explicar a su esposa el ardid que habían tramado:
—Si no llueve, el párroco tiene la costumbre de dar un paseo a primera

hora de la tarde por el prado de Landacaranda, un paraje tranquilo situado en las afueras de la villa. Nosotros también lo hacemos; después de comer, mis amigos y yo solemos reunirnos en ese lugar para hacer ejercicios, practicar esgrima y perfeccionar distintas artes marciales. A menudo, el doctor Errasti se cruza en nuestro camino y nos dirige palabras de ánimo.

»Esta tarde, vos, Ysabel, acudiréis al sitio, en compañía de mis hermanas y de otras jóvenes de la villa, demostrando alborozo por vuestra llegada. Allí simularemos un encuentro fortuito para coincidir los dos grupos con el vicario. Es una persona tímida que se azora enseguida. La presencia de un grupo de damiselas le ha de producir confusión. Ese será el momento propicio para que nos acerquemos los dos y anunciemos en público nuestro casamiento. Vos habéis de tomar la iniciativa; yo os secundaré de inmediato y juntos proclamaremos el consentimiento mutuo.

—¿Créeis que esta acción será suficiente? —insinuó la muchacha.

—A fe que lo será —respondió el joven—. Don Bautista está al tanto de la enorme influencia de nuestra familia y de los muchos favores que ha recibido. No osará enfrentarse.

—No estéis tan seguro —intervino la madre—. El vicario es un hombre honesto y valiente. Tiene claro que su primer deber es servir a Dios y su obligación, hacer cumplir la ley.

—¿Qué significado tiene la excomunión y qué efectos produce? —inquirió doña Ysabel.

—La excomunión es la privación del derecho de los fieles al uso de los sacramentos y conduce a la condenación eterna. Otrosí ocasiona numerosos perjuicios en vida e impide al reo ocupar cargos públicos y recibir mercedes. No; hay que evitar la sentencia adversa.

—¡Qué desatino!

—Para completarla obra —prosiguió la dama—, trataremos de que el propio párroco os conceda la bendición tras la misa del domingo, para lo cual sería conveniente que mañana sábado hagáis confesión diligente de vuestros pecados. A partir de ese momento, ya podéis habitar bajo un mismo techo. Así que hasta ese día, doña Ysabel, seréis huésped en la casa de Zavala.

—Como ordene vuesa merced.

—Después de la misa, celebraremos el banquete nupcial. Vamos a convocar sólo a los parientes que habitan en el valle e invitar a los personajes más influyentes de la comarca. Hay que aquistar el mayor realce y hacer que la fiesta sea digna de la calidad de sus protagonistas.

Pedro constató la emoción que embargaba a su joven esposa al escuchar las palabras llenas de entusiasmo de su madre y acudió en su auxilio para alentarla:

Ysabel, no os preocupéis. Todo saldrá bien. Ahora, vamos a nuestra casa para que seleccionéis los atavíos más sugestivos que hagan honor a vuestro trapío. Antes daremos una vuelta por la urbe, para que el pueblo os admire y vos conozcáis su forma de vida, la algarabía de sus calles y el espectáculo de sus plazas.

26

Doña Brígida había recibido puntual información de la historia acaecida la víspera. Sus criados le habían contado los acontecimientos de la tarde y el fracaso de la comitiva que había partido de Motrico con la intención de rescatar a doña Ysabel antes de cruzar el río.

Al mediodía, había recibido la visita del alcalde de la villa. Don Nicolás de Vidazábal le había relatado los acontecimientos matutinos en Sasiola. También le había revelado que los habitantes de Motrico acusaban a las novicias de Areizieta de haber tolerado el rapto; los más exaltados incluso se habían atrevido a acusarlas de connivencia; algunos se habían acercado al convento en actitud amenazadora y las tildaban de alcahuetas.

El alcalde le había manifestado su preocupación. Además de las consecuencias que se iban a derivar por la pérdida de doña Ysabel, temía que los vecinos del pueblo pudieran ser incriminados por haber participado en la muerte del cura. Su condición eclesiástica provocaría la intervención del obispado para instruir las diligencias. La causa llegaría al vicario general que plantearía un requisitorio para investigar el caso. Él conocía a los miembros que habían tomado parte en la persecución y el papel que habían desempeñado en la lapidación. Incluso él podía ser inculpado por haber organizado la expedición y alentado la acción criminal.

Tenía que actuar para salvar su responsabilidad. Primero, conseguir que los padres de doña Ysabel presentaran de inmediato una demanda ante su jurisdicción, como alcalde ordinario de la villa, para obtener la primera instancia. Si el corregidor intervenía más tarde, tendría que conformarse con la segunda, según era la costumbre. Si no lo hacía, presentaría a las Juntas Generales una petición de amparo y solicitaría su mediación para resolver el caso. Era preciso evitar la pesquisa del corregidor, cuya parcialidad en favor de los Ydiáquez era por todos conocida.

Mas la dama no estaba para escuchar las lamentaciones del edil. El honor de su familia había sido mancillado. La boda de la ricahembra se había desbaratado y así frustrado su sueño de ahijar un varón digno de recibir la titularidad del señorío de Berriatúa. Ningún caballero de calidad aceptaría como esposa a una novia ultrajada, por muy noble que fuera su cuna y muy alta la dote aportada.

Cuando los padres de doña Ysabel entraron en la estancia, encontraron a la anciana sentada en su sillón, rígida y sumida en

profundos pensamientos. Poseída de una ira sorda, su tez era cárdena y su faz había mudado de aspecto.

—¡Señora! —suspiró con temor doña Clara—. Siento molestaros en este doloroso trance, pero traigo noticias graves que no debéis ignorar. Acabo de hablar con doña Plácida de Gamboa. Está aterrada. Ana Urrutia ha confesado esta mañana que estaba al tanto de la operación y que ella ayudó a la joven a fugarse. Mantiene con firmeza que doña Ysabel se prestó a la huida de modo voluntario; aun más, que el plan fue ideado por ella misma al enterarse de que queríamos anular su compromiso y buscarle otro pretendiente.

—¡Y no sólo eso! —terció el padrastro—. La monja ha declarado que Ysabel y Pedro se casaron el pasado viernes por la noche, a la antigua usanza. Ella había reclamado la presencia de su amante en el monasterio, mediante una esquela que entregó a don Joan de Urrutia, padre de la monja, y que éste se encargó de llevar a Azcoitia. La cita fue a medianoche.

—La superiora ha atado cabos —continuó la madre— y ha entendido el porqué de las numerosas visitas que el padre de la monja hacía a su hija en los días previos. Él servía de enlace y trasladaba las misivas que se cruzaban los dos enamorados. También ha descubierto que la muchacha recibía a su prometido en el jardín del convento, una o dos veces por semana. Ana Urrutia se encargaba de franquearle la entrada y de protegerlos para estar solos en el jardín.

Doña Clara observaba asustada la furia que el rostro de doña Brígida despedía y prosiguió el relato con cautela:

—La abadesa ha encerrado a la monja en una celda y la ha castigado a pan y agua. Ha escrito al superior de la orden y al obispo de Pamplona para recibir instrucciones. Está compungida y es consciente de su culpa. Al parecer, el joven se presentó en Areizieta a media noche y allí, a través de la saetera de la puerta, enlazaron sus manos y se juraron amor eterno. ¡Dios! ¡Qué descaro!

—¿Cómo es posible que vuestra hija haya cometido semejante alevosía? —espetó doña Brígida—. ¿Cómo se ha atrevido a transgredir la regla establecida y desposarse en contra del empeño de sus mayores? ¡El proyecto para perpetuar la estirpe y fortalecer el linaje se ha derrumbado! ¡Nuestra honra ha sido injuriada!

—Si la niña se ha escapado *motu proprio* —reclamó la madre—, quizá deberíamos aceptar su decisión y respetar su albedrío. A fin de cuentas, don Pedro es el segundo heredero de una de las dinastías más ricas de la provincia y es probable que si el matrimonio tiene un hijo varón, él será el receptor de los bienes de los dos solares, de acuerdo con nuestra idea primitiva.

—¡No tal! —las palabras de doña Brígida retumbaron como un trueno—. Si ella ha sido capaz de desafiar a sus progenitores, tendrá que aceptar

las consecuencias. Si es verdad lo que decís, Ysabel ya no pertenece a la familia y desharé de inmediato el testamento que dicté hace tres meses, apartándola de todo beneficio. A partir de este momento, tendrá que vivir a cuenta de su marido, si es que ese bribón es capaz de sostener su promesa y no la abandona después de abusar de ella, como hacen los hombres malnacidos de su ralea.

—¡Señora! —se atrevió a protestar la madre—. No podéis obrar así. Sería injusto volverle ahora la espalda. Ya sé que ha cometido un acto liviano, pero eso es común en la juventud. Si los dos jóvenes han mantenido encuentros frecuentes en el jardín del monasterio durante los últimos meses, la niña se habrá prendado de su galán, con el aval del acuerdo que se había concertado. Al enterarse de nuestra intriga para romper el compromiso y casarla con el tal Urberuaga, habrá llorado con amargura. Su temperamento romántico la habrá incitado a tomar tamaña determinación y contravenir las normas que regulan nuestra sociedad. Hasta resulta natural...

—¡Basta! —bramó enérgica doña Brígida—. No pretendáis defender a vuestra hija. Su acción es impropia de su origen. ¡Se acabó! Mi fallo es fundado y mi resolución no tiene vuelta. Convocaré al licenciado Lizundia para que proceda a redactar un nuevo testamento y, de paso, prepararé una denuncia contra don Pedro por el rapto de la doncella. Mi propósito es llegar a las máximas instancias judiciales del Estado e, incluso, solicitar la providencia real si la justicia ordinaria no procura.

La dama estaba descompuesta. Su enfado era violento y había perdido el dominio que siempre tenía sobre sí misma. Mas su voz vibraba firme:

—Vos —bufó indignada, dirigiéndose al capitán Ybarra—, habéis de hacer entrar en razón a vuestra esposa. El perjuicio que este suceso ha ocasionado a nuestra casa es de tal magnitud que merece un castigo ejemplar. Presentaremos una reclamación por daños y perjuicios que arruinará el solar de los Ydiáquez, por robusta que sea su economía y grande su influencia.

Ninguno de los dos se atrevió a replicar su alocución. Un silencio profundo inundó la estancia y la anciana aprovechó para recuperar el aliento.

—Ahora deseo retirarme —prosiguió, más calmada—. Han sido dos días de enorme tensión y estoy cansada. Capitán, poneos en contacto con el licenciado y decidle que quiero verlo aquí el jueves, al estreno de la mañana. Pedidle que redacte una crónica con la descripción sucinta de los hechos acontecidos que sirva como argumento principal de la demanda.

»El lunes he de cumplir cierta diligencia —concluyó ya sosegada— que me ocupará varios días. Por cierto, Clara, advierte a Simón que disponga para ese día el carruaje con dos buenos caballos. Mi

pretensión es partir al alba y regresar el miércoles con el sol puesto.
Al salir la dueña, los dos cónyuges se quedaron solos en la estancia. Doña Clara estaba asustada por la actitud de doña Brígida y preocupada por su hija. Si la habían conducido a la torre que los Ydiáquez tenían en Azcoitia, estaría confusa, rodeada de gente extraña y contemplada como una intrusa. La sociedad jamás aceptaría a una joven que había sido capaz de abandonar su reclusión en un convento para escaparse con un hombre casi desconocido, capaz de cualquier liviandad. ¿Cómo había cometido tal ligereza? ¡Dios, qué dilema!
El capitán la miraba asombrado. Pocas veces la había visto tan taciturna. Dejó transcurrir unos instantes hasta que doña Clara desahogó su pena:
—Estoy desolada. Intuyo que mi hija está en una situación difícil y comprometida. Es una niña y necesita más ayuda y comprensión que reproche y sanción. Tenemos que saber lo que piensa y el cuidado que recibe. Hay que buscar la manera de hablar con ella.
—Eso va a resultar complicado, pues será difícil acercarse. El entorno de los Ydiáquez la protegerá para evitar encuentros indebidos.
—Temo que sufra una crisis de conciencia y cometa una imprudencia. Es preciso utilizar a alguien de confianza para que nos confirme su avenencia y si el trato que le dan es acorde a su condición. Ana de Urrutia está recluida en su celda… quizá su padre... mas nunca hemos tenido nexo directo con él. Mejor don Diego de Mallea, el amigo de su padre y administrador de sus bienes... ¡Sí! Él podría ser la persona idónea, puesto que es también su albacea. ¿Qué opináis?
—Sí —aprobó el capitán—. Puede ser la conexión adecuada.
—Hay que actuar con prontitud. Hoy es tarde, pero mañana sábado, a primera hora, os podríais acercar hasta Éibar.
—Así lo haré. Él no tendrá impedimento alguno para visitarla.
—Sería prudente ocultar la misión a doña Brígida —alegó la esposa—. Su postura es de total intransigencia. Sería capaz de reprobar la maniobra e incluso impedir la tentativa. Hay que encontrar una disculpa para justificar vuestra ausencia. Si madrugáis, estaréis de regreso al mediodía.
—Sí; es mejor no decirle nada. Tiene que serenarse.
—A fe que debe hacerlo. Su proyecto se ha derrumbado de golpe y ha sufrido un trauma que le ha afectado la conciencia. Mañana estará más tranquila y, dentro de unos días, su perspectiva será más tolerante.
—Dudo mucho que cambie de opinión —sentenció el marino—. Es testaruda e irreductible. Si ha resuelto desheredar a Ysabel, lo hará y de forma contundente. No deberíais de oponeros a su designio. Por cierto, Clara, la modificación del testamento es una decisión de profunda trascendencia. La intención de la anciana no es repartir el

patrimonio, sino asignar el mayorazgo a un único heredero.
—¿Qué queréis decir?
—Que si va a cambiar el testamento, tendrá que disponer quién va a ser el beneficiario.
—¡Es verdad!
—¿Quién creéis que será el preferido?
—Mi tía María tiene el derecho por ser la hija mayor, mi tío Joan Ochoa, por ser varón y yo por ser su única nieta y tener descendencia. Aun siendo varón, la locura de mi tío le incapacita para la sucesión. En buena lógica, se inclinará por mi tía María.
—De todos modos, sería útil explorar antes la voluntad de doña Brígida. Por otro lado, está María de Arano; no me fío de ella. Cuida con diligencia a su esposo, pero también se desvive por satisfacer las veleidades de su suegra. Siempre callada, su aspecto abnegado estimula la piedad. No estaría de más que yo estuviera presente, cuando dicte su última voluntad, para evitar un descarrío en el postrero instante.
—Es verdad que mi tía es una mujer huraña y desconfiada; es además ambiciosa y aspira a heredar el solar de los Berriatúa, alegando que la varonía de su marido tiene preferencia sucesoria.
—Por eso, tenemos que estar atentos para proteger a doña Brígida, a fin de detener cualquier impulso contrario a la razón.
—No creo que se deje influenciar por nada ni por nadie. Mas admito que es acertado adoptar precauciones y velar por un desenlace conforme. ¡Bien! Es tarde y mañana hay que madrugar. Confío en que el de Mallea nos traiga pronto noticias de doña Ysabel.

27

Luego que salieron de la casa de Zavala, Pedro e Ysabel franquearon el torreón que servía de puerta de la villa y que los vecinos decían de Arriba o Portaleburu. Anduvieron un trecho por un camino recto que bordeaba una explanada.
—Esta parte —precisó don Pedro— se conoce como arrabal de los ferrones, ya que en él habitan los menestrales que atienden las ferrerías que se han establecido en sus orillas.
A paso lento, cogidos de la mano, se acercaron al río. Había momentos en que caminaban en silencio, embriagados de felicidad, y otros en que Ysabel escuchaba extasiada la descripción que Pedro hacía de las cosas curiosas que veían alrededor, mientras olía el perfume de las flores y oía el trino de los pájaros.
—Ese palacete que tenemos delante pertenece a los Jausoro, una familia luenga en la comarca. El padre de su actual propietario levantó hace unos lustros esta mansión y vino a vivir a ella. Igual que él, muchos miembros de la pequeña nobleza rural han abandonado sus feudos y se han instalado en el burgo para participar en la actividad

municipal. Poseen una ferrería, un par de molinos y varias caserías que reciben el agua a través de una acequia.
Accedieron al puente que había al lado del palacio y se detuvieron en la mitad para disfrutar de un paisaje de excepción. A esa hora, el cielo estaba limpio. Se asomaron al pretil y miraron hacia abajo. El raudal discurría abundante, tras la nieve invernal y las primeras caricias de un sol primaveral.
—Éste es el río Urola, una bendición del cielo que nos proporciona agua pura, se lleva los despojos y mueve nuestros molinos.
Al final del puente, un camino se abría paso sobre una frondosa arboleda:
—¡Mira! Ése es el prado de Landacaranda; allí iremos esta tarde para encontrar al vicario.
Ysabel alzó su mirada y contempló un risueño campo cubierto de fresnos y alisos. La mañana era fresca y la humedad, intensa:
—Volvamos al pueblo —suplicó la joven—. Siento algo de frío.
Cruzaron de nuevo el torreón y enfilaron la calle de El Medio. Al llegar a la iglesia, torcieron a la izquierda, subieron por una calle transversal y franquearon otra puerta que unos llamaban de Elgóibar y otros de Iparkale:
—De aquí sale el camino que va hacia Vizcaya.
Fuera de las murallas, una feble ladera remontaba hacia la sierra de Izarraitz, sobre la que florecía una rutilante pradera cubierta de caserías, cuyos tejados rojizos contrastaban con la blancura de sus paredes y el verdor de la hierba que crecía por doquier. A la derecha, un edificio destacaba por su aspecto señorial:
—Es el palacio de Floreaga, un antiguo edificio transformado a principios de este siglo por don Pedro de Zuazola, caballero de la Orden de Santiago y Tesorero General del Emperador Carlos V, que casó con una de mis tías, María de Ydiáquez.
Volvieron a la calle de El Medio y pasaron por delante de la parroquia de Santa María, cerca de cuyos muros unos mozalbetes se entretenían jugando a la pelota.
—La iglesia es de reciente construcción; se inició a principios de siglo, pero la cubierta se derrumbó hace unos años. El coro, el altar mayor y el retablo fueron destruidos y se perdieron varios lienzos de valor.
Se detuvieron ante un sólido muro de piedra, entre la parroquia y el palacio de Ydiáquez, con un arco en el centro que permitía el paso de los carruajes.
—Entramos en el casco viejo. Todo lo que acabamos de ver es nuevo y ha sido construido durante este siglo. Este murallón se levantó hace cien años, cuando se inició el ensanche de la urbe, para que actuara de cortafuegos, ya que, al ser las casas de madera, los incendios eran frecuentes.

Traspasado el umbral del murallón, don Pedro subrayó:
—Este espacio que queda entre la iglesia, nuestra torre y el matadero—ese pabellón que veis ahí enfrente— es conocido como plazuela de Ydiáquez. Es el lugar que sirve para celebrar los festejos públicos, los juegos de toros e incluso algunas celebraciones religiosas.
El lugar estaba repleto de gente de diferente condición: cambistas; prestamistas; vendedores de especias, sedas, alfombras y perfumes; mercaderes de vidrio, cerámica, telas, espejos, muebles, arcones... y numerosos mendigos desheredados de la fortuna, empeñados en subsistir.
Un pregonero proclamaba las novedades con voz potente y traducía al vascuence las ordenanzas municipales aprobadas la víspera, redactadas en castellano y, por lo tanto, incomprensibles para la mayoría.
—A partir de aquí—prosiguió don Pedro—, la calle se bifurca en dos, las cuales circulan paralelas y confluyen en la puerta de Abajo. La de la izquierda es la de Izarraitz y la de la derecha, Gurutzebide; vamos por la primera y regresaremos por la segunda.
Mientras caminaban, la doncella admiraba la solidez de las casas que se sucedían sin espacio intermedio; casi todas constaban de planta baja y un sobrado. La planta baja tenía dos vanos a la calle, uno hacía de portal y daba acceso a una escalera que conducía al piso superior y el otro, más amplio, a modo de soportal, servía de taller al artesano que allí moraba y de exposición a los productos que fabricaba.
—Todas las fachadas son iguales o muy parecidas—observó Ysabel extrañada.
—Sí; cuando se fundó la villa, el municipio ofreció una parcela idéntica a sus pobladores, con objeto de afirmar la igualdad de sus habitantes. Con el paso de los años, algunos vecinos dividieron su solar en dos parcelas y vendieron una para subsistir. Al final, los que fueron hábiles para acumular riqueza se hicieron con varios solares y alzaron propiedades suntuosas.
—Ya se ve que algunos edificios son nuevos.
—Todos los de piedra son de construcción reciente. Al terminar los conflictos banderizos en el siglo pasado, los señores de la guerra dejaron de pelear y tuvieron ocasión de prosperar y crear riqueza. A lo largo de esta centuria, el oro afluyó generoso y sirvió para erigir predios urbanos cada vez más fastuosos. Mas la situación ha cambiado en los últimos años. Tras la derrota de la Armada Invencible, la provincia no se ha recuperado. El comercio con Flandes se ha hundido y nuestros mercaderes se han establecido en Sevilla para no volver. No corren tiempos buenos, no...
Al cabo divisaron la puerta de Abajo o de Azpeitia, en cuya clave se había practicado una pequeña cavidad que albergaba una hornacina:

—¡Qué imagen tan bonita!
—Es la Virgen de Belén y se denomina así por estar situada en un portal.
Don Pedro señaló un edificio de piedra de color gris que estaba a un lado, flanqueando la puerta:
—Esta casa fue adquirida por mi padre hace un año.
Pasaron por debajo del arco y salieron al exterior. Un amplio espacio llano se extendía en derredor y numerosas casuchas se habían levantado por doquier sin respetar la simetría. El sitio era conocido como arrabal de Abajo y en él se habían establecido los vecinos llegados en los últimos lustros que no encontraban habitación dentro del burgo; la mayoría eran artesanos o comerciantes que habían emigrado de las zonas rurales, atraídos por el aparente olor a bienestar que la urbe despedía.
El sol ya estaba crecido y los rayos que permeaban las ramas de los árboles caían a plomo sobre el suelo iluminando con manchones de oro el césped de los campos circundantes.
—Y esa hermosa mansión, ¿a quién pertenece?
—Es el palacio de Balda. La madre de mi hermano Martín pertenecía a esta ilustre dinastía, de la que se cuenta una trágica historia:
»Al lado del palacio, en un antiguo cenobio que algunos dicen que perteneció a los templarios, estuvo la parroquia de Santa María durante varios siglos. Extinguida la orden, la Corona Real hizo merced de su patronato a la Casa de Balda. El caso es que, al levantar la nueva urbe en su emplazamiento actual, el templo quedaba lejos y en paraje costanero, por cuya razón el rey don Fernando atendió las súplicas de los vecinos y consiguió la autorización del Papa para trasladarlo al interior del municipio, con objeto de facilitar el culto.
»A su terminación, el cabildo eclesiástico decidió conducir el Santísimo Sacramento a la nueva iglesia, acto que provocó el disgusto del Señor de Balda, por entender que vulneraba privilegios inherentes a la leyenda de su escudo “Balda antes que Azcoitia”. El pueblo entero acudió en solemne procesión a recoger las Formas Sagradas, pero el dicho caballero intentó evitarlo, profiriendo amenazas contra los componentes de la comitiva.
»Al no conseguir su objetivo, cuando el cortejo pasaba por delante de su residencia, de regreso hacia el centro, el señor de Balda mató de un tiro de ballesta al clérigo que portaba la Eucaristía en las manos y, a continuación, huyó hacia Cestona. Nunca se le volvió a ver. Unos dicen que alcanzó la costa y embarcó hacia ultramar y otros que se refugió en los bosques del monte Izarraitz y vivió oculto hasta su muerte en compañía de una vieja nodriza.
—¡Qué horror! ¡Vaya personaje tan funesto!—Ysabel posó su mirada en el rostro de su cónyuge. Pedro le correspondió atrayéndola hacia sí y

acariciando su suave cabello. Muchas personas en la calle observaban a la pareja.
Los dos jóvenes retrocedieron y se dirigieron a un puente que cruzaba de nuevo el río Urola:
—Éste es el puente de Laguardia o de Zubieta y de aquí sale el camino que conduce a Zumárraga y Villarreal. A la izquierda está la vieja casa de Bizkargi y el recinto de la derecha es el hospital de la Piedad que acoge a los peregrinos, atiende a los desvalidos y alberga a una recua de ancianos venidos a pobreza.
—¡Qué bonito es todo esto!—exclamó Ysabel, demostrando en su rostro la alegría vivificadora que invadía su corazón ante un futuro de libertad sin barreras que se abría para el resto de sus días.
—Pues mira aquella torre que se ve allá a lo lejos, sobre aquel altozano. Es la ermita de San Martín, en cuyo alrededor dicen que estuvo situada la primera parroquia. Allí se establecieron los primeros habitantes que, entonces, se llamaba San Martín de Iraurgui de Azcoitia. Más tarde, la aldea creció y, en 1324, el rey Alfonso XI le otorgó el título de villa y el fuero a sus moradores. El mismo monarca concedió un privilegio que facultaba a la población para estirarse hacia un nuevo territorio, próximo al palacio de Balda que acabamos de ver, conocido como Miranda de Iraurgui de Azcoitia, nombre que adoptó el burgo en ese momento. El nombre de Azcoitia a secas se empezó a utilizar el siglo pasado, cuando terminó la guerra de bandos que asoló el país durante más de cien años.
—He oído hablar algo de esa guerra que ya sólo queda en el recuerdo de los más viejos. Cuando era niña, doña Brígida me contaba anécdotas de aquella época.
—Fue un conflicto largo, duro y cruel, una lucha entre hermanos que es mejor olvidar. En este portal, los Parientes Mayores (entre los que se encontraba uno de nuestros deudos, precisamente, el abuelo de Ignacio de Loyola) fijaron un día los carteles de desafío que retaban a guerra sangrienta a la provincia de Guipúzcoa.
—¡Tenéis parientes un tanto belicosos!
—Eran otros tiempos. Azcoitia, al estar amurallada por completo y bien pertrechada para sostener un asedio, fue escenario de hechos notables que algún día os narraré con detalle.
Entraron de nuevo al núcleo urbano y enfilaron Gurutzebide. Pasaron por delante de la Casa Concejil y luego por un edificio en refacción:
—Es el colegio que los jesuitas están construyendo para enseñar a discípulos adelantados y formar a sus propios novicios.
Aceleraron el paso y enseguida alcanzaron de nuevo la plazuela de Ydiáquez, frente al palacio:
—Yésta es nuestra residencia, Ysabel. Aquí viviremos largos años y construiremos nuestro hogar. Rogad a Dios para que nos conceda hijos

y seamos capaces de inculcarles los valores que ambos hemos recibido, a fin de preservar la dinastía.
Pedro alzó la mirada y le indicó el escudo que presidía la fachada, encima del portal de entrada, a la que se accedía por medio de un patín que corría adosado al murallón:
—La divisa enseña un buey colorado atravesado al tronco de un árbol de sinople, sobre un campo de plata. El buey es el símbolo de la fuerza y el árbol es un roble que revela firmeza para emprender empresas valerosas. El campo de plata significa limpieza de sangre y humildad de origen. Todo un desafío...
—El blasón de Berriatúa luce también un árbol de sinople, solo que atravesado por un lobo. Quizá sea el verde el símbolo de nuestro amor. Es además mi color favorito.
El joven tomó la mano de la muchacha. Ella se la apretó y la llevó a su mejilla, entornando los ojos; se sentía tan feliz que le entraban ganas de alzar la voz y pregonar a los cuatro vientos el sublime placer que embargaba su alma.
—Entremos, Ysabel, tenéis una cita con la modista. Después de comer, habremos de preparar el encuentro con el párroco en Landacaranda. Es necesario hacerle partícipe de nuestro casamiento delante del máximo número de testigos y convencerle para que lo apruebe. Mi madre dice que empleará buenos argumentos para conseguir que el vicario santifique el matrimonio y nos dé la bendición al final de la misa del domingo. Espero que así sea para festejar en armonía el banquete nupcial que se celebrará a continuación.

28

—Os veo preocupado —preguntó don Blasio—. ¿Habéis sufrido algún contratiempo?
—No, no estoy preocupado —respondió don Bautista—. Estoy enfadado.
—¿Qué os ha pasado?
—La historia de siempre. Ayer murió el pobre Zubiaurre. Es el aparcero que se ocupa del caserío Xoxote. Falleció a los 35 años, sin darse cuenta. Deja mujer y cinco hijos. Si antes lo tenían difícil, ahora, sin el concurso del marido, la viuda no podrá pagar la renta y será obligada a dejar la hacienda. Aun así, al terminar el entierro, cerca de cien zascandiles se han reunido allí para glotonear los despojos y darse un festín. ¡Cuánto cuesta desechar estas viejas costumbres! No hay forma de hacerles entender que este hábito imprudente les conduce al infortunio. Como vos decís, el muerto se come al vivo...
—¡Ay, don Bautista! ¡Siempre seréis el mismo! Permitid que el pueblo se regocije con ciertos eventos, ya que su vida es dura y miserable durante el resto. ¿Cuándo vais a aprender? Dejad que el mundo siga su curso y no pretendáis corregir el rumbo de la historia, porque eso es más difícil que ver de noche el arcoíris.

Don Bautista había tenido una mañana ocupada. Tras la conversación con doña Cathalina, tuvo que oficiar el funeral de Zubiaurre. El finado no había dejado ninguna manda, por lo que las honras fúnebres fueron simples. Su cadáver fue enterrado en la fuesa que la parroquia tenía destinada para los pobres.

Luego había acompañado a la viuda hasta el caserío, situado extramuros, en la falda del monte Izarraitz. Así pudo contemplar los preparativos del banquete y el derroche cometido.

Los dos eclesiásticos se habían sentado a comer. Después de haber dicho las oraciones de acción de gracias, María de Aizpuru, la serora, entró en el comedor para servir la sopa:

—No sé si vuesas mercedes se han enterado de la noticia.

—¿Os referís al casamiento secreto de don Pedro de Ydiáquez? Sí, conozco el asunto. Su madre me lo ha contado esta mañana.

Don Blasio también estaba al tanto. Había sido el vicario de Santa María hasta su jubilación y estaba bien informado de los chismes cotidianos:

—¿Qué vais a hacer?— le preguntó.

—No lo sé, don Blasio. Según las directrices del concilio, tendría que excomulgar a los dos contrayentes. Si tal hago, me enfrento a los Ydiáquez y creo un conflicto que a nadie conviene.

—Si actuáis de tal guisa, don Francisco presionará para que el obispo os destituya y nombrará un párroco más dócil que transija. El incidente será archivado y vos terminaréis predicando a los indios en cualquier paraje perdido del Nuevo Continente.

—En verdad, algo de eso ocurriría. Mas el pueblo reclama que la ley divina se aplique a todos los cristianos con el mismo criterio. Esta mañana, varios feligreses me han detenido para requerir mi parecer sobre el caso. No sé si sentían agravio, aflicción o disgusto, pero estaban alterados, como si algún mal irreparable estuviera a punto de suceder.

—No hagáis caso a la opinión pública. La influencia de los Ydiáquez es enorme y nadie osará levantar la cabeza contra quien le da de comer. La clase privilegiada lo apoyará, no lo dudéis; en poco tiempo, la cuestión será olvidada y vos os sentiréis como un ciruelo en estado de gracia.

—La obediencia a la Santa Sede está por encima de la fidelidad que debemos a nuestro patrono...

—Dejad a un lado vuestros problemas de conciencia o echaréis a perder los éxitos obtenidos. La gente os aprecia y vive en paz pese a la miseria que alcanza a la mayoría; a su manera, son felices, creyendo en el Más Allá. Reprimid vuestro orgullo y plegaos a la realidad. El Señor quedará mucho más contento si perseveráis en la enseñanza del Evangelio y soslayáis la provocación a personas principales.

—Sí, pero el concilio de Trento prohíbe taxativamente...
—¡Por Dios, don Bautista! Olvidaos de Trento. Ese concilio ha sido un fracaso y no ha sido capaz de avenir a católicos y protestantes.
—Sí. Pero ha sido un éxito al provocar una reforma profunda de la Iglesia, tanto en el ámbito doctrinal como en el litúrgico.
—¡Bah! Lo único que ha conseguido es reforzar la autoridad de los obispos e implantar una férrea disciplina que nos obliga a ejecutar tareas discordes a nuestra condición. Si no, ved las frecuentes inspecciones que recibimos del obispado y los mandatos que nos imponen.
—Vos no conocéis la relajación de costumbres que existía en Roma, el boato en que vivía la alta jerarquía eclesiástica y su ansia desmesurada de poder y riqueza. Ése ha sido el motivo central del discurso acerbo de Lutero que, a la postre, ha provocado la escisión de la Iglesia de Cristo.
—Lutero era un maniático aquejado de grandezas, un lunático metido a redentor. Su doctrina es errática y sin fundamento. ¿Cómo se puede afirmar que la fe es suficiente para alcanzar la salvación? Sin las buenas obras, la fe no basta. El hombre ha de ser juzgado por sus actos y no por su buena voluntad.
—Tenéis razón, don Blasio. Sin embargo, gracias a las críticas de Lutero contra la curia romana, la Iglesia ha respondido con una renovación íntegra...
—¿Cómo ese monje depravado—masculló don Blasio, sin escuchar la réplica— ha sido capaz de negar la existencia del purgatorio si sabemos que las almas detenidas en él reciben alivio con el sufragio de los fieles y el sacrificio de la misa?
—Eso es cierto, don Blasio. Yo no apruebo las herejías que Lutero defendía, sino...
—¿Por qué el Concilio prohíbe el concubinato de los clérigos?—insistió recalcitrante—. El Evangelio no lo condena. Siempre ha sido así. Allá cada uno con su conciencia.
—El amancebamiento fomenta la desidia y aleja al cura de su ministerio—arguyó don Bautista—. Es preciso crear una nueva imagen del sacerdote, con una formación refinada y una moralidad elevada, lo que jamás ofrece un ministro que yace con su barragana. Todavía hoy los eclesiásticos que reciben las órdenes menores ignoran la doctrina y apenas tienen conocimientos litúrgicos. Salvo contadas excepciones, no tienen vocación religiosa. Son hijos segundones de familias con posibles que, por mor de parentela, obtienen un beneficio en alguno de los numerosos establecimientos religiosos que pululan en la provincia. Su único interés es subsistir y nada les preocupa el amor al semejante.
—Eso que dice vuesa merced es un desatino. A la plebe le importa un

bledo que los hombres de iglesia sean honorables, cultos e instruidos. Le basta con que sepan administrar los sacramentos y perdonar sus pecados. En su esquema sencillo de la vida, el vulgo apenas distingue dos clases sociales bien determinadas: la de los señores que cobran las rentas y la de los vasallos que trabajan la tierra y pagan las pechas. No hay términos medios. Y no dudéis de que el clero está incluido dentro de la clase privilegiada que vive a cuenta de esos pobres desgraciados, muertos de hambre. No digo que el sistema sea justo; simplemente, es así y nada ni nadie lo puede alterar.

Don Blasio mantenía un vigor impropio de su edad. Era un cura antañón, con sillares firmes, amante de las tradiciones y poco amigo de innovaciones, tieso como un junco y terco como un alguacil. Sus ojos acuosos miraban a ninguna parte, mas su mente despierta razonaba con un sentido práctico de la vida que don Bautista admiraba. Su metafísica sólo alcanzaba a comprender el universo como el tránsito hacia otro mundo, justo y perfecto, a respetar el orden establecido y a no cambiar nada, por ser inútil y contrario a la voluntad de Dios.

Don Bautista bajó la cabeza y miró su plato de sopa ya frío. No dijo nada y se enfrascó en sus pensamientos. Admitía que don Blasio tenía razón en lo de la excomunión, pero él no era capaz de faltar a la obediencia debida. Y no encontraba la forma de conciliar las dos obligaciones. Sentía un nudo en el estómago y a duras penas pudo escuchar lo que don Blasio le había empezado a contar sobre la virtud de los tiempos pasados.

Al terminar la colación, el párroco se arrellanó en una vieja poltrona□igual que todos los días□ y se dispuso a disfrutar de un breve descanso. Estaba inquieto. El matrimonio secreto de don Pedro le causaba un grave problema de conciencia y no encontraba excusa para evitar la excomunión. Al final, él sería trasladado, otro vicario vendría en su lugar y los vecinos olvidarían el episodio.

29

No lograba conciliar el sueño y se levantó al punto. Por la tarde, tenía la costumbre de dar un largo paseo. Le resultaba grato leer el breviario mientras caminaba. Salió a la calle, enfiló hacia la puerta de Arriba, abandonó el recinto amurallado, atravesó el arrabal de los ferrones y se internó en el prado de Landacaranda. El sol brillaba radiante y pronto don Bautista se sumió en la devoción de la lectura.

Al poco, el párroco vio llegar a un nutrido grupo de personas que interrumpía su paseo. Reconoció a don Pedro de Ydiáquez, sus dos hermanos y media docena de caballeros pertenecientes a las familias más acomodadas de Azcoitia.

Una vez cumplidos los saludos de rigor, escuchó la algarabía que producía un agregado de mujeres que se aproximaba vocinglerando.

Eran sus feligresas habituales, damas de postín que solían rondar por el lugar, para distraer sus ratos de ocio. El encuentro sorprendió al párroco, porque el elenco femenino solía disfrutar de la mañana para sus excursiones campestres, después de asistir a los oficios religiosos en la parroquia. Nunca se había encontrado con tal representación en su paseo vespertino, tiempo reservado al componente masculino que, tras el regalo de la siesta, apreciaba el recreo de algún ejercicio motriz, a fin de recuperar la agilidad de sus miembros entumecidos.

El grupo de muchachas se detuvo frente al que formaban los hombres alrededor del ministro:

—Buenas tardes, nos dé Dios —inició el diálogo María de Ydiáquez, con voz meliflua—. Os veo bien acompañado esta tarde, padre. Tened cuidado con ellos. Uno por uno son inofensivos, pero juntos son capaces de concebir los enredos más aviesos.

María de Ydiáquez era una hermana de Pedro, algo mayor que él, casada con Domingo de Aldazával.

—Padre, vos bien sabéis que el varón es cándido por naturaleza y la hembra, maliciosa, por arbitrio divino —terció un joven lechuguino—. No imagináis la retahíla de cuentos picantes que conocen y las picardías que emplean para provocar la cópula en el lecho conyugal.

Unas risas descaradas del auditorio acompañaron las palabras del pisaverde. El rostro del ministro se encendió como una zarzamora. Su carácter ingenuo y bondadoso era incapaz de interpretar la aviesa intención de quien las había pronunciado.

Una doncella, casi una niña, emergió del grupo de damiselas y se dirigió al clérigo, no exenta de rubor:

—Padre. Mi nombre es Ysabel de Lobiano. Tengo trece años y soy natural de la villa de Motrico. La semana pasada mi marido aquí presente —en ese momento, se le acercó Pedro— y yo nos desposamos según la costumbre antigua, sin advertir que tal ceremonia está ahora prohibida por Nuestra Santa Madre la Iglesia.

—Don Bautista —terció el varón—, deseamos recibir vuestra bendición y que nuestro casamiento sea conforme al nuevo rito del sacramento, para lo cual mis hermanos María y Domingo se prestan para actuar en calidad de testigos.

—Vos, don Pedro, no ignoráis que Roma prohíbe las fórmulas antiguas y exige que el sacramento del matrimonio sea celebrado en un lugar sagrado para preservar la legitimidad y obtener la bendición de Dios sobre la prole.

—Lo sé, padre. Mas las circunstancias extraordinarias que rodean al caso atenúan la gravedad de la falta.

—Si como veo, estáis arrepentidos de vuestro acto deshonesto, no puedo negarme a perdonar vuestro pecado. Consentiré a bendecir vuestros esponsales después de la misa del domingo si cumplís los

requisitos que establece la nueva liturgia.

30

Como todos los domingos, los feligreses habían acudido a la iglesia a oír la misa mayor, vestidos con sus mejores galas.

Pequeños grupos se habían formado a la entrada y comentaban la noticia que había circulado por el pueblo, en relación con el casamiento clandestino de don Pedro de Ydiáquez. Unos decían que el párroco se había negado a aprobar el matrimonio y que el obispo iba a excomulgar a tan ilustre personaje. Otros que la ceremonia eclesiástica se había celebrado el día anterior y que el vicario bendeciría el sacramento al final de la misa.

La plaza de Ydiáquez bullía de gente expectante. Los vecinos contemplaban asombrados los ricos vestidos de terciopelo bordados en oro y plata que vestían algunos varones eminentes venidos de otros lugares para asistir al banquete nupcial. Muchos de ellos habían recibido un real de plata por ceder sus propias camas para el pernocte de tan dignos caballeros.

Al fin, la puerta del palacio de Ydiáquez se abrió. De modo inconsciente, la muchedumbre enmudeció y hacia ella dirigió su atención. El primero que asomó fue don Francisco con su mujer doña Cathalina; luego lo hicieron don Pedro y la joven desposada, a quien todos buscaron con la vista. Detrás, el resto de la familia y un nutrido cortejo ataviado con ropajes suntuosos. La comitiva bajó las escaleras, cruzó el murallón y se dirigió en silencio hacia la iglesia a través de un pasillo que maquinalmente se había desplegado entre la concurrencia que presenciaba el desfile con expectación creciente.

La pareja se detuvo en varias ocasiones para saludar a los espectadores que reclamaban su atención. Al cabo, entraron en el recinto y ocuparon un lugar preeminente cerca del presbiterio, desde el cual podían seguir con atención el desarrollo del oficio religioso.

Ysabel se situó en un reclinatorio, al lado de su esposo. Mientras los fieles se acomodaban en los bancos traseros de la nave principal, la doncella prestó atención al interior del templo. Descubrió sus esbeltas columnas toscanas y una hermosa bóveda de yesería. El altar mayor era simple y sin artificio. Detrás, el retablo estaba tapado por una cortina y parecía estar en refacción.

Vio a su izquierda una hermosa capilla, en cuyo interior brillaba el retablo de Nuestra Señora del Rosario. A su derecha, un Santo Cristo presidía un segundo retablo de menor proporción, flanqueado por un políptico que representaba a San Juan Bautista.

Ysabel intentó seguir las secuencias de la misa pero no lograba centrar su atención y cumplía los actos litúrgicos de manera involuntaria. La emoción que sentía era intensa y no tardó en abandonarse a sus reflexiones.

Al final, el párroco había accedido a otorgar la bendición sacramental a los dos pretendientes, si bien no en público, mas en privado, en el interior de la sacristía.
La madre de Pedro había preparado el ceremonial para dar realce a los esponsales en domingo y que nadie lo tildara de ilegítimo. Primero, la misa mayor; luego la bendición eclesiástica; a continuación, un acto público en la plaza para revelar al pueblo el feliz acontecimiento; y por fin, el banquete nupcial en el interior del palacio para los invitados de postín.
La víspera, se habían despachado numerosos correos para participar el evento a los parientes y amigos que vivían en los alrededores, con advertencia expresa de que lucieran sus mejores galas y cubrieran sus ropas con las joyas más lujosas.
Había pasado el día acuciada por la prisa de la modista que se había comprometido a confeccionar su traje de boda en el plazo convenido. Bajo su escrutadora mirada, una legión de costureras había bregado con su anatomía tomando medidas, cosiendo hilvanes, adaptando alfileres, cortando patrones, haciendo pruebas, en un ir y venir interminable que se había prolongado hasta muy tarde. Cerca de medianoche, había podido regresar a la casa de Zavala y se había acostado de inmediato.
Aun habiendo dormido poco y mal, al día siguiente se había despertado temprano: la sastra la esperaba a primera hora de la mañana para, en presencia de doña Cathalina, probar cada una de las prendas, antes de dar el visto bueno a la indumentaria.
Cuando hubo terminado de vestirse, la dama había destapado un pequeño estuche que había traído consigo y extraído ciertas joyas que fue prendiendo en los puntos más perceptibles. Por último, había colgado de su cuello la cadena de oro que don Francisco le había impuesto el día de su recibimiento. Mientras observaba el resultado, había escuchado sus comentarios elogiosos:
«Seréis el centro de atracción de la fiesta. Laropa os sienta impecable. Ese fondo arrebolado que distingue vuestro atuendo congenia con el frescor sonrosado de vuestra tez y contrasta con el color azulado de vuestra cofia».
Se había ataviado con una saya de raso carmesí solapada por un delantal de púrpura con pasamanería de oro. Cubría su cabeza con un tocado corniforme de color opalino realzado con ribetes de plata. Una sarta de perlas ceñía su cuello sobre una gorguera de reclamo verde musgo y, por encima, colgaba la cadena de oro con la medalla del escudo que pendía a la altura del pecho.
Hubo de recibir numerosas visitas: parientes, amigos de la familia, dependientes que venían a rendir pleitesía, siervos que explotaban las tierras del señorío, acólitos que querían prosperar o vecinos que

buscaban complacer. Sí; había sido una jornada agotadora...
Cuando el celebrante pronunció el "*Ite, missa est*", Ysabel volvió a la realidad. Vio que todo el mundo se santiguaba y abandonaba la iglesia a paso lento en riguroso silencio.
Al cabo, don Francisco de Ydiáquez tomó el brazo de la joven y enfiló hacia la sacristía. Doña Cathalina hizo lo mismo con su hijo y le siguió, en tanto que el resto del cortejo conservaba su asiento al acecho de alguna indicación.
—Buenos días, don Bautista—interrumpió doña Cathalina en tono suplicante—. Venimos para ver de cerrar este desdichado episodio y obtener el perdón de la Iglesia de Cristo. Los dos cónyuges declaran su deseo de contraer matrimonio en el templo, delante de dos testigos, de acuerdo con el nuevo rito.
—Hay otras cláusulas que no se han respetado. No hubo amonestaciones previas y no veo al padre o tutor de la novia para autorizar el enlace.
—Sabéis que, en este caso, concurren circunstancias especiales que impiden su presencia. Pero la voluntad es firme; el contrato entre las dos partes se firmó hace seis meses y el acuerdo fue completo.
—¡Bien! He prometido dar la bendición y a fe mía que lo haré, porque así me lo dicta la conciencia—sentenció el vicario—. Arrodillaos.
Los dos contrincantes lo hicieron. El vicario se enfundó la sobrepelliz, se colgó la estola y, acto seguido, dictó unas palabras en latín que nadie entendió, haciendo la señal de la Cruz sobre las dos cabezas, cuyos propietarios mantenían una actitud de humildad.
Al concluir tan breve ceremonia, don Francisco tomó la palabra. Habló con impaciencia, como si pretendiera acelerar el tiempo:
—Grande es el favor concedido, don Bautista. La alegría de este día permanecerá en nuestra memoria. A fe de caballero que seremos pródigos en beneficios y nos ocuparemos de restaurar este recinto sagrado que hoy nos acoge y otorga su bendición. Espero que tengáis a bien acudir al ágape nupcial que esta tarde haremos merced a una selecta clientela.
—No tal, don Francisco. Roma prohíbe a los clérigos participar en fiestas mundanas.
—Me consta que sois cumplidor escrupuloso de vuestro deber y no puedo menos que aprobar vuestra elección. Ahora, permitid que nos retiremos.
Don Pedro y doña Ysabel fueron los primeros en trasponer la puerta de la iglesia; después lo hicieron don Francisco y doña Cathalina; luego los deudos más allegados y detrás el séquito.
La multitud no se había dispersado como solía y permanecía apretada en la plaza de Ydiáquez. Se había corrido el rumor de que un refrigerio iba a ser servido al mediodía. El silencio era intenso; nadie

quería romperlo y la plebe esperaba un suceso excepcional.
Al fin, una voz apercibida gritó a pleno pulmón:

Olako etxe onak onelako Jauna
olako emazteak olako gizona
ba dirudi zeruak eman-ondasuna
Una casa de tal categoría tal dueño merece
y tal dueña semejante marido
Parece un bien llovido del cielo.

¡Gora! respondió la muchedumbre enfervorizada, acompañando sus vítores con una salva de fuertes plausos.
La joven pareja se abrió paso entre la concurrencia y, en el centro de la plaza, don Pedro alzó su voz para dirigirse al pueblo:
¡Amigos! Os damos las gracias por esta prueba de lealtad. Os hago partícipes del vínculo sagrado que acabo de contraer con doña Ysabel, mi esposa, vínculo perpetuo que afirmamos recibir por voluntad y prometemos conservar hasta la muerte.
Una nueva aclamación brotó del montón y, a duras penas, don Pedro pudo proseguir su discurso:
Ahora, un convite os será ofrecido en conmemoración de este hecho afortunado.
Un griterío ensordecedor fue la respuesta de la chusma a estas palabras y sólo el trajín de una legión de criados y el ruido que producían al acoplar largos tablones de madera sobre unos caballetes, que previamente habían colocado en una esquina de la plaza, logró acallar el clamor popular.

Luego que acabaron de instalar el armazón, entraron a la mansión y regresaron, unos con suculentas fuentes repletas de viandas, otros con marmitas humeantes y los últimos con hogazas de pan caliente recién salidas del horno.
El pueblo se había alborotado y los vecinos que abarrotaban el lugar se empujaban sin pesar para llegar antes al yantar. Jarras de madera repletas de fresca y espumosa sidra y botas de blanco chacolí de Guetaria cambiaban de mano con desgana, para terminar ahuecadas las primeras y desinfladas las segundas. Mas dejemos a la chusma disfrutar...

31

En su traza primitiva, el palacio de Ydiáquez establecía el límite meridional de la villa y dos de sus paredes formaban parte de la muralla: una daba al río y la otra, a una explanada.
A principios de siglo, a consecuencia de los daños causados por un incendio, el señor de Ydiáquez aprovechó la oportunidad para ampliar la vivienda. La reforma renovó el confort del habitáculo al horadar varios vanos, ya que el recinto había perdido su carácter defensivo. Mejoró la fachada y esculpió su escudo encima de la puerta; ensanchó las ventanas y abrió un portal que permitía el paso de las caballerías.
El edificio presentaba un aspecto imponente. Tenía tres plantas. En la baja, había un patio al que tenían acceso los carruajes: a un costado, estaba la cochera y al otro, los establos; al fondo, una cuadra para los animales. El primer sobrado era la planta noble donde estaban los aposentos de la familia, el comedor y el gran salón para las solemnidades. El segundo piso servía como almacén, despensa y dormitorio de la servidumbre.
En su interior, un inusitado ajetreo tenía efecto el mismo día en que ocurrió el episodio que acabamos de narrar en el capítulo precedente. Antolín, que tan buen papel había desempeñado tres días antes en la huida del convento, se hallaba ahora aplicado en quehacer no menos delicado. Era el mayordomo del palacio y a su cargo tenía la organización de los actos que se habían organizado para conmemorar el himeneo de su joven protegido. A sus órdenes tenía un guardarropa, dos ayudas de cámara, un panero, un bodeguero, un cocinero y un marmitón, un cerero, un lavandero, dos mozos de establo, un cochero, un lacayo, tres criados y otras tantas sirvientas.
Otrosí el mayordomo disponía de una caterva de subalternos que acudían al palacio para secundar en las grandes celebraciones. Eran muchachas de las caserías del valle para apoyo en la cocina y paisanos de buen aspecto y oficios variopintos para servir la mesa. Si Antolín era severo en la selección del personal contratado, en esta ocasión redobló su celo por el enorme interés que había puesto en conseguir

un buen resultado, despreciando cualquier indicio de suciedad en el cuerpo, uñas ennegrecidas, heridas en las manos, costras en la cara o cabellos lacios y mal peinados.
Durante la noche anterior, habían trabajado con ahínco el cocinero mayor y su auxiliar, asistidos por una docena de doncellas escogidas para el evento y un hatajo de galopillos para realizar los trabajos más humildes como limpiar pescado, desplumar aves o descuartizar cerdos, bueyes, venados y caza.
Por la mañana, cuando el mayordomo advirtió que la misa mayor había terminado, reunió a los camareros que habían de atender la mesa, les obligó a asearse con primor y, tras aceptar su aspecto, les hizo vestir la librea de la familia. A continuación, les reunió en la cocina y les dictó el protocolo a seguir, las normas que habían de respetar y el orden establecido:
—Esta tarde, tendrá lugar el banquete nupcial para festejar los esponsales del hijo de nuestro amo. Es su deseo que la fiesta sea un acontecimiento excepcional digno de ser recordado como uno de los más fastuosos de la época. Acudirán ciento veinte huéspedes que habrán de ser atendidos con especial cuidado; ellos serán cronistas aventajados de tan singular suceso.
Antolín estaba escoltado por Pablo y Miguel, los dos criados de confianza que el lector ya conoce. El mayordomo hablaba con voz clara y tono pausado:
—Pablo será el maestresala y probará las vituallas para controlar su sabor y el punto de cocción. Miguel será el veedor que vigilará para que el ritmo sea vivo y no haya distracciones. La mesa tiene forma de herradura y, al fondo, se sentarán los novios y las personas principales. Los comestibles se depositarán por el interior, mientras que los coperos escanciarán el vino por el exterior y prestarán especial atención a que los vasos estén siempre llenos.
»El ágape consta de cinco servicios. Habrá, por tanto, cuatro interludios; en cada uno de ellos, los comensales se levantarán de sus asientos para facilitar el cambio y atender la higiene. Durante la pausa, habéis de retirar los platos, copas y cubiertos, cambiar servilletas y mantel y colocar vajilla y cristal nuevo.
—Esa operación requiere tiempo —se atrevió a prevenir uno de los eventuales veteranos— y hay que evitar que regresen a la mesa antes de completar la faena.
—Yo velaré para que tal no ocurra —respondió Antolín afable—. En ese ínterin, habéis de recoger las sobras con el máximo esmero y llevarlas a la cocina para que luego sean distribuidas entre los pobres. El cocinero mayor está advertido para separar los pedazos más apreciados que al final os repartiréis a discreción. ¿Tenéis alguna pregunta?

Nadie la hizo y el mayordomo cerró la exhortación:
—Al concluir el quinto servicio, yo propio llevaré la torta nupcial y don Francisco pronunciará un brindis augural. Los asistentes se alzarán para apoyarlo y así será clausurada la ceremonia. Acto seguido, se trasladarán a la estancia contigua, en cuyo momento vosotros procederéis a retirar las mesas y acomodar la pieza para la danza.

32

Los invitados ya ocupaban la antesala cuando la pareja reapareció risueña. Don Francisco, tomando el brazo de doña Ysabel, recorrió el salón para hacer la presentación de la damisela y recibir los parabienes de la concurrencia.
—¡Querido primo! —habló el señor de Lilí, vestido con un sobrio y elegante jubón negro, rematado con gorguera y brazaletes blancos—; me complace compartir este acto solemne que prestigia la prosapia de vuestro apellido. La ocasión merece un dispendio y sospecho que el festín que nos aguarda será digno del mismísimo Epulón o émulo del que dio Herodes Antipas el día de su cumpleaños.
—Ése es nuestro deseo, primo. Mas vos mismo juzgaréis. Como no ha habido tiempo para más, sólo este banquete ha sido posible organizar para conmemorar el casamiento. Ni siquiera hemos podido dar un juego de toros que tanto divierte a...
La voz de gala del mayordomo cortó su palabra para anunciar a los convidados que podían pasar al refectorio:
—¡A la vianda, caballeros!
Los recién casados presidían la sesión. A la izquierda de don Pedro, su madre doña Cathalina y las hermanas; a la derecha de doña Ysabel, el señor de Ydiáquez, don Blasio y los hijos del matrimonio.
Todos sentados en los lugares asignados, don Francisco señaló al clérigo para bendecir los alimentos. Se hizo el silencio y el ministro lo hizo con brevedad, a cuyo término el anfitrión ordenó que principiara la función.
Una música alegre y bullanguera producida por dulzainas, *txistus* y tamboriles comenzó a sonar al tiempo que unos jóvenes *dantzaris*, ataviados con calzado blanco, medias blancas de hilo con cintas diversas, calzones negros hasta la rodilla, camisa de buena hechura, faja encarnada y pañuelo blanco con cenefa roja en la cabeza, iniciaron una alegre danza con ágiles evoluciones en torno a los partícipes que admiraban complacidos el espectáculo.
El primer servicio consistió en ensaladas, verduras, lonchas de jamón, tacos de queso fresco, naranjas rebanadas, uvas, orejones y abundante manjar blanco, una especie de pasta elaborada con pechugas de ave deshilachada, harina de arroz, leche de almendras y azúcar.
Un generoso vino de Jerez, joven y seco, servido fresco, había aguzado

el apetito de los comensales que, tras el primer servicio, se habían trasladado a la antesala para facilitar el cambio de vajilla.
El copero se acercó a don Francisco al preludio del segundo servicio y le hizo degustar un vino verdejo de la ribera del Miño que había juzgado adecuado para acompañar a los frutos del mar y de los ríos. A su parabién, un alud de sirvientes repartió en un santiamén bandejas repletas de truchas asadas con tocino, pasteles de salmón, empanadas de lamprea, anguilas fritas, besugos a la parrilla en rocío de vinagre de uva y merluzas cocidas con salsa blanca que deleitaron al personal, en un ambiente cada vez más tropical.
Ysabel apenas había probado bocado. Su asombro era manifiesto. Era la primera vez que asistía a un festín y le costaba asimilar el voraz apetito que el público exhibía. Pese a ello, observaba gozosa el espectáculo pues veía en derredor semblantes alegres y ademanes jocundos. Pedro estaba a su vera, pendiente de su conducta. Con voz tranquila, le formuló su pensamiento:
—No llego a entender cómo comen tanto. Se diría que han ayunado durante una semana.
—Tal acontece siempre en este tipo de encuentros. La gente trae buen diente y aprecia un menú largo, variado y bien condimentado. Mas vos apenas habéis comido. ¿No tenéis apetito?
—¡Oh, sí! Quizá estoy algo aturdida.
Concluido el turno del pescado, los invitados aprovecharon el intervalo para lavar sus manos con agua de tomillo o manzanilla que dos criados se encargaban de acarrear en jofainas y aguamaniles, ya que tanto hombres como mujeres habían descuidado el tenedor y practicado con los dedos, acorde a la tradición.
Entretanto, Antolín olfateaba un clarete navarro de excepción venido de Cirauqui para la tercera sesión, compuesta por pavo asado en salsa de naranja, perdices adobadas con piñones incrustados, pastelillos hojaldrados de ternera, pichones con torreznos, empanadas de ave y lechones asados con queso, azúcar y canela.
A su terminación, algunos no perdonaron el intermedio para aliviar su biología en los garitos de decencia que, arrimados al muro fluvial, permitían evacuar al río sin piedad.
La cuarta colación arrancó con pollo en ensalada y siguió con capón asado en salsa de membrillo, mollejas de ternera con higadillos, empanadas de jabalí, ternera braseada con dulce de manzana, perdices guisadas con salsa agridulce y cabrito al espiedo.
Don Blasio se había animado. Era un sibarita y su paladar apreciaba la ambrosía y los vinos refinados. A su diestra, don Francisco elogiaba su fortaleza:
—Fortuna es, don Blasio, disfrutar del buen yantar. Vuestra salud es reluciente y estimable vuestro aliento.

—No es menor el vuestro, don Francisco, que somos del mismo tiempo. El menú es suculento. A fe que será recordado con deleite por todos los aquí presentes. Podéis estar contento. A partir de hoy, nadie pondrá en duda la legalidad del matrimonio.

—No esté tan seguro vuesa merced. La Iglesia persigue con rigor los ritos clandestinos e intervendrá para investigar éste. De propina, el obispo de Pamplona se ha marchado para ocupar la mitra de Jaén: don Bernardo de Rojas y Sandoval es un buen amigo y con él, la pena habría sido tenue. No conozco al sucesor, si bien confío en que su criterio sea próvido.

—Quienquiera que sea el sustituto—pronosticó el clérigo— actuará con indulgencia, pues la reparación ha sido dada. Por contra, me preocupa don Bautista. Es un varón honesto y bondadoso donde los haya, pero harto ordenancista. No sé cómo excusar su no asistencia.

—La prudencia le habrá disuadido. Apartemos de la mente este enojoso presupuesto y catemos las exquisiteces que ahora nos ofrecen. Probad el sabor agridulce de esta perdiz, don Blasio, y ved qué excelente contraste produce el dulce de compota con la sal que adoba este cabrito.

Un vino tempranillo de Laguardia se había elegido para ayudar a digerir el turno de carnes más recias y los efectos del mosto habían empezado a aflorar. Los ojos achispados acusaban las frecuentes libaciones y los rostros colorados, las abundantes gustaciones.

En el cuarto interregno previo al último servicio, las primeras sombras del anochecer habían invadido la mansión y hubo que encender los hachones sostenidos por largos pies y los preciados candelabros de siete velas.

El postre era esperado con digno afán. Fuentes de manzanas y peras asadas, surtido de quesos secos, nueces, membrillo y suplicaciones, alternando con bandejas llenas de pasteles de cerezas, buñuelos y almojabanas, fueron despachadas remojadas con buen vino de moscatel.

Ya la noche era completa cuando el cocinero mayor irrumpió en la sala con una enorme torta que depositó frente a los desposados. A su lado, el mayordomo puso al alcance del novio un afilado cuchillo para que procediera al primer corte, tras el cual un estruendoso aplauso atronó el espacio, prolongado con vítores y aleluyas que la grey enfebrecida había entonado de buen grado.

A continuación, Antolín escanció el hipocrás en una gran copa de cristal de Limoges, comprobó al tacto su calentura y la ofreció al esposo que levantó el cáliz para el brindis augural. Primero bebió doña Ysabel y luego lo hizo don Pedro, cumpliendo la tradición que prometía concordia y armonía para la pareja que se unía.

Una vez repartida de la torta la ración y llenos los vasos con el néctar

nupcial, el anfitrión pidió un instante de silencio y, alzando su copa, bosquejó una oración que quiso ser de norabuena, pero a la que nadie prestó atención. El alborozo fue tomando cuerpo y un rato costó hacer el desalojo del comedor y aviarlo para la danza. Despejado el local y dispuestos los musicantes, entonaron el *Alkate soinua* y entraron los novios para marcar el compás con la comitiva por detrás. Siguió el *zortzico* ligero de saltos, cuyo ritmo más dinámico puso remedio a más de una digestión.

A la conclusión de los dos bailes, los tamborileros ejecutaron una jovial melodía conocida como "el son de acostarse los recién casados" y salieron los dos amantes en busca de su intimidad...

33

Al día siguiente de la boda, Diego de Mallea recibió un recado procedente de doña Ysabel de Lobiano: le comunicaba los hechos ocurridos y le rogaba que acudiera a su nueva residencia para recibir consejo.

Era una excelente oportunidad para cumplir el compromiso adquirido con el capitán Ybarra y decidió emprender viaje al día siguiente. El sábado anterior, había recibido en su casa la visita del padrastro de doña Ysabel. No se sorprendió cuando conoció el motivo: doña Clara estaba preocupada por la salud de su hija y quería tener noticias.

Diego de Mallea vivía en Éibar, en una casa situada en la calle principal, lindante con el palacio que había construido su abuelo y que le había visto nacer. Había ordenado que le prepararan su caballo *Ezker* para salir al amanecer.

—Tranquilo, Ezker, tranquilo. Hoy nos espera una dura jornada. El tiempo vuelve a ser bueno y el sol nos acompañará en la travesía.

Anduvo al trote hasta llegar a Elgóibar. Cruzó la villa y, a la salida, inició el ascenso del monte Azcárate. Tras coronar el alto, se detuvo en un lugar llamado Madarixa, con objeto de dar un descanso a su caballería. Algo menos de una legua de cómodo descenso le separaba de Azcoitia.

Tiempo hacía que la campana de la parroquia había invocado a la oración de tercia cuando el caballero entraba por la puerta de Elgóibar. Enfiló por Iparkale, dobló por la de El Medio y, tras cruzar el Murallón, se apeó del caballo y lo ató a una argolla que colgaba en la pared del palacio de Ydiáquez. Subió el patín que daba acceso a la puerta de entrada y golpeó la campanilla para anunciar su llegada. Un sirviente lo condujo a una sala bien iluminada, amueblada con sobriedad.

Doña Ysabel se presentó de inmediato. Con paso rápido, se acercó al personaje que la contemplaba algo aturdido y, tomándole las manos, inició el diálogo:

—Maese Diego, ¡cuánto agradezco que hayáis venido!

—Mi querida niña, ¿cómo no voy a atender vuestra súplica? Vos sois la hija querida de mi mejor amigo y os tengo en el mejor de mis aprecios. Mi deber es velar por vuestro bienestar. Sabed que nunca os abandonaré.
—Muchas gracias, maese Diego. Vuestras palabras me reconfortan en este trance, rodeada de gentes que apenas conozco, repudiada por mi familia y sin nadie a quien recabar consuelo. Mas sentaos, maese Diego. Tengo muchas cosas que contar.
Mientras lo hacía, Diego de Mallea observaba el aspecto de la joven. No la veía ni triste ni asustada. Estaba radiante y plena de energía. Su vigor era impropio de una doncella de su edad:
—Supongo que conocéis los sucesos que han acontecido en los últimos días.
—Sí tal; los conozco a través de doña Francisca, vuestra cuñada. Ella me ha contado los detalles del espléndido banquete que celebrasteis anteayer. También he sido informado por el capitán Ybarra, cuya visita recibí el sábado.
—¿Mi padrastro? ¿Fue a veros?—preguntó extrañada—. ¿Fue solo o con mi madre?
—Vino solo. Traía un recado de vuestra madre para vos.
Diego de Mallea describió la conversación que había tenido con el capitán Ybarra, su versión de los hechos, la intención de doña Brígida de preterirla en el testamento y la preocupación de doña Clara por el estado de su hija.
—La familia de mi cónyuge me ha dispensado una cálida acogida y todos se preocupan de mi persona. Mi esposo se desvive por verme contenta y mi suegra me cobija con celo admirable. No tengo ninguna queja, sino al contrario.
—¿Vuestra salida del convento fue por voluntad propia o fraguada por los Ydiáquez?
—Yo fui quien adoptó la decisión al saber que habían roto el compromiso y me querían casar con otro individuo.
—Así pues, nadie os obligó a salir del cenobio.
—Nadie. Lo hice con total libertad y plena conciencia.
—Vuestros parientes insisten en el rapto.
—No hay tal. Fue una fuga concebida por mí, y yo soy la única responsable de ese acto.
—Doña Ysabel, me alegra escuchar vuestra versión y me agrada comprobar la firmeza de vuestro ánimo.
—Yo quería conocer la opinión de mis seres queridos. Pero ya me habéis dicho bastante...
—Al parecer, doña Brígida montó en cólera al enterarse de la noticia.
—No me extraña. No admite que nadie le lleve la contraria. ¿Sabéis a quién va a otorgar el mayorazgo?

—Recaerá en vuestra tía María y, a su muerte, en vuestra madre.
—Contadme, maese Diego, ¿cuál es mi situación económica? Sé que vos erais el contador de mi padre. Quisiera averiguar qué efectos me pertenecen y la dote que aporto. A ese respecto, don Francisco quiere hablar con vos y propone hacerlo esta misma tarde. Os quedaréis a comer aquí.
—Estoy a vuestro servicio.
Diego de Mallea se retrepó en su asiento para estar más cómodo y principió su discurso.
—Antes de morir, vuestro padre dictó testamento en Sevilla, nombrándoos heredera de todos sus bienes. Sólo que no podéis disponer de ellos hasta vuestra mayoría de edad, sin autorización de vuestra tutora—ya sabéis que es doña Brígida— o hasta que os desposéis, en cuyo momento la curaduría pasaría a vuestro marido.
—¿Quiere esto decir que don Pedro puede disponer de la herencia?
—Habría que solicitar la tutoría. Sin embargo, corremos el riesgo de que las nupcias sean declaradas irregulares y denegado el cambio. Si presenta una querella, doña Brígida puede reclamar la suspensión del derecho de vuestro esposo, hasta que haya sentencia firme a la demanda.
—Es una cuestión intrincada que no llego a comprender. Ruego a vuestra merced que, por la tarde, lo plantee a don Francisco. Él y Pedro son expertos en leyes y lo entenderán mejor.
—Así lo haré.
Doña Ysabel se tomó un respiro y recordó a su familia y todo lo que había dejado en Motrico:
—¿Cómo está mi madre?
—Bastante afligida y preocupada por vos.
—Decidle que estoy bien. Lo más duro ya ha pasado y me voy acostumbrando a mi nuevo estado. ¿Sabéis algo del convento? ¿Cómo está la monja Ana Urrutia?
—Vuestro padrastro me hizo saber que ha admitido su participación en la fuga. La priora le ha impuesto el castigo de reclusión en su celda a expensas de una pena más grave por parte de la superiora de la orden, sin excluir la intervención de la justicia ordinaria.
—Pobre Ana. Siempre tan generosa. Todo lo ha dado para protegerme.
—¿Sabíais que los vecinos de Motrico pretendían incendiar el edificio cuando alguien insinuó que las monjas habían preparado el secuestro?
—¡Cielos! ¡Qué despropósito! No sé cómo podré reparar tantas averías.
Doña Ysabel quedó pensativa durante unos instantes y Diego de Mallea aprovechó la ocasión para cambiar el escenario.
—Vuestro padre amasó una fortuna regular. Con lo que os corresponde de la herencia podréis vivir con holgura. Además tenéis un legado por parte de vuestro abuelo paterno.

Maese Diego, habladme de los Lobiano. No sé mucho de mi familia paterna.

Vuestro padre pertenecía a una de las dinastías más encumbradas de la villa de Ermua. Vuestro abuelo, Francisco de Lobiano, había heredado un pequeño capital que él supo incrementar primero como armador de barcos y luego con la pesca de la ballena en Terranova y el comercio con el Nuevo Mundo. Él construyó el palacio actual que vos conocéis.

¡Claro! ¡Alli nací yo!

¡Cierto! Lo había olvidado. Vuestra hermana había muerto poco después de nacer y vuestra madre esperaba con grande ilusión la venida de un segundo vástago. Nacisteis con bien y portasteis alborozo al hogar. Por aquel tiempo, vuestro abuelo acababa de ocupar la mansión, ya que todos sus hermanos habían muerto sin descendencia. Sobre el dintel de la puerta principal, esculpió el escudo del linaje y, debajo, el busto del fundador, vestido con el atuendo de la época, la espada apoyada en un hombro y la cabeza cubierta con la toca del emperador Carlos V.

¿Cómo es el escudo de los Lobiano?

Es un escudo partido en dos por una cruz de Santiago. A la izquierda, unárbol de sinople con dos lobos pasantes y, a la derecha, una barra con dos estrellas de ocho puntas. Todo el conjunto estárodeado de una bordura con cinco leones.

Otra vez elárbol de sinople; en el de Berriatúa con un lobo pasante y en el de Ydiáquez con un buey atravesado. Se diría que mi destino está adscrito al color verde.

¿Os acordáis de vuestro padre?

Sí, de algunas cosas, aunque mis recuerdos son imprecisos. Habladme de su niñez.

Él y yo éramos muy amigos, casi hermanos. Mi tía, María Pérez de Mallea casó en segundas nupcias con vuestro abuelo, don Francisco, cuya primera esposa había muerto al nacer vuestro padre. Éramos de la misma edad, así que mi tía convenció a su marido para que nos criáramos juntos.

Vuestra amistad viene pues de lejos.

Lo conocí cuando tenía cinco años. Era un niño afable y tranquilo, algo medroso, poco inclinado a la violencia, mas no cobarde. Mi tía le proporcionó la ternura que le faltó en su infancia y lo protegió como a un verdadero hijo. Enjuta, casi diminuta, compensaba su escasez con un carácter dulce y un corazón generoso. Un halo de bondad auroleaba su rostro cada vez que sonreía. Él la adoraba.

Alguna vez me habló de ella. Cuando lo hacía, la evocaba como “la dama de Mallea”. Me contó que era una mujer de gran belleza espiritual, que irradiaba optimismo y sosiego; a su lado, él se sentía

seguro y protegido. ¿Vive todavía?

—Sí tal, aunque sus facultades empiezan a declinar.

—Sería grato para mí hacerle una visita cuando termine este desgraciado embrollo. Mas volviendo a mi *aita,* ¿qué aspecto tenía? ¿Era un hombre bizarro? ¿Gozaba de buena salud?

—Tenía una complexión robusta y, al alcanzar la pubertad, adquirió una figura esbelta y bien proporcionada que lo distinguía. Se hizo un excelente atleta, hábil en el juego y rápido en la carrera. Era el primero en los ejercicios gimnásticos y le gustaba alardear de ello, para afianzarse ante los demás y compensar la poca estima que tenía de sí mismo; un sentimiento que le mortificaba y del que jamás pudo desprenderse.

—Tengo oído que era dinámico y que siempre estaba alegre.

—Era jovial y reía con frecuencia. Su aspecto franco le granjeaba muchas simpatías, aunque su porte elegante y algo fanfarrón le produjo algún disgusto y le creó más de un enemigo. Pero era abnegado y excelente compañero.

—Mi madre decía que los dos erais muy diferentes, pero que os entendíais muy bien. Por eso, siente un gran afecto hacia vos.

—Yo lo consideraba mi mejor amigo y él me correspondía. Crecimos juntos y juntos nos hicimos adolescentes. Tuvimos idénticos preceptores y estudiamos las mismas materias, hasta que, a los dieciséis años, nuestros caminos se separaron. Él había adquirido una intrepidez notable y era más dado a la acción que al estudio. Vuestro abuelo le propuso participar en su negocio.

—¿A los dieciséis años?

—Sí. A la sazón, mostraba sensatez y apuntaba aptitudes para el mando. El viejo había tenido muchos éxitos y también algún fracaso. La experiencia le había enseñado que un buen marino ha de ser antes un buen constructor de barcos. Por eso, convinieron que vuestro padre empezara a trabajar en el astillero de Urasandi, en Motrico. Este astillero pertenecía a la familia de vuestro bisabuelo, Martín Ibáñez de Arriola, a la sazón, casado con doña Brígida. Era un astillero importante capaz de construir naos de hasta 500 toneles.

»Allí trabajó durante cuatro años, hasta que adquirió saber en todos los oficios propios de una factoría naval. Al mismo tiempo, recibió instrucción marinera en la escuela de pilotos y realizó varias travesías de cabotaje por la costa cantábrica, de forma que, a los veinte años, era tenido como hábil navegante y prudente hombre de mar.

—Ignoraba estas facetas de su vida —doña Ysabel interrumpió la narración—. Continuad, si os place.

—Más tarde embarcó como piloto en una zafra que transportaba herraduras y clavos a Sevilla y, al cabo de dos años, cuando hubo adquirido experiencia y madurez, hizo su primera travesía

trasatlántica a bordo de una nao ballenera. En aquel entonces, las ballenas eran abundantes en Terranova y la competencia, escasa, por lo que las campañas producían buenos rendimientos, no solamente al armador, sino también a la tripulación.

»Al cabo de unos años, don Francisco de Lobiano formó sociedad con dos armadores de Motrico y juntos fletaron una nao que bautizaron con el nombre de Trinidad, para pescar la ballena. Uno de ellos era Jacobe de Ybasseta, cuyo único hijo, Joan López de Ybasseta, se había casado con doña Cathalina, la segunda hija de doña Brígida. Ellos eran pues vuestros abuelos maternos y ambos fallecieron jóvenes: vuestra abuela al dar a luz a su primera hija, Clara, vuestra madre; y vuestro abuelo, en Terranova, tres años más tarde cuando su barco se hundió en la bahía de Chateau.

—Mi madre siempre ha deplorado su condición de huérfana. Decía que el mar se llevaba a los varones y el parto, a las hembras—lamentó doña Ysabel con ademán afligido.

—Vuestro padre fue nombrado capitán del Trinidad y abordó su primera singladura: salió de Motrico en marzo y volvió entrado el otoño. Así, todos los años. Era un trabajo duro, pero harto lucrativo. Los dos Lobiano ganaron mucho dinero con aquel barco. Eso hizo que se sintieran capaces de afrontar empresas en solitario y, al poco, vendieron su parte en el Trinidad y encargaron una nao nueva, de 300 toneles, que botaron entre los dos y a la que dieron el nombre de La Madalena.

—Me acuerdo de haberla visto fondeada en el puerto de Motrico—doña Ysabel interrumpió risueña la conferencia.

—Era una nave de gran porte y muy marinera. Durante varios años, hicieron carrera con ella. Sin embargo, a partir de los ochenta, la presencia de barcos piratas en el Atlántico progresó y el riesgo de agresión se hizo más patente, con el peligro de perder la carga y también la vida. Para entonces, habían amasado una fortuna regular, así que decidieron retirarse del oficio y dedicarse al comercio de Indias. Vendieron La Madalena y vuestro padre se estableció en Sevilla.

—¿Él solo?

—Doña Clara prefirió quedarse en Motrico, a vuestro cuidado. Él era un humanista descreído, incapaz de sobrevivir en un ambiente tan fanático como el que rodeaba al clan de los Berriatúa. No entendía el miedo que doña Brígida tenía a la postrimería.

—Sí; ella tiene pánico cerval a la muerte y a lo que pueda encontrar en la otra vida. En sus mandas, ha adjudicado 500 ducados para que digan trescientas misas por su alma y 450 para ornamentos en la iglesia... ¿Vos no lo acompañasteis en su nueva aventura?

—No podía. Yo estaba asentado en Éibar y tenía una clientela regular

como letrado. Cuando él marchó joven a trabajar al astillero, yo tuve que elegir entre seguir la carrera militar, entrar en religión o estudiar leyes. Escogí esta última opción y me fui a Salamanca. Una vez licenciado, me establecí y él me contrató para administrar sus bienes; fui su contador hasta que se recibió el recado con la noticia de su muerte.

—¿De qué falleció?

—Nadie lo sabe. El parte médico que recibimos decía que murió en Sevilla, de fiebre tísica que degeneró en pestilencia. El cadáver fue trasladado a Ermua y sus restos fueron enterrados en la iglesia parroquial.

—Tengo un vago recuerdo del suceso. Un día, mi madre me despertó al alba y me dio la noticia. Estaba llorosa y asaz compungida. Salimos de Motrico muy de mañana y, al llegar a Ermua, fuimos al palacio de mi abuelo. El féretro estaba sobre una mesa, en el centro de una habitación llena de gente en actitud orante. Allí permanecí un buen rato viendo a mi madre delante del cadáver, vestida de negro, anegada en llanto. Yo tenía seis años...

—Al poco de su muerte, vuestra madre alquiló su casa de Motrico y se fue a vivir a la torre Berriatúa. A partir de ese momento, he tenido pocas ocasiones de veros.

—El caso es que necesito algún dinero para atender mis gastos personales. Hasta ahora, mi cuñada me ha proporcionado los avíos propios de la mujer y mi suegra ha pagado a la modista, mas preciso un numerario para las cosas menudas.

—Expondré este problema a vuestra madre. Vuestra petición es justa y además habéis de completar vuestro ajuar. Mientras tanto, os puedo anticipar algunos maravedíes que llevo en la bolsa.

—Gracias, maese Diego. El tiempo transcurre plácido y es la hora de la comida. Oigo la campana de la iglesia que anuncia el ángelus. Os presentaré a los miembros de mi nueva familia.

34

El licenciado Lizundia había llegado con tiempo a su cita en la torre de Berriatúa. Josepha le había conducido a una estancia situada en la primera planta y, tras despojarse del tabardo que cubría su cuerpo rechoncho, había comenzado a hojear el legajo de papeles que había elaborado la víspera.

—Estáis muy concentrado, licenciado—espetó Joan de Ybarra irrumpiendo en la sala—. La cuestión que merece vuestra atención ha de ser grave, a juzgar por la acritud de vuestro semblante.

—¡Oh, capitán!—respondió, levantándose de su asiento—. Me habéis asustado.

—Veo que habéis trabajado mucho estos días—insinuó con un cierto tono de ironía.

—A fuer de sincero, el relato que vos hicisteis de los hechos me ha facilitado la labor. Los testigos han ratificado vuestra versión y han aportado pocas novedades...

La entrada de doña Brígida truncó la conversación. Los dos hombres callaron. La dama se sentó en la cabecera y, sin ningún preámbulo, dirigió su palabra al letrado:

—He leído la memoria que habéis confeccionado sobre los sucesos ocurridos el pasado jueves 25 de marzo y considero que se atienen a la verdad, a tenor de las averiguaciones que yo misma he realizado y las confidencias recibidas de fuentes varias. La autoría del secuestro queda demostrada por la descripción de los vecinos de Motrico que han identificado al joven Pedro y a su tío, y por las declaraciones de los monjes franciscanos que han confirmado la presencia en el embarcadero de miembros de esa familia el día de autos. Otrosí, la muerte del licenciado Domingo de Erquicia lo ratifica. El clérigo era beneficiado de la parroquia de Cestona y protegido del señor de Lilí.

El licenciado escuchaba inquieto las palabras de la dueña, cuyo tono áspero presagiaba una contingencia adversa:

—Afirmáis, no obstante, que una lugareña se cruzó con el grupo de secuestradores y reconoció a doña Ysabel en el centro, montada sobre un rocín, con el rostro sonriente y en actitud de circular a su albedrío y no a la fuerza.

—A fe que así ocurrió, señora.

—Ese testimonio no debe figurar en el alegato. Doña Ysabel no aceptó la fuga por voluntad propia, sino que fue raptada. Si alguien tuviere duda, el argumento de su corta edad frente a los veintidós años de su presunto pretendiente será suficiente para convencer a los miembros del jurado sobre las verdaderas intenciones de quien se ha valido del engaño y de la fuerza para conseguir su objetivo.

—Así se hará.

—Podéis alegar la connivencia de las autoridades de Deva al suprimir el servicio de la gabarra que permite cruzar el río en Sasiola. La rotura de la soga no fue un accidente, sino una maniobra deliberada para obstaculizar el seguimiento.

Al escuchar tal argumento, terció el capitán Ybarra para aportar un dato complementario:

—Al ver partir de Motrico a la turba bien aleccionada en dirección a Astigarribia, pensé que la fuga se podría haber organizado a través de Deva, por el privilegio que allí tiene don Francisco de Ydiáquez, al ser preboste de la villa. Doña Clara y yo nos acercamos hasta el embarcadero, con el propósito de hacer alguna averiguación, pero la gabarra que cruza el río había sido también bloqueada. El concurso de la villa de Deva a los Ydiáquez ha sido total.

—Licenciado, tenéis numerosos razonamientos para lanzar una

demanda criminal contra don Pedro de Ydiáquez, como primer acusado, y, con carácter subsidiario, contra su padre, don Francisco y contra su tío, el señor de Lilí, por el rapto de doña Ysabel.

—En efecto, los hechos son ciertos y las pruebas, irrefutables.

—Habéis de recalcar el grave atentado contra el honor que los culpables han ocasionado a nuestro apellido y los notables perjuicios económicos que se derivan de esa acción, cuya consecuencia inmediata es el impedimento a un casamiento entre iguales de la heredera de uno de los solares de más abolengo de Guipúzcoa, además del daño moral infringido a una doncella de trece años.

—El fundamento es suficiente, mas hay que definir el procedimiento paraemprender la querella—puntualizó el licenciado—. Tenemos varias alternativas.

—¿Cuál es vuestro consejo?

—Podemos presentar la denuncia ante el alcalde de Motrico o ante el corregidor de la provincia. En cualquiera de los dos casos, nos queda la opción de recurrir a la Real Chancillería de Valladolid, cuyo fallo es inapelable.

—Ganaremos tiempo y dinero—apuntó el capitán Ybarra— si acudimos al corregidor con la garantía de un juicio más justo y categórico.

—No os hagáis demasiadas ilusiones, capitán—lamentó doña Brígida—. Los Ydiáquez dominan todos los resortes de poder en esta provincia y tienen medios para comprar la voluntad del mandatario real o la de sus tenientes y procuradores.

—El corregidor es nombrado por el rey—recordó el licenciado— y seleccionado entre letrados de reconocido mérito. Su honorabilidad no admite duda.

—Nadie lo niega —puntualizó la señora—, aunque solamente son ecuánimes cuando ejercen contra la plebe. Si un notable es inculpado, grave ha de ser la falta para que sea condenado. Nuestra esperanza está en la Audiencia de Valladolid. Hasta allí no alcanza su autoridad.

—Recordad la posición que don Martín, el hermano de don Pedro, ocupa en la Corte, sin olvidar a su tío don Juan, los dos muy próximos a los más altos niveles de decisión de su Majestad.

—No descuido las intrigas que son capaces de concebir los dos secretarios. Pero también nosotros contamos con el favor de un personaje poderoso en aquella ciudad. Licenciado, ¿es posible plantear una acción directa en el juzgado de Valladolid o hay que pasar por la instancia provincial?

—Se pueden formalizar las dos a la vez. Mas debo advertir que apelar a la Chancillería de Valladolid origina unos gastos importantes; sobre todo, si se pretende utilizar la vía de apremio para obtener una sentencia rápida.

—El dinero no me preocupa en este caso—advirtió la dama—. Hemos

sufrido una afrenta a nuestra honra y hay que destinar los medios precisos para su reparación.
Doña Brígida guardó silencio durante unos instantes. Su expresión se iluminó y su voz cambió de tono:
—Estos últimos días he estado en San Sebastián. Llegué el lunes por la tarde y me alojé en el monasterio de San Bartolomé, de religiosas canónigas de San Agustín —la orden que gobierna el de Areizieta—, cuya superiora es prima de sor Plácida de Gamboa.
»El martes por la mañana fui a ver a don Pedro de Albisua, como máxima autoridad eclesiástica en el arciprestazgo mayor de Guipúzcoa. Llevaba una carta de recomendación del párroco de Motrico.
»Tenía noticia del suceso, si bien la versión que había recibido hablaba de fuga y no de rapto. Su información provenía de dos fuentes: el párroco de Cestona y el vicario de Deva, ambos afines a los intereses de Azcoitia. Le expliqué la historia y convino que la hipótesis del rapto era convincente, dada la edad de la joven y la participación de gente armada.
»Él tendrá que notificar al obispado de Pamplona. La muerte de un clérigo de modo violento reclama la actuación de un juez eclesiástico y, si se confirma la autoría, la aplicación de la pena por parte de la autoridad civil. El vicario cree que se prenderá a los vecinos de Motrico que participaron en el atentado.
»De igual forma, me dijo que el matrimonio celebrado según el uso antiguo está prohibido por el Concilio de Trento y la Iglesia podría excomulgar a los dos contrayentes. Si así fuere, la condena permitiría fortalecer nuestra postura con una prueba suplementaria. Me sugirió que presentáramos una denuncia ante el vicario general en Pamplona.
»Más tarde fui a ver al bachiller Joanes de Yturbe, un viejo amigo de mi hermano. Ambos estudiaron leyes en Salamanca y desempeñaron puestos de responsabilidad en el gobierno de la provincia. A pesar de su avanzada edad, conserva la lucidez y mantiene su reputación como jurista de nombradía. Se puso de inmediato a mi disposición y su consejo será valioso a lo largo del sumario.
»Me confirmó que el actual corregidor de la provincia es Diego Fernández de Arteaga, un pariente de doña Cathalina de Aramburu. Las relaciones que mantiene con los Ydiáquez son estrechas. Además, don Martín de Ydiáquez intercedió en su nombramiento y debe agradecimiento. Por ello, sugiere prescindir de este trámite por inútil y comparecer directamente en la Real Chancillería de Valladolid.
»Por la tarde, fui a ver al corregidor, acompañado por el licenciado Yturbe. Tenía interés en conocer al sujeto y comprobar su servilismo. Al celebrarse la próxima sesión de las Juntas Generales en San Sebastián, el corregimiento tenía, a la sazón, su sede en la villa. Don

Diego Fernández de Arteaga se hallaba en su oficina, mas no quiso recibirme. En su lugar, lo hizo un procurador que nos despachó con poco miramiento. Su parcialidad era evidente, por lo que renunciaremos a presentar el cargo ante el funcionario real.

—Si prescindimos del corregidor —precisó el licenciado—, es urgente entablar el proceso judicial ante el Alcalde de Motrico, antes de que intervenga aquél de oficio, con objeto de obtener la primera instancia. Tanto uno como otro tienen las mismas competencias y el primero que previene los autos conserva ese derecho.

—Hay que adelantarse pues al corregidor que tardará varios días en actuar. Habéis de modificar el expediente según lo acordado y presentar hoy mismo la demanda ante el alcalde de Motrico, así como una denuncia ante el vicario general del obispado en razón del adulterio.

—Esta misma tarde será incoado el expediente en la alcaldía y mañana saldrá un correo para Pamplona.

—Por otro lado —anunció la dama impasible—, vamos a entablar un proceso criminal contra don Pedro y sus secuaces en la Real Chancillería de Valladolid, haciendo hincapié en el agravio inferido a nuestra familia y en la pérdida económica que provoca. Licenciado, solicito vuestra diligencia para actuar con prontitud.

—Necesitaré dos o tres días para concluir el oficio probatorio.

—Hacedlo con rigor, licenciado, mas no os demoréis en demasía.

Doña Brígida hablaba poseída de una agitación febril y acreditaba una energía impropia de su edad:

—Y ahora, pasemos a otro asunto. Deseo anular mi último testamento y otorgar uno nuevo, nombrando herederos del mayorazgo de Berriatúa en el siguiente orden de sucesión: en primer lugar, mi hija mayor, doña María; en segundo, mi nieta, doña Clara.

—¿Y vuestra biznieta?

—Ysabel —condenó en tono áspero— queda excluida de cualquier beneficio. Por lo demás, mantengo el resto de los estipendios que había otorgado en el anterior. Quiero ser enterrada en la parroquia de la Asunción, con el hábito de San Francisco, en la tumba donde reposan mis padres, mis tres nietos y mi hija Cathalina, en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores. He liberado fondos para que se celebren los servicios espirituales el primer día de mi fallecimiento. Esta es mi última voluntad. Doctor Lizundia, actuad con presteza para disponer la firma en el plazo más breve. Ahora podéis retiraros.

Cuando el licenciado hubo abandonado la estancia, doña Brígida hizo llamar al resto de la parentela y dio a conocer las medidas adoptadas:

—Nuestro plan se basa en presentar una denuncia ante el Obispado de Pamplona para que Ysabel y Pedro sean excomulgados por su matrimonio bastardo y tramitar una querella contra los Ydiáquez en la

alcaldía de Motrico.
Doña Clara había escuchado con espanto las palabras de doña Brígida acerca de la excomunión de su hija, mas no fue capaz de replicar, ya que al punto la dama continuó su discurso:
—... y otra demanda en el tribunal de la Real Chancillería de Valladolid y hemos de confiar en la equidad de su providencia. Allí cuento con el concurso del obispo de la recién creada diócesis. Bartolomé de la Plaza fue capellán castrense del regimiento que mandaba en Flandes mi yerno, el capitán Ybarra, vuestro tío—dijo dirigiéndose al capitán Ybarra presente—. Ha sido huésped de esta casa y debe su carrera al apoyo que él le prestó.
Su discurso era apresurado pero firme. No permitía que nadie la interrumpiera:
—Capitán, me consta que tenéis antiguos compañeros de armas, oriundos de esa ciudad y pertenecientes a la alta nobleza castellana. Creo oportuna vuestra presencia en aquella urbe para abreviar las diligencias. Partiréis la semana que viene a incoar vos mismo el procedimiento en la Chancillería y así acelerar el trámite.
—Estoy a vuestro servicio, señora. Tengo allí amigos que me ayudarán a activar el proceso. Los buenos oficios del obispo favorecerán el nombramiento de un juez instructor conforme a nuestro propósito o, al menos, contrario a dejarse manipular por la camarilla que se creará para defender la inocencia de don Pedro.
María de Arano—presente en el cónclave—, al conocer la atribución del testamento, sufrió una conmoción y quedó aturdida. Un sentimiento amargo la invadió y poco faltó para que las lágrimas brotasen de sus ojos turbios. Sabía que la decisión de apartar a su esposo de la herencia era firme y que su suerte no iba a cambiar, consignada a cuidar de él hasta la muerte y a llevar una existencia triste, sin opinar, sin protestar, sin esperar nada, ella que todavía sentía el ansía de vivir...
Permaneció un rato sumida en profunda meditación. Era una mujer ambiciosa, pero también generosa. Se acordó de su sobrina doña Ysabel. Ahora sólo cabía protegerla. ¡Sí! A partir de ese momento, pondría todo su empeño en defender a la doncella y velar por sus intereses. Era el medio de dar un sentido a su vida. Era la forma de vengarse de unos parientes que no la habían recibido con agrado y que nunca la habían tratado con afecto.

35

La comida transcurrió en un ambiente distendido. Doña Ysabel, sentada a la derecha de su suegra y a la izquierda de su marido, era el centro de atención de los presentes. Un sencillo tocado verde cubría su cabeza y permitía entrever unos cabellos atusados. Sus ojos refulgían llenos de vida sobre un rostro luminoso que emanaba el candor propio

de la edad. Su expresión era risueña y su trato afable; escuchaba con actitud lisonjera y respondía con prudencia a las preguntas que le hacían.
Sentado enfrente, Diego de Mallea la pudo contemplar con atención y atisbó en ella un carácter soñador, apasionado, quizá rebelde, como lo fue su padre, pero henchido de nobles sentimientos y elegancia espiritual. Había demostrado entereza y fortaleza de ánimo y no dudó que la muchacha superaría todos los obstáculos.
Terminado que hubo el yantar, doña Ysabel se despidió de don Diego y lo dejó en compañía de su esposo y de su suegro. Los tres se dirigieron al despacho de don Francisco y se retreparon en cómodos sillones, para departir sin prisa sobre los asuntos que ahora vamos a referir.
El señor de Ydiáquez inició la sesión:
—Sin duda, maese Diego, estáis al corriente de la forma en que se ha producido el casamiento de mi hijo con doña Ysabel. Hace seis meses, firmamos un contrato mediante el cual los dos pretendientes aportarían los bienes de los dos linajes...
—Sí, conozco las condiciones.
—Don Pedro es el segundo en la línea sucesoria. Don Martín no tiene hijos, de manera que, tarde o temprano, él heredará el solar de Ydiáquez.
—Nada puedo objetar a sentencia tan cuerda. Sin embargo, doña Brígida aprecia menoscabo...
—Sí, sí. Conozco el pensamiento de esa vieja loca.
—El padrastro de doña Ysabel vino a verme el sábado. Me refirió los hechos ocurridos y me confesó que doña Brígida piensa excluir a la joven de su testamento y transmitir el conjunto de sus bienes a su hija doña María.
—Ya veis a qué punto hemos llegado. Si doña Ysabel es preterida, ¿cuál es la dote que aporta al matrimonio?
—A la mayoría de edad, tendrá derecho a percibir la herencia de su padre y el legado que le hizo su abuelo. Hasta ese momento, necesita la autorización de su tutora.
—¿Quién es la tutora?
—Lo fue su madre hasta que casó en segundas nupcias con el capitán Ybarra; con ese motivo, doña Brígida se arregló para procurarse la curaduría de la niña, a cambio de ceder a su hija ciertos bienes de plata y menaje, así como varios títulos de propiedad.
—Mas la tutoría pasa al esposo, tras la celebración del casamiento—inquirió don Francisco.
—Corriente. Pero hay que solicitar el traspaso y, si hay un pleito por medio, el juez puede rechazar la petición.
—¿Quién es el juez competente en esta causa?

—En este caso, sería el corregidor de la provincia.
Pedro de Ydiáquez había permanecido en silencio durante la conversación. Su semblante era serio. Al cabo, se animó a participar:
—Vuesa merced tiene buena relación con la familia paterna de doña Ysabel. Contadnos, si os place, quiénes son los Lobiano, de dónde proceden y cuál es su fortuna.
Diego de Mallea aspiró con energía y se recompuso en el asiento para tomar un respiro antes de comenzar la perorata:
—La familia de Joan de Lobiano procede de Álava, de un concejo próximo a Vitoria llamado Lubiano, del que tomaron el apellido. Algún miembro de la estirpe se estableció en Ermua, a mediados del siglo XV, cuando cesaron las guerras de bandos y se normalizó el comercio entre Vitoria y la costa cantábrica.
»Así se instaló el primer Lobiano en Ermua. Desde su nuevo enclave, se ocupó de transportar a Deva la lana de Castilla que, desde ese puerto, se exportaba a Flandes, y de llevar a Vitoria manufacturas de hierro que adquiría en diversas ferrerías situadas a lo largo del trayecto, en territorio guipuzcoano.
»El negocio fue aumentando y su nieto, Rodrigo de Lobiano, a principios de este siglo, compró un solar en la calle Somera, con la intención de construir una torre. Más adelante, cerca de su nueva residencia, en el camino hacia Éibar, puso en marcha una ferrería, al pie de un viejo molino abandonado, a orillas del río Ego.
»El tal Rodrigo acreció su fortuna, lo que le permitió conquistar prestigio. Inició la construcción de su torre y casó con María Martínez de Aguirre, la hija de un *andiki* (cacique local) de Mallabia, con la que tuvo cuatro hijos, todos ellos fallecidos sin descendencia, salvo la menor, que tuvo una hija, también fallecida a la edad de veinte años.
»Pero antes, Rodrigo de Lobiano había tenido un hijo natural, nadie sabe con quién. Lo llamaron Francisco y vivió con su padre hasta que, muy joven, quiso emprender vuelo y ejercer por su cuenta el mismo oficio que había aprendido de su progenitor.
»Francisco tuvo claro que sus derechos a la herencia paterna eran limitados, por su condición de bastardo, y pactó con su padre la renuncia a esos derechos, a cambio de que le cediera la explotación de la ferrería. Situó a un maestro ferrero de su confianza al frente del ingenio y se dedicó al comercio. Llevaba a Vitoria clavos, herraduras y cercos de hierro para barricas que su propia ferrería producía y volvía unas veces con lana y otras con vino, trigo y hortalizas de secano. Ahí empezó su carrera como mercader.
»Pronto amplió su negocio y se inició en el cabotaje por la fachada atlántica peninsular, para lo cual se alió con varios socios. Juntos fletaron una pinaza y él se embarcó como tripulante. Durante algún tiempo, hicieron la misma ruta: salían de Motrico y navegaban por la

costa cantábrica hasta Asturias y Galicia, a la ida, con manufacturas diversas de hierro y, al regreso, con comestibles, sardinas saladas y vino de Rivadavia.

Don Diego hizo una extensa narración de la vida del tal Francisco y de la de su hijo Joan, el padre de doña Ysabel, que el lector ya conoce.

—Cuando el comercio con Terranova se hizo peligroso, Joan de Lobiano decidió cambiar de oficio. Vendió la nao que tenía y se estableció en Sevilla. Allí existía una importante comunidad de mercaderes vascos que se había enriquecido con el tráfico de Indias y no le fue difícil hacerse un hueco en esta rama de comercio, ya que era hombre instruido y bien preparado. El negocio fue boyante hasta que, en 1588, la muerte le alcanzó en Sevilla, con cuarenta y un años. Su cadáver fue trasladado a Ermua y enterrado en la iglesia parroquial.

—¿Pudo dictar testamento?—inquirió el señor de Ydiáquez.

—Lo hizo antes de morir, en beneficio de su hija.

—¿Sabéis a cuanto ascendían sus bienes?

—Había partidas a cobrar por importe de tres mil pesos de oro y mil que le remesaron más tarde de Nueva España. Poseía también varios juros situados en Sevilla y Córdoba y varios censos en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya. Además, había comprado un almojarifazgo en la ciudad de Córdoba que hoy produce 800 ducados anuales y alcabalas de vino y de carne en la de Sevilla que rentan otros 300.

—¿En cuánto estimáis el patrimonio actual de mi cónyuge?—preguntó el joven Pedro.

—La herencia de su padre sobrepasa los doce mil ducados, quizá llegue a trece mil, más cuatro mil que le legó su abuelo paterno.

—Es preciso apurar las diligencias para emancipar la curaduría de doña Brígida—resolvió el mayor de los Ydiáquez— y transmitir a don Pedro la tutela de esos bienes. Dejadlo de nuestra cuenta, don Diego; creo que podremos conseguirlo sin oposición.

—Contad con mi apoyo. En mi condición de administrador del capital legado por los Lobiano, encuentro fundado vuestro propósito.

Pedro de Ydiáquez había escuchado con atención el relato y comprendido que el legado paterno no era cantidad despreciable, aunque él pensaba en el mayorazgo de Berriatúa:

—Con respecto al testamento de doña Brígida, habrá que esperar al nacimiento de un vástago para hacerla entrar en razón. Entonces no se negará a rectificar una decisión que ha tomado de forma irresponsable inducida por la ira.

—En cualquier caso—llamó la atención el letrado—, tarde o temprano, la herencia recaerá en doña Clara y ella no dudará en nombrar heredera a su hija doña Ysabel.

—A no ser que el capitán Ybarra le haga perder la cabeza...

—Lo dudo —protestó el de Mallea—. La madre siente un profundo afecto hacia su hija y no se dejará engañar. El acervo familiar vinculado en el mayorazgo de Berriatúa está valorado en cerca de treinta mil ducados. Por ende, la dote de doña Ysabel supera los cuarenta mil ducados.

El señor de Ydiáquez asintió con un movimiento de cabeza:

—Sí; eso era lo que se había valorado en las conversaciones previas, una cuantía equivalente a la que aporta don Pedro si se incluyen las pertenencias de su hermano don Martín y las propiedades de su madre.

—Así pues —concluyó el legista— la heredad tendría un valor superior a los ochenta mil ducados, una cantidad estimable que supera la fortuna de muchos de los grandes de Castilla.

—Sería conveniente recordar este detalle a doña Brígida y hacerla entrar en razón —argumentó el joven Ydiáquez.

—Tarea inútil, vista la obstinación de la vieja —concluyó el mayor.

Don Francisco de Ydiáquez se levantó de la poltrona y sentenció antes de dar por concluida la entrevista:

—Nuestro deseo es cumplir los pactos acordados si la otra parte también lo hace. Maese Diego, transmitid este mensaje a la casa de Berriatúa. Recalcad que tenemos voluntad de concordia y que estamos dispuestos a discutir el contrato si se respeta el núcleo de su contenido. Mas no aceptaremos la rescisión unilateral del compromiso. Si tal ocurre, acudiremos a los tribunales de justicia para que dirima la cuestión y utilizaremos toda nuestra influencia para inclinar la balanza a nuestro favor.

—Espero que no sea preciso llegar tan lejos y que todo se arregle por la vía del diálogo —apostilló Diego de Mallea, a modo de despedida.

36

Se levantó con el canto del primer gallo. Se vistió con rapidez, recogió en la cocina unas provisiones que había preparado la víspera y salió con sigilo de la torre de Berriatúa. El día anterior María de Arano había recibido un recado traído de Deva por un criado de su padre. Le pedía que acudiera al domicilio paterno pues creía llegada su última hora.

Atravesó la puerta de Deva y tomó el camino que conducía a la vecina villa marinera, distante algo más de una legua. Dejó atrás el monasterio de Areizieta —sombrío y oscuro en aquella hora mañanera— y, a paso ligero, cubrió el trayecto desigual con la mente absorta en su naciente idea. A la amanecida, cruzó el río en la gabarra. Pasó frente a la iglesia de Santa María, anduvo cien pasos y llegó a la casa que la vio nacer. Tocó la aldaba y la puerta se abrió tras una corta espera. Una sirvienta la condujo al primer piso donde su padre la esperaba:

—Buenos días, padre. Os agradezco el favor que me prestáis.

—Buenos días, María. Celebro veros en buena condición. Ayer recibí

vuestra esquela y al punto cumplí las instrucciones que me dabais, simulando una enfermedad mortal que me retiene en el lecho. Joan de Urrutia está advertido. Voy a enviar a un doméstico para que sepa que habéis venido. Ahora contadme vuestra intriga.

—He tenido que urdir un enredo para hablar a solas con el padre de Ana, la monja que custodiaba a doña Ysabel en el convento de Areizieta. Supongo que estáis al tanto del suceso.

—Sí; la historia ha corrido por el pueblo y cada uno tiene una versión diferente.

—La gente habla de secuestro, aunque en realidad ha sido una fuga...

—Si no fue rapto y la joven escapó por voluntad propia, la falta es menos grave.

—Me consta que fue doña Ysabel la que instigó el proyecto —aseveró doña María— y que sor Ana sólo intervino para facilitar la huida, si bien doña Brígida insiste en que fue engañada, abusando de su inocencia y de su corta edad. La abadesa está asustada y ha castigado a la monja con privación de su libertad, recluida en su celda y sin recibir visitas, ni siquiera la de su padre, al que acusan de haber cooperado como correo entre los dos enamorados.

—¡Menudo embrollo! ¿Y cuál es vuestra intención?

—Quiero ayudar a doña Ysabel y evitar que la demanda judicial prospere, ya que su amor a don Pedro es cierto y su decisión, inquebrantable. También quiero auxiliar a la monja e influir a su favor para que le levanten la pena y volver a su afición pueda.

—Contad conmigo para ese menester.

—Es preciso que los parientes ignoren mi pretensión. Por eso, os pedía ayer en la misiva que me enviarais un recado invocando mi presencia por motivos graves de salud.

—Mucho arriesgáis, María, si tal hacéis a espaldas de vuestro esposo.

—Poco tengo que perder, puesto que doña Brígida ha resuelto elidir a mi marido en el nuevo testamento que piensa redactar. Incluso temo que ni siquiera le conceda la legítima, aduciendo su estado mental y que lo pongan bajo la tutoría de su hermana doña María, sobre quien recaerá el mayorazgo.

—No se atreverá a tanto. Mas si eso sucediere, no os preocupéis por tan poco. Yo tengo algunos bienes y vos sois mi única heredera. A mi muerte, que siento cerca, recibiréis un pequeño caudal que os bastará para vivir con holgura.

—Gracias, padre. No es tanto un problema de fortuna, sino de ofensa. Con este acto, doña Brígida promulga la demencia de su hijo y lo inhabilita para siempre.

—La dama estará desesperada y su juicio, algo alterado. Si se sosiega, quizá cambie de opinión.

—Lo dudo, pues lo ha hecho público. Si este mal no es reparable, al

menos, lucharé por proteger la felicidad de mi sobrina y evitar que se cometa una iniquidad. La defenderé por encima de todo, sin que nadie se entere. Presumo padre que vais a tener que simular una larga enfermedad que me permita venir a Deva con frecuencia, sin levantar sospechas, a fin de mantener el contacto con el señor de Urrutia y, a través de él, la relación con doña Ysabel.

—Oigo unos golpes en la puerta. Debe ser él.

Al cabo de unos instantes, la sirvienta anunció la llegada del señor de Urrutia.

—Pasad, maese Joan, pasad. Os estamos esperando. Ya conocéis a doña María, mi hija. Me ha ofrecido un relato de los hechos ocurridos en Areizieta y el castigo que han infringido a vuestra hija Ana.

—No tengo ninguna noticia de ella. Desde que se produjo la evasión, está recluida en una celda, incomunicada. Dos monjas la vigilan día y noche y le impiden mantener relación con el resto de sus compañeras. A mí me han prohibido la visita.

—Cruel y triste castigo para quien ha obrado con nobleza —lamentó María de Arano—. Mas no hay que desesperar. Las causas justas siempre salen adelante. Ya sé que sor Ana admitió su participación en la fuga…

—Al principio, los vecinos de Motrico sospecharon que las monjas habían participado en la operación. Más tarde cayeron en la cuenta de que no todas habían colaborado en el complot al ver a la superiora y varias hermanas acudir a dar fe ante el alcalde, muy compungidas. Tras el desastre, se lamentaban de que sería imposible mantener el prestigio del convento, porque habían perdido la confianza de la gente influyente sobre la seguridad que ofrecía a sus pupilas.

—Aquí, en Deva, han tratado a las monjas de alcahuetas por haber favorecido la fuga —matizó el padre de María.

—Sí; los de Motrico pensaron lo mismo e incluso se acercaron al cenobio en actitud amenazadora. Pronto descubrieron que mi hija había sido la única responsable. Algunas monjas recelaban de su amistad con la niña y presumían que le habría confiado su secreto. Además, su semblante amilanado la delataba. La priora la interrogó y no pudo negar lo evidente. Durante dos días, estuvo castigada al ayuno de pan y agua.

—Ahora el alimento es el habitual, si bien persiste el aislamiento —terció María de Arano.

—¿Cómo se encuentra doña Ysabel? —preguntó Joan de Urrutia.

—He tenido noticias de que ha regularizado su casamiento y recibido el sacramento de acuerdo con el rito de Trento. El banquete nupcial se celebró el pasado domingo.

—¿Cómo ha reaccionado doña Brígida?

—Está profundamente enojada con su biznieta y herida en su amor

propio, hasta el punto que ha decidido cambiar el testamento y otorgar el mayorazgo a su hija doña María, excluyendo a doña Ysabel de beneficio. Considera que el suceso es un insulto al honor de su apellido y está dispuesta a cualquier acción que propicie el desagravio.
—La dama es orgullosa y perseguirá la represalia. Es necesario que la joven esté al tanto de las intenciones de doña Brígida.
—Ése es el motivo por el cual mi padre os ha llamado a este encuentro. Yo no apruebo la actitud cerril de doña Brígida y deseo ayudar a doña Ysabel para que no sufra las consecuencias de su hostilidad. Me ofrezco para hacer saber al señor de Ydiáquez los planes que se fragüen en la casa de Berriatúa, a fin de que sean conocidos con antelación y desvirtuados en lo posible. Para ello pido vuestra colaboración.
—Contad con ella sin limitación.
—Hemos divulgado que mi padre sufre una enfermedad de larga duración y estará obligado a guardar cama durante un periodo prolongado. Ello me permitirá venir a verle con asiduidad. Cuando tenga algo que comunicar, nuestra criada os avisará para que vengáis presto.
—El pretexto es idóneo y nadie sospechará. Al día siguiente, los Ydiáquez estarán al corriente de la nueva, para que actúen a su mejor entender.
—El procedimiento funcionará igualmente en sentido inverso, si doña Ysabel desea establecer contacto con la monja. Tarde o temprano, el castigo será levantado y podré visitarla sin objeción.
—Será más fácil para vos —aceptó el de Urrutia—. Presumo que yo no seré autorizado a hacerlo en algún tiempo, hasta que quede resuelto este enojoso asunto.
—Bien, maese Joan. Además de la exclusión de doña Ysabel en la herencia de doña Brígida, hay otras noticias de relieve que conviene transmitir a los de Azcoitia.
—Contadme, señora.
María de Arano confesó a Joan de Urrutia los propósitos de doña Brígida ante el tribunal de Valladolid. Finalmente, le explicó la denuncia que la dama iba a presentar ante el obispado de Pamplona, solicitando la excomunión de don Pedro y de doña Ysabel por su matrimonio clandestino.
—Mañana partiré al alba para Azcoitia —anunció el padre de la monja—. Las noticias son de tal gravedad que me obligan a actuar sin demora.
—Si habláis con doña Ysabel, decidle que esté tranquila. El poder de su familia es grande y la justicia terminará por doblegarse. Si le place escribir un recado a su madre, yo misma se lo entregaré. Id con Dios, maese Joan.

37

Las noticias que Joan de Urrutia había traído el día anterior le habían trastornado. Don Francisco no temía el pleito que los padres de doña Ysabel habían iniciado ante el alcalde ordinario de Motrico, porque el corregidor tenía la máxima autoridad judicial en la provincia y sabría componer un arreglo. Pero le inquietaba la querella criminal que pretendían incoar en la Chancillería contra todos los que habían ayudado a la doncella a salir del convento. Les acusarían del rapto de una niña de trece años, recluida por su familia en un monasterio a la espera de cumplir la edad requerida para ser ofrecida en matrimonio. Apelarían al honor mancillado y a la pérdida de valor de la doncella, argumentos ambos que un tribunal ecuánime aceptaría sin vacilar.

Había que actuar con diligencia, pues el tiempo corría en su contra. Sabía que doña Brígida tenía influencia en ciertas esferas del poder y el capitán Ybarra, amigos en la Corte. Aunque nadie osaría enfrentarse al prestigio de un ministro tan próximo al monarca como su primo, había el riesgo de que el tribunal de la Chancillería nombrase un juez timorato o fácil de impresionar por el oro, antes de que el consejero real dictase sus consignas.

El día anterior, don Francisco había recibido la respuesta de su hijo Martín a una carta que él le había escrito al día siguiente de la boda. Le contestaba que su relación con el obispo Sandoval era amistosa y que no se preocupara. Le contaba también que el actual obispo de Cádiz, Antonio de Zapata, había sido nombrado obispo de Pamplona, aunque la bula pontificia no había llegado a Madrid, con lo cual su entrada en la nueva diócesis se demoraría varios meses.

A vuelta de correo, don Francisco le había explicado la intención de los Berriatúa de presentar una querella criminal en la Real Chancillería de Valladolid y solicitaba la intervención de don Juan para apañar el procedimiento. Martín tendría que obtener audiencia con su tío, lo que no sería fácil, a virtud de sus numerosas ocupaciones. Con suerte, una semana transcurriría hasta que el consejero real enviase un propio a Valladolid, para inclinar al presidente del alto tribunal a nombrar un magistrado dócil que instruyese el caso. ¿No sería demasiado tarde?

Así discurría don Francisco, mientras ascendía el alto de Meaga, camino de San Sebastián. A la vista de los acontecimientos, había decidido ir a ver al corregidor de la provincia, con quien le unían lazos de parentesco. Había salido de Azcoitia por la mañana, con el propósito de alcanzar su destino al atardecer, a tiempo para entrar en la villa antes del cierre de las puertas. Le acompañaban su secretario, un criado y el alguacil.

De paso, se había detenido en Cestona para informar a su primo. Siempre optimista, el señor de Lilí había restado importancia a la

iniciativa de los de Motrico:
—Tranquilizaos, don Francisco —le había respondido displicente—. La posición de don Juan de Ydiáquez en la Corte es tan elevada que nadie osará oponerse a su voluntad. Él sabrá manejar los hilos para paralizar el proceso en la Chancillería y nosotros aquí ya encontraremos la manera de cortar las alas a ese alcalde de poco juicio que ha aceptado a trámite la demanda.
Tras cruzar Zarauz, se detuvieron frente a la pintoresca villa de Orio, con objeto de cruzar la ría en una de las gabarras. Después de una breve parada de restauración en una taberna del puerto, reemprendieron el viaje y, siguiendo la calzada que antaño utilizaban los peregrinos a Santiago por la ladera Norte de Mendizorrotz, llegaron al poblado del Antiguo y escalaron un pequeño cerro, en cuyo alto se alzaba un convento de monjas dominicas, desde el cual divisaron una enorme marisma y, al fondo, la villa fortificada.
San Sebastián era entonces una plaza fuerte de figura cuadrangular, situada al pie del monte Urgull que la protegía por el Norte, en cuya cima se había construido el castillo de La Mota, sobre las ruinas de una antigua fortaleza medieval de origen incierto. La plaza era la segunda en importancia de la provincia, por detrás de Fuenterrabía, y estaba dotada con tropa de guarnición, al mando de un capitán general.
No tardó don Francisco en atravesar el arenal que separaba el Antiguo del recinto amurallado. Subió por el glacis para entrar en el Cubo *Imperial*, enfiló hacia un pequeño puente para salvar el foso que rodeaba el hornabeque, penetró en él y cruzó un segundo puente que pasaba por encima de otro foso hasta franquear la Puerta de Tierra y desembocar en la plaza principal de la villa.
Sin hacer caso a la muchedumbre que allí se congregaba a la caída del sol, don Francisco pasó por debajo del arco de la puerta de las Ánimas, siguió por la calle Mayor de Santa María y al cabo arribó a la casa de Ydiáquez, un magnífico palacio renacentista, al lado de la iglesia de Santa María, erigido por su tío don Alonso, padre de su primo don Juan y secretario que fue del emperador Carlos V.
El mayordomo que se ocupaba de la conservación de la mansión salió a recibirle y lo hospedó en una de los aposentos principales, procurando alojamientos más modestos para los tres servidores. Antes de cenar, el secretario se acercó a la residencia del corregidor para solicitar audiencia para el día siguiente en la mañana.

38

Diego Fernández de Arteaga era un hombre de mediana edad, perteneciente a uno de los linajes más antiguos de la villa de Zumaya, con solar en la anteiglesia de Artadi, situada en lo alto de un promontorio cercano que dominaba la bocana del puerto.

—¡Querido primo! ¡Qué placer tan intenso me produce vuestra visita! Pasad y tomad asiento.

El corregidor vivía en la casa del Preboste, un hermoso edificio que hacía esquina entre la calle del Preboste y la de Narrica. Allí había instalado sus oficinas y allí residiría durante el tiempo que durasen las Juntas Generales que iban a comenzar en breve.

—Recibí ayer vuestro recado y estoy al cabo del motivo de vuestra visita. Antes de empezar, permitidme que os pregunte por el estado de mi prima, doña Cathalina, y el de vuestros hijos, puesto que ya veo que vos presentáis un excelente aspecto.

—Todos están en perfecto estado de salud y con buen ánimo, salvo este enojoso incidente que nos llena de zozobra.

—He leído el relato de los hechos acaecidos. La bisabuela de la joven, doña Brígida, vino a verme la semana pasada, pero no creí conveniente recibirla. La atendió uno de mis tenientes y escuchó su testimonio fundado en la hipótesis del rapto. Mas ruego a vuestra merced que me cuente su versión.

El señor de Ydiáquez refirió la historia desde su inicio, cuando se firmó el contrato de casamiento entre su hijo y la heredera del mayorazgo de Berriatúa.

—Don Francisco, me cuesta creer que una niña de trece años haya sido capaz de adoptar una decisión de tamaña envergadura y escaparse del convento, contraviniendo el orden establecido por sus mayores.

—No dudéis de mi palabra. Doña Ysabel es una muchacha de gran fortaleza y notable valor. Posee la voluntad de un castor y la constancia de un pinzón. Ella fue la que resolvió desposarse en secreto y la que urdió la trama para fugarse del cenobio.

—Si eso se pudiera demostrar, la exculpación de don Pedro sería inmediata. Mas temo que ningún tribunal dará crédito a tal conjetura.

—Soy de la misma opinión. Por eso hay que obrar con cordura. Primero, hay que evitar que el Juez eclesiástico de Pamplona declare ilegítimo el matrimonio y excomulgue a los dos contrayentes. Para ello, cuento con la amistad del obispo saliente Bernardo de Rojas y Sandoval, a cuyo servicio está el oficial mayor que ha de instruir el caso.

—He sabido que Sandoval ha sido nombrado obispo de Jaén y que el de Cádiz, Antonio de Zapata, será su sucesor.

—Estoy al corriente; pero éste no se incorporará antes de fin de año. Eso me tranquiliza, pues Sandoval sabrá aleccionar a su vicario general. Por otro lado, está la demanda interpuesta por la familia de doña Ysabel ante el alcalde ordinario de Motrico.

—Aquí interviene el corregidor—interrumpió Arteaga con voz solemne—, ya que es asunto que atañe a su jurisdicción. La noticia del rapto ha corrido como la pólvora y ha producido sobresalto en la

población, incluso entre las clases más humildes. Voy a actuar de oficio, con lo cual avocaré la causa iniciada por el alcalde.

—Sabed que si el alcalde ha iniciado el proceso adquiere el derecho a la primera instancia.

—La repercusión que el suceso ha tenido exige la presencia de un juez de rango superior. He enviado a Motrico un merino secreto, con órdenes concretas para investigar el caso y obtener la confesión de los testigos. Pedirá al alcalde que le ceda los autos y si se niega, lo encerrará en prisión. Además lo acusará de haber instigado al populacho y contribuido a la muerte del aprendiz de cura.

—En vos confío, don Diego. Vos sabéis lo que conviene hacer.

—Perded cuidado, don Francisco, el corregidor procederá con discreción y su sentencia será benigna.

—Vuestro celo me tranquiliza en este frente. El motivo de mi inquietud es ahora la Chancillería. Aunque he solicitado la intervención de don Juan de Ydiáquez, temo que vamos a llegar tarde y que el tribunal nombre un auditor proclive a los intereses de la demanda. Si eso ocurre, tendremos algún dolor de cabeza.

—Aunque así fuere —pronosticó el corregidor—, el personaje no tendrá más remedio que plegarse a los designios del consejero real. Es importante que vuestro primo utilice su influencia para frenar al magistrado si se torna díscolo, porque, si interviene, tiene la máxima autoridad y yo mismo estoy obligado a prestarle colaboración.

—Si tal ocurre, poco vais a poder hacer en nuestra defensa.

—Ya encontraré la fórmula para confundirle si porfía en su celo. Por si acaso, no estaría de más que don Pedro se ausentara una temporada e incluso vos y todos los que habéis intervenido en la aventura.

—¿Pensáis que sería capaz de prender a un miembro de nuestra familia?

—No hay que despreciar esa eventualidad.

—Mas ¿dónde iba a esconderse? —inquirió alarmado don Francisco.

—Tendría que salir de Castilla; quizá en el reino de Aragón o, mejor aún, en el extranjero. Podría cruzar la frontera y permanecer en algún lugar cercano o embarcarse para Inglaterra, cuya reina es enemiga acérrima de nuestro monarca.

—No creo que la situación sea tan grave como para adoptar una medida tan drástica. De cualquier modo, esperaremos a ver el transcurso de los acontecimientos y actuaremos en consecuencia.

El señor de Ydiáquez se había quedado brevemente aturdido ante la sugerencia del corregidor, pero recuperó al punto su habitual parsimonia, para concluir la conversación y despedir a su pariente:

—Don Diego, mucho os agradezco el empeño que demostráis en nuestro favor. Espero que la fortuna nos acompañe y pronto nos veamos libres para siempre de esta pesadilla. Ahora, permitidme que

me retire, pues es mi deseo retornar a Azcoitia esta misma tarde.
—Descuidad, don Francisco; os tendré al corriente de las últimas novedades. Presentad mis respetos a vuestra esposa. Id con Dios y que Él proteja a vuestra prole.

39

Don Pedro de Albisua había terminado de comer y, como todas las tardes, se disponía a leer el breviario, sentado en una cómoda butaca. Lo hacía hasta que el sueño lo dominaba y, voluptuosamente, se dejaba envolver por esa placentera modorra que el cuerpo agradece en las primeras horas de la tarde.
—¡Don Pedro! ¡Don Pedro! ¡Despertad! ¡Despertad!—entró vocinglerando la serora que lo atendía.
—¡Qué ocurre, María?—exclamó sorprendido el ministro, al ser invocado de forma tan violenta.
—Al parecer, han venido dos oficiales del obispado de Pamplona y reclaman vuestra presencia. El coadjutor de Santa María acaba de traer la noticia.
—¿Están en San Sebastián?
—Sí, tal.
—¿Dónde se hospedan?
—En la rectoría del cabildo. Allí os esperan.
—¿Cuándo han llegado?
—Hace algo más de una hora. Han pedido un refrigerio simple y, al terminar la colación, han solicitado vuestro concurso.
Pedro de Albisua era vicario perpetuo de la iglesia de San Vicente y oficial foráneo en la provincia de Guipúzcoa, con sede en San Sebastián. Por razón de su cargo, él debía obediencia al vicario general de Pamplona, responsable de administrar justicia en la diócesis.
Aunque había cumplido los ochenta años, don Pedro conservaba una energía impropia de su edad. Enjuto, despierto, impulsivo, su paso era rápido y su andar, ligero. Salió de la casa en que vivía, en la calle de San Vicente, torció por la calle de la Trinidad y al poco rato arribó a la rectoría que la parroquia de Santa María tenía en dicha calle, muy cerca del atrio de la iglesia.
El edificio era de piedra y había sido construido hacía poco tiempo, tras el incendio que la villa había sufrido en 1575. Tenía tres alturas y servía para alojar a los personajes eclesiásticos ilustres que visitaban el lugar. También servía de residencia al párroco de Santa María.
Subió al primer piso y se dirigió a la sala del cabildo. Allí le estaban esperando los dos funcionarios. Al entrar el anciano, ambos se pusieron en pie e hicieron su presentación:
—Soy Pedro de Zalba, comisario de la curia de Pamplona y éste es el alguacil Joan de Ibáñez. Ambos hemos sido comisionados por el

obispado para investigar el rapto de doña Ysabel de Lobiano y la muerte del clérigo Domingo de Erquicia. Ved nuestras credenciales.
—¿Cómo no me han anunciado vuestra visita?
—Traemos una misión delicada y hemos preferido pasar inadvertidos. Salimos ayer por la mañana de Pamplona y pensábamos llegar a San Sebastián por la noche, pero empezó a nevar al salir de Lecumberri y hubimos de pernoctar en Berastegui, pues la ventisca era intensa y la ruta, peligrosa para las caballerías.
—Estoy a vuestro servicio—consintió Albisua después de leer la carta que el vicario general de la diócesis, le había dirigido, con instrucciones concretas para prestar su apoyo a los dos apoderados.
—Vuestro informe se recibió hace una semana—prosiguió Zalba—y el fiscal lo ha estudiado con detenimiento, igual que la denuncia interpuesta por los padres de la doncella. Es consciente de la importancia de las personas encausadas y teme que, si el proceso se alarga, las pruebas sean alteradas y los testigos, obligados a perjurio. Por esa razón, ha resuelto actuar con presteza.
Don Pedro de Albisua bajó la cabeza ante la mirada profunda del notario:
—Si; los dos contrincantes son poderosos y tienen recursos para interferir las investigaciones y predisponer a los jueces.
—Tengo orden del vicario para proceder en secreto a las pesquisas. Su preocupación es manifiesta. Nadie ignora la amistad que une al señor de Ydiáquez con el obispo Sandoval y las buenas relaciones que éste mantiene con los Ydiáquez en la corte de Madrid.
—Pero Sandoval ha sido destinado a la mitra de Jaén...
—Sí, mas todavía no ha recibido el nombramiento oficial de Roma y, por lo tanto, sigue siendo obispo titular de Pamplona, aunque hace cuatro meses que se fue a vivir a Madrid y no ha vuelto a pisar la capital del viejo reino.
—Quizá tengamos que sufrir un periodo largo sin prior en la Seo de Pamplona.
—Aun así, empezaremos los interrogatorios en breve, para lo cual, preciso de vuestra ayuda.
—Contad con ella.
—El análisis de los sucesos acaecidos nos indica que se han producido cuatro delitos diferentes.
—¿Cuatro?
—Sí, cuatro. En primer lugar, está el casamiento clandestino, sin la presencia de un ministro, pecado que Roma condena con la excomunión de los contrayentes.
Don Pedro de Albisua sabía por experiencia lo difícil que resultaba erradicar esas costumbres paganas tan arraigadas en la gente:
—Es un hecho evidente que no niegan los inculpados. Sin embargo, el

pueblo ignora los preceptos que dictó el Concilio y sigue con su tradición de contraer matrimonio a la antigua usanza.

—Lo sé, don Pedro. Por eso, los mandatos de los visitadores insisten en que los presbíteros prediquen con insistencia la nueva doctrina y denuncien las infracciones. Si no se castigan las desviaciones, las prácticas antiguas nunca desaparecerán.

—Pero luego la ceremonia se celebró conforme al rito canónico. El párroco de Azcoitia afirma que, el domingo, tras la misa mayor, les dio la bendición sacramental.

—He leído vuestro apunte. La cuestión está en saber si, en el intervalo que transcurre entre *las palabras de presente* y la bendición sacerdotal, hubo cópula o contacto carnal.

—A fe mía que eso será difícil de probar.

—No olvidéis que los testigos van a declarar bajo juramento y el perjurio está castigado con las llamas del infierno.

El comisario se retrepó en su asiento y continuó su exposición:

—En segundo lugar, está el quebrantamiento de la clausura por parte de las monjas. El Concilio de Trento lo prohíbe de manera taxativa y hay que hacer un escarmiento.

»En tercer lugar, interrogaré a Ana Urrutia para calificar su implicación en la fuga. Si se comprueba que la niña fue secuestrada contra su voluntad, el crimen sería sancionado con pena muy dura.

»Por último, está la muerte de Domingo de Erquicia en el río. Es preciso descubrir a los instigadores del crimen para que sean entregados a la justicia ordinaria y castigados de acuerdo con la magnitud de su falta.

—El licenciado Aréizaga es el principal implicado. No será difícil probar su culpa, aunque su condición de inquisidor le procura inmunidad.

—Si se demuestra su colaboración—aclaró el navarro—, haremos la denuncia al Santo Oficio para que proceda contra él.

—Se dice que el párroco de Motrico arengó a la plebe para que saliese en busca de los secuestradores.

—Por eso es importante descubrir si doña Ysabel fue obligada o no a salir del cenobio por la fuerza. Si ella se fugó a su albedrío, la culpa de los perseguidores es grande y la muerte del cura no tiene atenuante.

—No es asunto fácil—concluyó el vicario—. Las personas inculpadas son todas principales y tratarán de emplear su autoridad para evitar una condena.

—No me cabe ninguna duda de que intentarán influir en los testigos y presionar a los magistrados. Tarde o temprano, la justicia civil tendrá que decidir si fue un rapto y acusar o no a los inductores. Pero antes lo hará el tribunal eclesiástico y su fallo no debe discrepar. Pese a cumplir la inquisición con el mayor sigilo, antes de partir, quisiera

hablar con el corregidor para conocer su opinión y saber si alguien ha presentado una querella en su jurisdicción.

—Por lo que yo sé, hace dos días, don Francisco de Ydiáquez estuvo aquí, en San Sebastián, y fue a verle. Ya sabéis que es primo de su esposa.

—Lo que me hace sospechar que el mandatario real tomará partido en defensa de su causa. Aun así, tengo la obligación de recabarle los datos que disponga sobre el caso. ¿Podríais solicitarle una entrevista?

—Intentaré que nos reciba mañana. ¿Cuál es vuestro plan?

—Quiero escuchar a todo aquél que haya presenciado los hechos.

—Eso os ocupará un tiempo holgado.

—Por eso quiero partir pasado mañana.

—¿Habéis establecido el itinerario?

—Primero iré a Deva para interrogar al alcalde y al padre de la monja que auspició la evasión. Luego, a Motrico, para hablar con la familia de Ysabel...

—Por cierto, no os he dicho que, la semana pasada, vino a verme doña Brígida, la bisabuela de doña Ysabel. Su hipótesis se basa en el rapto de la doncella y pretende incoar un pleito contra los Ydiáquez.

—Veremos cuáles son sus argumentos. Me interesa mucho conocer la opinión del párroco...

—Es un hombre íntegro, mas tengo la impresión de que está bajo la influencia de los Berriatúa, lo mismo que su hermano el alcalde, Nicolás de Vidazábal.

—Llamaré a declarar a la serora de la ermita del Santo Cristo de Maya y a la casera que vio pasar la comitiva. A continuación, interrogaré a los miembros de la familia de doña Ysabel y, por último, me acercaré a Areizieta, para inquirir a las monjas de Santa Catherina.

—No os olvidéis del licenciado Aréizaga. Es un individuo pérfido y engreído que se cree imbuido de la gracia divina. Tratará de malquistar al pueblo contra vos y ofrecerse él como redentor. He tenido varias quejas contra él por su carácter voluble y pendenciero.

—He oído hablar del personaje y sabré tratarlo con justeza. De Motrico, iré a Sasiola. El guardián de los franciscanos me contará el episodio que aconteció en el río y cómo se produjo la muerte del aprendiz de cura. La etapa siguiente será Cestona para interrogar a Joan Pérez de Ydiáquez.

—Y también a su párroco. Martín de Zubiaurre es un hombre de bien y su opinión será de gran valor.

—Y para terminar, Azcoitia. Allí tengo trabajo abundante. La familia Ydiáquez es numerosa y conviene que declaren todos sus componentes, así como los criados, al menos, los que participaron en la operación. También tendré que investigar el comportamiento del doctor Errasti. Aunque no dudo de su buena fe, yo diría que está

metido en un aprieto.
—Es uno de los clérigos más honestos que tenemos en la provincia, muy preocupado por transmitir a los fieles la fe en Cristo y la confianza en su inmensa misericordia. Sería mi deseo que el tribunal que lo ha de juzgar fuera indulgente con él si es que realmente ha quebrantado el orden.
—También lo es el mío… confiemos en la justicia divina. Mi última diligencia, antes de emprender el retorno, será interpelar a doña Ysabel de Lobiano. Intuyo que va a ser el trámite más complejo y difícil de este asunto, ya que tendré que juzgar la intencionalidad de la doncella, cuando afirma, no sólo que se fugó por voluntad propia, sino que ella fue la instigadora del plan, la que indujo a don Pedro al casamiento clandestino y la que decidió fugarse, para evitar ser recluida en un establecimiento de clausura. Si el tribunal acepta este argumento, su sentencia puede variar de forma sustancial.
—El dilema es abstruso y tiene difícil solución —sentenció don Pedro de Albisua—. ¡Que Dios ilumine vuestra mente!
—¡Qué así sea!
—No estaría de más que un escribano del cabildo os acompañe —sugirió el vicario—. Martín de Aguirre es un beneficiado de esta parroquia que ejerce como fedatario. Es joven y tiene experiencia: os prestará ayuda apreciable en la encuesta. Es además un pendolista excelente.
—No había pensado tal, pero tenéis razón: un auxiliar acelerará los trámites y me secundará en la redacción de las actas. Si no tenéis necesidad de vuestro curial, me será de gran utilidad.
—Pasado mañana, estará aquí a la hora de prima.
—Deseo que mi presencia en la provincia pase desapercibida para evitar que las partes implicadas influyan en los testigos. Por ello, os ruego, don Pedro, que mantengáis el máximo secreto acerca de mi embajada.
—Así lo haré. Que tengáis suerte y que Dios os conceda inspiración.

40

Don Bautista de Errasti había recibido esa mañana un correo procedente de San Sebastián. Don Pedro de Albisua no había dudado en participarle la llegada del notario y del alguacil enviados por el obispado, para iniciar pesquisas y tomar declaración a los actores que habían participado en el secuestro de doña Ysabel.
Estaba intranquilo. Él había cometido una infracción al bendecir los esponsales de la pareja en la iglesia y podía ser castigado con rigor; pero más le preocupaba el peligro que pendía sobre la casa de Ydiáquez, si un tribunal eclesiástico consideraba írrito el matrimonio. No debía ocultar a don Francisco el alcance de la inquisición que se había incoado, contra el ruego del vicario de guardar el máximo secreto.

El señor de Ydiáquez escuchó su discurso con atención. A su terminación, llamó a su hijo, don Pedro, y a su esposa:

—Don Bautista me acaba de comunicar que el fiscal del obispado ha abierto un procedimiento para investigar la salida del convento de doña Ysabel y la validez de su casamiento. Dos auditores llegaron anteayer a San Sebastián y anunciaron al oficial foráneo su intención de desplazarse a la provincia para encuestar a las personas que han intervenido en el suceso.

Don Bautista miró compungido a doña Cathalina, como si él fuere el causante de tal desgracia:

—Su proyecto es trasladarse primero a Motrico, continuar por Sasiola y Cestona y terminar en Azcoitia. Pretenden interrogar a los miembros de esta familia, incluso a vos, doña Cathalina, y a vuestra hija, que albergó a la doncella en los días previos a la ceremonia religiosa. Al parecer, su propósito es averiguar si los cónyuges mantuvieron contacto carnal antes de la bendición sacramental.

—Eso es fácil de demostrar —exclamó Pedro extrañado por lo evidente.

—Tened en cuenta —prosiguió el párroco— que el notario va a obtener el testimonio de personas que, de una u otra forma, están bajo vuestra influencia y dará un valor relativo a su declaración. Pienso que, sobre todo, querrá presionar a doña Ysabel para inducirla a caer en contradicción y arrancarle una confesión, juzgando que su habilidad dialéctica se impondrá a la inocencia de una niña de trece años.

—Es fácil que el auditor consiga su objetivo —admitió doña Cathalina—. Tiene experiencia y sabrá enredar su oratoria para trastornarla y confundirla.

—Madre, Ysabel es una muchacha juiciosa, tiene talento y posee la mente firme. No se dejará engañar por el inquisidor. ¡No la conocéis!

—De cualquier modo, no podemos arriesgar a que la interrogue.

—Sí —recalcó don Bautista—; no conviene provocar al diablo. La Iglesia castiga con severidad los casamientos clandestinos. El tribunal ha condenado a varias mujeres por este delito y las ha encerrado en la cárcel episcopal, sin ningún miramiento.

—Es el momento de tomar una determinación —intervino don Francisco, dirigiéndose a su hijo—. La prudencia recomienda que vos y vuestra joven esposa os ausentéis durante una temporada.

Pedro clavó su mirada alarmada en el rostro de su padre, como no dando crédito a lo que acababa de escuchar:

—¡Padre! La situación no es tan delicada. El fiscal no tendrá pruebas de que hubo relación previa, ya que nadie sustentará semejante acusación.

—Mas puede procesaros por haber contraído matrimonio ilegítimo. Don Bautista ¿sabéis cómo se llama el oficial mayor que instruye la causa en Pamplona?

—Su nombre es Antonio de San Vicente —precisó don Bautista— y es de la entera confianza del obispo saliente.
—Siendo un hombre fiel a Sandoval —auguró el señor de Ydiáquez—,podremos influir para que la sentencia sea benévola. Aun así, es mejor que vos y vuestra esposa desaparezcáis una temporada. Además de la presencia de la Iglesia, hay otros peligros más inmediatos y de mayor calibre.
—¿Qué queréis decir?
—Recordad, Pedro, lo que nos contó el padre de la monja y cuál es el plan que ha trazado doña Brígida. La demanda que ha presentado ante el alcalde de Motrico no me inquieta demasiado. Me preocupa mucho más el pleito en la Chancillería. Elseñor de Ybarra tendrá allí algún contacto y podría conseguir —si como supongo ha llevado la bolsa repleta— el nombramiento rápido de un magistrado dispuesto a desplazarse a la provincia para instruir las diligencias.
—Habría que advertir a don Martín para que prevenga a don Juan de Ydiáquez —insinuó temerosa doña Cathalina—. Su intervención es ahora imprescindible, pese a los muchos asuntos de Estado que seguramente ocuparán su atención.
—Ya lo he hecho. Espero recibir noticias en breve con las medidas adoptadas. Confío en que lleguemos a tiempo.
—Pedro —intervino de nuevo la dama—, vuestro padre tiene razón. Ante el riesgo que corréis, es preferible que os ocultéis en algún lugar para evitar que seáis prendidos. No vamos a permitir que tal desventura aqueje a vuestra esposa.
—¿Pero dónde? —protestó Pedro—. Los esbirros de la Chancillería nos encontrarán tarde o temprano. La presencia de Ysabel no va a facilitar la fuga e impedirá que pasemos desapercibidos cualquiera que sea nuestro escondite.
—En Castilla no estaréis seguros en ninguna parte. En Aragón, será más difícil que os descubran, pero el riesgo existe. El mejor remedio sería buscar refugio en Gascuña.
—Francia y España están en guerra —observó don Pedro—. No será fácil pasar la frontera.
—Sí; están en guerra —respondió don Francisco—, mas la batalla se localiza en el Norte. El riesgo de invasión por Fuenterrabía es remoto. Aun así, cruzar la muga por Hendaya sería arriesgado, pues hay tropas acuarteladas en Bayona. Habría que hacerlo por el Baztán y atravesar el Pirineo por Elizondo.
—¿Y adónde iríamos?
—No tenemos amigos en aquella región, si bien ya buscaremos alguna solución.
—Había oído decir —recordó don Pedro— que el protestantismo es la religión oficial de aquella tierra. Si eso es cierto, nuestra condición de

católicos propiciará la aversión de los vecinos hacia nosotros.
—Eso es verdad a medias—ilustró don Francisco—. Cuando la reina Juana de Navarra abjuró del Catolicismo y se inclinó por las enseñanzas de Calvino, muchos de sus súbditos abrazaron la religión reformada, pero otros mantuvieron la antigua fe. La mayoría de la población es protestante, mas la convivencia ha mejorado y las refriegas casi han desaparecido, desde que Enrique IV accedió a la corona y se convirtió al catolicismo.
Don Bautista de Errasti escuchaba en silencio la conversación entre padre e hijo. Al fin, con voz tímida, se atrevió a intervenir:
—Lo que decís es cierto, don Francisco. La mayoría practica la religión reformada. Pero hay una excepción, ya que Zuberoa se mantiene fiel a la iglesia de Roma. El pueblo suletino practica la doctrina católica, en contra de sus gobernantes, venidos del Béarn, que son protestantes y pretenden imponer la herejía.
—¿Dónde está Zuberoa?—preguntó don Pedro, escéptico.
—Es un pequeño territorio que se encuentra entre la Baja Navarra y el Béarn. Su capital es Mauleón. Precisamente, yo tengo allí un colega que se prestaría gustoso a albergaros el tiempo necesario. Durante mi estancia en Roma, cultivé la compañía de un clérigo que estudiaba Teología en el Colegio Romano. Hicimos buena amistad y, desde entonces, mantenemos una correspondencia regular; por eso, conozco los acontecimientos que allí se han producido en la última década.
—¿Cuál es el nombre de tan insigne señor?

—Se llama Arnaud de Maytie y es canónigo de la catedral de Olorón, cuya sede se trasladó a Mauleón hace treinta años, cuando el Béarn se proclamó protestante y empezaron las guerras de religión. Es de buena cuna y reside en un pequeño palacio que construyeron sus antepasados.

—Es una medida acertada —admitió doña Cathalina—. Si habéis de partir a un país extraño, la protección de un canónigo será de gran valor. Otrosí, su condición noble es acorde a nuestro abolengo.

—¿Qué idioma se habla en Mauleón? —quiso saber don Pedro, más reposado.

—El pueblo habla el vascuence —replicó el eclesiástico—. Arnaud de Maytie y yo platicábamos siempre en la lengua vernácula. En cambio, la clase dirigente utiliza el gascón o el francés.

—Sí; es una solución acertada —admitió don Pedro, resignado.

—No se hable más —sentenció don Francisco—. Vos, don Bautista, preparad un escrito para el señor de Maitye que un criado —Miguel— entregará en persona. Como el tiempo apremia, partirá mañana y llevará consigo dos o tres palomas mensajeras, de manera que la respuesta estará aquí el domingo o el lunes, por ese conducto.

—¿Qué ruta tomaremos? —inquirió don Pedro, que ya había asumido el plan.

—Es más prudente que utilicéis caminos poco transitados. Lo más sencillo será pernoctar en Tolosa, partir al día siguiente hacia Leiza, subir el alto de Ezcurra y remontar el río Baztán para llegar a Elizondo al caer el día. Viajaréis a caballo e iréis disfrazados de aldeanos. Ysabel es joven animosa y se manejará bien a lomos de Txintxua. Os acompañará vuestro ayo Antolín; es un hombre que tiene recursos y sabrá resolver las dificultades que surjan en la travesía. Pablo os precederá para prevenir cualquier obstáculo y preparar el alojamiento al final de la jornada.

—¿Cómo cruzaremos la frontera?

—Habréis de contratar los servicios de algún vecino de la comarca. Son numerosos los que se dedican al contrabando y al transporte fraudulento de caballos. Ellos conocen el modo de circular sin llamar la atención. Antolín se ocupará de ello. En Elizondo, os aguardará Miguel, que habrá regresado de Mauleón. Entre todos, ya encontraréis la forma de cruzar la muga sin ser vistos.

41

Una inusual actividad se había apoderado de los habitantes de la mansión aquella mañana y todos querían intervenir en los preparativos del viaje que la pareja de recién casados iba a acometer. Tres caballos habían sido ensillados y un mulo, cargado con dos bultos que contenían vituallas, enseres y el ajuar del matrimonio.

Una de las mensajeras había regresado el día anterior al palomar.

Traía enrollado un pequeño pergamino en una de sus patas, con una nota escueta: «Asunto arreglado. El señor de Maytie está de acuerdo en hospedar a don Pedro y doña Ysabel. Mañana salgo para Elizondo, acompañado de uno de sus criados. Firmado: Miguel».

Pedro e Ysabel se habían disfrazado con unos vestidos rústicos, propios de campesinos acomodados; en cambio, Antolín vestía una indumentaria humilde, en su condición de doméstico.

El cielo estaba nublado y la temperatura era fresca. Pasado el mediodía, emprendieron la marcha hacia Azpeitia, para allí iniciar la subida al alto de Régil, el tramo más difícil de esta primera etapa. No había anochecido cuando la expedición franqueó la puerta de Castilla y llegó sin contratiempo al palacio que otra rama de los Ydiáquez había erigido en el centro de Tolosa.

La villa era entonces una importante encrucijada y plaza fuerte con acuartelamiento de tropa. La calzada real que unía Castilla con Francia atravesaba la urbe, entrando en la provincia por el túnel de San Adrián y proseguía por Villabona y Andoáin hasta Hernani, donde se bifurcaba en dos ramales, uno hacia San Sebastián y el otro hacia Fuenterrabia.

El edificio estaba situado en lugar estratégico, a la orilla del río Oria, enfrente de la puerta de Navarra y próximo a la iglesia de Santa María. Fueron recibidos por su prima doña Juana y su esposo, que habían sido advertidos de su llegada por Pablo, partido con anticipación.

Prefirieron cenar con moderación y se acostaron pronto, para bien reposar, ante la dura jornada que al día siguiente se avecinaba.

Las puertas de Tolosa se abrían a la hora de prima y, poco después de las seis de la mañana, los cuatro transeúntes abandonaban el palacio, cruzaban el puente de Navarra y enfilaban en dirección a Pamplona.

Enseguida, Pablo se adelantó con la intención de llegar a Elizondo con un anticipo de dos o tres horas para contratar el hospedaje, mientras que el grupo de tres adoptó un tranco más corto, al ritmo que marcaba la bisoñez ecuestre de doña Ysabel.

Tras dejar la barriada de Ybarra, atravesaron las aldeas de Berrobi y Eldua y entraron en Berástegui, donde decidieron hacer la primera parada. Media hora emplearon para restaurar la biología y afrontar con ánimo la subida de Urto, en cuyo alto estaba la muga entre Guipúzcoa y Navarra.

En el burgo de Leiza, un mojón indicaba a la izquierda el camino hacia el Baztán. A partir de este punto, la ruta se hizo angosta y el trazado, irregular. Tuvieron que reducir la velocidad y, en varios trayectos, circular en fila, ya que sólo era posible el paso de una cabalgadura.

Descendido el alto de Ezcurra, hallaron un ribazo poblado de

abedules, a la orilla de un río, en el que resolvieron descansar.
Desensillaron los caballos y libertaron al mulo de sus fardos, para que bebieran a satisfacción. Aviaron cuatro raciones de avena que los brutos devoraron con avidez.
Concluido el servicio bestial, Antolín se internó en la espesura para recoger leña, en tanto que don Pedro preparaba las viandas que habían de asar al fuego.
Doña Ysabel se acercó al río y escuchó el murmullo cristalino de sus aguas y el trino armonioso de los pájaros al revolotear. El sol brillaba en su cénit y el ambiente era cordial. La paz ocupó su corazón y se dejó arrebatar por el encanto mágico que de aquel paisaje trascendía.
El refrigerio fue frugal y cumplido con animación. El fuego fue apagado y las cenizas dispersadas, las cantimploras colmadas y los cuadrúpedos ensillados. Devuelto el orden al lugar, los tres viajeros montaron sus rocines y prosiguieron su camino.
Al fondo del valle, el mismo río que les había proporcionado paraje tan apacible para el solaz y la manduca, serpeaba en paralelo. Fue un fiel compañero de viaje que les escoltó hasta Santesteban, para allí entregar su caudal a otro principal que identificaron como el Bidasoa.
Un nuevo descanso en ese paraje reconfortó el ánimo de los peregrinos. Lo peor había pasado y la calzada más regular iba a permitir acelerar la marcha y cubrir en dos horas las tres leguas que todavía faltaban, con lo cual esperaban llegar a Elizondo hacia las seis de la tarde.
La urbe vivía el bullicio propio de un atardecer de primavera. El sol ponía fin a su rodadura y estaba pronto a esconderse en el horizonte. Los artesanos desmontaban sus tenderetes y los buhoneros recogían sus mercancías. Los labradores, con el *akuilu* al hombro, regresaban del campo al paso cansino de su yunta y los pastores, con la boina calada, lo hacían de los prados, tras encerrar en los rediles sus rebaños.
Cuando hubieron traspasado la puerta de entrada de la villa, Antolín se dirigió a un alguacil que allí vigilaba para preguntar en qué lugar se hallaba la fonda. Lo hizo en lengua vascongada, por ser hablada por la mayoría de la población, aunque la respuesta en dialecto baztanés fue apenas entendida por su acento peculiar.
Tomaron la dirección aconsejada. Al poco, vieron a tres individuos acercarse y al punto reconocieron a los dos criados. Miguel agitó los brazos con regocijo, a modo de saludo.
—¡Bienvenidos a Elizondo!—soltó en tono jovial y con expresión risueña.
Sorprendido don Pedro por esta muestra de alegría, se interesó por los detalles que concernían a su alojamiento:
—Hemos alquilado varias habitaciones en la posada que hay en la

plaza y maese Julián—el patrón— está enterado de vuestra llegada.
—Sería prudente que a ella acudamos prestos. Ysabel estará fatigada.
—No hay tal. Pese al temor que sentía esta mañana, la excursión ha sido plácida y no he tenido desmayo. Txintxua se ha portado con esmerado celo— al hablar, la dama golpeó con suavidad el cuello del caballo que agradeció la caricia, asintiendo con la cabeza— y estoy dispuesta para cualquier función.
—Permitid que os presente a Ramonet— intervino Miguel—. Es el mayordomo del señor de Maytie. Conoce el terreno y nos prestará valiosa ayuda en el viaje de regreso.
La posada ocupaba un ángulo de la Plaza Vieja: era un edificio de piedra, de tres plantas, cuya fachada ostentaba un gran escudo ajedrezado sobre el balcón principal. El posadero les recibió en la puerta con exquisita atención.
—Maese Julián— habló don Pedro, dirigiéndose al mesonero—, preparadnos una suculenta cena. La carne del Baztán tiene merecida fama en el país y a fe de caballero que sabremos apreciar su calidad. Asad a vuestro gusto unas cuantas chuletas y acompañad el manjar con productos de la huerta que, a no dudar, poseerán la misma virtud.
—¿A qué hora deseáis ser servidos?
—A las siete y media estaremos listos. Poned a refrescar una cántara de vino clarete para acompañar el condumio.
—Vuestras órdenes serán cumplidas con puntualidad.
A la hora acordada, los seis huéspedes se sentaron a la mesa para despachar con buen apetito los alimentos que habían encargado y trasegar cinco jarras de un glorioso vinillo navarro de la ribera del Ega, que hizo levantar el ánimo a los comensales. Restaurado el equilibrio, el tono de voz subió y emprendieron un diálogo para discutir el plan de acción.
Miguel hizo una descripción sucinta de su viaje. Se había detenido en San Sebastián para recoger un salvoconducto que le había preparado la oficina del corregidor. Al día siguiente, había cruzado la frontera en Hendaya sin dificultad, y seguido hasta Bayona, donde constató la presencia de tropa acuartelada. De allí, se dirigió a Hasparren, donde hubo de pernoctar. Después de oír la misa de prima en dicha localidad, no tuvo dificultad en llegar a Mauleón al mediodía.
—No tardé en dar con el palacio de Maytie— explicó el criado—. Fui recibido por don Arnaud y le entregué la carta que había escrito don Bautista. Tras leerla con atención, esbozó una tenue sonrisa y me acogió con paternal afecto. Hizo que me prepararan una sobria comida y me pidió que le narrara la extraña aventura consumada.
—¿Cómo reaccionó al conocer el desenlace?— preguntó don Pedro curioso.
—No dijo palabra; no obstante, me pareció percibir un gesto de

estupor y una expresión indulgente en su rostro, incluso divertida. Al punto declaró en tono amistoso: «No tengáis cuidado. Vuestros amos serán acogidos en esta casa, como corresponde a su condición. Soy canónigo principal de la catedral de Nuestra Señora y los jóvenes esposos estarán bajo mi protección. Durante los últimos años, la villa ha sufrido graves disturbios entre católicos y protestantes, mas ahora la situación se ha sosegado, aunque no faltan pequeñas refriegas entre partidarios de uno y otro culto. Avisad a vuestros amos que aquí vivirán tranquilos».

Miguel escrutó los semblantes complacidos de sus auditores y prosiguió su relato:

—El canónigo me insistió con firmeza en que uno de sus hombres me acompañaría. Me dijo que, en su juventud, se había dedicado al contrabando, antes de recalar en Mauleón y ser contratado por su padre para llevar la intendencia; era ágil como una liebre y listo como un lince.

»Al día siguiente, Ramonet y yo nos pusimos en camino. Atravesamos Sant Johan a media mañana y comprobamos la presencia de abundante tropa. Por la tarde, tras mostrar nuestras credenciales en el puesto de Baigorri, bajamos el puerto y llegamos a Elizondo sin ser molestados.

—¿Consideráis pues arriesgado utilizar esa ruta para proseguir el viaje mañana?—caviló don Pedro, consultando a los dos servidores.

Ramonet era un hombre de estatura mediana y de movimientos rápidos. Sus ojos eran vivaces y chispeaban como el pedernal; una nariz prominente colgaba sin proporción y una sonrisa seductora, no exenta de ironía, completaba su rostro estrecho y alargado:

—No es prudente transitar por las vías tradicionales que sirven para la circulación de personas y el transporte de mercancías—su vascuence era fluido; hablaba despacio y se le entendía con facilidad—. Aunque no se advierta a simple vista, el valle es un hervidero de gente venida de distintos lugares, con misiones diversas. La Inquisición tiene aquí destacados a varios oficiales para evitar la prédica de la herejía luterana y el brazo secular para perseguir los casos de brujería que se han denunciado en los alrededores de Zugarramurdi, cerca de la frontera de Dancharinea. Por allí, tenía pensado organizar la evasión. Yo he nacido en Urdax y conozco la región.

—¿Qué os ha hecho mudar de parecer?—detuvo don Pedro la alocución.

—He sabido que unos y otros han derramado dinero y comprado a muchos vecinos para incitarles a denunciar cualquier anomalía. Un grupo de seis caballeros, montados en corceles de postín, no pasaría desapercibido y no quisiera yo verme acusado por el Santo Oficio.

—¿Tenéis trazado algún plan?—inquirió don Pedro.

—Necesitamos el apoyo de los contrabandistas. Ellos se desplazan a diario por valles escondidos y vericuetos de difícil acceso que nadie frecuenta. Si vuestras mercedes me lo permiten, desearía exponer el resultado de las gestiones que ayer realizamos Miguel y yo.
—Hablad, mi buen Ramonet; hablad sin reparo —alentó don Pedro el discurso del navarro.
—En mi juventud, me dediqué al contrabando. Urdax es una pequeña villa que hace frontera con Francia, razón por la cual la mayoría de la población se dedica al comercio, salvo los que trabajan en alguna ferrería o reciben la gracia de servir al monasterio de San Salvador, bajo cuyo patrocinio fue creada la urbe.
»Nos dedicábamos a pasar ganado a Francia y a traer a España caballos que abundan en la comuna de Hasparren. El oficio era lucrativo, mas de alto riesgo, razón que me impulsó a aceptar el trabajo que me ofreció el señor Pierre de Maytie, el padre de don Arnaud.
»En aquella época, tuve trato frecuente con una cuadrilla de gitanos que se dedicaban a robar ganado en el Baztán y venderlo en Francia. Eran unos doce, pero sus acciones eran precisas y siempre acompañadas por el éxito. Su jefe era un personaje singular, llamado Yturbide, aunque todo el mundo lo conocía como conde de Ustaritz, ya que en esa villa labortana había nacido y en ella tenía la tribu su campamento.
—¿Gitanos? —inquirió doña Ysabel con expresión de asombro.
—Sí, los gitanos constituyen un pueblo errante que se desplaza en caravanas. No tienen oficio y son capaces de realizar trabajos de cualquier tipo. Arreglan utensilios de cocina, actúan como saltimbanquis o comediantes, chamarilean entre los pueblos que visitan y son empedernidos aficionados a la danza y al cante. Practican la mendicidad y, cuando es menester, cometen pequeños hurtos para sobrevivir. Sus mujeres son expertas en decir la buenaventura y adivinar el sino de la gente por el examen de las manos y los rasgos de su fisonomía. Así se ganan la vida.
—¿De dónde procede esa gente? —volvió a preguntar doña Ysabel.
—Su origen es dudoso. Unos dicen que provienen de Egipto y que descienden de los faraones y otros que fueron expulsados de La India. Lo cierto es que su lengua es ininteligible. Su presencia en los Pirineos se remonta a más de cien años y aquí se encuentran a gusto, porque la orografía del terreno les permite traficar con caballos y ganado, su ocupación favorita.
—¿Y qué relación existe entre esta banda de malhechores y nuestro propósito de cruzar la frontera? —interpeló don Pedro con semblante circunspecto.
—El conde Ustaritz proyecta mañana conducir al otro lado un hato de

ganado robado. Nos invita a formar parte de la expedición, a cambio de diez monedas de oro.
Pedro de Ydiáquez alzó su mirada sorprendido y contempló los rostros expectantes de sus camaradas:
—Temo que ya no hay tiempo para el lamento—sentenció transigente—. ¡Sea!

42

Una lluvia fina caía sobre el valle de Baztán cuando un grupo de seis jinetes salía de Elizondo y, alejándose del camino real, se internaba en un frondoso bosque que hacia el Naciente se extendía. Tras andar al paso un trecho, dieron con un prado verde; descendieron una ladera cubierta de helechos y cruzaron un riachuelo, en cuyas orillas numerosos fresnos salpicados de algún abedul crecían a discreción, cubriéndolo de un manto verde que lo protegía de los rayos del sol. Vieron a lo lejos el poblado de Arizcun que eludieron para no ser vistos.
Ya en terreno llano, por una senda estrecha, aceleraron el tranco, sepultados entre ramas de robles centenarios y hayas de noble porte. Vadearon una corriente de más caudal y fueron a parar a un arrabal que llamaban Bozate, lugar convenido para encontrarse con los gitanos de Yturbide.
Bozate era una pequeña aldea formada por una treintena de cabañas de madera, de construcción endeble, distribuidas de modo irregular. Eran de una sola planta y, aunque disponían de una pequeña huerta en la parte trasera y un espacio para criar animales domésticos, el aspecto sórdido de las fachadas, los montones de basura que se hacinaban por doquier y la suciedad que impregnaba los rincones denunciaban la extrema pobreza que padecían sus moradores, a quienes los vecinos se referían a ellos con el despectivo nombre de agotes.
Un palenque rodeaba el reducto y una única puerta permitía el acceso al interior. Por ella penetraron los viajeros y pronto descubrieron cómo algunos rostros se asomaban por los ventanucos de sus habitáculos, con caras de sorpresa por el hecho tan insólito de ver a seis personajes de superior condición, en actitud amistosa y sin demostrar temor.
Avanzaron al paso, hasta llegar a un barracón de mejor apariencia. Un individuo embozado en una manta surgió de la penumbra y les invitó a entrar:
—Os están esperando.
Dos mozos mal vestidos se ocuparon de las bestias y ellos fueron conducidos a una habitación amplia, amueblada con discreción. Al fondo de una larga mesa, vieron a un hombre recostado en un sillón que les indicaba con la mano que se sentaran alrededor.

—¡Bienvenidos a nuestra humilde mansión! Mi nombre es Yturbide, pero todo el mundo me conoce como conde de Ustaritz, el pueblo de donde procedo. Supongo que habréis oído hablar de mí y de las mil ignominias que el vulgo ignorante me atribuye. La mitad son falsas y la otra mitad, exageradas. ¡Tanto da! Ello ayuda a conservar la imagen y a ser respetado.

Era un sujeto corpulento, de espalda cuadrada, con abundante pelo rojizo que caía sobre sus hombros, cara redondeada cubierta por una barba dorada, de la que sobresalía una enorme nariz que remataba en dos profundos ollares y un par de ojillos pequeños y brillantes de un color azul intenso.

—Mi compadre Ramonet me ha explicado vuestro plan. ¿A dónde os dirigís?

A pesar de su aspecto tosco, se expresaba en vascuence con claridad. Su voz era recia y su mensaje, contundente, acostumbrado a ser obedecido sin objeción. Hablaba en voz alta y, mientras lo hacía, movía los brazos y gesticulaba de forma inusual, dando la impresión de que estaba descompuesto.

—Nuestro objetivo es llegar a Mauleón —respondió don Pedro con sumisión.

—¿A Mauleón? ¡Por Belcebú! Algo me dice que no tenéis interés alguno en tropezar con los carabineros reales que vigilan la frontera. ¡Pardiez! En eso coincidimos. ¡Ja, ja, ja! No me importa saber cuáles son vuestras tribulaciones y por qué os persigue la justicia si pagáis con equidad.

—Aquí tenéis los veinte ducados.

—No obstante, quisiera hacer una aclaración —advirtió solemne el capitán, tras esconder en su faldriquera la bolsa que don Pedro le había entregado—. Nuestro compromiso es escoltaros hasta Irisarry. Allí nos separaremos, ya que nosotros nos dirigimos a Hasparren, donde mañana se celebra una feria de ganado. A partir de allí, tendréis que continuar solos. Mauleón está a unas seis leguas de Irisarry y el trayecto es llano. ¿Estáis de acuerdo?

Don Pedro dirigió una mirada inquisitoria a Ramonet. Éste interpretó la solicitud y arguyó con buen juicio:

—Si logramos arribar a Irisarry sin tropiezo, el resto es cosa hecha.

Don Pedro advirtió una señal de aprobación en el rostro de Antolín y el semblante risueño de doña Ysabel que parecía aplaudir el desenlace del negocio:

—Conde, estamos a vuestras órdenes.

—Mi intención es partir al punto. Hemos de conducir un hato de terneros al otro lado de la muga. El itinerario será a través de montes inhóspitos y valles cerrados que conocemos como la palma de la mano. Formaréis parte de la expedición si vuestro escrúpulo os lo

permite.
—¡Nada que objetar! —asintió don Pedro con firmeza.
—Mi gente nos espera en un prado que está detrás de aquella colina —aleccionó Ustaritz señalando con el dedo índice un punto al septentrión—. Aunque los gitanos somos desconfiados por naturaleza, cumplimos la palabra dada. Mas no intentéis nunca engañar a un *bohemién*, pues nuestra raza no perdona y tarde o temprano sería vengado.
Salieron despacio de la choza que los había albergado, se subieron a las monturas y juntos emprendieron el galope, después de despedirse de aquellos pobres parias que, por encima de la hostilidad con que eran tratados por la población del valle, practicaban una hospitalidad tan franca.
Tras remontar una suave pendiente, descendieron a un valle cubierto de castaños. Allí avistaron a varios individuos de dudosa catadura que se acercaron en silencio. Los hombres del conde le saludaron con sumisión.
Eran de mediana altura, complexión robusta y se movían con agilidad. Su rostro era alargado y estrecho, la nariz afilada y la boca pequeña. Tenían la piel morena, con destellos oliváceos y su cabello ensortijado, negro como el azabache. Sus ojos oscuros brillaban con intensidad, lo que les confería un aspecto feroz; si bien la vivacidad de su mirada denotaba, al mismo tiempo, una inteligencia superior que, a no dudar, habrían tenido que desarrollar para sobrevivir en libertad, sin estar obligados a tener que trabajar, tarea indigna y contraria a su condición.
—¡Salud, camaradas! —vociferó el caudillo a los maleantes.
—¡Salud! —contestaron al unísono.
—Estos caballeros necesitan nuestra ayuda. Han satisfecho su tributo y serán nuestros huéspedes durante la travesía. Si no hay novedad, partiremos de inmediato.
Habían llegado a un pequeño claro del bosque, donde pastaban felices unos cuarenta terneros de piel rubia, propia de la raza bovina que abundaba en el Baztán y cuya carne era muy estimada por la clase privilegiada y la pequeña burguesía local.
—Todo está en orden —respondió con voz firme un hombretón entrado en años que resultó ser el mayoral.
—Durante media legua —volvió a intervenir el conde—, iremos por una pequeña vaguada que transita paralela a la vía principal que va a parar a una pequeña aldea que se llama Amaiur. Allí doblaremos hacia el Este para seguir la regata de Urrizate y continuar hasta Irisarry, sin encontrar población alguna. Vosotros iréis conmigo, a retaguardia. ¿Estáis preparados?
—Lo estamos —asintió don Pedro, contagiado del entusiasmo que

emanaba de este personaje tan peculiar que acababa de conocer.
—Andando pues.
La lluvia había arreciado y la niebla cubría por completo la hondonada, lo que les obligó a aminorar el paso. Avanzaron por un valle estrecho, siguiendo el rastro de un arroyo que corría entre dos colinas, hasta que desembocaron en una explanada, en cuyo centro, se apreciaban los vestigios de una antigua fortaleza. Se detuvieron.
—Son las ruinas del castillo de Maya —evocó el adalid—, un símbolo de la lucha de los navarros por su libertad. Es un rincón aislado al que jamás acuden los vecinos de Amaiur, aquella aldea que veis ahí abajo. Allí nos espera uno de nuestros confidentes.
Al tiempo que hablaba, hizo señas a dos de sus colegas que se internaron en el despoblado. Al cabo, volvieron con igual sigilo y dieron la novedad:
—No hay rastro de tropa en el contorno. El camino está expedito y podemos continuar.
—El terreno está blando y resbaladizo. Tomaremos precauciones y andaremos a paso lento, para evitar caídas. Informa al capataz y que arranque la manada.
Dejaron Amaiur y se adentraron en solitarios campos, remontaron colinas de media altura, atravesaron arroyos de poco caudal, hasta penetrar en un hermoso y extenso valle llamado de *los Alduides*, un vergel privilegiado con extensos pastizales, al que acudían los pastores de ambos lados de la frontera con sus vacadas.
Tal y como habían previsto, divisaron la comuna de Irisarry poco antes del mediodía. El conde de los gitanos detuvo la caravana en un altozano y, dirigiéndose a sus huéspedes, les señaló la dirección que tenían que tomar:
—Aquí nos hemos de separar. Mauleón no está lejos y Ramonet os conducirá allí sin dificultad. Estamos a vuestra disposición y si deseáis poneros en contacto, id a Bozate y preguntad por el alcalde de los agotes. Él sabe cómo localizar a alguno de nosotros. ¡Agur!
Don Pedro se acercó a Yturbide y le tendió la mano; éste se apresuró a corresponder:
—Ha sido un honor tratar con tan honorable caballero y a fe de conde de los gitanos que contáis con mi aprecio. Si algún día, os encontráis en un apuro, no dudéis en avisarme y estad seguro que acudiré en vuestro auxilio. ¡Que Dios os dé larga vida!
—¡Lo mismo os deseo!
Tras esta despedida cordial y sincera, los gitanos tomaron el Norte que les había de llevar a Hasparren y nuestros protagonistas, el Levante, no sin antes hacer una pequeña parada para repostar. Mientras despachaban las viandas que el posadero les había preparado antes de partir, el motivo de conversación no era otro que la curiosa aventura

que acababan de correr:
—Me ha extrañado el aspecto de su jefe—subrayó don Pedro—. Su tez era blanca y sus cabellos rojos. No tenía el aspecto del típico gitano que estamos acostumbrados a ver en estas latitudes.
Fue Ramonet el que intervino para ratificar observación tan evidente:
—La gente de la comarca no ignora que su origen es mixto. Su madre era una mujer muy bella que pertenecía a una comunidad de gitanos que tenía su campamento en Ustaritz y su padre un apuesto agote que había obtenido una modesta fortuna con sus habilidades manuales. Así nació nuestro héroe que fue criado por su madre, al morir su padre apaleado por una docena de villanos, para vengarse por su descaro de no aceptar un encargo mal remunerado.
—¿De dónde vienen los agotes?—preguntó doña Ysabel intrigada.
—Su origen es incierto. Por el color de su piel, su pelo castaño o rubio y el color claro de sus ojos, su procedencia ha de ser europea, del centro o del norte. Algunos los consideran descendientes de los godos y otros, de los cátaros que el rey de Francia exterminó en el siglo XIII. El criterio más sostenido es que provienen de comunidades de leprosos fugados de sus lazaretos que, en tiempos de la soberanía inglesa, se refugiaron en los Pirineos para huir de la justicia gala.
Terminado el refrigerio, la comitiva se puso en marcha. A las seis de la tarde, entraron en un pueblecito llamado Urdiñarbe y, a la salida, pasaron delante de un monasterio. Ramonet se detuvo e hizo la aclaración:
—Mi amo, Arnaud de Maytie es prior de ese convento. Antes, pertenecía a Roncesvalles y su abad reclama a mi señor los rendimientos que produce, pero él no hace caso y utiliza los beneficios que obtiene para adecentar la iglesia de Mauleón y financiar la ampliación del palacio que heredó de su padre, al que llegaremos, Dios mediante, dentro de media hora.
El tramo final era rectilíneo. Una hilera de robles bordeaba la calzada por la izquierda y un río de curso torrencial lo hacía por la derecha. El sol estaba próximo a esconderse tras la montaña cuando el grupo entrevió una fortaleza en lo alto de un cerro y, a sus pies, una ciudad murada. Habían llegado a Mauleón.

43

El notario del obispado de Pamplona, escoltado por el alguacil y el escribano de San Sebastián, se habían hospedado en la casa parroquial de Azcoitia. Habían completado su periplo por la provincia de Guipúzcoa y afrontaban su última etapa, antes de regresar a sus respectivos domicilios.
Los tres habían asistido a la misa de prima en la iglesia de Santa María la Real y se disponían a desayunar.
—Hemos alcanzado el punto final de nuestra investigación y estoy

satisfecho admitió el notario Zalba. Creo que no va a ser difícil reconstruir las principales escenas del caso y eso va a facilitar el trabajo al juez eclesiástico para dictar sentencia con celeridad. ¿Cuál es vuestra impresión?

Pedro de Zalba había tomado aprecio al escribano Martín de Aguirre. Su juicio era certero y conocía tanto el carácter del pueblo llano como la índole de la clase privilegiada. Había estado presente en los atestados y había redactado las actas con precisión y excelente caligrafía:

Los testigos han declarado de acuerdo a su condición. Los de un bando defienden el rapto y los del otro, la huida. Pero hay pruebas que tienen más valor, por provenir de observadores neutrales. La serora que cuida la ermita del Santo Cristo de Maya y la aldeana que circulaba por el camino aquella mañana vieron a doña Ysabel tranquila y sonriente, por lo que han deducido que no iba forzada.

Corriente aprobó el receptor. Lo mismo ha indicado el abad de Sasiola y otro tanto el señor de Leizaola y el párroco de Cestona. Son juicios imparciales que merecen nuestra atención.

No hay duda de que la damisela abandonó el convento por propia voluntad y sin ninguna coacción.

Lo admito. También he de creer que no hubo consumación antes de la bendición sacerdotal, aunque nos falta escuchar la versión que nos ha de dar el párroco a continuación.

Don Bautista de Errasti estaba esperando en la sacristía y acudió presto a la llamada del alguacil. Había estado inquieto por la mañana, pero se había serenado al entrar en la sala donde le esperaban los dos auditores. El notario inició la conversación:

Estáis al tanto del motivo de nuestra visita y de los poderes que me han sido concedidos por el vicario general para investigar el caso. Hemos escuchado las declaraciones de los testigos y ahora queremos obtener la vuestra. Es la última y con ella cerraremos nuestra pesquisa.

El párroco, en tono grave y pausado, hizo una exposición clara y concisa de su comportamiento desde el instante en que recibió la noticia, por boca de doña Cathalina. No ocultó la confusión que el suceso le había producido y la turbación que sintió cuando tropezó con los dos grupos en el prado de Landacaranda.

El cura había admitido su falta, pero creía con firmeza que la pareja había actuado por bien. Pensó que reconocer el casamiento era la mejor solución, vista la contrición de los dos protagonistas y la firmeza de su libre albedrío. Tenía la certeza de que los desposados no habían cohabitado antes de recibir su bendición y, por eso, se había inclinado a administrar el sacramento.

Entiendo que os habéis dejado llevar por vuestra bonhomía matizó

el notario y que habéis procedido siguiendo los dictados de vuestra conciencia. Seré benigno en la redacción del expediente, mas no excluyo que el tribunal os aplique una sanción.
Obrad conforme a vuestro recto entender.
Así lo haré y espero que sea para bien. Ahora leeré un resumen de los hechos ocurridos. Os ruego que me interrumpáis si en algo estáis en desacuerdo.
Don Bautista escuchó el discurso de Zalba y no hizo ningún comentario.
No hemosinterrogado a ninguno de los dos protagonistas de la historia prosiguió el notario, por hallarse ausentes. Es lo único que me falta. Y tiene mucha importancia para determinar si fue doña Ysabel la verdadera instigadora de la fuga.
Yo tuve al principio la duda, mas pronto me convencí de que así fue y que don Pedro se limitó a cumplir sus instrucciones.
Es probable que el vicario general quiera interrogarla antes de dictar sentencia. ¿Estáis al tanto de dónde reside al presente?
No sé si estoy autorizado a dar esa información. ¿Se lo habéis preguntado a don Francisco?
Lo he hecho, pero ha eludido la respuesta. Me precio de estar enterado de los entresijos que rodean la curia y creo que el testimonio de doña Ysabel no iría en perjuicio de su causa, sino al revés.
¿Qué opináis de la muerte de Domingo de Erquicia? inquirió don Bautista cambiando el fuero.
Los vecinos de Motrico que salieron en persecución de la damisela fueron los responsables, aunque nunca se sabrá quién lanzó la piedra que hirió al aprendiz de cura en el río. Esa acción es exculpable si tenemos en cuenta que fueron atacados con armas de fuego. También lo es la del alcalde y el párroco de Motrico por incitar a la plebe, ya que ellos creían que doña Ysabel había sido raptada y su deber era salir en pos de los malhechores.
¿Y el licenciado Aréizaga?
Nada puedo alegar en su contra, salvo censurar la falta de atención espiritual a un compañero sacerdotal antes del postrer suspiro. Es seguro que el vicario dirigirá un requisitorio al tribunal del Santo Oficio para que investigue su actuación.
Por último, sólo queda formar juicio sobre el proceder de las monjas de Areizieta.
Hemos de hacer hincapié para que las religiosas respeten la clausura y dediquen su tiempo a la oración y al trabajo doméstico, que no al trato mundano. El obispo pretende que se respeten las reglas dictadas por el Concilio de Trento, mas las viejas costumbres están muy arraigadas y son difíciles de abandonar. Una pequeña sanción servirá para hacerlas entrar en razón.

—¿Qué pensáis de la protección que Ana de Urrutia dispensó a la doncella y de su participación en la huída del cenobio?
—La conducta de la novicia es más censurable. Alentó a doña Ysabel para que huyera del monasterio y fue testigo de su casamiento clandestino. Vale decir que medió en las relaciones amorosas de la pareja y las encubrió para que nadie sospechara de su pupila. Es una falta grave y merece un castigo.
Al concluir su discurso, Pedro de Zalba dirigió una mirada inquisitiva al escribano de San Sebastián, para recibir su aprobación. Ya complacido, clavó sus ojos en los del párroco para anunciar su compromiso:
—Mañana emprendo el regreso a Pamplona. Tardaré quince días en redactar los autos y, a partir de ese momento, el vicario general decidirá si las pruebas son suficientes para dictar sentencia. No os extrañéis si el fiscal llama a declarar a doña Ysabel. Es el único eslabón que falta en la cadena y su confesión no le ha de perjudicar si, como vos decís, fue ella la que urdió la trama.
—Coincido en vuestro plácito. Si el vicario general desea interrogarla, hacédmelo saber, que yo buscaré la forma para convencerla y acabar de una vez este desdichado asunto.

44

Pedro e Ysabel durmieron ricamente en su primera noche en Mauleón; su sueño fue profundo hasta que fueron despertados por el canto de un gallo y el trino de los pájaros, cuando apenas la aurora había proyectado la primera luz de un nuevo día.
Pedro abrió los postigos de la única ventana y el aire fresco de la mañana penetró en sus pulmones, haciéndole exhalar un suspiro de satisfacción. Una fina lluvia caía indolente y acentuaba la melancolía del paisaje que desde allí se divisaba.
Desde su atalaya, vio un amplio terreno cercado, la mayor parte bosque y el resto huerta con abundantes árboles frutales. Al fondo, un jardín cuidado con esmero se extendía alrededor de un estanque de aguas cristalinas sobre el que caían las ramas de varios sauces y algún ciprés.
La doncella que les habían asignado se presentó a las ocho para ayudar a doña Ysabel a ordenar el ajuar. Mientras lo hacía, explicó a los jóvenes las costumbres de la casa y la situación de las dependencias. La cocina y el comedor en el piso bajo, con el establo y las cocheras en un pabellón anexo; en la primera planta, el salón, las habitaciones principales y la biblioteca del señor; y en el ático, el albergue de los criados, además de servir como granero, despensa y lugar para guardar los útiles de labranza. ¡Ah! La comida a las doce y la cena a las siete: en eso el canónigo era puntual.
A las nueve, apareció Antolín. Después de comprobar el buen ánimo

de sus dueños, les hizo partícipes del resultado de sus primeros tratos:
—Don Arnaud se ha marchado a las siete a cumplir sus obligaciones religiosas. Me ha despedido con buen temple, deseoso de hacer cómoda nuestra estancia en Mauleón.
Luego los condujo a la cocina donde unos marmitones preparaban el menú del mediodía. Ramonet, que por allí deambulaba, los saludó con afición y se ofreció a enseñarles la mansión.
Tras dar un paseo por el recinto cerrado, salieron al exterior de la finca, cruzaron el camino de Navarra y se acercaron a la orilla de un río que bajaba muy crecido, con el inicio del deshielo y las lluvias caídas en abril.
—El río se llama Uhaitzandi. Viene de los Pirineos y atraviesa la comarca de Sur a Norte. Separa los dos burgos: Liztarre, a la izquierda—donde nos encontramos— y Mauleón, a la derecha.
Desde allí, contemplaron la fachada del palacio que resaltaba por la solidez de sus muros, la escasez de ventanas y lo empinado de su tejado a dos aguas, recubierto con tablazones de roble.
—Es fácil apreciar que la función defensiva prevaleció en la mente del maestro que lo construyó.
—¿Qué representan esos rostros con expresión boquiabierta que abundan en el muro?—inquirió doña Ysabel asombrada.
—Son mascarones con un hueco en el centro que, a modo de tronera, permiten a los defensores asomar sus fusiles y disparar contra el enemigo. La provincia de Zuberoa ha sido objeto de frecuentes disputas, casi desde la época de Carlomagno. Si ahora hemos sufrido las guerras de Religión, antes tuvimos la de los Cien Años y, entre ambas, la pugna con Castilla por la conquista de Navarra.
Anduvieron unos pasos y llegaron al puente viejo que comunicaba Liztarre con Mauleón:
—Como podéis observar, para cruzar el puente, hay que pagar peaje al gobernador. Aun así, el tránsito es intenso, por ser el único que permite el paso entre las dos urbes.
A cada lado del puente, había una capilla:
—La de la margen izquierda ofrece el culto católico y la de la derecha, el protestante. Eso, en el momento actual, ya que los vecinos están a la greña para obtener el control e imponer su doctrina.
Próximo al puente, un puerto fluvial servía para descargar el grano que los campesinos traían en barcazas por el río, para ser triturado en el molino real que allí había desde tiempo inmemorial.
—Este molino pertenece al rey de Francia. Para moler el grano, los vecinos están también obligados a pagar un canon.
Un poco más abajo, otro edificio señorial se alzaba a la orilla del río:
—Es el hotel de los Sponde. Nadie vive en él y, por eso, está medio en ruinas. El drama de esta familia es un reflejo fiel de la época que nos

ha tocado vivir.
Ramonet descubrió que había despertado la curiosidad de sus interlocutores y se atrevió a continuar:
—El viejo Enecot, cuarto de los Sponde, de joven, se dejó seducir por las ideas que predicaba Calvino. Era un varón aplicado y llegó a ser consejero de estado y secretario de la reina Juana. Pese a la conversión del rey, Enrique IV, él mantuvo su fe y hace dos años fue degollado por los católicos en el sitio de Sant Pelay.
—¿A quién pertenece ahora la mansión?
—A su hijo menor. Se llama Henri y es un jurista notable. Aunque estudió en el colegio calvinista de Orthez, el año pasado se confesó católico y ahora está al servicio de un cardenal. Rara vez aparece por aquí.
—¿Y qué fue del mayor?
—Jean de Sponde murió hace unos meses en Burdeos. Era gran amigo de mi señor. Alumno brillante, recibió una beca de la reina Juana y se educó en la teología reformada. Trabajó en la corte de Enrique IV y, con él, se convirtió al catolicismo. Eso le valió el rencor de los protestantes y murió en la pobreza.
—¡Cuánta desgracia provoca una guerra!—exclamó doña Ysabel conmovida—. Decidme, ¿qué representa esa cruz de mármol blanco que separa la casa de Maytie de la de los Sponde?
—La cruz señala el sitio donde se reúne el tribunal de Liztarre. Sus conclusiones, aprobadas por el rey, tienen carácter de ley. En el pasado, había un nogal y ése era el símbolo de la justicia. A principios del presente siglo, un rayo lo destruyó y se erigió esta cruz blanca en su lugar.
Contemplándola estaban cuando vieron llegar al canónigo que cruzaba el puente a caballo, acompañado de un criado. Tras los saludos de rigor, entraron en la mansión. Era ya mediodía. Pasaron al comedor y una numerosa prole que allí esperaba bulliciosa al punto rodeó al clérigo.
—Éstos son mis sobrinos—aclaró con gesto afable—. Cuatro son hijos de mi hermano Pey y tres de mi hermano Bertolom, que reside en París, al servicio del rey Enrique.
La comida fue frugal, a base de verdura y trucha, pues era viernes de vigilia. Pero las voces infantiles, alegres y animadas, dieron al acto un tono festivo que compensó con creces el fastidio de la abstinencia.
Finalizado el ágape, el canónigo recabó la presencia de don Pedro y doña Ysabel en la biblioteca:
—Permitid que os distraiga un rato. Ya que vais a permanecer un tiempo en Mauleón, es conveniente que conozcáis su historia reciente y los avatares que la población ha sufrido en los últimos años. Ello os permitirá comprender el tipo de relación que existe entre los dos

bandos que, en razón de su credo, han surgido en la región.
Arnaud de Maytie era un hombre alto, pesado y cargado de espaldas. Iba vestido con hábito negro. Dos ojos azules, muy grandes, adornaban su faz sonriente y su tez sonrosada, desprovista de barba, era suave y fresca. Rondaba los cuarenta y hablaba con voz modulada y ritmo pausado, como quien está acostumbrado a pronunciar sermones:
—Zuberoa ha sufrido con gran virulencia las Guerras de Religión que han azotado Francia en la segunda mitad del siglo que ahora termina. Sus habitantes han mantenido su obediencia a Roma, a pesar de que el resto de Gascuña se convirtió a la religión reformada, siguiendo el ejemplo de la reina Juana.
»Mauleón, su capital, es también católica, salvo una minoría—la alta nobleza y la clase dirigente— procedente del Béarn, que se ha instalado en la parte alta del recinto amurallado. El control de la villa ha pasado por sucesivas manos, unas veces los católicos que seguían al rey de Francia y otras, los protestantes que lo hacían al de Navarra, dividiendo a la población en dos bandos que han peleado con crueldad, en defensa de sus señores. Miembros de la misma familia y vecinos del mismo barrio se enfrentaron entre sí, lo que ha creado un ambiente hostil que será difícil de olvidar.
»En 1587, el protestante Belsunce conquistó la fortaleza defendida por su cuñado, el católico de Luxe, que se vio obligado a refugiarse en la vecina Navarra. Desde entonces ha gobernado con mano férrea. En 1589, expulsó a los presbíteros de la pequeña catedral de Notre Dame que, de Olorón había trasladado su sede episcopal a Mauleón, cuando en la villa bearnesa se instalaron los pastores calvinistas.
»Contra esa acción tuve que intervenir—subrayó el canónigo—, mas mi protesta no fue atendida en la corte de Liztarre. Apelé al Parlamento de Burdeos que me dio la razón y el gobernador tuvo que devolver el culto católico a la pequeña capilla transformada en catedral.
»Belsunce murió el año pasado y su hijo le ha sucedido en el cargo. Jean V de Belsunce es un hombre tolerante. Ha reconocido el fuero de 1520 y ha reducido los impuestos, lo que ha aquietado el ímpetu de la población. Tengo la esperanza de que la paz será duradera y que, poco a poco, se van a cerrar las heridas que han desangrado a este pueblo, pacífico por naturaleza, que no ha hecho más que sufrir las ansías de poder de una élite que sólo persigue el lucro personal y la conservación de su posición social.
El eclesiástico se había emocionado al pronunciar su discurso. Aun siendo noble y de buena cuna, se advertía el altruismo que henchía su corazón generoso y el amor y respeto que a sus semejantes profesaba. Añadió más calmado:
—Éste es el ambiente que se respira en el valle. Los campesinos

obtienen cosechas regulares, sus ganados pastan en los campos y los artesanos venden sus productos. La vida se recupera poco a poco y la gente vuelve a estar contenta. Quiera Dios que nada ocurra, pues una simple chispa es capaz de prender una gigantesca hoguera y devolver el horror que hemos sufrido en los últimos tiempos.

—La situación ha mejorado pues en los últimos años...

—Sin lugar a duda. Francia goza hoy de un orden y una tranquilidad que cuarenta años de guerra habían hecho olvidar. La administración ha impulsado la industria, el transporte ha mejorado, el ejército se organiza y la marina construye su flota. Además, Enrique IV protege al pueblo y el pueblo está agradecido. Suya es la frase: "Que tous les français mangent une poule au pot le dimanche". Sólo algunos se atreven a criticar su desmesurado afán por mantener a su amante, a quien cubre de atenciones y colma de regalos costosos.

—¿Está casado el monarca?—se interesó doña Ysabel sorprendida.

—Lo está con Margarita de Valois, una hija de Enrique II, a quien todo el mundo conoce como la *reina Margot*. La tiene encerrada en el castillo de Usson y pretende que el Papa anule el matrimonio, alegando esterilidad e infidelidad conyugal.

—¡Qué horror!—añadió alarmada—. ¡Qué cosas pasan en Francia!

—No temáis, doña Ysabel. Sois joven y muchas cosas habéis de aprender en la vida. Nada ocurrirá; el país goza de paz y alcanzará prosperidad, pues el pueblo está harto de tanta violencia y quiere respirar tranquilo durante una temporada.

45

Ysabel no tardó en adaptarse a su nueva existencia. Hacía dos semanas que había llegado a Mauleón y se encontraba a gusto en el palacio de Maytie, disfrutando de una libertad que nunca había conocido. Se distraía oyendo los trinos de los pájaros que volaban entre el follaje, siguiendo el caminar de una ardilla que escapaba asustada al verla, correteando con los perros por el bosque, viendo comer a los cerdos o revolotear a las aves encerradas en la pajarera.

Mas no lograba sacudirse del recuerdo de los últimos acontecimientos. Su familia la había repudiado, la habían desheredado y la sociedad había condenado su acción. ¿Tan grave había sido su falta? Nadie aprobaba su conducta y eso la contristaba. Ni siquiera su propia madre... Ana, tan sólo Ana, la buena Ana era la única que estaba de su parte. Su corazón generoso pronto había descubierto el horror que ella sentía a contraer matrimonio con otro hombre. ¿Tan difícil era comprender lo evidente?

¿Había merecido la pena emprender la aventura? ¿Qué otra solución había? Estaba segura de que, de no haber escapado, la hubieran recluido en un convento de clausura para toda su vida. ¡Claro que había merecido la pena! Su esposo la cuidaba con esmerado celo,

Antolín se ocupaba de los detalles, la doncella se encargaba del servicio doméstico, el canónigo le había confiado su hacienda... ¡Sí! Se sentía feliz.
Por la mañana iba a misa a Berraute. La iglesia de San Juan estaba al otro lado del río. No tenía más que cruzar el puente, doblar a la derecha por un camino estrecho que lo bordeaba y atravesar el cementerio.
A media mañana, solía acudir a las cuadras que el clérigo tenía a media legua de la casa, donde criaba caballos de raza. No se cansaba de contemplar los ejercicios que realizaban, la armonía de sus movimientos, el señorío de su trote y la belleza de su galope. Con frecuencia, se acercaba a una dehesa donde sesteaban las yeguas con sus rastras y se dejaba seducir por la loca alegría de los potrillos corriendo detrás de sus madres, en busca de amparo y protección.
Ysabel se aficionó a montar y cabalgaba por los prados, siempre en compañía de Pedro y de algún criado Antolín o Pablo, ya que Miguel había vuelto a Azcoitia ;unas veces a lomos de Txintxua, otras a los de algún semental.
Cuando don Pedro salía de caza, aprovechaba la tarde para vagar por el parque del palacio. Se entretenía en el jardín podando ramas y cortando flores. Le gustaba adentrarse en la espesura del bosque y caminar por las avenidas que se abrían entre los frondosos nogales que abundaban en el lugar.
Algunas veces coincidía con el eclesiástico que tenía sus mismas aficiones. Era un gran conversador y le encantaba caminar a su lado y escuchar su oración. Durante esos paseos, el abate le había contado la agitada historia de su Zuberoa natal.
En el siglo XII, Zuberoa pasó a formar parte del ducado de Aquitania, cuya reina Leonor, divorciada del rey francés Luis VII, se había casado con el inglés, Enrique II, iniciándose un periodo de soberanía inglesa en el Sudoeste francés que duró hasta que terminó la guerra de los Cien Años. A partir de ese momento, la defensa del castillo fue confiada a gobernadores nombrados por el duque de Aquitania. La mayoría eran gascones y dependían del senescal de Lannes. Su función no sólo era militar, sino que ejercían también el poder político y judicial.
»Fue un periodo de calma relativa, al menos, en lo referente a la guerra, ya que el siglo XIV fue horrible. Se inició con una meteorología adversa que produjo de forma continuada intensos fríos y lluvias torrenciales, asociadas a inundaciones y plagas de langosta, lo que a su vez ocasionó una hambruna que afectó sobremanera a las capas desprotegidas de la sociedad.
»Cuando parecía que el clima había mejorado, una virulenta epidemia de peste negra se extendió por Europa e incrementó de modo

alarmante la mortalidad de una población diezmada por la crisis precedente. Zuberoa sufrió la catástrofe con igual rigor y sólo empezó a recuperarse a mediados del XV, cuando era gobernador Louis de Beaumont y estaba próxima a terminar la guerra de los Cien Años.

»Para entonces, habían empezado las hostilidades entre dos bandos señoriales: los de Gramont, llamados agramonteses y los de Luxe, apoyados por los Beaumont. Quizá conozcáis un cantar que narra el secuestro de Berterretxe, del bando agramontés, y su muerte en Etxebar por los disparos de ballesta de los soldados del alcaide de Mauleón, Louis de Beaumont, delante de la casa de su amada, Margarita de Espeldoi, pretendida por el tal Beaumont. Los versos cuentan la loca carrera de María Santz, su madre, que acude al castillo de Mauleón a preguntar por su hijo y la respuesta del alcaide diciéndole que ha muerto y que vaya a Etxeber a obtener consuelo:

Marisantzen lasterra Jaun kontearen bortala!
Ai, ei, eta jauna, non düzüe ene seme galanta?
Hi bahüena semerik Berterretxez besterik?
Ezpeldoi altean dün hilik, abil, eraikan bizirik.

¡Qué carrera de Mari Santz hasta la puerta del señor conde!
¡Ay, ay, dónde está mi hijo querido!
¿No tenías otro hijo además de Berterretxe?
Está muerto cerca de Ezpeldoi; ve y levántalo vivo.

—No había escuchado nunca la canción. Es un hecho triste y luctuoso, mas los versos que habéis recitado son muy bellos.

—Si lo deseáis, os prestaré el poema completo; es todo él hermoso y refleja con precisión la crueldad que emplearon los dos bandos para hacerse con el poder. Mas nada consiguieron, ya que, al terminar la guerra y marcharse los ingleses, la corona francesa se anexionó los dos territorios de Labourd y Zuberoa, con la Baja Navarra en medio, que todavía pertenecía al monarca pamplonés.

»Después de la conquista de Navarra, el castillo fue ocupado por el ejército castellano, pero en 1529, el emperador Carlos V decidió retirarse de Francia y establecer la frontera en los Pirineos. Los reyes de Navarra recuperaron su reino del Norte, mientras que el de Francia reconquistó para siempre el castillo de Mauleón y la provincia de Zuberoa, nombrando un gobernador fiel a la corona francesa.

»No duró mucho la paz, puesto que, a mediados de siglo, comenzaron las primeras tensiones religiosas entre la mayoría católica y la minoría protestante. Mas esta historia ya la conocéis. El rey Enrique IV ha conseguido un acuerdo entre los dos partidos y, aunque hay facciones que no han aceptado la tregua, el pueblo está harto de tanta violencia. Veremos lo que sucede en los próximos años.

Poco a poco, Ysabel se acostumbró a dialogar con el canónigo. Era un hombre afable que sabía escuchar con atención. Durante uno de esos

paseos vespertinos, le habia confesado su pecado y las tribulaciones que afligían su iluso corazón.

—Nada temáis, doña Ysabel— le había consolado con palabras de aliento—. Habéis actuado con buena fe y El Señor acoge en su seno al que obra con rectitud de conciencia. Rezadle con devoción y Él os escuchará.

—Ya lo hago padre. Todos los días voy a misa por la mañana a la iglesia de San Juan y le imploro con humildad para que atienda mi plegaria.

—Estoy al corriente. Me han dicho que asistís al oficio y que demostráis especial devoción a la imagen de Nuestra Señora que reside en la capilla que existe en la nave de la Epístola.

—¡Oh, sí! Tiene una expresión de extremada tristeza que me atrae poderosamente. A Ella le rezo con especial fervor.

—La capilla que está a su lado es la de San Crespín. Allí está enterrado mi padre, Pierre de Maytie.

—Sí, ya sé cuál es. Alguna vez me he detenido a contemplar la imagen del Cristo Crucificado que la preside. La iglesia es preciosa. ¿De cuándo data?

—Procede del siglo XI y es la iglesia parroquial de Mauleón, desde que se creó el burgo. A su lado, hay un monasterio regido por los hospitalarios de San Juan, un hospital para acoger a los peregrinos y una granja. En el pasado, Mauleón vivió una etapa de esplendor, pues por allí pasaba una de las vías más transitadas del Camino de Santiago, la que entraba a la Península por Roncesvalles. Ahora, las Guerras de Religión han ahuyentado a los peregrinos y los monjes casi han desaparecido.

—Me ha sorprendido el aspecto de su fachada. Nunca había visto una espadaña con tres campanarios, rematados los tres con sus respectivas cruces.

—¡Oh, sí! Este tipo de espadaña es común en numerosas iglesias de Zuberoa. Se llama campanario calvario, quizá porque representa a Cristo en la Cruz, rodeado por los dos ladrones. Por eso, el cuerpo central es más alto que los laterales. Otros dicen que simbolizan la Trinidad de Dios y los denominan campanarios trinitarios.

Dos o tres veces a la semana, doña Ysabel iba al mercado de *la Haute Ville*, acompañada de su doncella y disfrutaba regateando con los artesanos el precio de algún artículo. Cuando no precisaba comprar, se limitaba a deambular por sus calles estrechas y empinadas y se detenía a hablar con las mujeres que, rodeadas de chiquillos, se agolpaban en las fuentes para llenar con agua unos baldes metálicos que luego acarreaban con dificultad. Había aprendido algunas palabras en lengua gascona y le complacía hablar con los vecinos que se esforzaban para atenderla. La gente era alegre y reía con

frecuencia, lo contrario que en su tierra, en que todo se hacía con gravedad.
Así transcurrían los días, en una miscelánea de rezos y plegarias, ocio y diversión. Era una vida plácida y sosegada que Ysabel adoraba, sólo interrumpida por las noticias que llegaban de Azcoitia, cada vez más amenazadoras para la familia Ydiáquez y que ponían en peligro el retorno al hogar.

46

—¡Bienvenidos a Mauleón! Me place volver a disfrutar de vuestra compañía—exclamó don Pedro gozoso—. ¿Habéis tenido un buen viaje?
—Aunque el camino es sinuoso, no hemos tenido ningún contratiempo.
—¿Cómo está mi señora madre? ¿Y mis hermanas?
—Todos bien de salud, mas inquietos por este enojoso asunto que nos está dando tantos quebraderos de cabeza.
Tres días antes, Miguel se había presentado en el palacio de Maytie para anunciar a don Pedro que su padre había decidido huir, por consejo del corregidor. Había resuelto buscar refugio en Zuberoa y pedía a su hijo que alquilara una casa capaz de albergarlo durante una temporada. Venía acompañado de sus dos hijos, Domingo y Francisco; de su primo, el señor de Lilí; de su secretario; y de dos criados.
Los recién llegados fueron presentados a don Arnaud que presenciaba con discreción la escena de bienvenida:
—He alquilado un hotel en la parte alta de la bastida. Es la zona donde vive la minoría protestante de origen gascón. Son burgueses y de clase acomodada; la mayoría son notarios, abogados, militares, cirujanos y funcionarios que sirven a la Corona.
—¿Qué es una bastida?—inquirió don Francisco.
—La bastida es una villa amurallada construida durante la soberanía inglesa y situada en un lugar estratégico, al pie de la fortaleza. Las hay a montones en todo el Sudoeste de Francia. Sus habitantes tienen algunas exenciones y pagan menos impuestos.
—¿Decís que sus moradores practican la religión reformada?—volvió a preguntar don Francisco.
—No todos; quizá la mitad. Losreconoceréis al punto porque llevan el pelo corto y la barba rala. De hecho, allí hay una iglesia—mejor diría, una capilla— convertida en catedral, de la que soy vicario general, que practica el rito católico, mientras que los calvinistas se reúnen en el castillo o en casas particulares para celebrar el suyo.
—¿Mauleón es sede episcopal?
—Lo es de manera provisional, hasta que el cabildo pueda regresar a Olorón, la seo original en territorio de Béarn, hoy en poder de los calvinistas.
—¿Está lejos de aquí esa bastida?
—Muy cerca; a un cuarto de legua, tal vez. Está ubicada en la falda de

una colina que desciende desde el castillo hacia el río.
Al día siguiente, la familia completa se trasladó a su nueva mansión. Dentro del recinto amurallado, los nuevos inquilinos se sorprendieron por la simetría de las calles; aunque algunas eran estrechas y otras empinadas, todas convergían en una plaza, en cuyo centro había un pabellón que servía de mercado. A su alrededor, las casas eran de un solo piso, con un altillo para guardar el grano y una huerta en la parte trasera.
Ascendieron por la avenida principal hasta que el criado que les acompañaba les indicó un caserón de piedra que les iba a albergar durante su estancia en Mauleón. Era un edificio de dos plantas, amplio y espacioso; el interior, descuidado, revelaba que había estado algún tiempo sin habitar.
Pablo y Miguel se ocuparon de arreglar el salón y Antolín de asignar los aposentos y distribuir los enseres que cada uno había traído. No tardaron los seis personajes en encontrarse en la estancia principal.
—Padre ¿cuál ha sido el motivo de vuestra fuga? Mal han de estar los cosas para que hayáis adoptado tal conclusión.
—La situación es delicada, ya que la familia de doña Ysabel ha interpuesto querella criminal contra nosotros en tres jurisdicciones. Además el corregidor se vio obligado a iniciar una investigación de oficio.
»En lo que respecta a la demanda ante el obispado, don Bautista me ha asegurado que el notario se ha ido convencido de que la fuga fue por decisión propia de doña Ysabel y de que no hubo cópula carnal hasta después del banquete nupcial. Por cierto, el mandatario echó en falta vuestra confesión e insinuó que aportaría beneficio a la causa. El párroco opina igual y me sugirió que escribiéramos al vicario general de Pamplona, diciéndole que estáis prestos a declarar. ¿Qué os parece?
Pedro dirigió una mirada a su esposa y ésta precisó al punto:
—No lograrán asustarme. Mi testimonio será firme y mantendré que yo fui la instigadora del plan y quien proyectó la fuga. Nada temáis.
—Por si acaso —terció don Francisco—, don Martín ha instado al obispo Sandoval en Madrid para que envíe un recado a su vicario dándole instrucciones.
—Redactaré un escrito para el tal vicario que firmaremos Ysabel y yo y le comunicaremos el nuevo domicilio y nuestra disposición.
El señor de Ydiáquez asintió con la cabeza y prosiguió su exposición:
—Ya sabéis que hay una denuncia ante el alcalde ordinario de Motrico. A los pocos días, el corregidor envió a esa villa un merino secreto para pedir los autos al alcalde. Al negarse a entregarlos, el merino se los arrebató al escribano que los guardaba y encerró al alcalde por no haber prendido a los autores del asesinato del clérigo.
»Este acto creó tal revuelo que obligó a intervenir a las Juntas

Generales de la provincia. La villa reclama la primera instancia y que se devuelvan los autos a su alcalde para que prosiga la inquisición, alegando que actuó de buena ley y que lo contrario hubiera sido delito.

¿Qué han resuelto las Juntas Generales?

Han entregado al presidente la petición para que la estudie y dé su parecer.

¿Qué creéis que hará?

Nombrará una comisión para mediar entre las partes y encontrar una solución de compromiso. Varios junteros me han prometido que impedirán una actuación más contundente.

¿Sabéis si han presentado ya la demanda en la Real Chancilleríade Valladolid?preguntó don Pedro en tono alarmado.

Sí, también lo han hecho. Hace quince días, el corregidor recibió un requerimiento del alto tribunal anunciándole que un tal Martín Fernández de Portocarrero había sido nombrado juez de la comisión encargada para investigar el caso y que debía prestarle todo su apoyo.

¿Sabéis algo del personaje?

No demasiado. Los Portocarrero forman una importante familia noble afincada en Andalucía tras la reconquista y poseen el rango de ricos-hombres, por haber prestado grandes servicios a la Corona. Uno de sus hermanos acaba de ser nombrado Inquisidor General y dicen que es un varón recto e implacable.

El nombramiento se hizo pues antes de que nuestro tío interviniera ¿no es cierto?

Así es. Cuando pudo enviar un correo con su recomendación, el tribunal había tomado su decisión. El capitán Ybarra ha sido más rápido. Primero estuvo en Valladolid a presentar la demanda en la Chancillería. Allí utilizó la influencia de sus amigos para que designaran un magistrado inflexible y difícil de doblegar. El obispo de Valladolid lo apoyó al igual que el nuevo Inquisidor.

¿Qué más cosas hizo mi padrastro?preguntó doña Ysabel con cara de asombro.

Fue a Madrid y removió Roma con Santiago hasta que obtuvo audiencia con el monarca, para presentar la demanda y solicitar su protección. Aduce que la causa es un delito contra el honor y que sólo él puede reparar la afrenta ocasionada a tan noble linaje. El rey Felipe se ha interesado por el caso y ha prometido que se hará justicia.

¡Cielos! ¡Hasta ahí ha llegadoese hombre!clamó don Pedro indignado.

Están dispuestos a todo. Doña Brígida ha anunciado que no le importaría consumir su patrimonio para conseguir una sentencia favorable y obtener la plena satisfacción a la ofensa que ha recibido.

¿Cómo os habéis enterado de las andanzas del capitán?preguntó

doña Ysabel sorprendida.
—Joan de Urrutia nos transmite con regularidad lo que le cuenta vuestra tía María de Arano.
—¿Qué han hecho con la monja Ana?
—Ha sido trasladada a un monasterio de la congregación en la provincia de Vizcaya. La situación en Areizieta no era cómoda para ella. Doña Brígida no ha parado hasta conseguir que la expulsen del convento.
—Ésa es la suerte que persigue a las almas nobles y generosas que se afanan por ayudar al prójimo. Su abnegación ha sido ejemplar y merece otro final. Espero que el proceso pronto acabe y lo pueda reparar.
—La cosa no termina ahí—hizo saber don Francisco—. El corregidor ha tenido que actuar para demostrar que es imparcial. Primero lanzó una orden de detención contra vos, Pedro, y al comprobar que habíais huido fuera de las fronteras del reino, procedió a arrestarme a mí.
—¡No es posible! ¿Cómo se ha atrevido a tanto?
—Me advirtió antes para que tomara precauciones. Además, fijó la casa de Zavala como lugar de reclusión, lo que me permitió gozar de una cierta libertad. También impuso una fianza de mil ducados, como garantía de no evasión.
—¿Cuánto tiempo estuvisteis encerrado?—don Pedro estaba abrumado.
—Una semana. Al cabo, decidí escapar cuando me enteré de que el tal Portocarrero había irrumpido en la provincia acompañado de dos secretarios, se había instalado en Azpeitia y había contratado un intérprete para tomar testimonio a las gentes del lugar que sólo hablan el vascuence.
—¿Y la fianza?
—Los mil ducados han ingresado en las arcas de su majestad. El dinero fue depositado por dos amigos leales, con la promesa de que serían recompensados con largueza. No me extrañaría que Portocarrero encerrase a los dos fiadores, al advertir que los acusados están fuera de su alcance.
El señor de Lilí se había sentado en un extremo de la mesa y había mantenido silencio hasta ese momento:
—Don Francisco creyó conveniente que lo acompañara en su destierro; todos los que participamos en la expedición somos objeto de la persecución judicial.
—Ahora hay que esperar a ver cómo actúa el juez de la Chancillería—sentenció don Francisco—. Aquí estamos bajo la protección del rey de Francia y nada hemos de temer. Confío en que mi primo sea capaz de utilizar su influencia y neutralizar las ínfulas del tal Portocarrero. Mientras tanto, ésta será nuestra morada y agradezcamos al señor de Maytie la protección que nos dispensa.

47

Al día siguiente, Mauleón amaneció iluminado por un sol radiante que sirvió para levantar el ánimo de la familia, reunida a desayunar en la sala de la mansión que les albergaba. Era domingo y todos los participantes vestían sus mejores galas para acudir a continuación a la misa mayor en la pequeña capilla de Notre Dame, convertida en catedral.

Al término de la ceremonia, Ysabel propuso a Pedro acercarse hasta el palacio de Maytie, para demostrar gratitud al vicario por su hospitalidad. Salieron de la bastida por la puerta Oeste y tomaron un camino de tierra, paralelo al río, que conducía a Liztarre. En el trayecto, tuvieron tiempo para comentar los últimos acontecimientos:

—Las noticias que ha traído mi padre son preocupantes.

—Es verdad que mi padrastro ha actuado con presteza —admitió Ysabel—. Mas no conseguirá su objetivo; el poder de vuestro tío es absoluto y los jueces de la Chancillería tendrán que acatar su autoridad.

—Tenéis razón; su influencia en la corte es tal que nadie osará oponerse a su voluntad. Está también la denuncia ante el obispado.

—Por lo que dijo el párroco de Azcoitia, el notario admite que el casamiento es legítimo y no hay motivo para la excomunión. Sería conveniente escribir al vicario general para ponernos a su disposición e ir a prestar testimonio si lo creyere oportuno.

—Mañana mismo lo haré.

—Si conseguimos que el matrimonio sea declarado válido, será fácil conseguir una sentencia favorable en el tribunal civil. Entonces a doña Brígida no le quedará más recurso que apelar al monarca. Mas no creo que tenga éxito, ya que el rey no va a oponerse a los deseos de su primer ministro en un asunto de tan poca envergadura.

—Sí; la campaña está bien encarrilada y, tarde o temprano, el problema se arreglará. Aun así, estoy inquieto; me duele que tengáis que padecer las acusaciones que se han vertido contra vos y las molestias que este proceso os están causando. Primero, la pérdida de vuestros derechos al mayorazgo de Berriatúa, luego el riesgo de ingresar en prisión si se confirma la excomunión y ahora el exilio lejos de vuestro hogar en compañía de gente extraña a quien apenas conocéis.

—Todo lo acepto de buen grado si cuento con vuestro apoyo. El amor que os profeso me hace plenamente feliz, aunque también me produce zozobra y desazón; la emoción que siento es tan intensa que, al mismo tiempo, me llena de alegría y me cubre de congoja.

Don Pedro se detuvo y tomó las manos de la doncella entre las suyas. Alzó su mirada y sintió un estremecimiento al observar su rostro compungido.

¡Ysabel! Lamento que pena tan amarga turbe la paz de vuestro tierno corazón. Yo soy el culpable de esta desgracia por no haber sabido protegeros del hostigamiento de vuestra familia y de la persecución de la justicia por una acción que acometimos quizá precipitadamente.

¡No, Pedro! No fue precipitada. Era la única salida que teníamos y no hemos de estar arrepentidos. Sólo me preocupa la incertidumbre del futuro. Con vos a mi lado, me siento capaz de afrontar cualquier vicisitud.

¡Mi querida esposa! Yo siempre estaré a vuestro lado; siempre; hasta que la muerte nos separe. Nunca dudéis de mi fidelidad.

¡En vos confío, mi amado esposo! Mi vida os pertenece y en vos he depositado todas mis ilusiones para llevar a buen puerto este proyecto que juntos hemos iniciado. Mas no ignoro que habremos de superar numerosos obstáculos y eso, a veces, me trastorna.

No perdáis la esperanza, Ysabel. Esta situación no durará mucho.

¡No! No pierdo la esperanza. Sé que el tiempo cura todos los males y que juntos los dos seremos capaces de superar las mayores desgracias.

Los dos cónyuges se habían sentado en un tronco, al borde del camino, desde el cual escuchaban el sonido impetuoso de la corriente. Pedro cubrió con su brazo los hombros de la muchacha y ella se cobijó en su pecho, abandonándose ambos a dulces pensamientos. Al cabo de un rato, volvieron a la realidad. Se incorporaron y, asidos de la mano, prosiguieron su paseo en silencio hasta que Pedro lo rompió para tranquilizar a su joven esposa:

Espero que algún día no muy lejano podamos retornar a nuestro hogar.

Yo también lo espero suspiró Ysabel oprimiendo con fuerza la mano de su amante.

A nuestro regreso, fijaremos nuestra residencia en Azcoitia. Mi padre me ha prometido que nos va a ceder la casa que compró hace un año al lado de la puerta de Abajo. ¿Os acordáis de ella?

¿Aquélla que vimos en nuestro primer paseo por la villa?

Sí; aquélla que estaba enfrente de la imagen de la Virgen de Belén que tanto os llamó la atención.

La recuerdo bien. Era una casa que tenía la fachada de piedra de un color grisáceo.

Precisamente.

Será una vivienda digna que yo me encargaré de realzar. Quiera Dios que sea capaz de daros muchos hijos para perpetuar la dinastía y cumplir así nuestro destino.

Ysabel, sois todavía joven. Tiempo habrá para entregarse a tan loable tarea.

Nada me haría más feliz que parir pronto un descendiente varón.

Si eso ocurriere, doña Brígida podría rehacer su testamento a vuestro

favor.
Ni aun así cambiará de opinión. Tenemos que empezar con lo que tenemos y trabajar con ahínco para acrecentar el patrimonio y consolidar una estirpe fuerte y duradera. Por cierto, Pedro, ¿cuáles son vuestros planes para el futuro?
Quiero dedicarme al comercio. Mi hermano Martín me ha dicho que tiene poderosos amigos en Medina del Campo que se dedican a exportar a Flandes la lana de Castilla y otros en Sevilla que hacen buenos negocios con el Nuevo Continente. Tengo trato con varios de ellos y me prometen pingües beneficios si invierto en ciertos tráficos que ellos manejan.
Para ello, contáis con los bienes que me corresponden por la herencia paterna. Sabéis que mi abuelo me dejó cuatro mil ducados y mi padre, por encima de doce mil.
Para disponer de ese numerario, tienen que concederme vuestra tutela. La solicitud se ha presentado ante el corregidor y no dudo que su laudo será favorable.
Más adelante, habrá que pelear para que el último testamento de mi bisabuela sea declarado nulo. Si no lo conseguimos, a su muerte, la hacienda pasará a mi tía María y luego a mi madre Clara. Cuando ella fallezca, yo seré la heredera pero habrá pasado algún tiempo y ya será tarde para embarcarse en aventuras de riesgo.
Está también el mayorazgo de Ydiáquez.
Vuestro padre es mayor y es razonable pensar que no vivirá muchos años. Vuestro hermano ha cumplido los cuarenta. ¿Cómo está su salud?
No muestra deterioro apreciable si bien ha trabajado fuerte durante toda su vida y eso pasa factura en la vejez.
Confiemos en la Providencia y que Ella provea. Empezaremos con esos dieciséis mil ducados. Creo que es un capital estimable y, si lo invertimos con acierto, los rendimientos serán abundantes.
Tenemos suficiente para comenzar. ¡Ysabel! Juntos los dos emprenderemos grandes obras y conseguiremos fortalecer el acervo familiar.
¡Claro que sí! Pertenecemos a una clase social afortunada que nos otorga la facultad de abordar nuevas empresas y crear riqueza para prosperar y poner remedio a tanta pobreza. La buena crianza nos impone una misión y no podemos defraudar a quienes en nosotros confían.
¡Tenéis razón! Con la ayuda de mi hermano y sus relaciones en Castilla, lucharé con denuedo para aumentar nuestra caudal y mantener la condición de primacía que hemos recibido de nuestros antepasados.
Los dos jóvenes se habían dejado llevar por el ensueño y disfrutaban

evocando quimeras.
—Esta ocupación me obligará a viajar con frecuencia.
—Eso me causará tristeza, mas lograré sobreponerme con el ejercicio de la oración y la práctica de la caridad.
—Tenéis el apoyo de mi familia. Mi madre siente un profundo afecto hacia vos, igual que mis hermanas. Ellas os protegerán si, en mi ausencia, os ronda la aflicción.
—¡Qué pena no contar con la compañía de Ana de Urrutia! Ella fue siempre mi paño de lágrimas y su consuelo sería un gran alivio para los momentos de soledad que me aguardan en el futuro. Me gustaría tenerla cerca... ¡Cuánto la echo de menos!
—Si ha tomado los votos, ya no puede abandonar la orden.
—Pero podría solicitar el traslado a un convento en los alrededores de Azcoitia; así yo la visitaría todos los días.
—Eso tampoco es posible, porque en Azcoitia no hay ningún convento ni de frailes ni de monjas. Tengo entendido que se ha iniciado la construcción de uno en el camino hacia Azpeitia, pero son Clarisas…
—¡Pobre Ana! Castigada con dureza por un acto piadoso... sólo para salvar mi felicidad... ¡y que la sociedad no haya sido capaz de perdonar! Mi conciencia no está tranquila y algo tendré que hacer para reparar ese agravio.
Los dos enamorados habían llegado al final del trayecto. Cruzaron el puente y, dejando a la derecha la Cruz Blanca, atravesaron un espacio franco que se abría en el seto que rodeaba el palacio de Maytie e hicieron sonar la campanilla de la puerta para anunciar su visita.

48

Por fin llegó a Mauleón la citación del obispado para que doña Ysabel se personase a declarar. El propio don Arnaud se brindó a acompañar a la dama y, con dos días de antelación, la comitiva salió por la mañana, con la intención de pernoctar en Roncesvalles y seguir el camino de Santiago para llegar a Pamplona al atardecer del segundo día.
La vista se iba a celebrar al día siguiente, martes 31 de julio, en la sede del tribunal de Justicia. El provisor era el propio vicario general e iba a ser una de las últimas causas que tendría que juzgar, ya que el obispo Sandoval le había reclamado para ocupar el mismo cargo en la seo de Jaén.
Doña Ysabel se presentó con tiempo en el obispado, escoltada por don Pedro y don Arnaud, por creer que la compañía de un canónigo—aunque francés— le podría reportar algún beneficio, siquiera el de un trato benévolo o una disposición amistosa.
Mientras esperaban, los dos acompañantes reconfortaban a la joven esposa. Entró en la sala serena, escoltada por un ujier, sabiendo lo que se jugaba. El aposento era espacioso y bien iluminado. Dos enormes

ventanales abiertos a la luz del sol daban al recinto un aspecto jovial. El techo era alto y las paredes estaban decoradas con varios retratos que animaban el lugar.

En una modesta mesa cubierta con un tapete rojo, estaba sentado el juez ante quien iba a atestiguar y, a su lado, el secretario encargado de levantar el acta de la sesión. Le rogaron que tomara asiento y lo hizo en una silla de cómodo respaldo. Se tranquilizó del todo, pues había supuesto que encontraría un jurado numeroso, vestido con trajes de ceremonia y rostros ceñudos con expresión severa.

Antonio de San Vicente era un hombre de complexión robusta, provisto de un cuello alargado que realzaba su silueta. De edad mediana, vestía de negro y cubría su cabeza con un simple solideo del mismo color. Bien afeitado, las facciones delicadas de su rostro denotaban la distinción de su origen, la expresión de sus ojos, una inteligencia vivaz y la sobriedad en su vestir, un espíritu recto y una conciencia tranquila.

¿Cómo os llamáis?

Ysabel de Lobiano e Ybasseta.

¿Quiénes son vuestros padres?

Mi padre fue don Joan de Lobiano, natural de Ermua y mi madre es doña Clara de Ybasseta, de Motrico. Mi padre murió en 1588 y mi madre se casó en 1594 con mi actual padrastro, don Joan de Ybarra y Elormendi, natural de Elgóibar.

¿Dónde nacisteis?

En Ermua, en el palacio de mi padre.

¿Cuál es vuestra edad?

Trece años.

¿Dónde vivís ahora?

Al presente, resido en Mauleón, con mi esposo, don Pedro de Ydiáquez.

¿Juráis decir la verdad sobre las condiciones en que se produjo vuestro matrimonio con don Pedro de Ydiáquez, el que decís que es vuestro esposo?

Lo juro y lo haré con entera libertad y mucha seguridad.

Al parecer, cuando ocurrieron los hechos, estabais recluida en el monasterio de Santa Catherina, sito en el lugar de Areizieta, en las afueras de Motrico. ¿A qué edad ingresasteis allí?

A los nueve años.

¿Sabíais que vuestra bisabuela os había nombrado heredera del mayorazgo de Berriatúa?

Sí tal.

¿Sabíais que se había acordado vuestra boda con don Pedro de Ydiáquez al cumplir los catorce?

Sí, lo sabía. El contrato estipulaba que él recibiría el mayorazgo de

Ydiáquez y yo el de Berriatúa y que ambos los vincularíamos en uno solo que sería heredado por nuestra descendencia, con prioridad para el primer vástago varón.
¿Conocíais a don Pedro de Ydiáquez?
Cuando se firmaron las capitulaciones, no.
¿Cuándo fue el primer encuentro?
Poco tiempo después. Un día vino en compañía de don Joan de Urrutia, el padre de la monja Ana, mi tutora. Lo vi en el jardín.
¿Sabíais quién era cuando lo visteis en el jardín?
No; la monja me lo dijo más tarde, luego que hubo partido.
¿Cuál fue el motivo de la visita?
Tras la firma del contrato, el joven insistió en querer conocerme, siquiera de incógnito y convenció a don Joan de Urrutia para que lo introdujera en el cenobio y hacer oración.
¿Cuándo hablasteis con él por primera vez?
Volvió al cabo de una semana y el padre de Ana me lo presentó.
Un acto así es imprudente para una doncella que desea preservar su honra. ¿No estabais advertida de eludir el trato con personas ajenas?
Sospeché que el hombre que me habían asignado como esposo no era un ajeno.
Desde aquel momento ¿cuántos encuentros mantuvisteis hasta vuestra salida del convento?
Al principio, cada quince días y luego con frecuencia semanal.
¿En qué lugar?
En el jardín del monasterio.
La abadesa afirma que ignoraba tales coloquios. ¿Cómo entraba el varón sin que nadie se enterara?
Ana de Urrutia se encargaba de despejar la portería, para lo cual enviaba a la hermana portera para algún menester.
O sea que la monja estaba al tanto de vuestra vergüenza.
Estaba al tanto de nuestra conexión, que no es vergüenza el amor.
Mas sí lo es la unión carnal sin la bendición de la Santa Iglesia Católica.
Confundís, padre, idilio y amorío.
Jovencita, sé muy bien lo que es un amorío y cuál es el camino que conduce a la mancebía. Limitaos a contestar a las preguntas que os hago.
Eso intento, padre, a mi albedrío.
A fe que sois insolente. Responded pues con precisión. ¿Cuánto tiempo duraban las entrevistas?
No más de una hora.
Además de las visitas ¿intercambiasteis cartas de amor?
Lo hacíamos con regularidad.
¿A través de qué conducto?

—A través de Joan de Urrutia, el padre de la monja. Yo le entregaba las misivas que escribía y él las que le confiaba mi amado.
—¿Habéis guardado las cartas que don Pedro os remitió?
—No; las destruí antes de huir del monasterio—replicó doña Ysabel, por saber que esa mentira no sería descubierta, pues estaban a buen recaudo, en su casa de Mauleón.
—¿Alguien más conocía vuestro romance?
Ysabel dudó un instante, pero resolvió decir la verdad, aunque para ello tuviera que acusar a la otra monja que había participado en el complot, ya que suponía que el fiscal tendría esa información:
—Ágata de Ampuero estaba enterada de nuestro plan.
—Dos monjas y el padre de una de ellas eran los cómplices. ¿Nadie más?
—Nadie más, a mi modesto entender.
El alto dignatario hizo una pequeña pausa para leer el guión que había preparado con el fin de proceder con orden al interrogatorio. Aprovechó la ocasión para observar de refilón a la muchacha y le asombró encontrar un semblante formal en el que cabía atisbar un asomo de ironía, no exento de arrogancia. No estaba cómodo; percibía que no había conseguido ninguna declaración relevante y que la niña conservaba una serenidad impropia de su edad.
—El viernes 19 de marzo teníais concertada una cita con vuestro amante a la anochecida. Don Pedro de Ydiáquez acudió en compañía de un secuaz y, en la puerta del pabellón, os apremió a tomarle por esposo por *palabras de presente,* fórmula que la Iglesia condena por ser contraria a la voluntad de Dios.
—Él no me obligó. Yo le planteé mi propósito y el aceptó de inmediato. Fue una iniciativa mía.
—¿Por qué le hicisteis esa propuesta?
—Porque supe que doña Brígida había roto el compromiso y me había ofrecido en matrimonio al señor de Urberuaga, un caballero de cuarenta años, natural de Marquina y viudo, para más compasión.
—¿Sabíais que la Iglesia condena con la excomunión a quienes celebran esponsales fuera del rito establecido por el Concilio de Trento?
—No a la sazón. Me consta que algunos vecinos se casan ahora en la Iglesia, mas otros lo hacen fuera de ella, a la antigua usanza, como manda la tradición.
—Esa fórmula no sirve.—tronó el vicario descompuesto.
—Recién lo aprendí. Lo hice por bien y nunca pretendí eludir mis obligaciones de cristiana vieja. Desde aquel encuentro nocturno, me consideré la esposa legítima de don Pedro. La tradición avala estos compromisos si se cumplen los requisitos.
—El jueves de la semana siguiente a ese episodio, una partida de ocho

o nueve individuos asaltó el convento de Santa Catherina y os obligó a salir de él. ¿No es eso cierto?

—No tal. Yo lo abandoné por propia voluntad. Tras celebrar el casamiento que vos estimáis clandestino, yo le propuse a don Pedro la fuga del monasterio, para evitar que mi familia me recluyera en una clausura.

—Os advierto que tengo la narración de varios testigos. Dadme una versión completa de cómo se produjo la fuga. Tened cuidado con faltar a la verdad; está en juego vuestra seguridad.

Doña Ysabel hizo un relato detallado de los hechos acaecidos, atribuyéndose la gestación del proyecto. Refirió el camino recorrido y todo lo acontecido hasta su llegada al palacio de Ydiáquez.

—¿Quién mató a Domingo de Erquicia?

—Lo ignoro. Sólo puedo responder que quien lanzó la última piedra que lo hirió mortalmente pertenecía a las huestes que nos perseguían.

—Dentro del palacio de Lilí ¿tuvisteis algún apartado con el que decís que era vuestro esposo legítimo?

—Jamás con él estuve a solas, pues únicamente a yantar nos detuvimos. Un ministro de Dios estaba presente y lo podrá certificar.

—¿Qué ocurrió aquella noche en el palacio de Ydiáquez?

—Nada ilegal, pues doña Cathalina puso su empeño en preservar mi honra hasta no cumplir con el rito de la Iglesia. Durante tres noches me alojé en la casa de Zavala, donde habita mi cuñada. Fue al término del banquete nupcial, tras obtener la bendición sacramental en la misa del domingo, que el matrimonio fue consumado para mayor gloria de Dios.

—Un testigo ha afirmado que, desde que llegasteis a Azcoitia, la familia de Ydiáquez os tuvo retenida sin dejaros salir, salvo para ir al prado de Landacaranda, en el que dijisteis a la fuerza las palabras de casamiento ante el doctor Errasti. Confesad que fue así.

—El testigo no dice la verdad. He dicho varias veces que siempre actué por propia voluntad y nunca fui forzada a actuar en contra de mi albedrío.

El revisor estaba asombrado. No comprendía la insólita madurez que poseía la muchacha. Muchos acusados habían pasado por sus manos para ser interrogados: hidalgos maduros y de buena cuna, tunos y villanos, damas de postín y mujeres de mala condición; todos al final habían aflojado y terminado por aceptar su culpa. Su prestigio como sesudo y cualificado inquisidor podía quedar arruinado.

La doncella que tenía enfrente demostraba poseer un carácter firme y una voluntad tenaz. Había rechazado someterse a la voluntad de sus padres para entregar su noble corazón al hombre amado, a riesgo de perder su fortuna al enfrentarse a los planes de su familia. Pese a su corta edad, ya no era una niña, sino una mujer madura que pronto

sería una gran señora. No cabía duda: decía la verdad.
—Os haré una oferta.
—Haced cuantas creáis oportunas.
—A lo largo de la sesión, habéis apoyado vuestra defensa con una energía impropia de vuestra corta edad. Eso me hace pensar que no sois libre y que actuáis bajo el influjo de vuestro esposo que os dicta lo que conviene decir. Si lo deseáis, ordenaré que os rescaten de su dominio y que dos alguaciles os devuelvan a la casa de vuestros padres. Más tarde, el matrimonio sería declarado ilegítimo y recuperaríais la libertad para desposaros con quien os asignaren vuestros mayores.
—Ruego a vuestra merced que no haga tal, pues soy feliz con mi esposo a quien amo con locura y vivo en entera libertad. No entiendo que exista mayor felicidad y sólo quiero permanecer igual.
Antonio de San Vicente no esperaba otra respuesta. Se quedó fascinado mirando a la joven dama que mantenía en su asiento una actitud sumisa sin perder la dignidad.
Sonrió de modo imperceptible. Él también estaba satisfecho. Ya había tomado una decisión y estaba seguro de no errar.
—Hemos terminado. Podéis partir y que Dios os dé muchos hijos.

Epílogo

El 23 de septiembre de 1596, el tribunal eclesiástico de Pamplona dictó sentencia proclamando legítimo y válido el matrimonio contraído por don Pedro de Ydiáquez y doña Ysabel de Lobiano, alegando que, no sólo se había realizado sin violencia ni rapto, sino que, al contrario, fue pretendido por los dos contrayentes. Éste fue el primer hito que sirvió de referencia a los acontecimientos que tuvieron lugar a continuación.

El fallo contrarió a doña Brígida, ya que suponía un precedente para la justicia civil y no daba opción a apelar. La demanda ante el alcalde ordinario había pasado a la jurisdicción del corregidor, cuya parcialidad era manifiesta. Las Juntas Generales no habían hecho caso a la solicitud del alcalde para conservar la primera instancia y el merino proseguía la investigación con mucha gala y poco celo.

Su única esperanza estaba en la actuación del magistrado enviado por la Chancillería. Portocarrero había iniciado su misión con un inusitado vigor. Nada más llegar, procedió a interrogar a los principales testigos y arrestó a varios sospechosos de haber participado en el rapto, sin tener pruebas fehacientes de su autoría. Como los principales implicados habían huido, se ensañó en castigar a los súbditos de menor condición. El pueblo estaba asustado y las quejas afluyeron a la oficina del corregidor.

A éste le llamó para que fuese a declarar a la villa de Azpeitia, acusado de haber sido parcial. El despacho exasperó a los diputados que decretaron enviarle un escrito para que lo eximiera de tal diligencia, en atención al estado de guerra que vivía la provincia y al interés de que el corregidor presidiera las reuniones de las Juntas Generales que se habían convocado en Tolosa.

Portocarrero respondió a este reclamo con un tono aplomado. Unos días antes, había recibido un correo de la Real Chancillería recomendándole que rebajara el ritmo de sus pesquisas, puesto que quizá hubiese que suspender la comisión... La mano de don Juan de Ydiáquez había comenzado a apretar para frenar las investigaciones y nadie quería enfrentarse a su enorme poder. El magistrado de la Audiencia de Valladolid se sintió aliviado, al darse cuenta de contra quién se había metido.

Aun así, doña Brígida no se amilanó y siguió luchando para salvar su honor. Comprendió que se había desmoronado el andamiaje jurídico que había compuesto y que sólo le quedaba el recurso real. Convenció al capitán Ybarra para que se fuera a vivir a Madrid y así poder acercarse a gente importante capaz de influir en la voluntad del monarca.

Le dio plenos poderes para actuar a discreción y recursos económicos

para comprar la voluntad de aquellos cortesanos sin escrúpulos o escasos de fortuna dispuestos a actuar como mediadores y procurar el trato de personajes que gozaren del favor real.
Instalado en La Corte, pronto comprendió el capitán Ybarra que una mujer podría ser mejor valedora de su causa que un hombre. Le habían indicado el nombre de dos personas: una era hermana del rey, la emperatriz María y la otra era su hija, la infanta Isabel Clara Eugenia. Ambas damas tenían un alto sentido del honor y gozaban de la estima del monarca.
Mientras tanto, en la provincia, el caso se había enconado. Las dos familias eran poderosas y tenían sus esferas de influencia. El enfrentamiento se había extendido a la población y se habían creado dos bandos, en función del ámbito geográfico en que vivían, de su relación clientelar o, simplemente, de su opinión particular.
Ante la gravedad que había adquirido la confrontación, los diputados provinciales decidieron intervenir y, después de un largo debate en las Juntas Generales, nombraron a dos personas principales para actuar como intermediarios, con objeto de encontrar una fórmula que satisficiera a las dos partes. Los señores de Arancibia y Beriasartu, encargados para actuar como mediadores, se presentaron una mañana en la casa de Berriatúa y solicitaron la audiencia de doña Brígida: no fueron recibidos. A continuación, lo hicieron en la de doña Clara: tras mucho esperar, consiguieron ser atendidos con poca gana por el capitán Ybarra que, a la sazón, se encontraba en Motrico. El padrastro de Ysabel no quería escuchar y menos negociar.
A pesar de que el matrimonio de Ysabel había sido reconocido por la Iglesia, la familia no cedió. Al ver que Portocarrero había desaparecido de la escena y que el corregidor no estaba por la labor, centraron sus esfuerzos en conseguir ante el rey una reparación a su honor mancillado, alegando que las afrentas habían sido tan grandes que sólo él lo podía recomponer.
Mantuvieron su postura durante varios meses, hasta que, por fin, don Martín de Ydiáquez logró convencer a la emperatriz María para que conciliara los intereses de las dos partes. Hacía tiempo que el señor de Ybarra tenía acceso a palacio y era recibido por la emperatriz. Ella fue la que le persuadió para lograr un acuerdo extrajudicial y otorgar una escritura de capitulación.
Para retirar los cargos judiciales, el capitán Ybarra exigió una indemnización de cinco mil ducados, por los gastos habidos a lo largo del año y medio que duró el pleito, incluidos los debidos a su prolongada estancia en Madrid, cifra desmesurada que, al final, se rebajó a tres mil. A cambio, aceptó levantar los cargos contra todos los inculpados: los que ayudaron a escapar a la muchacha, los que colaboraron en la fuga y las monjas implicadas. También otorgó el

perdón al clérigo Domingo de Erquicia y prometió no molestar su memoria.
La noticia causó gran alegría en Mauleón. Pocos días antes, doña Ysabel había descubierto que estaba encinta y la dicha invadió a toda la familia que se apresuró a preparar el retorno. Había terminado la pesadilla y podían volver a su hogar. Se iniciaba una nueva vida llena de ilusión, tal y como ellos habían soñado en el jardín del convento.
En marzo de 1598 nació su primera hija a quien llamaron Clara, como la abuela materna.
Corría el mes de diciembre de 1599 cuando llegó a Azcoitia la noticia de la muerte de don Martín de Ydiáquez. Felipe III, al subir al trono, le había propuesto ser embajador en Venecia, cargo que no aceptó por problemas de salud. No pudo sobrevivir a su dolencia y falleció en Madrid, a la edad de 41 años, en tiempo en que se tenían depositadas en él grandes esperanzas para puestos de mayor nivel.
Don Francisco heredó los bienes de su hijo y don Pedro fue declarado sucesor del mayorazgo, cumpliéndose así los proyectos que tantas veces habían deseado.
A partir de ese momento, el joven Ydiáquez se dedicó al comercio y, tras el nacimiento de su segunda hija□a la que llamaron Cathalina, como la abuela paterna□, se fue a vivir a Medina del Campo para prestar más atención a sus negocios.
Mas la fortuna le dio la espalda. Todos los proyectos que emprendió le salieron mal. Tuvo que acudir a prestamistas y su carácter se fue averiando en la misma medida en que su deuda iba creciendo. Su salud empeoró y ni siquiera el anuncio de que doña Ysabel estaba de nuevo embarazada sirvió para aliviarle. En la primavera de 1603 adoleció de gravedad y en el mes de octubre falleció en la villa castellana.
Don Pedro redactó de propia mano su testamento. El documento despide un aire de derrota que denota la amargura que siente a la hora de la muerte por el fracaso que su vida profesional ha sido. Invoca el perdón a su Divina Majestad por los pecados que ha cometido y confiesa que son muchos y muy graves, por lo cual insta a la Virgen María para que interceda por él ante su Hijo, por la especial devoción que siempre le ha profesado.
Solicita a doña Clara de Ybasseta, su suegra, y al señor Joan de Ybarra, su marido, el perdón con la mayor sumisión y humildad que fuere posible, reconociendo los pesares que por él han padecido, pues aunque no lo hizo de mala fe, hubo de ser ilícito procurar el matrimonio contra la voluntad de su madre y en tan tierna edad de “mi dulcísima mujer y compañera”.
El mismo perdón reclama de las monjas de Santa Catherina, por los trastornos que el desgraciado incidente produjo a la comunidad y a la

buena reputación del monasterio.
Afirma que, en los últimos años, ha contraído una deuda de doce mil ducados, ya que cuando se casó apenas debía quinientos: “No tengo un real con que pagar y algunos librillos que me quedan valen poco y eso como lo demás”.
Y prosigue: “Imploro a mi amada compañera que tenga lástima de lo mucho que padecerá en el purgatorio el alma de quien tanto amó en esta vida y pague mis deudas todo lo que pudiere”.
Don Pedro de Ydiáquez, el hombre afortunado destinado a ser el titular de uno de los mayorazgos más deseados en la provincia de Guipúzcoa, murió solo, abandonado, lejos de su tierra y sin haber conocido a su hijo tan esperado. Triste final para el que lo tenía todo…
Dos meses después de su muerte, nació su hijo póstumo, a quien llamaron Pedro, en recuerdo de su padre. Lo bautizó el doctor Errasti y don Francisco su abuelo fue su padrino.
Doña Ysabel, viuda a los veinte años, se dedicó en cuerpo y alma a educar a sus tres vástagos y a guardar la memoria de su marido partido en edad temprana, por cuyo amor tanto había arriesgado. Para entonces, su fama de mujer fuerte y decidida había trascendido fuera del ámbito familiar y era respetada como una auténtica señora por encima de su extrema juventud.
Su hija mayor, Clara, casó con el señor de Ypiñarrieta, en Villarreal de Urrechua; mientras que la segunda, Cathalina, profesó como religiosa agustina e ingresó en un convento de Éibar.
Don Pedro de Ydiáquez y Lobiano heredó los dos mayorazgos y tuvo larga vida. Fue gentilhombre, caballero santiaguista y gobernador de Málaga. Casó con doña Juana de Ysasi y Leguizamón y tuvo tres hijos, a través de los cuales se perpetuó el linaje, con lo cual se vio cumplida la voluntad que, con tanto ahínco, había defendido en vida doña Brígida de Berriatúa.
Doña Brígida falleció en agosto de 1599 y un mes más tarde lo hizo su hija doña María, con lo cual doña Clara tomó posesión del legado familiar. Lo disfrutó durante casi cuarenta años hasta que entregó su alma a Dios. Era el mes de abril de 1638 y ya los cerezos habían perdido la flor.